Monica Burns

Compláceme

esencia

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo
Sobre la autora
Créditos

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

VISITA PLANETADELIBROS.COM Y DESCUBRE UNA NUEVA FORMA DE DISFRUTAR DE LA LECTURA

¡REGÍSTRATE Y ACCEDE A CONTENIDOS EXCLUSIVOS!

PRÓXIMOS LANZAMIENTOS
CLUBS DE LECTURA CON AUTORES
CONCURSOS Y PROMOCIONES
¡REAS TEMÁTICAS
PRESENTACIONES DE LIBROS
NOTICIAS DESTACADAS

PlanetadeLibros.com

COMPARTE TU OPINIÓN EN LA FICHA DEL LIBRO
Y EN NUESTRAS REDES SOCIALES!

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

1

Londres, 1897

—Estoy seguro de que lo comprendes, querida. La señorita Fitzgerald y yo sentimos un afecto mutuo que supera lo que tú y yo he-mos compartido este último año. Me asombra que haya aceptado mi proposición, puesto que es mucho más joven que yo.

Ruth, de pie ante la ventana y de espaldas a Marston, se estremeció. Lo que quería decir en realidad era que Ernestina Fitzgerald era más joven que ella. El tono de su amante sonaba lo bastante autosuficiente como para saber que el muy bastardo estaba disfrutando. Había pasado por esa misma situación muchas veces a lo largo de los últimos veinte años, pero, en esa ocasión, era peor. Era la segunda vez en menos de dos años que un amante la dejaba por otra mujer más joven. Y a los cuarenta y un años, ella era mayor, ¿no? Le temblaban las manos a pesar de que se las sujetaba con fuerza. Respiró hondo, se obligó a esbozar una sonrisa y se volvió hacia él.

—Por supuesto que lo comprendo, Freddie. —Ruth usó el apodo a propósito, lo que le valió una mirada furibunda de su amante. Sabía cuánto odiaba que lo llamaran así—. Estoy segura de que haréis muy buena pareja. Por lo que tengo entendido, el talento de la señorita Fitzgerald como hábil conversadora es equiparable al tuyo.

Marston le lanzó una mirada recelosa, pero Ruth sabía que nunca comprendería el doble sentido. Ese hombre no era en absoluto tan inteligente como le gustaba creer. De hecho, era un irremediable inepto en lo referente a mantener una conversación coherente sobre cualquier tema que no fuera la caza y la pesca. De repente, se odió a sí misma por haber aceptado siquiera mantener una relación con él. Sabía por qué lo había hecho. Sin embargo, no había querido reconocerlo hasta ese momento. Había tenido miedo. Miedo de que se le estuviera acabando el tiempo. Y ahora se le había acabado.

—Naturalmente, me encargaré de que se te pague tu asignación de este mes.

—Naturalmente —replicó ella con frialdad. No estaba dispuesta a dejar que él viera que esa ruptura la afectaba. No era tan inesperada como humillante—. ¿Y Crawley Hall?

—Lo lamento, Ruth, pero me parece un regalo de despedida demasiado extravagante, ¿no crees?

—Prefiero considerarlo el cumplimiento de una promesa que hiciste varios meses atrás.

Lo miró con los ojos entornados. Necesitaba esa propiedad. El orfanato de Aston Street estaba desbordado, y a los niños más enfermizos les sentaría bien el aire puro del campo.

—¿Lo prometí? No recuerdo haber hecho semejante cosa.

—Entonces, quizá debería hacer que Wycombe te refresque la memoria, ya que él estaba presente cuando aceptaste comprar la finca para mí.

—Estoy seguro de que Wycombe no lo recordará de ese modo —replicó Marston con algo más que un leve rastro de engreída arrogancia—. Por otra parte, tú ya tienes una propiedad en el campo. No veo ningún motivo por el que puedas necesitar otra. Si te preocupa el dinero, siempre puedes vender las joyas que te he regalado.

«Cerdo mojigato.» Ese bastardo sabía por qué quería Crawley Hall. También sabía muy bien que la casa que poseía junto a Bath era demasiado pequeña para satisfacer sus necesidades. Y con las joyas que él le había regalado apenas obtendría lo suficiente para un primer pago por Crawley Hall. Necesitaría mucho más que eso para comprar esa propiedad. Aunque, por el momento, disfrutaba de una seguridad económica, tendría que ser cuidadosa con el dinero, ya que su futuro distaba mucho de ser brillante en lo referente a conseguir un nuevo protector. Le dirigió una sonrisa desdeñosa.

—¿Las joyas que me has regalado? Freddie, cariño, esas baratijas difícilmente se venderán por una miserable suma. No obstante, si te niegas a mantener tu promesa respecto a Crawley Hall, ¿quién soy yo para cuestionar tu honor? —Ruth vislumbró el enfurecido oscurecimiento de su rostro cuando le dio la espalda encogiéndose de hombros con engreimiento—. En vista de que no tenemos nada más que decirnos, creo que es el momento de que te vayas.

Unos segundos después, una brusca mano la agarró del pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Nunca le había gustado mostrarse asustada, pero Marston le tiró tan violentamente del pelo que Ruth gritó no sólo a causa de la sorpresa, sino también por el dolor.

—Escúchame bien, vieja bruja: si te atreves a insinuar siquiera que mis atenciones hacia ti no han sido honorables en todo momento, te demostraré lo honorable que puedo ser.

En ese instante, una puerta se abrió detrás de ellos y su mayordomo entró. Simmons, que era lo bastante alto y corpulento para hacer que cualquier hombre tuviera cuidado de no enfurecerlo, actuaba de vez en cuando como guardaespaldas, además de ejercer sus otros muchos talentos.

—He oído un grito, señora. ¿Hay algún problema? —No era una pregunta. Era el modo del mayordomo de decirle a Marston que la soltara, cosa que Freddie hizo con un brusco empujón.

—No olvides lo que te he dicho, Ruth. No permitiré que nadie manche mi buen nombre.

Ella guardó silencio, a pesar de lo mucho que deseaba decirle exactamente qué le gustaría hacerle, empezando por la castración. Dios santo, ¿cómo podía haber pensado realmente que ese hombre era atractivo? Porque había sido el único que había estado lo suficientemente interesado como para iniciar una relación con ella. Asqueada por ese pensamiento, se balanceó levemente sobre los talones.

Cuando Marston abandonó el salón, Ruth avanzó hasta agarrarse al brazo del sofá y se dejó caer despacio entre los cojines. Simmons no hizo ningún comentario. Se limitó a seguir a su examante fuera de la estancia con la clara intención de echarlo de la casa. El temblor de las manos se extendió y sacudió todo su cuerpo, y Ruth cerró los ojos ante el dolor que la inundó. Una lágrima tras otra empezaron a rodarle por las mejillas.

Siempre había sabido que ese día llegaría, pero era incluso más horrible de lo que había podido imaginar. La edad siempre había sido su enemigo, un enemigo al que nunca había sabido cómo vencer. Se inclinó hacia adelante y ocultó el rostro entre las manos para llorar en voz baja. Un cálido brazo le rodeó entonces los hombros. Cuando alzó la mirada, se encontró con la preocupada expresión de su doncella.

—¿Le ha hecho daño, señora?

—En realidad no, Dolores. —Sacó un pañuelo de un bolsillo lateral de su falda y negó con la cabeza mientras se enjugaba las lágrimas—. A mi orgullo más que nada.

—Nunca me gustó ese hombre. Nunca la ha tratado tan bien como sus otros protectores.

—Soy muy consciente de lo que sentías respecto a Marston. —Sin poder evitarlo, Ruth soltó una pequeña risa ante la vehemente repugnancia en la voz de su doncella—. Me sorprende no haber llegado a la misma conclusión que tú hace mucho tiempo.

—Porque es usted testaruda. Por eso. Testaruda hasta la médula. Sí, señora. Siempre tan segura de que ese hombre era lo mejor que podía conseguir.

—Era el único que parecía remotamente interesado en mí en ese momento, que yo recuerde —comentó mientras se reía de sí misma—. Ya no puedo seguir engañándome, Dolores. Ha empezado a notarse mi edad.

—Tonterías. —La doncella resopló disgustada—. Aún tiene la figura de una joven y un rostro tan hermoso como el de un ángel.

—Gracias, Dolores. Eres una verdadera amiga, leal y ciega ante la evidencia.

Ruth se estremeció ante la verdad. No era necesario mirarse al espejo para saber que no tenía el mismo aspecto de antes. Era consciente de que aún era una mujer atractiva, pero hacía mucho que sus días de recibir elogios por su belleza habían acabado.

—Mi vista es tan buena como hace veinte años, señora. —La doncella irguió los hombros, entrelazó las manos ante sí y la miró con el cejo fruncido—. Hay muchos hombres que se sentirían más que felices de entrar en una estancia con usted del brazo. Es demasiado dura consigo misma.

La reprimenda de Dolores la animó un poco mientras recordaba los cumplidos que le había dedicado lord Mackelsby varias noches atrás. Incluso Marston se había tomado el tiempo suficiente para alejarse del lado de Ernestina Fitzgerald y reclamarla como si fuera una propiedad que le perteneciera. La analogía había sido acertada en su momento. Marston pagaba sus facturas, lo cual le daba derecho a disfrutar de toda su atención. Pero ahora se había marchado y, con él, su asignación mensual.

Soltó otro suspiro. El dinero no le preocupaba tanto como el hecho de que Marston, al igual que su anterior amante, la había dejado por una mujer más joven. No importaba cuánto se resistiera a admitirlo, el reconocimiento la sumió en la desesperación.

Reprimió otra oleada de lágrimas. Llorar serviría de poco y había asuntos más importantes que considerar, aparte de su ego herido. Se levantó rápidamente y empezó a pasearse nerviosa frente al hogar. Los niños eran lo primero. Tenía que encontrar un modo de comprar Crawley Hall u otra propiedad similar. Disponía de unas cuantas joyas, además de las que Marston le había regalado, que le proporcionarían la mitad del precio de Crawley Hall. Había algunas acciones que podría vender. Quizá la mansión también.

—Creo que es hora de que venda mis acciones.

—¿Qué? —El horrorizado asombro de Dolores la hizo sonreír.

—Las joyas que Marston me regaló me proporcionarán al menos la mitad del precio de venta de Crawley Hall. Con las inversiones que he hecho conseguiré un precio justo y obtendré el resto del importe de la compra de la propiedad. Si vendo la casa junto a Bath, tendré suficiente para las mejoras necesarias en Crawley.

—Pero la compró para su retiro, señora. Y ¿dónde vivirá?

—Viviré en Crawley Hall. —Ruth agitó una mano levemente, pero se detuvo cuando vio cómo la que era su compañera desde hacía mucho tiempo se estremecía. De inmediato, se acercó a la anciana y le cogió las manos—. Y tú vendrás conmigo, Dolores. Y Simmons también. Tú querrás venir, ¿verdad?

—Sí, señora. —La expresión de miedo de la doncella desapareció—. He pensado que quizá ya no me necesitaría más.

—No seas ridícula. —Se sentó junto a la mujer y le estrechó las manos—. No sé qué haría sin ti. ¿Quién, si no, me mantendría por el buen camino?

—Eso es cierto, señora. Aunque creo que tiene usted un corazón demasiado grande para su bolsillo.

—No tienen a nadie más que vele por ellos, Dolores. No puedo abandonarlos como Marston acaba de hacer conmigo.

Las palabras fueron un vívido recordatorio de su actual situación, y Ruth luchó contra la oleada de autocompasión que amenazaba con inundarla. Por mucho que deseara rendirse a la emoción, se negó a hacerlo. Siempre había sido una persona práctica, y había llegado el momento de que aceptara el hecho de que sus días como una de las niñas mimadas de la alta sociedad estaban llegando rápidamente a su fin. El hecho de que Marston la hubiera dejado por una mujer más joven la convertiría en objeto de compasión entre el selecto grupo de Marlborough. Algo que ella aborrecería. La aparición de Simmons en la puerta del salón interrumpió sus pensamientos.

—Lady Pembroke ha llegado, señora.

El mayordomo se apartó y Allegra Camden, la condesa de Pembroke, entró en la estancia mientras Dolores se levantaba para seguir a Simmons fuera del salón. La sonrisa en su rostro realzaba la belleza de su joven amiga. Allegra tomó las manos extendidas de Ruth entre las suyas y la besó en la mejilla.

—Lamento llegar tarde, pero Shaheen y los niños se entretuvieron más de lo habitual con el desayuno.

—No pasa nada. —Ruth correspondió al cariñoso saludo de su amiga y se volvió hacia su doncella—. Dolores, ¿podrías traernos un té, por favor?

La anciana inclinó la cabeza y se retiró para cumplir el encargo. Con un pequeño gesto, Ruth invitó a su amiga a sentarse. Allegra se acomodó con elegancia en un sillón de orejas mientras Ruth tomaba asiento en el sofá frente a ella. Su amiga la estudió atentamente con el cejo fruncido.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás enferma?

La preocupación en la voz de Allegra le tensó la garganta, y Ruth negó con la cabeza.

—No, estoy bien.

—Tienes mal aspecto. —Su amiga se inclinó hacia adelante y jadeó de repente—. Has estado llorando.

Antes de que Ruth pudiera decir una palabra, Allegra se puso en pie de un salto acompañada por un leve susurro de costosa seda y se sentó a su lado en el sofá. Le cogió las manos y la estudió con una expresión que indicaba que estaba decidida a descubrir qué la angustiaba.

—Cuéntamelo.

La orden no la sorprendió. Allegra siempre se había mostrado tan protectora con sus amigos como ellos lo eran con ella. Ruth suspiró.

—Marston me ha dejado. —Decirlo en voz alta hizo que se le volvieran a llenar los ojos de lágrimas. Parpadeó con fuerza para contenerlas. Ese hombre no merecía el disgusto.

—Oh, querida. Lo siento mucho, pero confieso que nunca me ha gustado. Nunca te ha tratado con el respeto que merecías.

—He sido una estúpida. —Ruth inspiró profundamente y negó con la cabeza.

—No, no lo has sido. Hiciste lo que creías que tenías que hacer para sobrevivir.

—No, no era supervivencia... Era una negativa a reconocer la verdad. Soy mayor, Allegra.

—Tonterías. Sólo tienes cuatro años más que yo y pareces más joven. —Su amiga le lanzó una mirada desaprobadora, pero Ruth descartó el comentario negando con la cabeza.

—Me ha dejado por Ernestina Fitzgerald, que tiene, como mínimo, quince años menos que yo.

—Y es el doble de estúpida. Esos dos formarán una pareja espléndidamente aburrida.

El disgusto en la voz de su amiga hizo que Ruth soltara una carcajada.

—¿Ves? Estás de acuerdo conmigo —afirmó Allegra con gran satisfacción—. Hay muchos hombres que se verán cautivados por ti. Y cuando asistas al baile de los Somerset esta noche, no me cabe duda de que comprobarás cómo los hombres acuden en tropel a tu lado.

—No puedo ir a ese baile. —Ruth miró horrorizada a su amiga—. Marston estará allí. Irá acompañado de Ernestina, y todo el mundo sabrá que me ha dejado por una mujer más joven.

—Bueno, se fijarán más en ese hecho si tú no estás allí. Sabes tan bien como yo que los tiburones acecharán en cuanto huelan la sangre. —Allegra la miró con severidad antes de dirigirle una pícara sonrisa—. Por otra parte, ¿qué mejor momento para anunciar lo encantada que estás de que Marston al fin haya encontrado a alguien que esté a su nivel intelectual en la alta sociedad?

Esa vez Ruth se rio con ganas.

—Dicho así, es fácil ver que estoy llorando por ese hombre sin ningún motivo en absoluto.

—Exacto. No hay ningún motivo para que llores —asintió Allegra con firmeza.

—Supongo que no.

Ruth se obligó a sonreír a la mujer sentada a su lado. No, no tenía ningún motivo para llorar por la ruptura con Marston. Pero ¿y por su juventud perdida? No dudaba de que había muchas más lágrimas que derramar por esa pérdida. ¿Cómo había sucedido? Parecía que fuera el día antes cuando Allegra había invitado a Bella, a Nora y a Ruth a quedarse con ella para ayudarla a superar el escándalo que la había convertido en la famosa cortesana que había sido antes de su matrimonio con el conde de Pembroke.

¿Cómo podían pasar veinte años en un abrir y cerrar de ojos? No se sentía mayor. Sus esperanzas y deseos seguían siendo los mismos. Aunque los que ocultaba en lo más profundo de su ser parecían condenados a no obtener respuesta. Envidiaba a Allegra y la felicidad que había encontrado con el conde. Su mirada vagó hasta su retrato, colgado sobre la chimenea. El vizconde Westleah lo había encargado cuando Ruth tenía veintitrés años. Habían pasado tres años juntos antes de dejarlo y convertirse en amigos.

Westleah le había comprado esa casa y le había enseñado a administrar e invertir la generosa asignación que le había dado. Así, había logrado realizar varias inversiones acertadas que garantizarían que no sufría un retiro de pobreza como el de muchas mujeres de su condición. Sin embargo, Ruth había albergado la esperanza de que contaría con un poco más de tiempo antes de verse forzada a retirarse.

El suave repiqueteo de la porcelana atrajo su atención y, cuando volvió la cabeza, vio que Dolores entraba en la estancia con el té. La mujer dejó la bandeja en la mesa redonda frente al sofá y la miró con atención durante un momento. Con un rápido movimiento de la cabeza, Ruth le indicó que estaba bien y alargó el brazo hacia la tetera. La doncella, algo insatisfecha con el silencioso gesto de su señora, soltó una suave queja y se retiró. Deseosa de hablar de otra cosa que no fuera el futuro, Ruth sonrió y ofreció a su amiga una taza de té.

—La maternidad y el matrimonio te sientan bien, querida. Tú has encontrado una felicidad con la que la mayoría sólo pueden soñar.

—Soy feliz, Ruth. Si hace cinco años me hubieras dicho que tendría una vida tan maravillosa, me habría reído de ti.

Ninguna lo dijo en voz alta, pero el hecho de que una cortesana encontrara el amor, y mucho menos que se casara, no era en absoluto habitual. El suave brillo en el rostro de Allegra resaltaba lo feliz que era, a pesar de las tribulaciones que había soportado en el desierto marroquí. Allegra sólo había compartido una parte del sufrimiento que había padecido, pero Ruth sabía que su captura a manos del enemigo de Robert se había cobrado un alto precio en ella. A veces, una oscura emoción que le inundaba los ojos indicaba que Allegra nunca superaría el trauma. Si lord Pembroke estaba presente, parecía percibir automáticamente la angustia de su esposa y acudía a su lado de inmediato. Robert —Ruth nunca se acostumbraría a su nombre beduino Shaheen— adoraba a su esposa y a sus hijos. El sonido de una taza de té repiqueteando con fuerza contra un platillo la arrancó de su ensoñación.

—No vamos a permitir que se salga con la suya.

—¿Qué? —Ruth le dirigió una mirada confusa.

—A Marston. Esta noche nos encargaremos de que todo el mundo lo considere un estúpido por dejarte para empezar una relación con esa cabeza de chorlito de Ernestina.

—Y ¿cómo propones conseguir eso exactamente? —preguntó Ruth en un tono escéptico.

—¿Te acuerdas de cómo destacó entre los demás miembros de la alta sociedad la señorita Langtry llevando un sencillo vestido negro antes de que Bertie la tomara bajo su protección?

—Lily Langtry destacó porque era hermosa, no porque llevara un sencillo vestido negro para captar la atención del príncipe de Gales. Yo soy bastante atractiva, pero estoy lejos de ser hermosa.

—Tonterías. Eres preciosa y tienes presencia, Ruth. Cuando entras en una estancia, todo el mundo se detiene para mirarte. Y esa misteriosa sonrisa tuya hace que los hombres deseen descubrir todos tus secretos. Esta noche vas a sacarle provecho a eso.

—Te ruego que me expliques cómo lo voy a hacer.

—Dolores modificará esa horrible monstruosidad de vestido que Marston insistió en que llevaras para aquella reunión el invierno pasado.

—¿El morado con las enormes flores rosa?

—Sí. —La sonrisa de Allegra se amplió—. El vestido conjunta maravillosamente bien con tus ojos, pero las flores son horrendas. Cuando Dolores haga los cambios que tengo en mente, todo el mundo considerará a Marston un estúpido por preferir a Ernestina Fitzgerald antes que a ti.

—Una transformación así es muy improbable, pero supongo que un milagro siempre es posible —comentó Ruth con una risa escéptica.

—Bueno, yo, por mi parte, creo en los milagros —replicó su amiga en voz baja—. Y tú también deberías.

Miró a Allegra con cariño y una vacilante sonrisa, pero las palabras de su amiga aún seguían en su cabeza horas después mientras subía los escalones de la mansión de los Somerset. Tendría que haber sabido que no debía cuestionar la determinación de Allegra. Con la habilidad de Dolores y la visión de su amiga, las dos mujeres lograron un milagro. El resultado fue un atrevido vestido que resaltaba su generoso pecho y sus redondeadas caderas. Pero, sobre todo, estaba desprovisto de cualquier encaje, volante, fruncido o lazo. Las mangas —o lo poco que quedaba de ellas después de que Dolores hubo acabado— apenas se ceñían al borde de su hombro con una simple tira de tela. El vestido en sí era de una austera simplicidad, pero, simbólicamente, representaba su rechazo a Marston. Las flores, los fruncidos, cualquier adorno en el vestido que había aplastado el satén, habían desaparecido, a excepción de un rastro de pétalos de flores rosa que bordeaban el dobladillo. Le proporcionaría una enorme satisfacción señalar que Dolores había rehecho el ostentoso vestido elegido por Marston para convertirlo en algo mucho más bonito.

Su doncella había deshecho las flores originales para sujetar el adorno rosa al borde, de forma que pareciera que estaban a punto de caerse. Antes de que finalizara la velada, quedarían pisoteadas y sucias: un mudo indicativo de lo insignificante que Marston era para ella. Al cuello llevaba el collar de amatistas que lucía en el retrato que Westleah había encargado. La única extravagancia era un abanico de plumas de color malva.

Cuando Ruth entró en la casa, la recorrió un temblor al ver a Marston accediendo al salón de baile con Ernestina del brazo. De un modo mecánico, deshizo el lazo de la capa y permitió que el sirviente se la retirara con delicadeza de los hombros.

Mientras llegaban más invitados, se apartó a un lado para examinar los laterales y la parte de detrás del vestido en busca de cualquier arruga inesperada. Fue más una necesidad de hacer tiempo para serenarse que preocupación por el vestido. La leve sensación que le bajó por la nuca hizo que alzara la mano para acariciarse la piel. Satisfecha de que el pelo no se le hubiera soltado del recogido que llevaba, se volvió hacia el salón de baile.

Otro escalofrío le recorrió la espalda cuando su mirada se encontró con la de un hombre que entregó despreocupadamente el abrigo al personal doméstico sin apartar la vista de ella. Era casi treinta centímetros más alto que ella y tenía el pelo tan negro como una noche sin luna. Había algo intenso y fascinante en él. Si Allegra pensaba que ella tenía presencia era porque su amiga no conocía a ese hombre. Parecía eclipsar a todas las personas y cosas en el vestíbulo. La estudió durante lo que le pareció una eternidad; sin embargo, Ruth sabía que sólo habían sido unos segundos antes de que otro caballero, a quien no reconoció, desviara la atención del desconocido. Pero esa mirada fue suficiente para dejarla con el corazón acelerado.

Tragó saliva con fuerza mientras se aferraba al abanico. Dios santo, ya no tenía veinte años ni asistía a su primera velada. Se estremeció ante ese pensamiento. De repente, la atenazó la necesidad de huir, pero se obligó a atravesar el vestíbulo hacia el salón de baile en lugar de reclamar su capa y desaparecer en la noche. El escalofrío que había sentido unos momentos antes volvió a calentar su cuello, pero se negó a volverse para mirar al hombre. No había acudido a esa fiesta para encontrar un nuevo amante.

En cuanto llegó a la entrada del salón de baile, su coraje flaqueó. No había ni un solo rostro familiar en la estancia. Por Dios, ¿dónde se encontraba Allegra? No estaba segura de si podría hacer eso sola. En cuanto ese pensamiento surgió en su cabeza, tensó la espalda. Desde luego que podía. Tal vez su juventud hubiera desaparecido, pero no su dignidad. Mientras aguardaba a que los asistentes delante de ella se dirigieran a la línea de recepción, el cosquilleo en la nuca se convirtió en un calor abrasador. Señor, hacía años que no sentía una reacción de ese tipo ante un hombre.

Con la aglomeración de recién llegados que se abrían paso a empujones hacia el salón de baile, el espacio entre ellos se evaporó. Estaba tan cerca de ella que la calidez de su aliento le rozó el hombro. La repentina imagen de esas manos en su cintura pegándole la espalda a su torso surgió en su cabeza. Esa imagen mental hizo que la recorriera un estremecimiento que estuvo segura de que todo el mundo a su alrededor había podido ver.

Confusa por la fuerza de las sensaciones que la asaltaban, casi tropezó en su premura por saludar a lord y a lady Somerset. La bienvenida que recibió fue cortés simplemente por su parentesco con el marqués de Halethorpe. El estómago se le revolvió al pensar en su padre. No sabía si odiar a ese hombre o agradecerle que la hubiera obligado a tomar ese camino que ella había elegido tantos años atrás. Cualquiera de las dos opciones era dolorosa de contemplar.

Se alejó de los Somerset y bajó despacio la escalera que daba al salón de baile. A pesar de su esfuerzo por negarlo, deseaba saber el nombre del desconocido y, mientras bajaba los escalones, oyó que lo presentaban como lord Stratfield. En cuanto llegó al pie de la escalera, un pequeño grupo de mujeres a la derecha captó su atención y el corazón le dio un vuelco. Ernestina Fitzgerald. Lo último que deseaba era una escena. Desesperada por encontrar un rostro amigo, Ruth estiró el cuello para mirar por encima de una anciana con tres largas plumas clavadas en el pelo.

—Una vez se retira a una vaca vieja, una cree que ya no volverá.

El comentario de la mujer la hirió profundamente, y Ruth se tensó mientras continuaba avanzando, aunque no llegó lejos.

—Lady Attwood, qué maravillosa sorpresa verla aquí esta noche.

Las palabras le llegaron al mismo tiempo que el renovado cosquilleo en la nuca encendía un fuego que le recorrió la piel. Dios santo, ¿la voz de ese hombre siempre sonaba así? Como si acabara de despertarse y la estuviera invitando a pecar de formas que nunca había soñado. La nota pícaramente oscura y profunda de su voz la dejó sin respiración cuando se volvió hacia él y le ofreció la mano.

—Buenas noches. —Se esforzó por mantener la voz firme, y un estremecimiento le recorrió el brazo cuando él le besó cortés el dorso de la mano.

—La simplicidad la favorece. Nunca la había visto tan exquisita.

La mirada de él se desvió de repente para observar los fruncidos, los encajes y los lazos que adornaban el vestido de Ernestina. Fue un desaire deliberado, y todo el mundo que lo oyó lo comprendió. Una parte de sí misma casi sintió lástima por la nueva amante de Marston. La mujer no pertenecía a la nobleza, y su aceptación en el selecto grupo de Marlborough se basaba únicamente en el hecho de que se encontrara bajo la protección de él, por lo que un desaire por parte de cualquier noble debía de

ser para ella un duro recordatorio de su estatus social.

A pesar de la punzada de placer que le proporcionó ver la malicia de la otra mujer silenciada, Ruth recelaba de los motivos que tenía ese hombre para acudir en su rescate. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los de él, su mirada no le reveló nada en absoluto, pero sonrió cuando le ofreció el brazo. El corazón se le desbocó de inmediato. Era una sonrisa que sería letal para el corazón de una mujer si ésta se permitía caer bajo su hechizo. Aceptó su brazo y le permitió que la guiara lejos de Ernestina y sus amigas. El escalofrío que le recorrió hasta el último milímetro de su cuerpo hizo que le entraran ganas de salir huyendo lo más lejos posible. Ese hombre era demasiado atractivo para su propio bien, lo que lo convertía en peligroso. Por otra parte, era más joven que ella. Un flirteo con él sólo serviría para hacer que se sintiera mucho mayor, y esa noche se sentía demasiado vulnerable.

—Aunque aprecio su galantería, puedo asegurarle que no necesitaba que me rescataran. —Ruth oyó el enfado en su propia voz y se obligó a no mirarlo.

—Era un cumplido sincero. El hecho de que sirviera para rescatarla era secundario. —La áspera nota en su voz hizo que la sangre de Ruth fluyera despacio. Dios santo, ese hombre era un cautivador.

Cuando localizó a Allegra y se detuvo en seco, él volvió la cabeza hacia ella con las cejas enarcadas en un gesto de diversión o curiosidad. No pudo determinar de qué.

—Entonces, se lo agradezco de nuevo. Si me disculpa, he visto a una amiga a quien debo saludar. —Algo destelló en las profundidades de sus vívidos ojos azules e hizo que a ella se le secara la boca.

Lord Stratfield inclinó la cabeza en su dirección.

—Un placer, señora. Esperaré con anhelo nuestro próximo encuentro.

Ahí estaba de nuevo, esa áspera nota de pecado en su voz. El pecho se le tensó en respuesta. Maldición, estaba actuando como una mujer que tuviera la mitad de años que ella. Tenía demasiada experiencia para permitirse a sí misma que algo la afectara tan fácilmente. Tragó saliva y le dirigió un leve asentimiento con la cabeza al tiempo que huía de su lado. Y estaba huyendo de verdad, porque avanzó demasiado rápido y no del modo contenido con que lo hacía habitualmente. A pesar de que llegó a la seguridad de su pequeño círculo de amigos, el pulso aún le latía a toda velocidad. Allegra le ofreció un pequeño abrazo y retrocedió para estudiarla preocupada.

—Cielo santo, estás temblando.

—No es nada, sólo nervios.

—¿Estás segura de que lo que te tiene tan nerviosa no es un desconocido endemoniadamente apuesto? —La diversión en la voz de Allegra hizo que le subiera una oleada de calor a las mejillas.

—Por supuesto que no. —Ruth resopló irritada.

Su amiga le lanzó una mirada de incredulidad, pero decidió no cuestionarla.

—Estás deslumbrante. Sabía que Dolores podría convertir este vestido en una obra de arte. Y los pétalos bordeando el dobladillo... Eso es una obra maestra que dice que ese hombre no es lo bastante bueno para besarte siquiera el bajo del vestido.

—Permítame que me sume a los comentarios de mi esposa, señora. —El conde de Pembroke le ofreció una leve inclinación de cabeza—. Está usted encantadora.

—Gracias a los dos.

—¿Podría añadir mis propios cumplidos también, querida? Todo el mundo está comentando lo radiante que estás esta noche. —La cálida voz de lord Westleah le llegó por encima del hombro, y Ruth se volvió con una sonrisa de entusiasmada sorpresa.

—William. Qué alegría volver a verte.

Lord Westleah saludó a Allegra y al conde con cordialidad antes de volverse hacia ella e inclinarse para besarla en ambas mejillas. Hacía meses que no se veían, y encontrarse con él esa noche le recordó cuánto tiempo hacía que se conocían. Apartó ese pensamiento mientras contemplaba a su antiguo amante.

—Ha pasado demasiado tiempo, Ruth. ¿Cómo te ha ido?

—Bastante bien.

Forzó una sonrisa al ver que Westleah entornaba la mirada. La conocía bien y podía ver con facilidad a través de la fachada que había levantado para esa velada, así que se sintió agradecida de que no la presionara. Cuando Allegra y el conde se volvieron para saludar a otra pareja, Westleah la miró con atención.

—¿De qué conoces al barón Stratfield? —La pregunta la cogió por sorpresa y lanzó una rápida mirada a su paladín, que estaba absorto en una conversación con varios caballeros al otro lado de la estancia.

—No lo conozco. Él ha oído un comentario bastante desagradable dirigido a mí cuando he llegado y me ha rescatado para que no fuera blanco de más insultos.

—No me sorprende. Es un tipo decente. Rara vez se ofende por algo, a excepción del maltrato a otros.

Allegra se volvió hacia ellos en ese momento y ladeó la cabeza en un gesto interrogativo.

—¿Qué es lo que no te sorprende, Westleah?

—Lord Stratfield. Parece ser que ha rescatado a Ruth de un comentario desagradable cuando ha entrado en el salón.

—¿Te refieres al apuesto caballero que viene hacia nosotros?

La pregunta de Allegra hizo que Ruth se volviera hacia el último lugar donde había visto a lord Stratfield. Para su asombro, el hombre se dirigía hacia ellos. Mejor dicho, hacia ella. Se dirigía directamente hacia ella. Al instante, sintió las palmas pegajosas y el corazón le latió con fuerza contra el pecho. ¿Qué demonios iba a decirle? La pregunta la irritó. ¿Había perdido el juicio de repente? El arte del flirteo era algo en lo que ella había destacado durante años, y ahora, sin previo aviso, un hombre hacía que dudara de sí misma. No, no era él. La ruptura con Marston había minado su confianza. Nada más. Eso, por no mencionar que lord Stratfield era, al menos, cinco años más joven que ella. Aunque había algo en sus gestos que lo hacía parecer mayor de lo que era. Hizo una mueca de dolor en su fuero interno. Su interés por él rozaba el absurdo. El ritmo de un vals se perdió en el ruido de fondo cuando su cuerpo tarareó una melodía propia en cuanto el hombre se unió a ellos.

Westleah se encargó de las presentaciones antes de excusarse para hablar con otro amigo y, en cuestión de segundos, Allegra se había llevado a su marido lejos para saludar a otros invitados. Si no fuera porque estaba segura de que no era así, Ruth habría pensado que todo se había orquestado para dejarla a solas con lord Stratfield. El silencio se prolongó entre ellos durante un largo momento antes de que él carraspeara.

—¿Le apetece bailar, lady Attwood?

El grave sonido de su voz le recorrió los sentidos mientras se esforzaba por responder de un modo tranquilo y reservado. En lugar de eso, se limitó a asentir y a poner la mano sobre la de él. Un momento después la estaba haciendo girar en la pista de baile. La electricidad que vibraba en todo su cuerpo era tan excitante como aterradora. Ni siquiera Westleah había causado un efecto así en ella. Frustrada por su compostura vacilante, irguió la espalda. Durante más de veinte años había perfeccionado el arte de la seducción, y ahora se negaba a permitir que ese hombre la redujera a un estado de confusión, sobre todo siendo más joven que ella.

—¿Cómo es que no nos habíamos conocido hasta esta noche, lord Stratfield? —Le dedicó una leve sonrisa muy ensayada.

—Evito en todo lo posible a las madres de hijas casaderas. —Su respuesta directa la hizo reír, y él sonrió con un leve rastro de satisfacción—. Bueno, la he hecho reír. Le sienta bien.

Por mucho que no lo deseara, a Ruth le fue imposible evitar que el calor le inundara las mejillas. Ese hombre era demasiado encantador, y le resultaba irritante saber lo susceptible que era a él. Olió su limpio aroma silvestre y el corazón le dio un brinco. Incluso a los más bajos niveles, su cuerpo reaccionaba a él. Cuando ella no respondió, él le dirigió una intensa mirada que hizo que un estremecimiento le bajara por la espalda.

—Ese hombre es un estúpido. —Había una oscura nota de indignación en su voz, y Ruth tropezó.

Sin embargo, él la pegó de inmediato a su cuerpo mientras ella se serenaba.

—¿Perdón?

—Marston. Ese hombre necesita que le examinen la cabeza.

—Oh. —Ruth apartó la vista de él. Cielo santo, ¿qué le estaba ocurriendo? Nunca le habían faltado las ocurrencias ingeniosas; ¿por qué le pasaba en ese momento? Esbozó una sonrisa forzada y asintió brevemente con la cabeza en su dirección—. Y yo debería hacer que me examinaran la mía por haberme dejado ver alguna vez con él.

Lord Stratfield soltó una suave risa que le acarició la piel como si de pecaminoso terciopelo se tratara. Su gran mano en medio de la espalda la pegó aún más a él. El calor y el aroma que emanaban de ese hombre le llenaron los sentidos y a Ruth le costó respirar con normalidad. Un ritmo primitivo zumbó en su sangre y sentía la boca tan seca que ni siquiera el champán podría humedecerle lo suficiente la lengua. Intentó recuperar el control de sus sentidos desesperadamente.

—Estoy seguro de que hay muchos hombres esta noche que están encantados de saber que su corazón ya no está ocupado —murmuró él cuando la música se detuvo.

La soltó despacio y retrocedió al tiempo que ella se inclinaba en una profunda reverencia. Sus palabras aliviaron sus sentimientos heridos durante un único segundo antes de que se diera cuenta de que no se había incluido a sí mismo en el cumplido. Pero ¿por qué le había pedido bailar si no tenía intención de cultivar su amistad? Confusa, frunció el cejo. ¿Qué había dicho Westleah? A ese hombre rara vez lo ofendía nada, a excepción del maltrato a otros. La ira la inundó. Maldito fuera. El muy bastardo la había sacado a bailar por compasión. Se irguió y abrió el abanico para agitarlo con fuerza ante ella, luego lo cerró de nuevo con un brusco movimiento.

—Gracias por su segundo intento de rescate esta noche, lord Stratfield. Pero, en el futuro, por favor, recuerde que ni aprecio ni deseo que se entrometa usted en mis asuntos.

Sin darle la oportunidad de responder, se alejó con la espalda tiesa como un palo. Qué insolencia la de ese hombre. Ella era más que capaz de velar por sus propios intereses. Y, desde luego, no necesitaba que un hombre más joven que ella la tratara como una causa perdida.

El puño que impactó en la mandíbula del honorable lord Stratfield le lanzó la cabeza hacia atrás. Garrick pudo saborear la sangre en la boca y rápidamente se apartó para evitar otro golpe de su oponente. Con el rabillo del ojo, vio el puño de Worthington avanzando directo hacia él y se agachó antes de dirigir su propio puño hacia arriba, contra la mandíbula inferior del otro hombre. En alguna parte, en un rincón de su cabeza, oyó los sonidos de los vítores y los abucheos de aquellos que formaban un círculo alrededor de Worthington y de él. Borró los sonidos de su cabeza y golpeó de nuevo a su oponente en la mandíbula con la otra mano. En cuanto lo alcanzó, supo que Worthington caería. Garrick retrocedió un par de pasos sin dejar de saltar y observó cómo el hombre más joven se desplomaba sobre la hierba.

Con los duelos prohibidos, un combate de boxeo era la siguiente mejor opción para vengar el honor de su hermana. Grace era más que digna de casarse con el conde de Bainbridge, aunque su madre los hubiera abandonado y su padre se hubiera suicidado. Su victoria sobre Worthington también garantizaba su reputación como hombre de principios en lo referente a proteger el honor de su familia. Su amigo Charles, el vizconde de Shaftsbury, le dio una palmada en la espalda y lo felicitó.

—Brillante.

Garrick aceptó el trapo que Charles le tendió y se limpió la sangre del labio partido. Él no iría tan lejos asegurando que su actuación había sido brillante, pero estaba satisfecho con el resultado. El honor de Grace había quedado restituido, y Garrick sabía que Worthington no tendría la audacia de hacer más comentarios. Miró a su contrincante inconsciente y devolvió la mirada a uno de los amigos del hombre. A continuación, señaló a Worthington con la cabeza.

—Os sugiero que le pongáis hielo en la mandíbula. De lo contrario, no podrá comer en una semana —aconsejó.

Lord Millbourne asintió con una risita.

—Yo me ocupo. Aunque si eso mantiene la boca del chico cerrada durante un tiempo, no le hará ningún daño. Estoy seguro de que lo visitará dentro de unos pocos días para rogarle humildemente que lo perdone.

—Entonces, haré que la disculpa sea lo menos dolorosa posible para él.

Tras asentir serenamente con la cabeza, dio la espalda al amigo de Worthington y aceptó su abrigo de manos de Charles. Maldición, estaba derrengado. Necesitaba dormir. Llevaba despierto casi veinticuatro horas, estaba agotado y el combate de boxeo había ayudado poco a disminuir su cansancio o nerviosismo. Cuando se apartó el pelo negro de la cara, se encontró con la divertida mirada de Charles.

—¿Qué? —Cogió su sombrero de copa de la mano de su amigo.

—Has dejado que el chico te golpeara.

Garrick arqueó las cejas ante el comentario.

—Ha tenido suerte. Yo no estaba prestando atención —repuso.

—Eso me resulta difícil de creer, pero satisfaré tus vanas ilusiones y no discutiré contigo.

La diversión de su amigo lo irritó. Era la segunda vez en menos de un día que lo descubrían actuando de un modo generoso con el prójimo. Prefería mantener su tendencia a la benevolencia oculta al selecto grupo de Marlborough. Si no lo hacía, pronto parecería débil e impotente. Frunció los labios al pensarlo.

La noche anterior, lady Ruth Attwood. Ahora Worthington. Charles era condenadamente observador, demasiado. Lo cierto era que la juventud de Worthington y su tendencia a tomar un brandy de más le habían soltado la lengua cuando había insultado a Grace. Y ¿cuál era su excusa para haber acudido raudo y veloz al rescate de lady Attwood? Descartó la pregunta.

Aunque no podía permitir que el insulto de Worthington quedara sin respuesta, no tenía ningún deseo de humillar al chico. Él también había sido joven y comprendía la vergüenza que podían dejar las cicatrices brutales. Hizo una mueca. Worthington sólo contaba con seis años menos que él, que tenía veintinueve. Sin embargo, en ese momento, se sentía como si tuviera cincuenta.

—Deberías haber dejado que Bainbridge se ocupara del asunto. Ella es su prometida.

—Mi futuro cuñado habría pulverizado al chico.

Ésa era una afirmación honesta. Si el conde de Bainbridge hubiera oído el insulto, Worthington estaría al cuidado de varios médicos en ese momento en lugar de simplemente al de sus amigos. El conde era tan buen boxeador como él, quizá mejor. Pero el prometido de Grace habría hecho que Worthington lo pagara en una pelea mucho más salvaje.

—Cierto. Bainbridge se habría puesto furioso por muy trivial que fuera el insulto hacia tu hermana. A excepción de mi primo Robert, nunca he visto a un hombre que sienta más adoración por una mujer.

—Es el único motivo por el que he aceptado su petición de mano —respondió Garrick con serenidad.

Había hecho que investigaran a Bainbridge a conciencia antes de aceptar su propuesta de matrimonio. Nadie entraría en su familia a través del matrimonio si él no estaba convencido de que esa persona sentía adoración por sus hermanos. Deseaba que sus hermanas y su hermano tuvieran lo único que sus padres nunca habían tenido: un matrimonio feliz. En cuanto a él, su destino ya estaba decidido.

—Con Grace a punto de casarse, sólo te queda buscar un esposo para Lily.

—Y una esposa para Vincent.

Garrick no se molestó en explicar que Lily no necesitaba un esposo. Su negativa a permitir el matrimonio de su hermana habría alimentado los cotilleos.

—Seguro que el chico es capaz de buscarse una esposa. —Charles lo miró con los ojos entornados—. Pensaba que estaba cortejando a la hija de los Clayton.

—Sí, pero tengo algunas dudas sobre su idoneidad. —Apartó la mirada de la sorprendida expresión de su amigo y se dirigió a su carruaje.

—¿Te apetece que almorcemos juntos? —preguntó Charles mientras aceleraba el paso para seguirle el ritmo.

Garrick negó con la cabeza en un gesto de disculpa.

—Tengo previsto visitar una propiedad que estoy pensando comprar.

—¿Otra propiedad? ¿Qué diablos planeas hacer con otra propiedad?

—Es una inversión.

—Sí, pero ¿tienes que comprar toda Inglaterra? Muy pronto llamaremos a este país Stratfield. Y puedo imaginar cómo reaccionaría Su Majestad ante eso.

El comentario de su amigo le arrancó una leve sonrisa. Podía comprender que los demás consideraran sus numerosas propiedades como exageradas, pero eran algo más que meras inversiones. Eran necesarias. Abrió la puerta del carruaje y miró a Charles con una ceja arqueada.

—Una propiedad amortizada siempre es una buena inversión.

—Y un buen medio para mantener a tus hijos cuando te decidas a casarte.

Garrick se aferró con fuerza al borde de la puerta del carruaje hasta que los dedos le dolieron por la presión. El único heredero que él tendría sería Vincent. Cuando no respondió a su amigo, Charles enarcó una ceja mirándolo fijamente.

—Para ser un hombre que acaba de vengar el honor de su hermana, pareces bastante abatido.

—Estoy cansado y me duele la mandíbula.

—Quizá tu misteriosa amante, Mary, podría aliviar tus... dolores.

Las palabras le arrancaron una mueca. La nada sutil inferencia tenía como propósito divertirlo, pero logró justo lo contrario. Era deprimente reconocer que lo único que hacía cuando visitaba a su amante era dormir. Solo. Pero que Charles la hubiera calificado de *misteriosa*... Frunció el cejo.

—¿Qué quieres decir exactamente con *misteriosa*?

—Nada, sólo que después de más de, ¿cuántos?, ¿dos años?, sin haber visto nunca a esa mujer, la gente está empezando a hacer algo más que especular.

—¿Especular?

Su seca respuesta hizo que Charles de repente pareciera incómodo.

—Bueno, siempre ha habido comentarios... La gente siempre se ha preguntado si esa mujer existe siquiera..., o si ella realmente es una...

Su cuerpo se puso rígido ante la implicación tácita. Rápidamente se obligó a adoptar una expresión indescifrable para ocultar la sensación de asombrada consternación que estaba atenazándolo. Dios santo, había sido un estúpido al pensar que podría convencer a la alta sociedad de que adoraba demasiado a su amante como para mostrarla en público. Siempre había habido cotilleos sobre el motivo por el que nunca se encontraba con Mary en público. Algunos rumores habían llegado a sus oídos, mientras que, en otras ocasiones, sus amigos y la familia lo habían informado con delicadeza de que era el blanco de mucha curiosidad. Pero ésa era la primera vez que se sugería que la alta sociedad lo veía de un modo menos viril. El estómago se le revolvió al recordar el sonido de la risa burlona de su tío resonando en su cabeza. Como mínimo, podría haber llevado a Mary a uno de esos establecimientos más elegantes que atienden a los hombres y a sus amantes. No, nunca podría haberle hecho una cosa así. No después de lo que Tremaine le había hecho a ella. Pero podría haber optado por algo distinto. Furioso consigo mismo por su falta de previsión, le lanzó una gélida mirada a su amigo.

—Puedo asegurarte que Mary es muy real —replicó—. Simplemente preferimos no relacionarnos en público. Sería sumamente incómodo para ella. No la educaron para afrontar la brutalidad propia del selecto grupo de Marlborough.

Eso era totalmente cierto. Los padres de Mary habían sido dueños de una granja en una de sus propiedades. Garrick se había encargado de que la educación de la chica le permitiera relacionarse con los miembros de las clases altas, pero ella había expresado abiertamente su objeción a semejante idea. De hecho, parecía mucho más feliz aprendiendo con sus libros que haciendo cualquier otra cosa. Ni siquiera la ropa parecía interesarle mucho. Aunque últimamente parecía haberse aficionado más a la moda. La había llevado dos veces a París para que se comprara vestidos nuevos en los últimos ocho meses.

—Yo te creo, pero quizá mostrarla desde cierta distancia no sería una mala idea después de todo. Sé cuánto odias los chismes. ¿Qué tal un paseo en carruaje por el parque?

—No tengo ninguna intención de satisfacer la curiosidad de la alta sociedad.

—Bien. Pero prepárate para que algunas personas hagan algo más que especular. Tengo entendido que Wycombe hizo una apuesta con Marston el otro día en el club. Afirmó que demostraría que esa Mary tuya no existe.

—Maldito sea. —Esa vez no pudo ocultar la conmoción.

—Tienes muchos amigos que te apoyarán, Garrick, pero ambos sabemos que Wycombe hará cualquier cosa para desacreditarte.

Él asintió bruscamente. El conde de Wycombe, varios años mayor que él, había sido uno de sus tormentos, primero en Eton y después en Cambridge. El hombre lo había convertido en el blanco de bromas malvadas durante más de tres años, hasta que Garrick había aprendido a boxear y lo había vencido en un combate que era legendario en los pasillos de Cambridge.

Wycombe había llegado inconsciente a la enfermería de la universidad, mientras que Garrick se había marchado sin siquiera un rasguño. Su oponente se había perdido la ceremonia de su graduación como consecuencia de ello. Aunque Wycombe no había vuelto a molestarlo desde entonces, el conde lo odiaba con todas sus fuerzas por esa humillante derrota. Si Wycombe pensaba que podría humillarlo, no vacilaría. Incluso si para ello se viera obligado a mentir.

Subió al carruaje con el cuerpo dolorido más por el impacto de la noticia que su amigo le había dado que por el combate con el joven Worthington. Cuando Garrick cerró la puerta, Charles lo miró a través de la ventanilla con una expresión comprensiva en el rostro.

—Comprendo tu deseo de intimidad, Garrick, pero no puedes ignorar esto. Creo que un paseo semanal en carruaje satisfará de largo el ávido interés que el tema ha suscitado. Quizá incluso una presentación al príncipe evitaría que Wycombe te hiciera daño alguno.

—Lo último que pienso hacer es presentarle a Mary a su alteza real. Ese hombre la aterraría simplemente en virtud de su posición. No la obligaré a pasar por eso.

—Al menos preséntasela a varios de tus amigos...

—No. No la sacrificaré simplemente por proteger mi propia piel. Agradezco tu advertencia, Charles, pero no tengo intención de exponer a Mary.

—Al diablo, Garrick. Wycombe será despiadado en lo que a ti y a tu Mary concierne.

—El conde de Wycombe puede irse al infierno —espetó—. Me ocupé de él una vez y volveré a hacerlo. —Y, con el puño de plata de su bastón, golpeó el techo del carruaje para indicarle al cochero que se pusiera en marcha.

Charles lo estudió preocupado e hizo una mueca, pero no discutió con él. Le dirigió un brusco asentimiento de despedida cuando el carruaje arrancó.

El trayecto por la extensión de hierba del extremo más alejado de Hyde Park estaba lleno de baches. Pero había elegido ese lugar apartado no por su acceso, sino por su aislamiento. El tranquilo bosquecillo le había parecido el lugar más idóneo para su combate contra Worthington. Sin embargo, el agitado viaje estaba haciendo poco por aliviar el dolor de cabeza que le había entrado de repente.

Maldición. Debería haber previsto que su negativa a sacar a la luz a Mary despertaría la curiosidad de la gente. La había mantenido oculta para protegerla mientras evitaba que nadie descubriera el verdadero motivo por el que tenía una amante a la que nadie había visto nunca. Gruñó y apoyó la cabeza en los cojines de piel del asiento. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Quizá Charles tenía razón. Tal vez un paseo semanal por Hyde Park acallaría algunas de las especulaciones. Sabía que no acabaría con todos los rumores, pero Charles estaba en lo cierto: no soportaba los cotilleos ni las insinuaciones. Tampoco podía permitir que Wycombe se inmiscuyera en sus asuntos personales.

Esa idea le trajo a la memoria a lady Ruth Attwood. La noche anterior él se había entrometido en sus asuntos, y eso le había despertado la ira. Se frotó la mandíbula dolorida pensativo e inmediatamente compuso una mueca de dolor. No cabía duda de que esa mujer disfrutaría al saber que se sentía arrepentido en lo que a ella concernía. No había sido su intención entrometerse, pero no había podido evitarlo. En el vestíbulo de los Somerset, la había observado. Parecía que se dispusiera a enfrentarse a una horda de bárbaros. Le había recordado a una hermosa princesa guerrera lista para lidiar una batalla con un enemigo cuyas armas eran las palabras. La noticia de la ruptura de Marston con ella había llegado al Marlborough Club mucho antes de esa noche. Entrar en ese baile de salón sola debía de haber requerido un gran coraje por su parte. Y en cuanto él oyó el insulto que le habían dirigido, fue incapaz de contenerse y no lanzarse al rescate.

Después, no había contribuido a mejorar la situación cuando la había invitado a bailar. Sus motivos no habían sido tan dudosos como ella había creído. Mientras que su primer rescate había estado basado en la compasión, bailar con ella había sido una acción espontánea, y también un error. No porque la hubiera enfurecido, sino porque tenerla entre los brazos había sido una experiencia demasiado agradable.

El carruaje se detuvo y Garrick gruñó enfadado. ¿Qué más podía ir mal en su vida en ese momento? Bajó del vehículo y, cansado, subió la escalera de la pequeña casa que había comprado para Mary. Había estado tan ocupado pensando en lady Attwood que aún no se le había ocurrido ninguna solución sobre cómo afrontar el intento de Wycombe de difamarlo. Suspiró. Dormir lo ayudaría a aclararse las ideas y podría idear un plan de acción más tarde ese mismo día.

No tuvo que sacar la llave del bolsillo, ya que Carstairs le abrió la puerta principal cuando le quedaban sólo dos escalones para llegar a lo alto. Entregó al mayordomo la chistera y el bastón, y luego se dirigió a la escalera. Antes de que llegara a pisar el primer escalón, Carstairs carraspeó.

—Discúlpeme, señor, pero la señorita Mary desearía que le dedicara un momento de su tiempo.

—¿Ahora?

Garrick sacó su reloj de bolsillo para consultar la hora. Eran sólo las seis y cuarenta y cinco. Mary era una persona madrugadora como él, pero nunca se levantaba tan pronto. Frunció el cejo. ¿Qué podría ser tan urgente? ¿Habría sido Wycombe tan grosero como para visitarla sin anunciarse? El personal tenía instrucciones explícitas de no permitir que nadie cruzara el umbral a menos que él o Mary ordenaran lo contrario. Tendría que posponer lo de dormir.

—¿Dónde está? —preguntó al tiempo que fijaba la vista en la estoica mirada del mayordomo.

—En el salón, señor.

Tras asentir con la cabeza, se dirigió al salón, donde Mary pasaba gran parte de su tiempo estudiando con el tutor que Garrick había contratado para ella. Cuando entró en la estancia, ella lo estaba esperando y se puso en pie de un salto. Pudo ver una expresión de inquietud en su rostro. Llevaba el pelo rubio recogido a la moda en la parte superior de la cabeza y el vestido azul favorecía su cutis terso y aterciopelado. Aunque sabía que a otros hombres les parecería exquisita, él nunca se había sentido excitado en su compañía, y ése era uno de los motivos por los que se había ofrecido a mantenerla, con la condición de que su relación fuera estrictamente

platónica.

—Buenos días, Mary. Hoy te has levantado inusualmente pronto.

—Deseaba hablar contigo. —Parecía nerviosa.

Garrick frunció el cejo, pero se obligó a sonreírle.

—¿Qué sucede? ¿La nueva cocinera no trabaja como te gustaría?

—Oh, no, la señora Boardwine es maravillosa. —Vaciló y luego continuó apresuradamente—: En realidad, necesitaba decirte que voy a casarme.

Si hubiera sacado una pistola y le hubiera disparado, no podría haberlo sorprendido más. ¿Qué diablos estaba sucediendo en su vida? Primero, la alta sociedad intentaba descubrir información sobre su amante y, a continuación, Mary le estaba diciendo que lo dejaba por otro hombre. O, mejor dicho, que iba a casarse.

—¿Quién es él? —Le resultó imposible evitar la nota de disgusto en su voz, pero estaba demasiado enfadado para que eso le importara.

—Jeremy. El señor Routh.

El tutor. Dios santo, lo había engañado con el maldito tutor. Su amante nada menos. No, eso no era posible. A un hombre no se lo podía engañar si no había consumado la relación. Y Mary y él nunca habían estado juntos de ese modo. El hecho era que él nunca había estado con una mujer. A la madura edad de veintinueve años, aún le quedaba por descubrir si alguna mujer podría considerarlo deseable. Se encogió en su fuero interno. ¿Importaba? ¿Realmente le importaba lo que pensaran otros? No tenía que dar explicaciones a nadie. La dura voz en su cabeza sonó tan claramente como si su tío estuviera allí mismo con él: «Eres un medio hombre, muchacho. Ninguna mujer te aceptará, y mucho menos te deseará. Nunca comprenderás lo que es ser un hombre de verdad».

—Entiendo. —Su voz sonó amarga y la fulminó con la mirada.

—Oh, por favor, Garrick. Te lo ruego, no te enfades. No pretendíamos que sucediera. Simplemente sucedió.

Conociendo a Mary como la conocía, sabía que le estaba diciendo la verdad. De repente, se quedó inmóvil y la miró con los ojos entornados.

—¿Sabe él la verdad?

—Sí. —Mary asintió al tiempo que una expresión de dolor sobrevolaba sus facciones—. Se lo conté todo. Me ama a pesar de todo y nos quiere a los dos. Quiere a Davy como si fuera su propio hijo.

La mención de su ahijado hizo que se le encogiera el corazón. Naturalmente, se llevaría al niño consigo, y ese descubrimiento le dolió profundamente. Davy se había convertido en el hijo que nunca tendría. Había estado allí cuando nació, lo había abrazado y querido. Separarse de los dos no sería fácil. Maldición, no deseaba que las cosas cambiaran. Deseaba que todo permaneciera tal como estaba.

La culpa se extendió por sus venas. Había convertido a Mary en una puta a ojos de los demás. Durante casi tres años, había ignorado deliberadamente ese hecho. Ambos sabían la verdad, pero eso no cambiaba el hecho de que a los ojos de todo el mundo, incluso de los sirvientes, ella era una prostituta. El remordimiento lo desgarró como lo haría un trozo de tela sobre un clavo. Dios santo, era un bastardo egoísta. La había utilizado con el único propósito de dar la impresión en la sociedad de que era algo que su tío le había recordado continuamente que no era. Un hombre de verdad. Cerró los ojos y le dio la espalda.

—Lamento haberte ofrecido un pacto con el diablo como éste. Ha sido egoísta por mi parte.

En cuestión de segundos, Mary se encontraba a su lado y le tiró del brazo con fuerza para obligarlo a mirarla.

—Eso es ridículo y lo sabes —espetó—. Que yo recuerde, fuiste tú quien me encontró después de... después de lo que pasó. Me ofreciste un refugio seguro.

—Eso no cambia el hecho de que también me aprovechara. Eras vulnerable. Podría haberte llevado a otra parte diferente del país. Haberte presentado como mi hermana recientemente viuda. Debería haber buscado otro modo de protegerte de Tremaine.

—Él me habría encontrado fuera a donde fuese. Me encontró aquí. —Un destello de emoción inundó sus ojos azules—. El único motivo por el que Tremaine no regresó fue tu amenaza de enviarlo a prisión.

El recuerdo del momento en el que encontró al vizconde Tremaine en esa casa aún hacía que se le encogiera el estómago. Ese libertino había amenazado con llevarse a Davy en su intento de que Mary se marchara con él. Había tenido suerte de que Garrick no lo hubiera matado a golpes. En lugar de eso, lo había bajado a rastras por la escalera y lo había echado de la casa con la amenaza de que, si volvía a verlo alguna vez, lo mataría. Pero ni siquiera eso excusaba su propio comportamiento egoísta.

Casi como si pudiera leerle la mente, Mary lo zarandeó levemente.

—A los demás les dio igual que ese bastardo me forzara o no. Yo era un material mancillado a los ojos de todos los que me conocían. Tenía pocas opciones. Me salvaste de una horrible existencia. Y también salvaste a Davy.

Quizá tuviera razón. En ese momento, se habían necesitado el uno a la otra, y el acuerdo le había brindado la oportunidad a Mary de recuperarse emocional y físicamente. Su resistencia lo asombraba en vista de lo que había pasado. Y el hecho de que hubiera insistido en quedarse con el bebé a pesar de la brutalidad de la concepción había hecho que la admirara mucho más.

—Eres generosa valorándome.

—Y tú eres demasiado duro contigo mismo. Eres un buen hombre, Garrick. La mujer que se case contigo será afortunada.

Las palabras de Mary hicieron que lo atravesara un escalofrío. Si ella supiera toda la verdad, se daría cuenta de que eso no sucedería nunca. Resignado con su propio destino, cruzó la estancia para contemplar el fuego en el hogar.

—¿Cuándo será la boda?

—Esperábamos casarnos esta semana. Jeremy ha aceptado un puesto de director en América, en una escuela para niños en las afueras de Filadelfia, y tiene que estar allí dentro de quince días. Incluso aceptarán a Davy como alumno. —Atravesó la estancia para acariciarle el brazo—. Yo esperaba que fueras tú quien me entregara.

Cualquier otro habría pensado que ésa era una extraña petición pero, con sus padres muertos, Mary no tenía a nadie más. A Garrick incluso le pareció conmovedor que ella lo tuviera en tan gran estima como para pedírselo siquiera. La miró y asintió.

—Sería un honor para mí. —Su respuesta le valió un abrazo impulsivo y un beso en la mejilla de una Mary que sonreía feliz.

—Oh, gracias, Garrick. No sabes cuánto significa para mí que aceptes entregarme. No estaría bien no tenerte allí.

Él soltó un suspiro de resignación ante su entusiasmo. Aunque se alegraba mucho por ella, no podía evitar sentir una leve envidia por la felicidad que hacía resplandecer su rostro. Lo hizo anhelar algo que sabía que nunca encontraría. Ninguna mujer sería capaz de aceptarlo como era, por no hablar de su incapacidad de ser padre. Garrick le estrechó la mano y esbozó una sonrisa forzada.

—Me alegro por ti, cariño. Tendré que pensar en un regalo de bodas adecuado.

—Pero ya me has dado mucho.

—Da igual, sería descuidado por mi parte dejar que escaparas y te casaras con tu señor Routh sin una dote. Haré que mi abogado se ocupe de eso.

—Eres demasiado generoso, Garrick. Sólo deseo que puedas encontrar a alguien que te haga feliz.

—Estoy bastante contento... —Reprimió un bostezo—. Estoy bastante contento con mi vida tal y como es, gracias.

—Estás cansado —dijo ella con suavidad—. Debería haber aguardado a esta noche, pero yo...

—No pasa nada, Mary. Esperabas que me levantara temprano, no que llegara a casa a esta hora.

Se estremeció. A casa. Ésa era su casa. Más que Chiddingstone Place. Allí era adonde iba cuando deseaba paz y tranquilidad. Era un lugar para ordenar sus pensamientos. Chiddingstone Place, por otro lado, era una casa de constante energía frenética y, por mucho que quisiera a sus hermanos, le resultaba agotador para el alma. Ahora todo iba a cambiar.

—Tengo una cita esta tarde que no me ocupará mucho tiempo. ¿Por qué no invitas a tu señor Routh a cenar? Me gustaría asegurarme de que se portará bien contigo.

—Estoy segura de que se sentirá honrado.

Acto seguido, Garrick le dio un beso en la frente y se marchó del salón. Cuando cerró la puerta a su espalda, se apoyó sobre la dura caoba labrada durante un momento antes de erguirse y subir la escalera principal. ¿Qué iba a hacer ahora? Había sido muy difícil eludir a las matriarcas que iban a la caza de futuros yernos, pero, al menos, la ilusión de una amante había hecho creer a todos que aún no estaba preparado para casarse.

Masculló un áspero juramento de frustración y la puerta de su dormitorio chocó con fuerza contra la pared antes de que la cerrara de un portazo. Con un gesto

violento, se quitó la chaqueta y la lanzó sobre el respaldo de una silla cercana. A diferencia de sus amigos, él no tenía un ayuda de cámara. La vergüenza lo había enseñado a arreglárselas sin un sirviente. Se quitó la corbata y luego se desabrochó el cuello de la camisa sin importarle que un botón saliera volando por el aire.

Totalmente desnudo, se vio reflejado en el espejo de cuerpo entero cuando pasó junto a él de camino a la cama. Se detuvo ante su propia imagen. Una sensación de repugnancia ascendió en su interior. Su tío tenía razón. Con sólo un testículo, no era un hombre de verdad. Le dio la espalda al espejo.

Tenía once años cuando su padre se suicidó, y Beresford había asumido la custodia de Garrick y de sus hermanos. Su tío no sólo había administrado su herencia y su casa como si fueran suyos, sino que, por alguna retorcida razón, había disfrutado atormentándolo. Sin embargo, aunque su tío había intentado hacer lo mismo con sus hermanas y su hermano, él había logrado protegerlos de la mayor parte de la crueldad de su tutor. Y eso que Beresford había destacado precisamente por su crueldad.

Un pequeño recuerdo lo acosó y Garrick se esforzó por reprimirlo, pero no lo logró. Una imagen de Bertha le pasó por la mente y tomó una brusca inspiración. Cerró los ojos cuando el doloroso monstruo del pasado asomó su horrible cabeza. Su tío había organizado fiestas con regularidad e invitaba a lo peor de los bajos fondos a la casa. Bertha era una hermosa bailarina con la que se había topado la primera noche de una de las decadentes fiestas de Beresford. Garrick se enamoró locamente de ella desde el primer momento en que la vio. A los diecisiete años, se había creído enamorado. La había cortejado de forma persistente y, cuando ella le pidió que fuera a su habitación, él se había sentido emocionadísimo. Sin embargo, lo que se suponía que debía ser una noche de pasión se convirtió en una profunda humillación. Hasta que se desnudó delante de ella no fue consciente de su error. De inmediato, Bertha empezó a burlarse de su deformidad física a carcajadas, unas carcajadas que aún podía oír en la cabeza.

Sus manos se cerraron formando unos puños tensos al recordar a su tío irrumpiendo en la habitación. En ese momento, quedó claro que se había preparado todo el encuentro para su propia diversión enfermiza, lo cual intensificó la vergüenza. Se le formó un fuerte nudo en el estómago mientras se esforzaba por enterrar el pasado en lo más profundo de su mente.

A partir de esa noche, había hecho todo lo que estaba en su mano para lograr que la gente lo viera como a un hombre al que los demás varones desearan emular. Un hombre que podía montar a caballo y cazar mejor que nadie, un boxeador excepcional, un caballero de refinado gusto en todo, incluso en materia de mujeres. La ilusión en lo referente a las mujeres había sido la más difícil de crear y preservar. Había puesto empeño en desarrollar su habilidad para besar, pero la había usado con moderación. En una o dos ocasiones en las que el deseo se había convertido en un verdadero problema, había logrado salir airoso de la situación. Que Mary hubiera aceptado fingir que era su amante lo había librado de ese tipo de inconvenientes. Ahora ella se marcharía y, con ella, su capacidad para mantener las apariencias.

No le echaba en cara a Mary su felicidad, pero descubrir que Wycombe tenía una apuesta pendiente y estaba decidido a averiguar más sobre su amante hacía que la fecha fijada para su inminente boda fuera de lo más inoportuna. El colchón cedió levemente bajo su peso y Garrick se tapó. Consciente de lo hedonista que se consideraba la costumbre de dormir desnudo, disfrutaba desafiando la norma social.

Con los brazos cruzados bajo la cabeza, se quedó mirando el techo mientras intentaba averiguar qué hacer a continuación. ¿Dónde diablos iba a conseguir una nueva amante que no cuestionara por qué su protector se negaba a tocarla? El rostro de Ruth surgió en su cabeza. De ningún modo. Se sentía demasiado atraído por esa mujer. Y era demasiado inteligente como para no cuestionarse los motivos por los que su relación debería ser platónica. Se le escapó un gruñido. Quizá podría pasar unos cuantos meses en París. No, tenía responsabilidades y no estaba dispuesto a huir.

Tal vez podría decir que no tenía una amante en ese momento. Sin embargo, la idea era ridícula. Siempre le había resultado difícil evitar a las matriarcas obsesionadas con el matrimonio que constantemente le plantaban a sus hijas delante de las narices. En cuanto circulara la noticia de que ya no mantenía a una amante, los buitres acecharían. Incluso la reputación levemente disoluta que tanto se había esforzado por fomentar contribuía poco a su esfuerzo por mantener a algunas madres alejadas.

Imágenes de Ruth se abrieron paso entre sus pensamientos. Había sido una visión tentadora bajo la luz de gas, con aquellos reflejos dorados en su pelo castaño. El vestido que llevaba resaltaba todas y cada una de las deliciosas curvas de su cuerpo, hasta la turgencia de sus pechos. Su miembro viril cobró vida cuando recordó la dulce sensualidad de sus labios. Tenía una boca que suplicaba que la besaran. E incluso más penetrante era el recuerdo de su aroma. Una misteriosa y exótica mezcla de jazmín con un toque de limón picante. ¿Su sabor sería tan delicioso como su olor? En cuanto la pregunta surgió en su cabeza, la descartó. Santo Dios, por eso era precisamente por lo que necesitaba descartar a lady Ruth Attwood como sustituta para Mary. Rodó sobre la cama y dio varios puñetazos al almohadón. Demasiado consciente de su creciente erección, gruñó. Estaba exhausto, pero su cuerpo le exigía algo que él no podía darle.

¿Cómo sería tener a Ruth bajo su cuerpo? Saborear su cuello, sus pechos y sus pezones. Tragó saliva ante la imagen. Se envolvió el rígido miembro con la mano y se permitió el placer de visualizarla en todas las posiciones carnales que podía imaginar mientras se acariciaba el pene hasta que derramó su simiente. No tenía bastante. Deseaba algo más. Algo que nunca podría tener.

Incluso si hacía lo impensable y ofrecía su protección a Ruth, eso sería lo más cerca que nunca llegaría a estar de ella. Tomó una profunda inspiración mientras se limpiaba. Dios, estaba cansado. Bostezó. Sus problemas no se irían a ninguna parte. Seguirían allí cuando despertara. Cerró los ojos y, justo antes de dormirse, oyó el sonido de las risas de su tío y de Bertha. No fue un sonido agradable.

Ruth giró despacio para estudiar el salón a través del velo negro que le cubría el rostro. La habitación no había cambiado nada desde la última vez que había visitado Crawley Hall. Seguía siendo tan luminosa y alegre como recordaba. Detrás de ella, Smythe esperaba impaciente en la puerta.

El hombre empezaba a irritarse. Sin embargo, Ruth deseaba tomarse su tiempo para contemplar la casa. Ya había decidido comprar la propiedad, pero sabía que era importante examinarla con atención por si su instinto se equivocaba. La única vez que había visitado Crawley Hall había sido poco después de empezar su relación con Marston. Una rueda de su carruaje se había roto junto a la entrada de la finca y la propietaria los había invitado a tomar un té mientras la reparaban. Nunca había olvidado la cordialidad y la hospitalidad de la anciana y, cuando se enteró de que la propiedad se había puesto a la venta y le comentó a Marston que estaba considerando adquirir la casa, él se ofreció de inmediato a comprarla para ella, aunque le pidió que esperara un par de meses a que algunas de sus inversiones vencieran. Ruth soltó un leve gruñido de disgusto. Debería haberlo presionado para que comprara la propiedad semanas atrás. Sin embargo, algo le decía que él le habría dado largas tal como había hecho la primera vez.

El sonido de un carruaje circulando sobre el camino de grava captó su atención, y atravesó el salón para mirar por la ventana. Se había quitado los guantes antes, por lo que las finas cortinas que cubrían la parte interior de la ventana le rozaron la piel como un delicado papel de lija cuando las apartó. La posición del carruaje hizo que le resultara imposible ver quién había llegado. Con el cejo fruncido, se volvió hacia la entrada del salón y descubrió que Smythe había desaparecido.

El pecho se le tensó por el miedo. Maldición, ese pequeño sapo... No podía tratarse de una coincidencia. Ese hombre se había enterado de que tenía fondos limitados. El agente de ventas la estaba usando simplemente para conseguir un precio más elevado de otro posible comprador.

Quizá al otro postor no le gustara la casa. La propiedad había estado en el mercado durante más de un año, y eso significaba que a Smythe podría resultarle complicado vendérsela a ese nuevo posible comprador. Unas voces masculinas resonaron en el vestíbulo, y Ruth suspiró con resignación al tiempo que caminaba hacia la puerta que daba al gran vestíbulo de entrada. Había avanzado sólo dos pasos en el vestíbulo cuando se detuvo en seco.

Stratfield.

Casi como si esperara verla, el hombre se inclinó en su dirección y, cuando se irguió, una pequeña sonrisa curvaba su sensual boca. Ruth apretó los dientes mientras dirigía una brusca inclinación de cabeza en su dirección.

—Lord Stratfield.

—Lady Attwood.

Se vio obligada a ofrecerle la mano cuando él se le acercó. En cuanto su boca le rozó la piel, fue como si la hubieran quemado. Apartó la mano bruscamente para volverse hacia el agente.

—Me gustaría ver el piso de arriba, señor Smythe.

—Por supuesto, señora. —El agente le dedicó una leve reverencia, un tanto vacilante—. ¿Le importa que lord Stratfield se una a nosotros?

—En absoluto —replicó ella. ¿Le importaba? Por supuesto que sí. No deseaba tener cerca a ese bastardo. Bueno, eso no era exactamente cierto. Decidida a ignorar la tentadora vocecilla en su cabeza, dio la espalda a lord Stratfield de un modo desdeñoso y clavó la mirada en el agente—. ¿Podemos continuar, señor Smythe?

—Por supuesto, lady Attwood. Si me acompañan...

El agente, que de pronto se había dado cuenta de que no estaba contenta en absoluto, se inclinó obsequiosamente hacia ella mientras se dirigía a la escalera principal. Al menos, el hombre había comprendido al fin que sus esfuerzos por provocar una guerra de pujas podrían estar en peligro. Pero Ruth ya sabía que había perdido Crawley Hall. Estaba segura de que Stratfield estaba en mejor situación financiera que ella, lo que significaba que el hombre podría superar su oferta.

Con los músculos rígidos por la ira, siguió al agente parcialmente calvo hacia la escalera. Parecía una pérdida de tiempo ver el resto de la casa, pero quizá finalmente Stratfield decidiera que la propiedad no era de su agrado. Deslizando los dedos sobre la pulida baranda de roble, Ruth subió por la escalera que ascendía desde el centro del vestíbulo para dividirse a izquierda y derecha en el primer rellano.

Cuando llegaron al segundo piso, contó el número de puertas. Ocho habitaciones. Entró en el primer dormitorio y valoró con cuidado sus dimensiones. Si el resto de los dormitorios eran de ese tamaño, podría acomodar sin problemas a más de veinte niños sólo en ese piso, y aún le quedaban dos habitaciones para ella y Dolores. La zona de los sirvientes, sin duda, daría cabida a dos o tres niños más.

Se acercó a la ventana para contemplar el paisaje. La luz del sol hacía que la nieve de finales del invierno brillara en el suelo. En esa época era precioso, pero en primavera lo sería aún más. Susurró una muda plegaria por que su rival no quisiera esa casa. Los niños del orfanato crecerían sanos allí. La voz de Smythe resonó en el pasillo en un evidente intento de captar la atención de Stratfield. Había algo hermoso en él, en su pose despreocupada, que la dejaba sin respiración.

Irritada por que pudiera pensar siquiera que lo encontraba atractivo después de lo sucedido la noche anterior, aferró el mango de su paraguas con tanta fuerza que pensó que se partiría en dos. Sin molestarse en hablar, cruzó la estancia y esperó en silencio a que él se moviera. Con el cejo fruncido, Stratfield se irguió y Ruth intentó pasar junto a él pero, cuando llegó a su altura, la cogió del brazo para detenerla.

—Suélteme —le espetó.

—Me gustaría explicar lo de anoche.

—No es necesaria ninguna explicación, lord Stratfield.

—Yo creo que sí —replicó al tiempo que se inclinaba hacia ella.

Ruth retrocedió de inmediato consciente del calor que se estaba extendiendo en ella y que empezaba a resultarle demasiado familiar. Igual de familiar que la atenta mirada de él.

—Bailé con usted porque deseaba hacerlo, Ruth. No porque me compadeciera de usted.

Sorprendida por su fiera declaración, se quedó mirándolo en silencio. En lo más profundo de su mente, reconoció que le había gustado cómo había pronunciado su nombre. Había una agradable intimidad en el sonido, que se abrió paso a través de sus sentidos. Tragó saliva al recordar la humillación que había sentido la noche anterior cuando se alejó de él. ¿Era posible que estuviera diciéndole la verdad? La seria expresión en su rostro le hizo pensar que sí. Había tal vehemencia en él que casi podría jurar que estaba deseando mentalmente que lo creyera. El descubrimiento de que había bailado con ella porque lo deseaba hizo que una cálida oleada de vibrante placer le recorriera el torrente sanguíneo. Alarmada por su propia reacción, Ruth le dirigió un rápido asentimiento y tomó una profunda inspiración.

—Lo creo.

—Gracias. —La simplicidad de su respuesta hizo que la confesión fuera aún más sincera.

Desconcertada por la intensidad de su mirada, ella bajó la vista hasta la mano que le rodeaba el brazo.

—Me gustaría ver el resto de la casa, lord Stratfield.

—Garrick.

—¿Disculpe? —Ruth sabía exactamente qué pretendía, pero la intimidad de usar su nombre de pila la asustaba. Todo en ese hombre la asustaba.

—Mi nombre es Garrick. —Una testaruda expresión sobrevoló sus atractivas facciones y Ruth lo estudió durante un minuto antes de asentir.

—Muy bien. Garrick. —Mantuvo el tono tajante esperando que él dijera algo más, pero no lo hizo. Se limitó a mirarla fijamente. Ruth se sintió cohibida bajo su mirada y señaló una vez más su mano con la cabeza—. ¿Podemos continuar, lord... Garrick?

—¿Cómo? Sí. Por supuesto.

Pareció casi aturdido durante un momento. Luego se apresuró a soltarla y retrocedió para cederle el paso. Al pasar junto a él, un olorcillo a colonia tentó a sus fosas nasales. Era un aroma de especias y cedro. El perfume perduró en sus sentidos mientras ponía distancia entre ellos. Smythe salió entonces de una de las otras

habitaciones en el pasillo.

—Aquí están. Si vienen por aquí les mostraré el dormitorio principal.

Impaciente por acabar de ver la propiedad para poder escapar, Ruth se apresuró a seguir al agente de ventas demasiado consciente de que Stratfield avanzaba justo detrás de ella. El mobiliario era pesado y masculino, mientras que las cortinas eran de un oscuro brocado granate. Stratfield avanzó hacia la ventana y abrió las cortinas. La habitación era un complemento perfecto para su aspecto pecaminosamente misterioso. Stratfield se volvió y la miró a los ojos con la boca curvada en una pequeña sonrisa, como si guardara un secreto. De inmediato Ruth apartó la vista.

—¿El mobiliario está incluido en el precio de venta, señor Smythe? —preguntó en voz baja mientras recorría la habitación con la vista. Había poco allí que ella pudiera usar.

El corpulento agente asintió.

—Todo está incluido, pero si el comprador lo prefiere, los muebles pueden subastarse antes de que se traslade a la casa. Por supuesto, esta estancia en particular se diseñó claramente para el señor de la casa.

El recordatorio de que no era la única que consideraba la compra de Crawley Hall le devolvió la sensación de frustración. Esa propiedad debería haber sido suya. Ahora se vería obligada a pujar por ella y esperar que Garrick no ofreciera más dinero.

—Me gustaría ver el comedor y la cocina, si no les importa —comentó con cierta premura en la voz. Acto seguido, se volvió rápidamente hacia Garrick. Hizo una mueca. Qué rápido había empezado a pensar en él por su nombre de pila—. Siempre que haya visto usted suficiente de esta planta, lord Stratfield.

Él enarcó una ceja ante su tono brusco, pero su única respuesta fue un breve asentimiento con la cabeza y una leve reverencia. Era como si se burlara de ella, y a Ruth no le gustó. Esforzándose por mantener oculta su irritación, dio media vuelta y se dirigió a la puerta.

—Smythe, ¿sabe algo del anterior propietario?

La pregunta de Garrick la hizo detenerse en seco. Se volvió y esperó a que el bajo y fornido agente respondiera. Para su sorpresa, de repente Smythe parecía claramente incómodo. Le dirigió a Ruth una rápida mirada y la desvió enseguida.

—Creo que perteneció a una de las damas... amigas del príncipe, una amiga de su juventud.

La dolorida expresión de Smythe casi hizo reír a Ruth, y su mirada se encontró con la de Garrick, cuya boca se retorcía en una expresión de diversión.

—Ah, eso explica el espejo.

Confusa, ella observó que Smythe tragaba saliva incómodo y su mirada iba de ella a Stratfield alternativamente.

—¿El espejo, señor?

—Me decepciona usted, Smythe. No me diga que no se ha dado cuenta.

Con un gesto de la cabeza en dirección a la cama, Garrick enarcó las cejas al tiempo que miraba fijamente al agente de ventas. Ruth atravesó la estancia con el cejo fruncido y alzó la mirada hacia el dosel. Sujeto al techo, éste ocultaba un gran espejo centrado sobre la cama. Grabada en el cristal se leía la inscripción «Por la reina y el país».

—Dios santo —jadeó intentando no reírse.

¿Realmente el príncipe de Gales había dormido en esa cama o la que había sido su amante la había encargado después de que el romance hubo acabado? No importaba, estaba segura de que Su Alteza Real no habría querido que nadie más lo viera. A Ruth no le extrañaba que el señor Smythe pareciera tan incómodo.

—Discúlpeme, señora. Lord Stratfield. —Smythe carraspeó y una única mirada bastó para confirmar que el sudor le perlaba la frente—. Lo siento. Dejé dicho que el espejo debía retirarse esta mañana. Es evidente que no se han seguido mis instrucciones.

—Confío en que se encargará de que lo retiren pronto —comentó Garrick con cierta dureza en la voz.

—Desde luego, señor. Si se llegara a saber, sería mi ruina. —El agente los miró a los dos con terror en los ojos.

—No tengo ningún deseo de ver peligrar su sustento, señor Smythe —afirmó Ruth con un suspiro. A pesar de su irritante conducta, el hombre no tenía la culpa de las decisiones decorativas del propietario anterior—. Pero estoy de acuerdo con lord Stratfield en que el espejo debería retirarse de inmediato.

—Sí, lady Attwood. Gracias. —El agente les dedicó una reverencia en señal de agradecimiento y luego se apresuró a salir del dormitorio—. Ahora, si me acompañan, les enseñaré el resto de la casa.

Ruth se resistió al impulso de mirar a Garrick cuando se volvió para seguir al agente fuera del dormitorio. En menos de una hora, ese hombre la había obligado a cambiar por completo su opinión de él. Había sido fácil mantener las distancias cuando le había parecido despreciable. Pero ahora... ahora se esforzaba al máximo por que no le gustara.

Incapaz de resistirse, Garrick se descubrió embelesado por el suave balanceo de las caderas de Ruth cuando ella se volvió y se dirigió hacia la puerta del dormitorio. No había artificio alguno en sus movimientos, y la elegancia sensual con la que se movía le hacía hervir la sangre de un modo que no había experimentado desde que tenía diecisiete años. No obstante, ni siquiera Bertha había despertado una reacción tan fuerte en él. Se pasó el dedo por debajo del rígido cuello en un esfuerzo por respirar mejor. Dios santo, esa mujer era una experiencia embriagadora.

Unos momentos antes, lo había conmocionado cuando había inhalado su aroma dulcemente ácido. Hacía que un hombre deseara descubrir si sabía tan bien como olía. Era una fragancia totalmente diferente de la de la noche anterior. Ahora olía a fresco y a limpio, mientras que en el baile había sido un exótico misterio para sus sentidos. Reprimió un gruñido. En cuanto se quedara a solas con Smythe, iba a apalear a ese hombre por ponerlo en un aprieto tan endemoniadamente incómodo. Quería Crawley Hall, pero estaba claro que ella también. Y ése era un problema que no había tenido que considerar de camino a la propiedad. Aunque no lo mostraba abiertamente, podía ver, por cómo tocaba las puertas, las barandillas, todo, que Ruth deseaba la finca con todas sus fuerzas. No se limitaba a tocar las cosas, sino que las acariciaba. Con tanta delicadeza como acariciaría a un amante. Garrick tragó saliva cuando volvió a sentir el cuello prieto alrededor de la piel. La siguió fuera de la estancia con un paso lento y sereno. Pisaba un terreno peligroso con esa mujer. Primero, el incidente de la noche anterior, y esa mañana, la propuesta que había estado considerando seriamente durante todo el trayecto hasta Crawley Hall.

Habría sido mejor dejar las cosas tal como estaban. Habría sido más fácil si hubiera permitido que creyera que la había invitado a bailar impulsado por la lástima en lugar de por su espontáneo deseo de tenerla entre los brazos. No, lo único lamentable en lo referente a bailar con Ruth la noche anterior había sido su reacción ante ella. Mientras la seguía por el pasillo, su mirada descendió hasta la parte baja de la espalda, donde su mano había descansado mientras la guiaba por la pista de baile. Había sentido su suave calor en los brazos y no tenía ninguna duda de que sería una criatura fogosa en el lecho de un hombre.

Negó con la cabeza despacio mientras borraba de su mente las imágenes que empezaban a dominarla. Eso nunca sucedería. No sería posible. Pero si esa mujer podía nublar sus sentidos tan fácilmente en compañía de otros, ¿cómo sería cuando finalmente estuviera a solas con ella? Apretó la mandíbula mientras bajaban la escalera. Quizá Smythe le había hecho un favor. A la luz del día, estaba viendo lo complicadas que podrían ser las cosas si le planteaba a Ruth que fuera su amante sólo de palabra. No sería tan sencillo como le había parecido en el carruaje esa mañana. De hecho, tenía la clara impresión de que sería uno de los retos más difíciles de su vida.

A pesar del pasillo poco iluminado que daba a la parte posterior de la casa, la cocina era luminosa y espaciosa. Se trataba de una enorme estancia con un gran horno de ladrillo y una cocina de leña tan reluciente que podría decirse que era totalmente nueva. El regocijo iluminó los rasgos de Ruth cuando enrolló con cuidado el velo en el ala de su sombrero. Garrick no podía recordar haber visto nunca antes una mujer más hermosa. Sus mejillas mostraban un leve rubor, y un par de ojos algo separados contrarrestaban su fina nariz. No pudo pensar en nadie que tuviera los ojos del color de los de ella. Eran de un violeta oscuro y estaban llenos de secretos. Pero eran sus carnosos labios carmesíes los que hacían que se le secara la boca.

Entrelazó con fuerza las manos a la espalda y apartó la vista de su rostro. Su reacción ante ella estaba empeorando. Sabía muy bien que no debía permitir que el deseo físico controlara sus sentidos. Si tenía alguna intención de plantearle su propuesta, necesitaba asegurarse condenadamente bien de que podía controlarse en su presencia. Ése era el único modo de que el acuerdo pudiera funcionar. Tenía que mantener la relación estrictamente platónica.

—¿Sabe si la chimenea puede soportar una segunda cocina, Smythe?

Sorprendido por su pregunta, Garrick la miró. ¿Para qué diablos necesitaba una segunda cocina? El agente parecía igual de confuso mientras negaba con la cabeza.

—No estoy seguro, señora. Tendría que hacer que el herrero local lo examinara.

—Antes de poder considerar la posibilidad de hacer una oferta, necesitaría que respondiera a esa pregunta y a unas cuantas más.

—Por supuesto, señora —respondió Smythe con una expresión abatida.

—Si no le importa, me gustaría ver el huerto.

—¡Pero está nevado, lady Attwood!

—Gracias por la observación, Smythe, pero, aun así, me gustaría dar un paseo fuera. Estoy segura de que lord Stratfield tendrá preguntas, así que no es necesario que me acompañe.

Antes de que ninguno de ellos pudiera detenerla, Ruth se dirigió a la puerta que daba a una pequeña entrada y luego al exterior. La expresión estupefacta de Smythe casi hizo reír a carcajadas a Garrick. El agente no tenía ni idea de cómo reaccionar ante esa mujer, pero él tampoco estaba seguro de si tendría una respuesta. Cuando desapareció por la puerta trasera, Smythe se volvió hacia él asombrado.

—Lord Stratfield, ¿tiene alguna...?

—Creo que acompañaré a lady Attwood afuera, Smythe. Le sugiero que nos espere en el vestíbulo principal.

Garrick sonrió cuando pasó junto al hombre. Por segunda vez, el fornido agente se había quedado sin palabras. La puerta de la cocina se cerró a su espalda cuando se detuvo un momento en la pequeña entrada. ¿Ruth realmente había salido a la nieve sin chanclos? Rápidamente se puso un par de esos protectores de goma y la siguió afuera.

Por el tamaño de sus huellas, había renunciado a los chanclos, lo que significaba que podría caerse con facilidad si no iba con cuidado. Preocupado por su bienestar, avanzó deprisa siguiendo el rastro que había dejado en la nieve. El huerto estaba sin vida en ese momento. Se veían pequeños trozos de plantas muertas que se abrían paso con gran esfuerzo a través de los varios centímetros de nieve que cubrían el suelo. Los árboles frutales, cuyas ramas desnudas se torcían en todas direcciones como las patas de una araña, bordeaban la parte posterior del huerto, mientras que una pérgola blanca y estéril cubría el camino que él seguía.

Los pasos de Ruth lo llevaron hasta un invernadero para naranjos un poco más allá, y Garrick pudo ver su oscura figura a través de las ventanas empañadas. Se acercó deprisa a la construcción y accedió a la húmeda calidez del invernadero. El tamaño del huerto interior era mayor de lo que había esperado. Era evidente que alguien se había encargado de cuidar las plantas, porque pudo divisar unas tomateras con pequeños frutos.

Delante de él, vio la parte superior del sombrero de Ruth. Realmente necesitaba que le examinaran la cabeza por haber ido en busca de esa mujer. Pero algo que escapaba a su entendimiento lo empujaba. Era aún peor, porque sabía que lo que lo estuviera impulsando a avanzar seguramente no le causaría nada más que problemas. Giró una esquina y se encontró a Ruth examinando un peral ornamental. Debido a que había estado tan absorta inspeccionando el invernadero o a que Garrick había caminado de un modo más silencioso de lo que había esperado, ella gritó sorprendida cuando se volvió y se lo encontró detrás.

—Dios mío —jadeó al mismo tiempo que sus ojos centelleaban por la ira—. Me ha dado un susto de muerte.

—Disculpe. Pensé que me había oído entrar.

—No, no lo he oído.

Entonces, Ruth le dio la espalda para continuar avanzando por el camino cubierto de piedrecitas en silencio. Garrick la siguió con el cejo fruncido. Tras dar varios pasos, ella se volvió bruscamente hacia él.

—¿Puedo ayudarlo en algo, lord Stratfield?

—Creía que habíamos acordado que me llamaría Garrick.

—Oh, por Dios santo. ¿Desea algo, Garrick?

Ignoró las lujuriosas imágenes que inundaron su cabeza de inmediato al oír su pregunta. Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró con recelo. Su conducta era la de una leona a la que la irritaba que la acosaran.

—¿Por qué quiere comprar Crawley Hall?

—¿Qué? —Estupefacta, ella dio un paso atrás y se lo quedó mirando con una expresión de muda sorpresa.

—Le he preguntado por qué quiere comprar Crawley Hall.

—Es... es una inversión —espetó.

—No. Es más que eso. —Garrick frunció el cejo al ver que ella palidecía—. Usted desea esta propiedad con todas sus fuerzas.

—No sé de qué está hablando.

—Sí, sí lo sabe. Lo he notado por cómo lo tocaba todo en la casa, incluso estas plantas. Un hombre moriría de placer en sus brazos si lo acariciara del mismo modo que lo ha hecho con las cosas de esta casa. —Maldición, no había tenido intención de expresar así lo que pensaba.

—No sea ridículo. —Ruth resopló con las mejillas encendidas—. Está siendo exageradamente dramático. Algo que me resulta bastante sorprendente.

—Y yo no la había creído tan cobarde como para no responder a mi pregunta, Ruth.

Garrick vio que ella tragaba saliva con fuerza cuando pronunció su nombre, y el destello de emoción en sus ojos lo empujó a acercarse hasta que apenas los separaron dos centímetros de distancia. Sintió su respiración rápida y su aroma le llenó las fosas nasales mientras se concentraba en la exuberancia de su labio inferior. Se quedó allí llenándose los pulmones de ella, percibiendo su calor pegado a él a pesar de que no la tocaba. ¿Qué diablos le sucedía? Ante la más mínima señal de deseo, siempre había logrado poner distancia entre él y una mujer. Pero esa vez no. Dios santo, sabía que era un error, pero deseaba saborearla. Bajó la cabeza hacia ella, pero, de repente, se alejó de su alcance.

—Deberá excusarme, lord Stratfield. Tengo que regresar a Londres ahora mismo si no quiero llegar tarde a una cena. —Retrocedió otro paso.

—Pero aún no me ha dicho por qué quiere Crawley Hall.

—No tengo por qué hacerlo.

—Cierto —asintió él en voz baja—. Pero me gustaría saber por qué es tan importante para usted.

Ruth lo miró fijamente durante un largo momento. Su mirada estaba cargada de un recelo que le hizo fruncir el cejo. Deseaba que confiara en él como lo haría con un amigo. Ese pensamiento hizo que de nuevo se cuestionara su salud mental. Ruth soltó un brusco suspiro de resignación.

—Muy bien. Deseo retirarme aquí —dijo finalmente, y otra emoción distinta oscureció sus ojos.

Garrick estaba seguro de que le estaba diciendo la verdad, aunque no toda. No necesitaba una casa tan grande como Crawley Hall, que estaba pensada para una gran familia o, en el caso de él, para crear un orfanato. Entrelazó las manos en la espalda y enarcó las cejas.

—¿Retirarse? Es usted demasiado joven para eso. —Fue una observación sincera, pero hizo que Ruth abriera unos ojos como platos por el asombro.

De repente, se echó a reír a carcajadas, un sonido melodioso que hizo que lo atravesara una punzada de placer. Le gustó el timbre de su risa.

—Le agradezco el cumplido, pero tengo cuarenta y un años. Y para una mujer en mi posición, hace que mi perspectiva sea... diríamos que... limitada.

—Creo que subestima sus encantos, Ruth. Hay muchos hombres que anhelarían su compañía. Es usted una mujer hermosa. —Y parecía más joven de lo que ella pensaba, se dijo Garrick. Esa mujer podría haber pasado por una con pocos años más que él, en lugar de los doce que los separaban.

—Me halaga, pero padece usted la ceguera propia de la juventud, algo que yo perdí hace mucho tiempo. —Le lanzó una sonrisa irónica.

A Garrick lo molestó que pudiera descartar su cumplido con tanta facilidad. Era más deseable de lo que creía. Ignoró la alarma que sonaba en su cabeza.

—Parece que me considera un joven imberbe que intenta ganarse su favor con halagos —espetó—. No tengo costumbre de decir nada que no piense realmente.

Sus ojos violeta se volvieron de un tono turbulento cuando lo miró sorprendida antes de inclinar la cabeza en su dirección.

—Discúlpeme. Es evidente que he olvidado cómo aceptar un cumplido.

A pesar de su serena disculpa, Garrick seguía enfadado. Puede que hubiera una importante diferencia de edad entre ellos, pero tampoco era como si él acabara de salir de la escuela. Ni lo había cautivado hasta el punto de que hubiera perdido la cabeza. Una mentira nada convincente, pero podría vivir con ella por el momento. Puede que no tuviera experiencia en el lecho femenino, pero estaba lejos de ser inocente en lo concerniente a lo que sucedía entre un hombre y una mujer. Y, lo que era

más importante, no era la clase de hombre que descartaría a una amante simplemente por su edad. Y eso era lo que Marston había dejado brutalmente claro con sus comentarios y su relación actual con una mujer que tenía la mitad de años que Ruth. Lo que ese canalla le había hecho le recordaba a la humillación que él mismo había sufrido más de diez años atrás. Había perdido su juventud y su inocencia de golpe la noche en que su tío y Bertha lo habían humillado. Él comprendía más de lo que ella sabría nunca lo profundamente que podían herir los insultos.

El denso silencio entre ambos incomodó claramente a Ruth, y Garrick vio que jugueteaba con el mango de su paraguas. Algo ridículo para llevar en medio de la nieve. De todas las cosas sobre las mujeres, las modas y la necesidad de fruslerías era algo que nunca había comprendido.

—Si me disculpa, lord... Garrick, creo que voy a regresar a la casa.

—Sigue teniendo dificultades con mi nombre. ¿La pongo nerviosa? —Entornó los ojos cuando vio que el rubor inundaba sus mejillas.

—Es... es porque denota una intimidad que no existe entre nosotros.

—Hay diversas formas de intimidad, Ruth. ¿No podríamos ser amigos al menos?

—Me temo que eso no es posible.

—¿Porque hay un par de años de diferencia entre nosotros? —La vio estremecerse ante la pregunta. Maldición, debería recordar lo sensible que era respecto a la edad.

—No, por supuesto que no. —Su tono de voz le indicó que la diferencia de edad entre ambos era precisamente el motivo por el que ella había rechazado su oferta de amistad.

—Y si compro Crawley Hall para usted, ¿eso cambiaría el modo como se siente?

Maldita fuera, ¿es que había perdido la cabeza? Era la propiedad más grande que había encontrado en meses, la propiedad que podría albergar a más niños al mismo tiempo y que permitiría hacer la ampliación que sabía que sería necesaria en el futuro. Y ahí estaba él, ofreciéndosela en bandeja. Frunció el cejo cuando ella lo fulminó con la mirada.

—Una oferta generosa, lord Stratfield, pero debo rechazarla. No me avergüenza mi modo de ganarme la vida, pero no estoy tan desesperada como para venderme al primer hombre que aparezca después de que otro haya roto conmigo.

Con una desdeñosa inclinación de cabeza, Ruth dio media vuelta y lo dejó mirándola fijamente con lo que sólo pudo definir como un intenso remordimiento. Una sensación que no le gustó en absoluto. Garrick no sólo había puesto en peligro sus propios planes en lo que a ella concernía, sino que había demostrado que tenía razón. Y además había decidido respecto a un plan de acción. Sin embargo, su falta de experiencia en garantizarse los servicios de una amante era obvia y sólo ponía aún más de manifiesto su juventud.

Irritado por su falta de delicadeza, apretó los dientes disgustado consigo mismo. La había insultado. No tenía costumbre de insultar a las personas que le gustaban y, sin duda, lady Ruth Attwood le gustaba. Gruñó enfadado. Era evidente que existía un protocolo para ese tipo de asuntos, pero, en su ignorancia, había cometido un grave error. Peor aún, su trato hacia ella, intencionado o no, difería poco del desprecio que Marston le había mostrado. El sonido de la puerta del invernadero cerrándose de un golpe lo sacó de su estupor y corrió tras ella. Cuando salió, la vio caminando deprisa, aunque con cuidado, por la suave colina hacia el huerto. La alcanzó sin problemas antes de que llegara a la estéril celosía de rosas.

—Ruth..., soy un idiota.

—De eso no me cabe duda —espetó ella furiosa.

Le tocó el codo, pero ella se zafó de su agarre bruscamente para continuar avanzando hacia el huerto. Había dado tan sólo dos pasos cuando resbaló. Su suave grito lo hizo reaccionar y la cogió en brazos antes de que cayera. Su aroma lo inundó al tiempo que un suave hombro se pegaba a su pecho. Nunca había sido consciente de que una mujer pudiera oler tan deliciosamente bien con una sola inspiración. El sonido de su respiración entrecortada despertó algo en lo más profundo de su ser. Fue una respuesta depredadora por su parte. Sabía que no era la caída lo que había afectado a su respiración, y eso lo excitó. El temblor que sacudió su delicado cuerpo intensificó la sensación. El deseo se abrió paso con fuerza y lo atravesó cuando bajó la mirada y descubrió sus propios dedos extendidos sobre su estómago, a pocos centímetros de la exuberante turgencia de sus pechos.

Una imagen de ella desnuda con los pezones duros suplicando que los lamiera le vino a la cabeza de repente. Casi de inmediato, su miembro se inflamó en los pantalones. Dios santo, esa mujer era la tentación personificada. Tenía la cabeza levemente vuelta, dejándole a la vista un cuello exquisito que deseó mordisquear. Sin pensarlo, bajó la cabeza hacia ella y le rozó la piel con la boca. Pero su repentino jadeo le hizo alzar la cabeza. ¿Dónde diablos estaba el control que siempre había logrado mantener con otras mujeres y con el deseo que despertaban en él? Ya se había equivocado dos veces con ella y no quería repetir su error. Retrocedió de inmediato y la ayudó a erguirse. En cuanto Ruth se separó de él, su cuerpo protestó con una intensidad que le tensó todos los músculos. Un increíble anhelo le atenazó las entrañas al percibir el leve temblor en un costado de su cuello. Contuvo el impulso de acariciar con el dedo ese punto y, en lugar de ello, se alejó un paso.

—He cometido un error.

—Más de uno —espetó ella.

—Quizá deberíamos empezar de cero.

La miró a los ojos. Lo contemplaba con una expresión recelosa mientras consideraba su sugerencia. Sus ojos violeta se oscurecieron de repente y sus facciones adoptaron una máscara de serenidad.

—No veo por qué, lord Stratfield. No tengo ningún deseo de iniciar una nueva relación con ningún hombre. Sobre todo, con uno que cree que ganarse el acceso a mi lecho es poco más que una simple transacción monetaria. No me avergüenzo de cómo me gano la vida, pero ofrezco mucho más que la ordinaria puta con la que me ha confundido. Incluso Marston, con todos sus defectos, sabía eso.

Sin darle la oportunidad de responder, dio media vuelta y continuó hacia la casa. Garrick se quedó allí observando cómo se alejaba con la espalda rígida de lo que estaba convencido de que sólo podía ser indignación. La idea de que lo hubiera colocado en un escalón más bajo que Marston lo hizo tensarse por la ira. Sin embargo, no estaba seguro de si su disgusto se debía al enfado consigo mismo o al hecho de que lady Ruth no sintiera simpatía por él. En cualquier caso, sería mejor que se mantuviera alejado de ella, y la idea de que se hubiera planteado pedirle que fuera su amante sólo de palabra era irrisoria. Aunque, por desgracia, a él no le pareció en absoluto divertida.

Ruth fruncía el cejo mientras se esforzaba por centrar la atención en el libro que sostenía. Por tercera vez, volvió a leer el mismo párrafo antes de cerrar el libro con un gruñido de disgusto. Había pasado una semana desde su visita a Crawley Hall y no le gustaba el modo en que saltaba cada vez que sonaba la campanilla de la puerta.

No había ningún motivo para que lord Stratfield... para que Garrick la visitara. Ningún motivo a excepción de la evidente atracción que sentía por ella, una atracción que ella tampoco podía negar que sentía. O al menos no podía hacerlo en la oscuridad de su dormitorio. El corazón le dio un brinco cuando recordó el sueño que había tenido la noche anterior. Imágenes de Garrick complaciéndola con la boca hasta que gritaba su nombre y su cuerpo se convulsionaba en un orgasmo tras otro.

Se levantó rápidamente y tiró el libro en la mesita auxiliar junto a la butaca. El ejemplar de piel golpeó con fuerza la superficie de nogal. Se acercó a la ventana, apartó las cortinas y contempló la concurrida calle. No podía recordar la última vez que se había sentido tan confusa sobre qué deseaba o tan perdida respecto a qué hacer.

El sol brillaba con fuerza y, para variar, el cielo estaba despejado, a excepción del humo de las chimeneas, que esparcía el residuo del calor producido por el carbón. Era un día perfecto para un paseo por el parque y, sin embargo, eso era lo último que deseaba hacer. El calor del sol atravesaba el cristal y le calentó el rostro mientras ella cerraba los párpados durante un largo momento.

¿Por qué no podía deshacerse de esa apatía? Abrió los ojos y dejó que las cortinas volvieran a cerrarse. Su vida no se había acabado por el simple hecho de que Marston hubiera dado por terminada su relación. Tenía que velar por los niños. Se mordió el labio. Aunque no había tenido noticias de Smythe, estaba segura de que la oferta que le había hecho el día anterior no era lo bastante alta. Tendría que buscar otra propiedad pronto. St. Agnes estaba desbordado.

La campanilla de la puerta principal sonó en el vestíbulo y el corazón le dio un vuelco. ¿Garrick había...? Apartó ese pensamiento antes de que acabara de formarse en su cabeza. Simmons entró entonces en el salón.

—¿Sí, Simmons?

—Una nota del señor Smythe, señora. —El sirviente le ofreció un sobre, que Ruth aceptó con resignación.

—Gracias.

Se quedó mirando la carta y soltó un suspiro de disgusto. No serviría de nada posponerlo cuando ya sabía lo que debía de poner en esa maldita nota. Con un brusco tirón de la solapa, abrió el sobre y sacó el papel. Lo desdobló rápidamente, leyó lo que decía y su cuerpo se tensó mientras leía y releía el mensaje una y otra vez.

Crawley Hall era suyo. Y por su primera oferta, que había hecho más de seis meses atrás, lo que significaba que no tendría que vender su casa de la ciudad. Por la casita de campo en Bath había conseguido más de lo que había esperado, y una reciente donación al orfanato cubriría las reformas. Estupefacta, contempló el contenido de la carta con incredulidad mientras intentaba asimilar el hecho de que Crawley Hall era suyo. ¿Su oferta realmente había sido más alta que la de Garrick? Volvió a repasar el contenido de la carta en busca de la línea que le había parecido más desconcertante. En vista de que era la única persona que había hecho una oferta por la propiedad, los propietarios habían decidido aceptarla, en lugar de esperar a que apareciera otro comprador.

¿Por qué Garrick no había hecho ninguna oferta? Estaba segura de que él la quería. Frunció el cejo sin saber si debía sentirse feliz porque Crawley Hall fuera suyo o irritada al pensar en la generosidad que Garrick había mostrado al no pujar. No le cabía ninguna duda de que él deseaba la propiedad casi tanto como ella. Con una brusca exhalación, se encogió levemente de hombros. No importaba el motivo por el que no hubiera hecho ninguna oferta. La casa era suya.

La campanilla de la puerta principal volvió a sonar y, de inmediato, se le tensaron los músculos. No esperaba ninguna visita. Quizá Garrick iba a visitarla para aceptar su gratitud por no ofertar frente a ella. Descartó la idea, era ridícula. Un momento después, Simmons entró con un pequeño estuche.

—Una entrega para usted, señora.

—¿Había alguna tarjeta?

—No, señora. Un chico ha hecho la entrega.

Ante la respuesta del mayordomo, Ruth asintió.

—Gracias.

Cuando Simmons se retiró, se quedó mirando el estuche de joyería que el sirviente le había entregado. A pesar de la ausencia de una tarjeta, estaba segura de que era de Garrick. La anticipación hizo que se le tensara la garganta. Reprimió con vehemencia ese sentimiento y, decidida a mantenerse indiferente, abrió despacio el estuche.

El nombre de Garrick estaba impreso en la tela blanca del interior de la tapa. Hacía mucho tiempo que no le enviaban joyas del joyero de la Corona. En el interior forrado de seda, había dos broches. Uno era un delicado tulipán hecho de pequeños diamantes. El otro era una hermosa amarilis de rubíes. Ruth rio en voz baja. No sólo lord Stratfield tenía sentido del humor, sino que también sabía reírse de sí mismo. Un tulipán blanco que representaba una petición de perdón y una amarilis roja por su dramática afirmación sobre su capacidad de complacer a un hombre con tan sólo una caricia. Su piel se calentó al recordar las provocadoras palabras. Había sido una observación efectista, pero había hecho que se sintiera deseada. De repente, se dio cuenta de que era una sensación que no había experimentado desde hacía mucho tiempo. Recorrió el frío metal y las piedras preciosas con la punta de los dedos.

Era evidente que se estaba disculpando. Pero Ruth no sabía si deseaba alentarlo y si se quedaba con los broches, por muy hermosos que fueran, haría precisamente eso. Al aceptar su regalo, daría a entender que había perdonado su torpe intento de introducirse en su cama. Suspiró. Las atenciones de Garrick Stratfield eran halagadoras, pero la diferencia de edad entre ambos hacía que dudara de si debía permitir que la cortejara.

No le cabía duda de que haría que se sintiera joven de nuevo. Al menos hasta ese momento en el que la dejara por una mujer de su edad, alguien más joven que ella. Sería devastador. Aún más después de que Marston, o Grenville antes que él, hubieran roto con ella. No, sería un error aceptar el regalo de Garrick. Cerró el estuche con fuerza. Cruzó la estancia y se sentó ante el secreter para escribir una breve nota de rechazo que acompañara al estuche de vuelta a la tienda. En el preciso instante en el que llamó a Simmons, la campanilla de la puerta principal sonó de nuevo. Ruth frunció el cejo mientras metía la nota en el sobre. Y ahora ¿qué? Seguro que ese hombre no le había enviado otro regalo. Un golpe quedo resonó en el salón y Ruth se levantó justo cuando Simmons abría la puerta.

—Lord Stratfield, señora.

Cogida por sorpresa, se le cayó de la mano la nota que había escrito al joyero y ésta acabó sobre el escritorio mientras Ruth miraba asombrada cómo Garrick entraba en la estancia. Rara vez se quedaba sin palabras, pero su inesperada aparición hizo que se sintiera otra vez como una torpe chica desgarbada. Con las puntas de los dedos apretadas contra la superficie de cerezo del secreter, se esforzó por recuperar la compostura. Sólo era un hombre. Era más que capaz de manejarlo como lo había hecho con muchos otros. La mentira hizo que en su fuero interno sonara una risa burlona, pero la silenció con la férrea voluntad que había desarrollado desde que tenía diecisiete años. Cuando uno tenía hambre, podía soportar cualquier cosa por una comida.

—Lord Stratfield, qué sorpresa. —Sus dedos juguetearon nerviosos con el encaje en la base de su garganta al ver que él fruncía el cejo. Nunca debería haber aceptado llamarlo por su nombre de pila. Bajó la mano de inmediato.

—Veo que ha recibido usted mi regalo. —Garrick dirigió la mirada al estuche sobre el escritorio y luego a su rostro.

—Sí. —Ruth apartó la vista—. Acabo de escribir una nota para enviarlo de vuelta al joyero.

—¿No es de su agrado?

—Al contrario, los broches son preciosos, pero...

—Entonces no hay motivo para que no se los quede.

—Lord Strat... —Vio que su cejo se fruncía aún más y cedió—: Garrick. Aunque su regalo es generoso, no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? —Esa pregunta tan directa la dejó debatiéndose en busca de una respuesta.

—Es demasiado extravagante.

—No sé por qué creo que ése no es el verdadero motivo, Ruth. —Señaló una butaca cercana—. ¿Puedo?

Cuando ella vaciló, una leve sonrisa de perversa diversión curvó la sensual boca de él. Eso la desconcertó aún más de lo que ya lo estaba. El calor la inundó e intentó humedecerse los labios con la punta de la lengua. En cuanto lo hizo, vio que Garrick entornaba los ojos y se le secó la boca. Luchó contra su nerviosismo y le dirigió lo que esperaba que fuera un sereno asentimiento.

—Por supuesto.

En cuanto le dio su bendición, él se sentó en la butaca con un aire despreocupado que reflejaba toda la gracia y el poder de una elegante pantera. Incluso su mirada le recordaba a un depredador examinando a su presa.

—Tengo la clara impresión de que no le gusto, Ruth. —Su tono ligero no la engañó. Ese hombre estaba a punto de saltar.

—No recuerdo haber dicho semejante cosa.

—No, pero ya mostró claramente una evidente aversión por mi compañía en Crawley Hall. Incluso después de que le hubiera explicado mis acciones en el baile de los Somerset. Se erizó cada vez que me acerqué a usted. Excepto en una ocasión. —Sus últimas palabras fueron un grave murmullo, como si estuviera hablando para sí.

—Yo no me erizo —espetó ella, pero su tono contradijo sus palabras. Entrelazó las manos para evitar cerrarlas formando puños—. Cualquier aversión por su compañía se debía a que usted era una amenaza.

—¿Una amenaza?

El modo en que él enarcó las cejas en un gesto de diversión la alteró más aún. Esa vez por el disgusto.

—Sí, una amenaza. Yo deseaba Crawley Hall con todas mis fuerzas y, cuando usted llegó, vi que se me escapaba de las manos. Usted era la competencia y no podía permitirme que me gustara.

—Entonces ¿ahora ya le gusto? —Diciendo esto, Garrick zanjó la cuestión.

—Yo... —La habilidad de Ruth para replicar con agudeza la había abandonado cuando más la necesitaba—. No lo conozco lo suficiente para decidirme por una opción u otra.

—Entonces dígame por qué no desea aceptar mi regalo en realidad.

—Daría una impresión... equivocada.

—¿Una impresión equivocada?

—Parecería que estoy interesada en iniciar una relación con usted.

—Entiendo. —Él levantó el bastón que llevaba consigo para examinar el puño de plata—. Y ¿qué tipo de relación cree que deseo de usted, Ruth?

—A mí... a mí me ha dado la impresión de que usted... —Irritada por su incapacidad de mantenerse serena en su presencia, inspiró con frustración.

—¿Que deseo que sea mi amante?

La pregunta hizo que el corazón se le encogiera por el miedo y la inesperada decepción. Seguro que él no desearía a una mujer de su edad como amante. Aún peor fue la vocecilla en su interior, que se burló de ella por considerar siquiera la idea de una relación con él, y eso por no hablar de desearla. Apartó el pensamiento hasta un oscuro rincón de su mente para silenciarlo, pero seguía allí provocándola. No respondió porque se sintió incapaz de confiar en que su voz sonara firme. Los ojos oscuros de Garrick la estudiaron durante un momento. Sin embargo, su expresión desvelaba poco.

—Me pregunto si me permitirá ser su protector siquiera, Ruth.

—Por supuesto que no.

Su rápida respuesta hizo que él se levantara en un único movimiento poderoso. Ruth instintivamente dio un paso hacia atrás y desvió la mirada en cuanto él avanzó para cernirse sobre ella. Otra sonrisa curvó las comisuras de su boca mientras recorría perezosamente la línea de su mandíbula con el dedo índice hasta que, ya en su barbilla, la obligó a levantar la cabeza, de forma que no tuvo otra opción que mirarlo.

El fuego acumulado en sus ojos azules la alarmó. Mostraba el gran autocontrol que poseía, una capacidad de la que ella carecía en ese momento. Peor aún, su mirada despertó un intenso deseo en su interior. Un deseo que no estaba acostumbrada a sentir. La lujuria era un requisito para cualquier relación íntima que ella iniciara, pero ese hombre era diferente. La intensidad de la emoción que él provocaba en ella era demasiado peligrosa. Tomó aire repentinamente cuando Garrick le rozó el labio inferior con el pulgar.

—Me pregunto por qué se muestra tan reticente a la idea, Ruth. —Se inclinó hacia ella, y su aliento le calentó la boca al tiempo que fijaba la mirada en la suya.

—Simplemente no deseo iniciar una relación tan pronto después de lo de Marston —espetó irritada por no poder controlar su atracción hacia ese hombre.

—¿Y si fuera su amistad lo que yo deseo?

La sencilla pregunta fue tan inesperada que Ruth se limitó a mirarlo perpleja. Nunca un hombre le había pedido su amistad. Aunque seguía siendo buena amiga de algún antiguo amante, como Westleah, eran pocos los hombres a los que podía considerar amigos. Incluso su círculo de amigas estaba limitado a un número muy reducido de mujeres.

Cuando no le respondió enseguida, pudo ver que un destello de indecisión sobrevolaba sus rasgos y eso la sorprendió. La idea de que se sintiera inseguro respecto a algo no encajaba con la impresión que tenía de él. Lord Garrick Stratfield no era el tipo de hombre al que le faltara seguridad en ninguna cosa que hiciera.

En cuanto el barón retrocedió, echó de menos su calor y cómo le había calentado el cuerpo. Cuando lo miró a los ojos, percibió un destello de algo que reconocía en sí misma. Una necesidad de mantener la distancia entre él y lo que pudiera suponer una amenaza. Pero ¿por qué habría de considerarla una amenaza? Había sido él quien la había buscado.

—¿Por qué? —Ruth negó con la cabeza levemente cuando él arqueó una ceja—. ¿Por qué desea ser mi amigo?

—Porque me gusta.

—Ni siquiera me conoce.

—Sé que tiene un coraje inmenso. Lo mostró cuando entró en el salón de baile de los Somerset la noche en que nos conocimos. Marston acababa de romper con usted y, aun así, encontró el valor necesario para entrar en esa estancia con la cabeza alta. También tiene un buen sentido del humor.

—¿Y exactamente cómo sabe usted eso?

—¿«Por la reina y el país»?

Había picardía en su voz, y su sonrisa perversa hizo que la diversión curvara los labios de ella al recordar el espejo en el dormitorio principal de Crawley Hall. Su buen humor, sin embargo, cedió levemente cuando se preguntó qué lo había hecho renunciar a hacer una oferta por la propiedad. Deseaba preguntárselo, pero tenía miedo de su respuesta. Deseaba creer que se debía a que la propiedad no era adecuada para sus necesidades. Por lo demás, ¿por qué pedirle otra cosa más que amistad?

La repentina punzada de decepción que experimentó porque no le hubiera pedido nada más la alarmó. Era una idea ridícula imaginar siquiera que podría convertirse en su amante. Era lo último que deseaba. «Mentirosa.» Su voz interior la acusó rápidamente, pero ella la ignoró. Miró hacia el otro lado de la estancia, donde se encontraba el estuche sobre el escritorio. ¿Cómo sería eso de ser amiga de un hombre que no esperara nada más que amistad a cambio? ¿Era posible? Se volvió y se acercó decidida al secreter. En cuanto rodeó el estuche con los dedos, se preguntó si estaba bien de la cabeza.

—Mi amistad no está en venta —dijo con la mirada fija en la pequeña caja.

—Entiendo.

Esa palabra fue como hielo que se resquebrajara en la estancia, y Ruth alzó la mirada para descubrir que el semblante de él parecía la impasible fachada de una estatua. El corazón le martilleó con fuerza en el pecho mientras tomaba una profunda inspiración.

—Pero, como amiga, nunca rechazaría una hermosa disculpa como ésta. Gracias.

El silencio inundó la estancia cuando se detuvo ante él con el estuche en las manos. Garrick no dijo nada. En lugar de eso, se descubrió pensando en qué significaban realmente sus palabras. ¿Había aceptado su amistad o había aceptado ser su amante? El mero hecho de que estuviera dudando sobre el tema lo irritó.

Era cierto que ella tenía mucha más experiencia que él en los entresijos que existían en la relación entre un hombre y su amante, pero no le gustaba sentir que era ella la que tenía el control. ¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Sus dedos se cerraron con fuerza alrededor del lobo de plata que coronaba el extremo de su bastón.

Cuanto antes recuperara el control, mejor. Carraspeó y le dirigió una leve inclinación de cabeza.

—Me hace feliz saber que se quedará con mi... disculpa. Si lo desea, puedo ofenderla más a menudo para asegurarme de que mis disculpas sean igual de agradables. —Garrick mantuvo el tono despreocupado y burlón a propósito.

—No. Si aceptara regalos de usted, todo cambiaría entre nosotros.

Su rápida respuesta volvió a dejarlo en una posición de igualdad. Así que realmente no deseaba ser su amante. La decepción lo desgarró con una fuerza sorprendente. ¿Qué demonios le sucedía? Ese acuerdo era mucho mejor que convertirla en su amante sólo de palabra. Le facilitaría mucho las cosas. El hecho de que se lo viera en su compañía acallaría todos los rumores desagradables, y las madres de la alta sociedad obsesionadas con el matrimonio lo verían menos adecuado para sus hijas. Era la solución perfecta para él. Aún mejor, no tendría que explicar por qué no la tocaría.

¿Tocarla? Maldición. Había estado rabiando por hacer más que eso desde que había entrado en la estancia. Y en vista de que nunca había consumado el acto, eso sería una broma de enormes proporciones, sobre todo, porque su primer y único intento había resultado ser una humillación y un desastre. Apretó dolorosamente la mano sobre el hocico del lobo de plata. No, ésa no era la dirección que había planeado seguir en lo concerniente a ella. Acababa de aceptar un acuerdo que era muy diferente del que él había previsto. Como su amante, él podría haberse mantenido a distancia. Todo se habría reducido a un acuerdo financiero, nada más. Ignoró la risa burlona que resonó en el fondo de su cabeza. Una amistad, sin embargo, los colocaba en una situación mucho más íntima.

Había caído en su propia trampa. Y el instinto le decía que cabía la posibilidad de que esa decisión lo enviara directamente al infierno si no iba con cuidado. No acostumbraba a quedarse sin palabras, pero, en ese momento, no estaba seguro de qué decir. Incluso Ruth parecía desconcertada. Sus ojos violeta se habían oscurecido significativamente, y Garrick percibió el leve temblor que la recorrió. Quizá no era el único que no estaba seguro de cómo proceder. Ella parecía una joven vulnerable. Era inconcebible que pudiera considerarse mayor. Le entraron ganas de estrecharla en sus brazos y asegurarle que no tenía nada que temer de él ni de nadie. Hizo una mueca en su fuero interno ante esa idea.

Ruth tenía razón. Se ponía demasiado dramático. Pero era un hábito recién adquirido. Para acabar con la incomodidad del momento, sacó su reloj de bolsillo del chaleco y lo abrió. Pasaban de las dos y le había prometido a Lily que se reuniría con ella en Caring Hearts para revisar las finanzas del orfanato.

—¿Tiene una cita? —Su voz fue como una suave brisa en sus oídos.

—Sí. He prometido encontrarme con mi hermana. Pero si me lo permite, me gustaría acompañarla a la ópera esta noche.

—Estaría encantada. —La voz de Ruth sonó levemente entrecortada e hizo que a Garrick lo atravesara una oleada de calor, aunque logró reprimir la sensación de inmediato.

—Vendré a buscarla a las siete, ¿le parece bien?

Garrick avanzó y aceptó su mano extendida. En cuanto le envolvió los dedos, una descarga eléctrica le subió por los brazos. Se inclinó levemente con la boca pegada a su piel. El fresco aroma a limón le rozó las fosas nasales y provocó reacciones en sus entrañas que no había experimentado desde que se había creído enamorado de Bertha. Ese pensamiento fue como si le hubieran echado por encima un jarro de agua helada. El deseo era una reacción animal, nada más. Había logrado controlar sus necesidades físicas con otras mujeres, y Ruth no sería diferente. La risa burlona que había oído antes volvió a resonar en su cabeza.

Se irguió y la miró a los ojos. La repentina calidez en su mirada hizo que su pecho se hinchiera con una emoción que aplastó antes de poder definirla siquiera. Con un rápido asentimiento, dejó el salón y salió de la casa como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Sin embargo, no fue capaz de dejar atrás a los demonios cuando se metió en el carruaje.

—Maldición. —Lanzó el bastón al asiento frente a él con un violento golpe—. Amistad. Le has ofrecido amistad. Estás loco, Stratfield, condenadamente loco.

Se le escapó un gruñido cuando cerró los ojos. ¿Por qué diablos le importaba tanto lo que alguien pensara de él? No necesitaba la aprobación de gente como Wycombe o Marston. Entonces ¿por qué diantre se molestaba en seguir con esa ridícula farsa? Una imagen de su tío acudió a su mente y se estremeció. Ese hombre había odiado a sus hermanos y también a Garrick porque se interponían entre él y una pequeña fortuna, además de una propiedad rentable. Una fortuna y un sustento que su tío casi había dilapidado.

El pasado amenazó con abrirse paso por encima del muro que él había construido y soltó un suspiro de alivio cuando el carruaje se detuvo frente al orfanato. Sus problemas siempre parecían insignificantes en ese lugar. Muchos de los niños de Caring Hearts habían sufrido desgracias mucho peores que él y sus hermanos. No esperó a que su cochero le abriera la puerta y, en cuestión de segundos, ya había cruzado el umbral del orfanato.

A pesar del gris exterior de piedra, el interior de la casa era acogedor y alegre. No había ninguna similitud entre ese lugar y la atmósfera en la que él había crecido. Se oyeron risas procedentes de una estancia al final del pasillo principal y Garrick avanzó en dirección al sonido. Se detuvo en la puerta de lo que era el aula principal. La imagen de Lily con los ojos vendados y las manos extendidas en un intento de encontrar a alguno de los niños risueños que la rodeaban le hizo soltar una risa ahogada. Su hermana puso los brazos en jarras de inmediato y ladeó la cabeza en su dirección.

—Niños, ¿está aquí lord Stratfield? —preguntó con la venda aún sobre los ojos.

—Sí, señorita Lily. Su señoría... —El chico que había hablado gruñó con fuerza cuando Lily se abalanzó hacia adelante para rodearlo con los brazos. El muchacho se retorció como una anguila hasta liberarse de su agarre—. Oh, eso no es justo, señorita.

—Sí que lo es, señorito Alfred, y lo sabes —replicó Lily riéndose mientras se retiraba la venda y se la entregaba al niño—. Deberías haber esperado a responder cuando estuvieras fuera de mi alcance.

Con una expresión de resignación, el chico aceptó la venda y se la puso. Lily se abrió paso entre los chiquillos y se detuvo al lado de Garrick para darle un beso en la mejilla.

—Empezaba a pensar que te habías olvidado de nuestra cita.

—No llego tan tarde.

—No, pero normalmente llegas pronto cuando es algún asunto que tiene que ver con Caring Hearts. —Lily lo cogió del brazo y lo llevó por el pasillo hasta el despacho—. ¿Te preocupa algo?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Vincent comentó que la semana pasada dormiste todos los días en Chiddingstone Place. Eso me hace pensar que quizá has roto con tu amante.

—Maldita sea, Lily. Ése no es el tipo de cosas que deberías preguntar. —Garrick frunció el cejo mientras miraba a su hermana, que puso los ojos en blanco.

—¿Por qué? Me preocupo por ti. Vincent y Grace también. Queremos que seas feliz y, si has roto con tu amante, quizá estés considerando al fin el matrimonio.

—El matrimonio. —Él se detuvo en seco y miró estupefacto a Lily—. Por todos los santos, ¿qué te hace pensar algo así?

—Bueno, no puedes cortejar a una posible futura esposa si mantienes a una amante.

—Puedo asegurarte que no estoy considerando el matrimonio ni ahora ni en un futuro próximo —espetó—. Y queda prohibida cualquier discusión más sobre mis asuntos privados.

—Entonces, has roto con tu esquiva Mary. Eso pensé cuando oí que habías estado bailando con lady Attwood en casa de los Somerset.

—Maldita sea, Lily. Ése no es un tema de conversación apropiado. Ambos sabemos lo que puede suceder cuando los chismorreos siguen su curso. Sobre todo en lo concerniente a cuestiones amorosas. —En el mismo instante en que las palabras salieron de su boca, Garrick se arrepintió de haberlas dicho.

Una mirada vacía sustituyó la expresión provocadora de Lily.

—Tienes razón. Perdóname. Después de todo, ambos sabemos que me parezco demasiado a nuestra madre. Soy excesivamente voluble. —Había una nota de amargura en su voz, y Garrick hizo una mueca.

No había tenido intención de sacar a colación recuerdos delicados para su hermana. Su madre había sido una mujer egoísta y vanidosa que se había fugado con su amante antes de que Garrick cumpliera los quince años. Sus acciones habían impulsado a su padre a quitarse la vida, dejando al tío de Garrick con el control de sus propiedades hasta que su hijo fue mayor de edad. Lily no sería capaz de hacer lo que su madre había hecho. En realidad, ninguno de sus hermanos tenía esa naturaleza cruel.

—No te pareces en nada a ella —le dijo en voz baja mientras entraban en el pequeño despacho del orfanato.

—¿No? En caso de que lo hayas olvidado, te recordaré que yo también dejé a mi esposo.

—Las circunstancias no son las mismas.

—Cierto. —Lily se encogió de hombros con indiferencia—. Pero eso no hace que sea menos hija de mi madre. Si acaso, lo confirma.

—Tú no te fugaste con un amante y abandonaste a tus hijos —espetó él con un tono fiero. Odiaba a su madre por lo que les había hecho a él y a sus hermanos. Era inadmisible.

—Quizá, pero la manzana nunca cae lejos del árbol. —Lily se sentó ante el escritorio y abrió uno de los libros de cuentas.

Garrick frunció el cejo ante su cinismo. No era natural que una joven tuviera una visión tan negativa del mundo.

—Un día volverás a encontrar el amor, Lily. —Percibió la convicción en su propia voz, pero el leve encogimiento de hombros de su hermana le indicó que no la había convencido.

—El día que cambies de opinión respecto al matrimonio será el día que puedas darme alguna charla sobre el tema. Hasta entonces, me conformaré con trabajar aquí, en Caring Hearts, o en Crawley Hall.

La mención de Crawley Hall le arrancó una mueca. ¿Cómo iba a explicarle que ni siquiera había hecho una oferta por la finca, y mucho menos que no la había conseguido? Sabía cuánto prefería Lily esa propiedad a las demás. Había sido ella quien había insistido en que hiciera una oferta después de haber visitado el lugar sin él. Se acercó a la ventana y contempló el pequeño jardín en la parte posterior de la casa. No era grande, pero bastaba para que los niños pudieran jugar cuando el tiempo lo permitía.

—Me temo que no he podido comprar Crawley Hall.

—¿Qué? —Lily alzó la cabeza para mirarlo perpleja—. Dijiste que podía considerarse nuestra. Ya he hablado con un contratista sobre las mejoras necesarias.

—La vendieron a otro comprador. —Con las manos a la espalda, Garrick se encogió de hombros mientras mantenía a propósito una expresión neutra. No le explicó que conocía al otro comprador. Lo último que deseaba era que Lily le hiciera preguntas sobre Ruth—. Hay otras propiedades igual de idóneas para nuestras necesidades. Ya he quedado con Smythe para ir a ver dos de ellas mañana. Tendré algo para la próxima semana.

—¿Me estás diciendo que alguien hizo una oferta superior a la tuya? —El tono incrédulo de su hermana lo obligó a fruncir el cejo cuando ignoró por completo su promesa de que encontraría una propiedad que sustituyera a ésa en unos días.

—Siempre hay un precio que no estoy dispuesto a superar.

Era sólo una leve desviación de la verdad. Establecía límites en todo lo que hacía. Pero, en ese caso, ni siquiera se había molestado en hacer una oferta por Crawley Hall. Un hecho que indicaba que su interés por Ruth iba mucho más allá de lo que debería. Prácticamente se lo había regalado. Mejor dicho, había intentado hacer eso, y ella se había negado. Garrick no se había dado cuenta hasta ese momento, pero ese día en el invernadero habría comprado la propiedad y se la habría ofrecido a Ruth como un obsequio.

Nunca había sido así de extravagante con una mujer, ni siquiera cuando estableció una dote considerable como regalo de boda para Mary. Ese descubrimiento lo hizo decidir que debería reforzar su autocontrol en lo referente a Ruth. La risa burlona que resonó en su cabeza hizo que se estremeciera. Incluso a su subconsciente le resultaba fácil burlarse de él.

—Maldición. —La decepción de Lily lo arrancó de sus pensamientos. Al menos, no sondeó más. Tomó una profunda inspiración y soltó el aire cuando su hermana volvió a centrarse en el libro de cuentas—. Bueno, si tenemos que posponer el traslado de los niños unos meses más, supongo que podríamos considerar la sugerencia del doctor Lawrence sobre las literas.

—¿Las literas?

Ésa no era la primera sugerencia que el doctor había hecho, y era buena. Incluso le resultaba más impresionante que Lily estuviera dispuesta a considerar la recomendación de ese hombre.

—Sí, dijo que podríamos acoger a más niños y que los chicos se pelearían por dormir en las de arriba. Podríamos despejar, como mínimo, dos dormitorios para las chicas al mismo tiempo que añadiríamos camas para los chicos.

—¿Y el coste?

—Es un importe bastante pequeño, pero, a menos que recibamos una donación considerable en el futuro, no es el coste de las camas lo que me preocupa. Cuantos más niños acojamos, mayor será la factura de la comida. A este paso, nos veremos forzados a retirar fondos de los ahorros de la fundación antes de que acabe el año.

—No creo que eso vaya a ser un problema. La granja de Grantham está empezando a registrar beneficios, y el molino de algodón de Northwick estará en funcionamiento a finales de mes. Las ganancias de ambas propiedades están destinadas exclusivamente a la fundación.

—También me preocupa que tengamos que bajar la edad de inicio de la formación a los doce años para dejar sitio para más niños. La señorita McGrath ha acogido a dos bebés más esta semana para los que no teníamos espacio, pero ¿cómo podía negarse? ¿Cómo podría negarme yo?

—En ese caso, contrataremos a un profesor para cada una de las dos propiedades. Los niños continuarán con sus estudios mientras aprenden un oficio. Cuidaremos de ellos como siempre lo hemos hecho.

—No podría soportar que los más jóvenes fueran alejados de aquí demasiado pronto.

La expresión preocupada de Lily lo impulsó a atravesar la estancia y a apoyar una mano sobre su hombro. Todos sus hermanos mostraban interés por Caring Hearts, pero Lily era quien había puesto todo su corazón en el orfanato. Tenía casi trece años cuando su madre los había abandonado y le había costado aceptarlo. Peor aún, había nacido siendo una belleza y había sufrido por ello. La traición del vizconde de Lynmouth la había destrozado, pero su tío había hecho que su matrimonio con Lynmouth estuviera condenado desde el principio. Ese hombre tenía que pagar por más cosas, aparte de la humillación que él había soportado en sus manos. El dolor y el trauma que Garrick y sus hermanos habían padecido lo habían impulsado a abrir el orfanato. No sólo quería proteger a otros niños de hombres como su tío, sino que deseaba que tuvieran la oportunidad de disfrutar de una vida mejor aprendiendo un oficio.

A lo largo de los últimos ocho años, el orfanato había garantizado que todos los niños a los que había acogido tuvieran una educación básica y no empezaran a trabajar hasta los trece años, una edad que era mayor de lo que las leyes para el trabajo infantil permitían. A los niños se les enseñaba un oficio y se les pagaba de las ganancias del negocio en el que trabajaban.

—Te preocupas demasiado, Lily. Los niños estarán bien. —Le apretó el hombro—. Ahora enséñame las cuentas que has preparado. Estoy seguro de que el panorama no es tan negro como tú crees.

Se inclinó sobre el hombro de su hermana y revisó el libro de cuentas meticulosamente actualizado. Le señaló dónde podían hacerse concesiones para satisfacer otras necesidades. Tras más de una hora de trabajo, Lily cerró el libro y le sonrió.

—Muy bien. Reconozco que las cosas no están tan mal como imaginaba.

—Eres una exagerada —se burló él mientras se inclinaba para besarla en la frente—. Pero de la mejor clase. Porque te preocupas por los demás.

Lily le estrechó la mano en un cariñoso gesto fraternal mientras se ponía de pie y consultaba el pequeño reloj sujeto a su vestido.

—Cielo santo. No me había dado cuenta de que era tan tarde. Tengo muchas cosas que hacer antes de irme de aquí hoy. ¿Le digo a la cocinera que cenarás con nosotros? Nos acompañarán los Hamilton.

—No. Tengo otros planes para esta noche.

—¿Lady Attwood? —La pícara pregunta lo cogió desprevenido ante la curiosa mirada de su hermana.

—Y si dijera que sí, ¿importaría? —preguntó en un tono neutro.

—No es idónea para el matrimonio y ¿no es un poco mayor para ti? —Había un leve rastro de desprecio en la voz de Lily.

Garrick le lanzó una mirada dura.

—Ése es el tipo de comentario que esperaría de otras personas de una naturaleza menos generosa, Lily. Ni siquiera conoces a lady Attwood.

—Sé que parece interesada en convertirte en su última conquista. —Con las mejillas encendidas por su desaprobación, Lily levantó la cabeza en una pose testaruda. Garrick la miró incrédulo antes de soltar una carcajada. Al ver que su hermana se quedaba boquiabierta, se rio con más fuerza.

—Hasta esta misma mañana, la dama en cuestión no encontraba mi compañía en absoluto placentera. Puedo asegurarte que no se ha propuesto conquistarme de ningún modo.

—Ya veremos —masculló Lily—. Eres un buen partido y hay decenas de mujeres que estarían encantadas de gozar de tus atenciones.

—Estoy bastante satisfecho con mi vida tal como está. —Le lanzó a Lily una mirada de advertencia—. Y me gusta lady Attwood.

—¿Cuánto te gusta? —Su hermana lo miró con una expresión pensativa.

Era una pregunta que Garrick no estaba seguro de si deseaba responder. No porque no deseara hablar de Ruth, sino porque no quería pensar en la facilidad con la que esa mujer lo había encandilado. Desvió la mirada.

—Me gusta lo suficiente —replicó—. Ahora tengo otros asuntos que atender, y supongo que tú también.

Se dirigió rápidamente a la puerta del despacho deseoso de escapar de la inquisición de su hermana. A su espalda, Lily soltó un bufido nada propio de una dama.

—Te gusta mucho más de lo que deseas admitir, y si esa mujer sabe lo que es bueno para ella, será mejor que se porte bien contigo.

—Como he dicho antes, eres una exagerada —comentó mientras abría la puerta de un tirón y la dejaba sola en el despacho.

Frunció el cejo mientras avanzaba por el pasillo hacia la puerta principal del orfanato. Quizá Lily tenía buenos motivos para preocuparse por él. Lady Ruth Attwood estaba empezando a presentarle algunos problemas inesperados y, por más que lo intentara, no parecía capaz de mantenerse alejado de ella.

La escalera que llevaba a la salida de la Royal Opera House estaba atestada cuando Garrick guio a Ruth desde la galería por encima del palco principal. Siempre le había gustado la ópera, pero esa noche era la primera vez que se había descubierto más pendiente de la mujer que lo acompañaba que del espectáculo. Ver cómo disfrutaba le había aportado más placer de lo que se atrevía a reconocer. Además, también estaban las miradas ocasionales que ella le había dirigido en diferentes momentos durante la representación. A lo largo de la velada, se había creado una inesperada intimidad entre ellos cuando Ruth le había indicado en silencio su aprecio por la música.

Llegaron al amplio rellano del palco principal, donde se unieron al resto del selecto grupo de Marlborough, que salía del teatro. Un frenesí de actividad delante de ellos anunció la salida de los príncipes de Gales del palco real. La aglomeración de gente obligó a Ruth a pegarse a su costado, y Garrick inconscientemente le rodeó la cintura en un esfuerzo por protegerla.

Cuando la multitud dejó paso a la pareja real y a su séquito, él sintió que Ruth se ponía tensa. Desconcertado, se volvió y descubrió una expresión de angustia en su rostro. Siguió la dirección de sus ojos y vio a un anciano caballero junto a los miembros de la realeza que la miraba. La indignación oscureció los rasgos del hombre antes de ignorarla rápidamente y no volver a mirarla.

Garrick se volvió de nuevo hacia ella y vio cómo una experimentada máscara de serenidad cubría su rostro, aunque sus ojos violeta se habían oscurecido con un dolor que, de inmediato, sintió deseos de aliviar. La multitud a su alrededor empezó a avanzar de nuevo, pero Ruth no se movió hasta que él la empujó con delicadeza hacia la escalera que daba al vestíbulo.

—¿Estás bien? —le susurró al oído mientras seguían a los miembros de la familia real y a su séquito.

—¿Qué? —Ella se volvió y, en cuanto se encontró con su mirada, se cerró a él y apartó la vista enseguida—. No. La verdad es que no, está empezando a dolerme la cabeza.

—Cuanto antes nos alejemos de este ruido, mejor.

Sabía perfectamente bien que no era un dolor de cabeza lo que la indisponía. Quienquiera que fuera ese caballero que la había ignorado tan fríamente la había afectado profundamente. ¿Un antiguo amante quizá? Quienquiera que fuese, su frío comportamiento había afligido a Ruth en lo más profundo de su ser, y a Garrick no le gustó que alguien la hiriera. Ignoró la advertencia que resonó en su cabeza por ese pensamiento posesivo. Con la mano en el codo de ella, se abrió paso entre la multitud hasta el primer tramo de escalones. Tras él, una voz femenina comentó que era escandaloso que mujeres mayores salieran con hombres más jóvenes. Si no hubiera estado tan cerca de Ruth, no habría notado el pequeño traspié que dio. Y una rápida mirada en su dirección le indicó que había oído la observación.

La habían insultado dos veces en cuestión de unos minutos y, a pesar de su obvio esfuerzo por ignorar los desaires, las ofensas estaban cobrando su precio en su compostura. La necesidad de protegerla aumentó en su interior y se inclinó hacia ella.

—¿Debería preocuparme? —murmuró. Ante la expresión de asombro en su rostro, Garrick enarcó una ceja en un gesto de fingida irritación—. Mi vanidad se vería profundamente herida si descubriera que estoy compitiendo con un hombre más joven por tus atenciones.

Durante un momento, ella se limitó a mirarlo perpleja antes de soltar una carcajada. Fue un sonido vibrante que le indicó que había logrado aliviar el dolor que otros le habían causado. La diversión hizo que le brillaran los ojos, y su boca se curvó hacia arriba en una dulce tentación.

—Suenas como un pretendiente celoso más que como un amigo —comentó ella con una sonrisa.

Garrick se sintió irritado por el hecho de que ella pudiera descartarlo tan fácilmente.

—Quizá preferiría algo más que sólo amistad.

Era ridículo decir eso, sobre todo cuando sabía que entre ellos nunca sucedería nada de esa otra índole por mucho que él pudiera desearla. Y la deseaba. No era un hecho que le gustara reconocer. Pero no impidió que la tensión entre ambos se acelerara hasta que la sangre le palpitó directa hacia la parte inferior de su cuerpo.

Cuando la boca de Ruth formó una leve y muda exclamación de sorpresa, Garrick deseó de repente que estuvieran solos para poder besarla. Ese peligroso pensamiento no le impidió notar la evidente prueba de la excitación de ella en el agitado pulso a un lado del cuello. No era inmune a él. Volvió a dirigir la mirada hacia su boca y observó fascinado cómo la lengua asomaba para humedecer los labios. La repentina reacción de su miembro en el interior de los pantalones hizo que se le pusieran los nervios de punta. Reconoció el traicionero abismo en el que se movía, pero eso no le impidió imaginar a Ruth en su cama. La tensión lo recorrió cuando se dio cuenta de la facilidad con que lo atraía sin siquiera intentarlo. Que Dios lo ayudara si alguna vez decidía tratar de seducirlo. Apretó la mandíbula con autocontrol, esbozó una sonrisa forzada y continuó guiándola hacia el vestíbulo, donde recuperó su chal para ella.

Fuera, el aire nocturno era demasiado cálido para principios de abril. Cuando llegaron a la acera, examinó la fila de carruajes en busca de su cochero, pero no logró ver a Jasper. Frunció el cejo, porque tendría que dejar a Ruth allí, frente a la ópera, para buscar su carruaje.

—Parece ser que mi cochero ha tenido dificultades para encontrar un sitio cerca de la puerta. Espera aquí, estaré de vuelta dentro de unos minutos.

—¿Me permites que te acompañe?

—No —respondió él con firmeza—. Estarás más segura aquí.

—¿Estás diciéndome que no estaré a salvo contigo? —La traviesa sonrisa en su rostro hizo que lo recorriera una descarga eléctrica. La ambigüedad de la afirmación hizo que estudiara su rostro con atención durante un largo momento. Ruth se ruborizó bajo el suave resplandor amarillo de la luz de gas—. Tengo entendido que eres un excelente boxeador.

—¿Por qué me parece que te referías a algo totalmente diferente?

—Pues te equivocas.

La altiva expresión de su rostro lo reprendió por cuestionarla, pero en su voz había una leve nota de pánico que lo convenció de lo contrario. Garrick arqueó una ceja y vio que el rubor en sus mejillas se intensificaba, pero se resistió a contradecirla.

—Regresaré enseguida.

Con paso rápido, recorrió la larga fila de carruajes en busca de Jasper y su berlina. Pasó junto a más de diez vehículos antes de localizar a su cochero en la acera estirando el cuello en un intento de ver por encima de la multitud. En cuanto Jasper lo vio, Garrick le hizo señas con la mano y regresó en busca de Ruth.

El paseo de vuelta a la escalera de la ópera fue rápido, y cuando se acercó a la entrada del teatro, vio a Wycombe hablando con Ruth. No podía estar seguro pero, por la rígida línea de la espalda de ella, podría haber apostado sin problemas que no deseaba tener nada que ver con ese bastardo. En cuanto Wycombe lo vio acercarse, una desagradable sonrisa curvó los labios del hombre. Garrick lanzó a su némesis una mirada gélida y agarró suavemente a Ruth del codo.

—Me sorprende verte aquí, Wycombe. Pensaba que tus preferencias de ocio eran de gustos menos sofisticados, como las peleas. —Su comentario hizo que el otro lo mirara con los ojos entornados.

—Ni hablar, mi querido muchacho. La ópera me resulta bastante estimulante cuando la escucho en compañía de una mujer. Sobre todo una tan hermosa como lady Attwood, aunque es un misterio para mí qué la ha poseído para aceptar tu compañía. —Wycombe inclinó la cabeza hacia Ruth con una sonrisa encantadora.

Si hubiera sido cualquier otro hombre, se habría tomado los comentarios del conde como amistosa rivalidad. Pero era Wycombe, y estaba siendo deliberadamente ofensivo. Pocas personas podían enfurecerlo hasta el punto de hacerlo perder el control, pero ese hombre era una de ellas. Entre ambos existía una aversión mutua, y los dos lo sabían, junto con todos los miembros de la alta sociedad. El intento del conde de cautivar a Ruth simplemente hizo que Garrick sintiera una antipatía más profunda por él. De repente, le entraron ganas de darle otra paliza como la que le había propinado años atrás. La tensión le recorrió las extremidades mientras lo contemplaba con frialdad.

—¿Por qué no te vas a buscar diversión en otra parte, Wycombe?

—Quizá deberíamos permitir que la dama decida si prefiere mi compañía o la tuya, Stratfield. —El conde miró a Ruth con una expresión confiada—. Querida lady

Attwood, ¿me permitiría visitarla mañana?

—Yo... me temo que...

—Lady Attwood ya ha accedido a acompañarme mañana a una excursión fuera de la ciudad, Wycombe.

—Entonces ¿pasado mañana quizá?

El conde persistió al tiempo que tomaba la mano de Ruth y le dirigía una mirada llena de seguridad. La arrogancia de Wycombe hizo que a Garrick lo atravesara una oleada de furia. Ese canalla sólo quería a Ruth porque estaba con él. En cuanto consiguiera hacerse con su atención, la ignoraría sin pensarlo dos veces.

—La dama estará ocupada durante bastante tiempo, Wycombe —le dijo con los dientes apretados.

—Pareces bastante seguro de ello, Stratfield.

—Lady Attwood es una mujer inteligente. Incluso si no estuviera ocupada, estoy convencido de que haría buen uso del sentido común que Dios le ha dado para no aceptar las atenciones de un bufón.

Enseguida, Garrick se arrepintió de haber perdido los estribos. A pesar de que había mantenido la voz baja, de repente fue consciente de las miradas curiosas que los observaban. Maldición, los cotilleos abundarían entre la alta sociedad por la mañana. La indignación oscureció el rostro de Wycombe. O bien el conde no se había dado cuenta de que los observaban o bien no le importaba.

—Si fuera inteligente, sabría que la estás utilizando para hacer creer a todo el mundo que eres un mujeriego, cuando ambos sabemos que eres todo lo contrario —espetó Wycombe con desdén.

Garrick apenas oyó el jadeo de conmoción de Ruth cuando una furia letal lo atravesó ante el insulto del conde y su velada implicación. No importaba que el muy bastardo no lo hubiera denunciado directamente como sodomita. Ese comentario era suficiente para sembrar la duda, y lo había hecho cuando, como mínimo, una docena de personas habían podido oírlo. Ese canalla también había ofendido a Ruth. Dio un paso rápido hacia el conde, que se puso rígido por la sorpresa y por más que un leve rastro de temor.

—Discúlpate, Wycombe, o que Dios me ayude porque haré que te arrepientas de tus palabras del peor modo posible —le ordenó con un tono amenazador que hizo palidecer al hombre. A pesar de su evidente miedo, el conde vaciló y Garrick soltó un grave gruñido de furia—. Ahora.

Wycombe se volvió hacia Ruth y le dedicó una leve reverencia.

—Mis disculpas, señora. He permitido que mi temperamento se me fuera de las manos y la he insultado sin querer.

Luego, tras dirigir una mirada desafiante a Garrick, dio media vuelta y se alejó sin expresar ningún remordimiento por la insinuación que había hecho en público. Garrick lo observó marcharse con una gélida ira que no había experimentado desde el día en que había descubierto a Tremaine amenazando a Mary. Deseaba matar a Wycombe. Ese bastardo no se había disculpado por haber insinuado que él era un sodomita, y la especulación y la curiosidad en los rostros de la pequeña multitud que había presenciado el altercado lo enfurecieron más aún. Sus dedos se tensaron en el codo de Ruth cuando vio a un conocido del Marlborough Club. El hombre lo saludó con una inclinación de la cabeza, pero ese gesto obvio de apoyo ayudó poco a aplacar su ira.

—Vamos —ordenó con un tono cortante.

Ruth no protestó y mantuvo el ritmo de sus enfurecidos pasos hasta el pequeño e íntimo carruaje. Cuando llegaron al vehículo, Garrick la ayudó a subir y la siguió. Segundos después, la berlina se adentró en el denso tráfico posterior a la salida del teatro.

Las palabras de Wycombe daban vueltas en su cabeza de un modo insidioso que mantuvo su ira circulando con ardor en su torrente sanguíneo. Mientras miraba por la ventana, la velada acusación del conde aún resonaba en su mente. Muy cerca de ese recuerdo estaba la afirmación de que se limitaba a usar a Ruth para sus propios fines. Había cierto grado de verdad en las palabras de Wycombe, y ese reconocimiento no estaba sentándole bien a su conciencia. Garrick no acostumbraba a usar a los demás como lo estaba haciendo con ella. Incluso con la maliciosa insinuación de Wycombe, sabía muy bien que su aparición con Ruth esa noche distaría mucho de desacreditar los comentarios del conde. Y esa circunstancia no le causó mucha satisfacción.

En realidad, acrecentó su ira. Era un bastardo. Al menos, si ella fuera su amante sólo de palabra, estaría recibiendo un estipendio mensual de él y eso acallaría su conciencia. Dio un respingo sorprendido cuando ella se inclinó hacia adelante con el cejo fruncido en señal de preocupación para tocarle delicadamente la rodilla.

—Es un hombre odioso —señaló Ruth—. Que insinúe algo de esa naturaleza en público es espantoso. —Había una nota tranquilizadora en su voz, pero no logró que desapareciera la furiosa tensión que atenazaba a sus extremidades.

La idea de que ella pudiera creer a Wycombe hizo que Garrick se sintiera aún más furioso.

—¿Lo crees? —gruñó.

—¿Qué? —exclamó ella al tiempo que se alejaba de él sorprendida—. Por supuesto que no.

—¿Por qué? —Soltó la pregunta en un tono fiero. La miró con los ojos entornados y vio que el rubor le subía a las mejillas cuando apartó la mirada de la de él—. Dime por qué no lo crees.

En cuanto se inclinó hacia ella, Ruth acercó de nuevo la cabeza a la de él. El color de sus mejillas se intensificó aún más entre las sombras del carruaje. Ella le sostuvo la mirada, y Garrick extendió la mano para acariciar el pulso que palpitaba frenéticamente a un lado de su cuello sin apartar la mirada de sus ojos.

—Dímelo.

—Porque sé cuando un hombre me desea —susurró—. Y tú me deseas.

Su respuesta fue directa y sin rastro alguno de seducción. Si acaso, había una nota de trepidación en su voz. Y, aun así, sus palabras lo recorrieron abrasándolo por dentro. Ella tenía razón: la deseaba. La deseaba del peor modo posible. Las alarmas se estaban disparando en su interior, pero fueron rápidamente silenciadas por una abrumadora necesidad de tocarla, de demostrarle que no era el hombre que Wycombe afirmaba que era. Apoyó la mano en su nuca y la atrajo hacia sí.

Ruth jadeó débilmente pero no se resistió. Garrick le rozó la boca con la suya en una leve caricia mientras la saboreaba ligeramente. Un leve rastro de limón perduraba en sus labios de la limonada que había tomado en la ópera. Eso tornó la dulzura de su boca levemente ácida e incluso más tentadora de lo que había esperado. Profundizó el beso mientras la seducía para que abriera los labios bajo los suyos. Segundos después, deslizó la lengua en el calor de su boca.

Ella respondió a su caricia con experta habilidad, pero había cierto entusiasmo en su beso que lo excitó. Ése no era simplemente el beso de una cortesana. Era el delicioso sabor del deseo. Lo deseaba. Podía verlo en cada delicado giro de su lengua y la acompañó con la suya en una ciega y enfebrecida necesidad que lo dejó sediento de más. De repente, el beso cambió y fue ella la que tomó el control. Su boca exigía y provocaba a la de él con una habilidad que superaba a su experiencia. Con cada beso melifluo, alimentaba un embravecido río de fuego en su sangre que tiraba de él y lo empujaba, hasta que sintió su miembro grueso y duro dentro de los pantalones. Un grave gruñido surgió de su pecho cuando todo su cuerpo exigió satisfacción. Dios santo, nunca había estado tan cerca de caer en el abismo como en ese momento. Una mano delicada le acarició el muslo, y luego rozó la rígida erección con una pericia que lo hizo perder el control.

¿Qué diablos estaba haciendo? Le agarró la mano y se la apartó bruscamente al mismo tiempo que se echaba hacia atrás y se recostaba sobre el asiento de piel. Tomó aire varias veces en un intento de controlar el calor que aún le recorría las extremidades con fuerza. La expresión sorprendida en su rostro le arrancó una mueca, pero había otra emoción que le retorció las entrañas de dolor.

Garrick apartó rápidamente la mirada de ella, incapaz de digerir la humillación que estaba seguro de que su rechazo dibujaría en su hermoso rostro. El abandono de Marston la había afectado mucho más de lo que deseaba que supiera la alta sociedad, pero Garrick había visto la vergüenza en esos hermosos ojos violeta la noche que se habían conocido. Ahora él la rechazaba. Y eso tendría que obrar un efecto sobre ella.

¿Cómo se suponía que debía explicar el motivo? ¿Qué se suponía que debía decirle para que comprendiera que el problema era él, no ella? Cerró los ojos ante el recuerdo de su beso. Dios santo, había besado a otras mujeres en el pasado. No a muchas, pero sí a las suficientes para perfeccionar su capacidad de controlar el deseo al mismo tiempo que convencía a las mujeres a las que había besado de que era un amante experimentado. En el pasado, siempre había encontrado la excusa adecuada para evitar la intimidad del dormitorio. Y lo que era más importante, había escogido a propósito a mujeres cuya vanidad era tal que nunca reconocerían el fracaso de su intento de calentar su lecho. No obstante, el beso de Ruth había ido más allá de cualquier cosa que hubiera experimentado en su vida.

Todo el cuerpo le dolía, porque necesitaba con urgencia algo que él nunca había tenido y que deseaba con todas sus fuerzas. El problema era que no podría tenerlo. Se estremeció por el alivio que su miembro pedía a gritos. El repentino descubrimiento de que le temblaban las manos hizo que Garrick cruzara rápidamente los brazos

sobre el pecho. Si cedía a ese primitivo y vil deseo, acabaría ganándose su compasión o su burla en cuanto se mostrara desnudo ante ella. Su compasión sería difícil de soportar, pero su risa resultaría humillante. Nunca más se permitiría experimentar la malvada humillación a la que Bertha y su tío lo habían sometido.

«Maldita sea.»

Carraspeó y continuó mirando por la ventanilla sin saber qué decir. Sintió el silencio en el carruaje como un gran peso que lo aplastaba mientras se esforzaba por encontrar las palabras que protegerían su secreto y asegurarían a Ruth que era deseable. Porque la expresión que había visto en su rostro le había indicado que estaba dudando de su atractivo.

El impulso de volver a atraerla hacia sus brazos y de asegurarle que era la mujer más deseable que había conocido nunca se abrió camino en su interior, y el pensamiento hizo que lo cubriera un sudor frío. Un error así le costaría caro. Aplastó despiadadamente el deseo que aún borboteaba cerca de la superficie mientras luchaba con desesperación por recomponerse lo suficiente para mirarla.

—Mis disculpas —dijo con voz ronca. El sonido estrangulado que salió de sus labios le indicó que estaba lejos de tener el control de sus sentidos.

—No son necesarias. —La fría nota en la voz de Ruth lo hizo alzar la cabeza hacia ella bruscamente. Estaba mirando por la ventanilla con una expresión serena en el rostro, pero la tensión que había en ella casi era una sensación tangible.

—Sí lo son. He perdido la cabeza. —En cuanto pronunció las palabras, supo exactamente cómo cerrar la brecha entre ellos—. Dejaste claro que no estabas interesada en una relación y yo he traicionado tu confianza permitiéndome perder el control. Lo siento.

—Que yo recuerde, yo no he protestado —replicó ella con un deje de emoción en su serena voz—. Tu orgullo estaba herido y era natural que te sintieras impulsado a demostrar que no eres en absoluto lo que Wycombe sugirió.

—No. —Garrick la fulminó con la mirada. Apenas podía contenerse y resistirse a atraerla hacia sí y mostrarle lo equivocada que estaba—. Te he besado porque deseaba hacerlo. Eres la mujer más atractiva que he conocido nunca. Si pudieras verte a ti misma como yo te veo, comprenderías por qué mi cuerpo me está atormentando ahora mismo.

Garrick reprimió el gruñido de desaliento que le subió por la garganta. Se había vuelto completamente loco al reconocer ante ella semejante hecho. ¿Y si cambiaba de opinión en lo que a él respectaba? ¿Qué haría si decidía seducirlo? Estaría perdido, sin duda. La mirada que Ruth le dirigió era de inseguridad mientras decidía si creer que le estaba diciendo la verdad o no. Finalmente, ella ocultó el rostro a su vista.

—Wycombe es un avasallador y, aunque era innecesario, agradezco que salieras en mi defensa —señaló en voz baja.

Era una silenciosa aceptación de su disculpa; sin embargo, dejaba su relación tal como estaba. Una parte de Garrick gritó una vehemente protesta, mientras que el resto soltó un suspiro de alivio. Se pasó las húmedas palmas de las manos por la parte superior de los pantalones en un intento de hacer que su cuerpo se relajara y compuso una mueca al aceptar que todo lo que había sucedido entre ellos podría haberse evitado si no hubiera permitido que Wycombe lo provocara.

—No habría sido necesario si me hubiera limitado a alejarme en lugar de enfrentarme a él —repuso—. Se crece ante los conflictos.

—Un conflicto que habría ido a más si te hubieras alejado. Puede que a ti te desagrade ese hombre, pero él te odia. Era evidente que deseaba hacer todo lo que estuviera en su mano para humillarte.

La muda pregunta de Ruth trajo de vuelta a la mente de Garrick recuerdos desagradables sobre cómo había sido la vida después del suicidio de su padre.

—Wycombe y yo somos enemigos desde hace mucho —explicó.

—¿Una mujer?

La curiosidad en su voz lo hizo estremecerse ante la ironía de aquello. Garrick sabía por qué ese hombre se había formado una opinión sobre sus preferencias sexuales. El incesante acoso del conde en la escuela se había iniciado debido a que el director había mostrado interés por Garrick. Wycombe tenía una mala relación con el académico y lo ofendió que se favoreciera a un simple barón por encima de él. Tenía sentido que el conde se hubiera formado esa opinión de Garrick hacía mucho tiempo.

Negó con la cabeza.

—No. Wycombe pensaba que estaba recibiendo un trato preferente por parte del director en la escuela. Eso hizo que el único refugio que yo tenía se volviera un lugar desagradable.

—¿Refugio?

La calmada invitación en la voz de ella le indicó que su pregunta era simplemente un ofrecimiento a escuchar. Garrick vaciló. ¿Cuánto deseaba compartir Ruth? Apartó la vista de su comprensiva mirada para contemplar la calle oscura.

—Mi madre abandonó a mi padre por otro hombre cuando yo tenía quince años. Poco después, encontré a mi padre muerto en su estudio. Se había quitado la vida.

—Dios santo. —Ruth jadeó horrorizada.

Garrick apretó la mandíbula al recordar esos primeros momentos en los que había hallado el cadáver de su padre. El pánico cuando había intentado despertarlo, luego el miedo cuando había visto la sangre. Pero era la ira lo que más recordaba. Se había sentido furioso con su padre por suicidarse. Los dejó a él y a sus hermanos en manos de un hombre que los habría ahogado a todos si hubiera creído que podría irse de rositas.

—¿Tu madre regresó cuando se enteró de la muerte de tu padre?

—No —respondió él con voz tensa—. Nos dejó a mis hermanos y a mí al cuidado del hermano de mi padre.

—Entonces, tuvisteis a alguien que cuidara de vosotros.

—¿Cuidar de nosotros? —La indignación lo atravesó cuando recordó esos primeros días en los que su tío había llegado a la casa—. Ese bastardo nos odiaba. Le causaba una gran satisfacción señalarnos a todos que ninguno de nuestros progenitores nos quería porque, si hubiera sido así, no nos habrían abandonado como lo habían hecho.

—No puede ser —protestó Ruth en voz baja—. ¿Qué motivo podía tener para odiaros?

—Éramos un obstáculo para él. Las propiedades que mi padre dejó eran considerables, y mi tío estaba ahogado por las deudas antes de asumir la administración de los bienes de la familia. Para cuando fui mayor de edad, había dilapidado una considerable porción de la fortuna.

—Debió de ser muy difícil para ti ver cómo derrochaba vuestra herencia.

—No tan malo como ver cómo miraba a mi hermana —gruñó él.

—Dios santo, ¿él...?

—No. No tuvo oportunidad después de que lo atrapara intentando colarse en su dormitorio una noche.

No explicó lo cerca que había estado de matar a su tío la noche que lo pilló a punto de entrar en el dormitorio de Lily. Fue la primera vez que su tío mostró otra emoción hacia él que no fuera odio. Esa noche se asustó.

—¿Y tu hermana? ¿Conocía ella la... fascinación de tu tío por ella? —Había una nota de repugnancia en la voz de Ruth que le indicó que el comportamiento de su tío le parecía tan aborrecible como a él.

—Sí —logró responder con una furia contenida mientras miraba por la ventanilla del carruaje—. Yo no lo sabía entonces, pero ese bastardo la había sorprendido a solas varias veces, aunque ella siempre había logrado escapar. No estoy seguro de que hubiera podido huir esa noche si yo no lo hubiera detenido.

—La providencia tiene un modo de salvar a los que amamos.

Ante la serena observación de Ruth, Garrick se permitió esbozar una leve sonrisa de amarga satisfacción.

—El día que alcancé la mayoría de edad, hice que los sirvientes sacaran a ese bastardo de la cama poco después de medianoche y que lo echaran de la casa.

—Yo habría hecho lo mismo.

La queda afirmación de ella lo hizo mirarla directamente a los ojos, y la empatía en su expresión lo hizo darse cuenta de que no había compartido tanto de su pasado con nadie, a excepción de sus hermanos. Y ni siquiera ellos lo sabían todo. Se estremeció al recordar ese momento desnudo ante Bertha cuando su tío entró en la estancia. El eco de su risa era un sonido que nunca había olvidado, y la humillación que había sentido aún le atravesaba la piel como la hoja de una navaja afilada.

—Me resulta difícil creerte capaz de semejante cosa —dijo Garrick al tiempo que se enfrentaba directamente a su mirada compasiva.

—Puedo pensar en varios casos en los que me habría encantado haber hecho algo similar a aquellos que hicieron daño a mis seres queridos. —Ruth desvió la mirada de la suya para dirigirla a la ventana—. ¿Qué le sucedió a tu tío?

—Recibe un estipendio anual por mantenerse alejado de mi familia. —La boca de Garrick se tensó por la ira.

Los ingresos anuales habían sido lo bastante atractivos para convencer a Beresford de aceptarlos, pero Garrick había incluido la amenaza de la ruina financiera total si el hombre se negaba. Le había dejado claro que no mantendría ningún tipo de contacto con él ni con sus hermanos, y que la divulgación de cualquier secreto familiar atraería una tormenta infernal sobre la cabeza de su tío.

—Un gesto generoso por tu parte. Demuestra que eres mejor hombre que él.

—Era un mal necesario —consiguió decir él con los dientes apretados. De hecho, era más bien autopreservación, porque había vivido el primer año con el miedo a que ese canalla encontrara un modo de revelar su vergonzosa deformidad—. Por suerte, la necesidad de dinero de mi tío y una posición al margen de la sociedad han ayudado a garantizar que no contacte con mi familia.

A lo largo de los años, había quedado claro que su estilo de vida le resultaba más atractivo a Beresford que cualquier deseo de humillar a Garrick. Aunque el miedo nunca desaparecía, cada año que pasaba hacía que lo preocupara menos que su tío pudiera desvelar su secreto. Un engaño que había perfeccionado con la reputación que, con tanto esfuerzo, se había creado para sí. Todo el castillo de naipes se vendría abajo si una única mujer confesaba que nunca había estado en el lecho de Garrick.

Ése era el motivo por el que había tomado a Mary como amante sólo de palabra. Ese pensamiento hizo que se estremeciera por la repugnancia que sentía por sí mismo. En lo más profundo de su ser, había sabido que los intereses de Mary no eran lo único que lo había impulsado a proponerle el acuerdo. Había mantenido la imagen que él había deseado proyectar durante más de dos años, pero, ahora, Mary estaba en América con su nuevo esposo, y con Davy. El corazón se le encogió al pensar en su ahijado. Echaba de menos al niño.

—Suena como si él no se moviera en el mismo círculo social que tu familia —señaló Ruth—. Sin duda, eso lo hace mucho más fácil para vosotros.

Su comentario lo hizo gruñir en señal de acuerdo.

—Aunque se producen encuentros ocasionales en los acontecimientos más grandes, es algo a lo que mi familia y yo hemos aprendido a adaptarnos —repuso secamente.

Odiaba esos raros momentos en los que se encontraba cara a cara con Beresford en público. A pesar de que su tío había acatado el acuerdo, Garrick siempre se sentía al límite cuando estaba cerca de él. La visión de ese hombre lograba lanzarlo de vuelta a aquella humillante noche.

Temía que ese bastardo pudiera desvelar su secreto y le dijera a todo el mundo que Garrick sólo era medio hombre. Únicamente podía esperar que su tío, como el resto de la alta sociedad, hubiera llegado a pensar que su reputación con las damas era más que una elaborada estratagema.

Garrick percibió la compasiva expresión en los ojos de Ruth y apartó la vista. Era demasiado fácil hablar con ella y había hablado demasiado sobre sí mismo. Esa idea no ayudó mucho a levantarle el ánimo. Quizá lo más fácil fuera mantener su conversación en un plano menos personal. Con suerte, eso evitaría que volviera a tocarla. Deseoso de cambiar de tema, se obligó a esbozar una sonrisa.

—¿Te ha gustado la ópera esta noche?

—La música ha sido maravillosa —comentó ella con una sonrisa—. Mozart es siempre un placer para los oídos, aunque la historia muestre a las mujeres de un modo poco halagador.

—Una interesante observación. —El pasado se alejó cuando frunció el cejo ante su afirmación—. Mi impresión era que *Così fan tutte* trata de la naturaleza del amor, la fidelidad y la traición.

—Lo es, pero a expensas de todas las mujeres.

—Entonces no estás de acuerdo en que el corazón de las mujeres es voluble. —Garrick pensó en su madre y en cómo había abandonado a su familia tan fácilmente.

—Creo que es tan probable que el corazón de una mujer sea voluble como puede serlo el de un hombre. —La luz de la luna que entraba a través de la ventanilla del carruaje iluminaba la hermosa curva del hombro de Ruth. Garrick aplastó el deseo que amenazaba a su conciencia y se encogió de hombros levemente—. Mi objeción es por cómo don Alfonso usa el engaño para demostrar que las mujeres son infieles.

—Las traiciones siempre tienen que ver con el engaño.

—Pero, sin las maquinaciones de don Alfonso, no hay garantía de que las dos mujeres hubieran traicionado a sus amantes, porque los dos hombres no las habrían cortejado de incógnito.

—Y, sin embargo, las mujeres sucumbieron a la tentación.

—Sí, pero sólo cuando sus amantes resultaron ser igual de falsos. Los hombres decidieron permitir que don Alfonso los manipulara y los convenciera para traicionar la confianza de sus amantes.

—Interesante —comentó él con una sonrisa. Empezaba a disfrutar de su debate sobre la moralidad de la ópera—. Estás presentando a don Alfonso como el villano de la obra.

—¿Acaso no lo es? Don Alfonso manipuló a todo el mundo hasta conseguir el resultado que deseaba. Necesitaba demostrar su creencia de que ninguna mujer es digna de confianza. Pero lo único que probó es que, en algún momento de su pasado, una mujer lo había traicionado.

—Sin embargo, eso no absuelve a las mujeres de su propia traición.

—Ni disculpa a los hombres por engañar a sus amores.

—Lo que no cambia el hecho de que, al final, vence la tentación.

Garrick sonrió al encontrarse con su mirada de exasperación. Le quedó claro que a Ruth no le gustaba perder. Ella entornó entonces los ojos al tiempo que lo miraba con fijeza, como si pudiera leerle la mente. De repente, una pícara expresión sobrevoló su rostro y le devolvió la sonrisa. ¿Cómo demonios podía considerarse esa mujer mayor con el aspecto que mostraba en ese momento? El efecto que tuvo en él fue como una patada en el estómago.

—El único motivo por el que la tentación venció fue porque don Alfonso recurrió al engaño, y sin eso no habría habido una ópera.

Su comentario lo hizo reír a carcajadas.

—Estoy de acuerdo.

—Y estoy segura de que también reconocerás que, si una mujer hubiera escrito la misma ópera para demostrar que los hombres son igual de infieles, nunca se habría representado en un escenario.

—Eres tan cínica como don Alfonso —dijo él con una risita.

—Más bien realista, creo yo, pero no dirás que no tengo razón.

—No, no lo diré. —Volvió a reír ante la expresión complaciente en sus hermosos rasgos—. La ópera nunca se habría producido si la hubiera escrito una mujer.

—Pero has evitado el tema original de la conversación. ¿Crees que el corazón de una mujer es más fácil de influenciar que el de un hombre?

—Saldré perdiendo sea cual sea mi respuesta. Si me muestro de acuerdo contigo, traiciono a mis congéneres y, sin embargo, si no estoy de acuerdo, te enfadarás conmigo, algo que no deseo que suceda.

—Una respuesta diplomática, lo que me hace pensar que crees que el corazón de una mujer es más voluble que el de un hombre.

La mirada que Ruth le lanzó lo hizo reír de nuevo. Estaba enfadada con él por no estar de acuerdo, pero su expresión le indicaba que no se lo echaría en cara. Tenía un buen perder y le gustó aún más por ello. También le gustó el hecho de que pudiera hacerlo reír.

—Pero no estás del todo segura, ¿verdad? —replicó con una sonrisa.

—No estoy segura de qué pensar respecto a ti. —Lo estudió durante un largo momento antes de entornar la mirada y contemplarlo de un modo evaluador. Él se puso repentinamente tenso—. ¿Por qué no hiciste ninguna oferta por Crawley Hall?

Garrick hizo una mueca ante la pregunta. Había sido una salida totalmente inesperada. Había sabido que el tema surgiría, pero no tan pronto. Debería haberse preparado una explicación antes de que eso sucediera. No la conocía desde hacía mucho, pero ya había visto lo independiente que era. No sabía por qué, pero creía que no se sentiría complacida si le decía que no había hecho ninguna oferta por la propiedad simplemente porque no había tenido valor para arrebatársela. Aunque había

otras propiedades igual de adecuadas, Crawley Hall había sido la mejor opción. Si Ruth descubría que había renunciado a la propiedad sólo por ella, estaba seguro de que no estaría contenta con él. Lo vería como un intento de ganarse su favor. ¿No lo era? Apretó los dientes ante ese pensamiento.

—¿Y bien? —Su tono tenso reflejó su impaciencia y también quizá una nota de desánimo.

—La propiedad no tenía suficientes tierras para satisfacer mis necesidades —repuso él finalmente.

Era una mentira necesaria si deseaba asegurarse de que no se negara a verlo en el futuro. Y, a pesar de que iba en contra de lo que le dictaba su sentido común, deseaba verla a menudo.

—Entiendo. —Ruth tomó una profunda inspiración y a continuación soltó el aire. El sonido fue de alivio, pero la nota de decepción que oyó en su voz fue lo que lo sorprendió.

—Pareces aliviada.

—Lo estoy. Pensé que quizá tú...

—¿Qué? ¿Que no pujaría porque me había ofrecido a comprarte Crawley Hall?

—Sí —asintió ella al tiempo que lo miraba a los ojos sin vacilar.

—Sin embargo, aceptaste las joyas que te envié.

—No es lo mismo. Enviaste los broches a modo de disculpa, y la única razón por la que no los devolví al joyero fue porque llegaste tú y me convenciste de que no lo hiciera.

Ella se llevó los dedos hasta el tulipán con diamantes incrustados que llevaba en el escote en forma de V de su corpiño. El movimiento hizo que el brazo le rozara el pecho, y tomó una brusca y silenciosa inspiración de alerta. Desde que Garrick la había besado, se sentía en llamas. Hasta el último rincón de su cuerpo le dolía por un deseo que no había experimentado en años. E incluso el deseo que la asaltaba era más fuerte que cualquier cosa que hubiera sentido nunca por un hombre. Eso hacía que anhelara que volviera a besarla una vez más. Había hecho que se sintiera joven y viva de nuevo. Pero el modo como la había apartado había sido incluso más devastador de lo que se atrevía a admitir. Aunque su explicación hubiera aliviado el agudo dolor de su rechazo.

Su negativa a aprovecharse de la situación había sido honorable. Era ella la que había establecido las condiciones de su relación, y él no sobrepasaría la línea que Ruth había trazado entre ambos. Sin embargo, estaba segura de que deseaba hacerlo. Había visto cómo le temblaban las manos unos momentos antes. Si no hubiera sido consciente de su atracción por ella hasta entonces, lo habría sido por su reacción después de besarla. Ningún hombre con el que hubiera estado había expresado el tipo de férreo autocontrol que Garrick había mostrado. Sólo podía imaginar la explosión de pasión que se habría producido si él no hubiera acatado los límites que ella había establecido. ¿Qué diría Garrick cuando llegaran a la mansión de Ruth si ella le sugería que entrara para disfrutar de una copa de brandy? El corazón le martilleó en el pecho con fuerza. Estaba siendo ridícula. No podía seducir a un hombre mucho más joven que ella. «Sólo unos pocos años.» Intentó ignorar el tentador pensamiento. ¿Sería tan malo permitirse el placer de su contacto simplemente porque era más joven que ella? No. Eso no era lo que la asustaba. De algún modo, estaba convencida de que la ruptura de Marston con ella parecería insignificante en comparación con el fin de cualquier relación que tuviera con Garrick. Y, al final, acabaría, bien porque se cansara de ella, bien porque decidiera casarse.

—Ruth, ¿me has oído?

—¿Qué? —Lo miró con una expresión de sorpresa. Había estado tan absorta en sus pensamientos que no había oído ni una palabra de lo que le había dicho.

—He dicho que, en vista de que he sido capaz de persuadirte de que conserves mi regalo, no debería tener problemas en convencerte de que me acompañes a esa excursión que le he mencionado a Wycombe.

—Lo siento, pero ya tengo un compromiso.

—¿Cenamos, entonces? —Su boca se tensó como si su negativa lo disgustara.

Ruth frunció el cejo. La invitación a una cena podía significar tantas cosas. Podría ser en compañía de un pequeño grupo de amigos selectos, o algo mucho más íntimo y... peligroso. Por el modo en que se sentía en ese instante, no estaba preparada para arriesgarse a compartir una comida íntima con él.

—Mañana será un día muy ajetreado para mí, así que tendrás que perdonarme si rechazo tu oferta.

—Muy bien. Quizá más adelante esta semana.

—Me gustaría.

No mentía. Deseaba volver a verlo. Puede que fuera una locura, pero era una compañía agradable. Alguien con quien le complacía hablar y sentía una gran libertad al no tener que satisfacer las necesidades de un hombre para variar. De hecho, Garrick parecía más que dispuesto a satisfacer todos y cada uno de sus deseos. Se le secó la boca ante ese pensamiento. En lo más profundo de su ser, sabía exactamente qué deseaba de él y era muy consciente de que no debía expresar esa necesidad.

La berlina se detuvo con un suave balanceo. Garrick bajó inmediatamente del vehículo y se volvió para ayudarla a apearse. Ella vaciló antes de tomar su mano, pero, cuando lo miró a los ojos, el desafío en la oscura mirada le hizo deslizar los dedos en su palma. Segundos después, se encontraba ante la puerta de su casa y ésta se abrió. Ruth sonrió a Garrick, que esperaba a su lado en lo alto de la escalera de entrada.

—Buenas noches —murmuró él, y se llevó su mano a los labios para besársela.

El calor de su contacto atravesó la seda del guante e hizo que una ráfaga de calor se extendiera por su piel hasta que se filtró en cada uno de sus poros. Ruth tembló levemente ante la sensación, el corazón le latía a un ritmo frenético. Garrick la miró con los ojos entornados, y ella estuvo convencida de que él sabía cómo la había afectado su contacto.

Un destello de deseo brilló en sus ojos, pero no dijo ni una palabra. Se limitó a dar media vuelta para regresar al carruaje mientras ella entraba en la casa. Cuando Simmons cerró la puerta principal y cogió su chal, Ruth cerró los ojos durante un breve momento. Tenía un problema entre manos con la forma del barón Stratfield y no estaba del todo segura de qué hacer al respecto.

Ruth se enjugó el sudor de la frente con el antebrazo y luego volvió a centrar la atención en los platos en el gran fregadero de porcelana del orfanato. La calidez de la cocina era agradable cuando no se hacían esfuerzos. Hacía mucho rato que se había quitado la chaqueta para colgarla en el perchero de la pequeña entrada. La blusa y la falda que llevaba ese día eran prendas prácticas e infinitamente más frescas que las que había llevado dos días antes, cuando había llegado a St. Agnes y se había encontrado a la cocinera del orfanato, la señora Beardsley, pálida y frágil. Ruth le había ordenado inmediatamente a la mujer, por lo habitual sana y feliz, que se acostara y que enviara a uno de los niños mayores en busca del doctor.

Sarah, la ayudante de cocina, había asumido la responsabilidad de preparar las comidas, mientras que Ruth hacía lo que podía para ayudar, incluyendo lavar platos. Sumergió las manos en el agua jabonosa, frotó un plato, lo enjuagó en el seno contiguo del fregadero y lo colocó sobre un soporte de madera para que se secara. A través de la ventana que había sobre el fregadero, contempló el pequeño huerto donde algunos estudiantes estaban recibiendo una clase de botánica del reverendo Shelton, que trabajaba como voluntario en el orfanato un día a la semana.

Era un día precioso. Había un leve rastro de primavera en el aire y el cielo despejado le recordó a Crawley Hall y a sus amplios espacios abiertos, donde los niños crecerían sanos y fuertes. El intenso color azul del cielo le trajo a la memoria un tono diferente. El vivo azul de los ojos de Garrick. Volvió a bajar la mirada hacia el plato que tenía en la mano y siguió frotando. A pesar de su gran esfuerzo por eliminar el recuerdo de Garrick de su cabeza, su piel se calentaba al recordar cómo la había besado en el carruaje tres noches atrás. Ésa no era ni mucho menos la primera vez que pensaba en cómo su boca había acariciado la suya. De hecho, había evocado ese beso muchas veces.

El recuerdo de su contacto era más intenso en las primeras horas de la mañana, pues su cuerpo lo llamaba a gritos, lo anhelaba con una fuerza que la alarmaba. Era el motivo por el que había pasado las dos últimas noches en el orfanato. Simmons la había informado de que Garrick había ido a visitarla en dos ocasiones el día después de la ópera y tres veces el día anterior. Puede que fuera una cobardía, pero verlo significaría poner a prueba su frágil control sobre el deseo que él había encendido en su interior. Que Dios la ayudara si Garrick intentaba besarla de nuevo, porque Ruth no estaba segura de que tuviera la fuerza para resistirse. El aroma de él aún afectaba a sus sentidos. Era un olor a coñac y a un leve toque de tabaco dulce. Aún podía sentir la fuerza de su mano en la nuca. Cómo la había atraído hacia sí con delicadeza y firmeza al mismo tiempo. Su beso había sido el de un hombre experto en complacer a una mujer y, sin embargo, había habido algo diferente..., inesperado en su caricia.

Había explorado su boca con una leve vacilación, casi como si no estuviera seguro de sí mismo. Y eso había hecho que su beso resultara mucho más excitante. Ruth tragó saliva con fuerza ante la repentina oleada de calor que sintió entre las piernas. Su contacto había hecho que se sintiera joven de nuevo. Era una sensación peligrosa cuando sabía que su edad era una barrera infranqueable entre ellos. No obstante, eso no impidió que su cuerpo suplicara por la satisfacción de su contacto. Y aunque, desesperada, había optado por complacerse a sí misma, no había logrado satisfacer el anhelo que su cuerpo exigía. Era algo que estaba segura de que sólo Garrick podría mitigar, pero permitirse pensar siquiera en las posibilidades era un terrible error.

Si al menos fuera más joven... Sacó la mano del agua del fregadero y la miró con atención. Aunque roja e irritada por el áspero jabón, la piel aún se veía firme y tersa, con sólo algunas finas líneas en el dorso de la mano. Un quedo jadeo la arrancó de sus pensamientos.

—Oh, señora, no está bien que usted lave los platos siendo una dama como es. Deje que lo haga yo. —Annie, una de las chicas mayores, que llevaba en el orfanato más de un año, se reunió con ella junto al fregadero.

—No creo que lavar unos cuantos platos vaya a hacerme daño, Annie. La señora Beardsley debería poder retomar sus tareas mañana, lo que significa que las cosas volverán a la normalidad.

—Bueno, sólo digo que no es apropiado. No lo es.

—Tonterías. De joven fregué una buena cantidad de platos sucios. —Se rio cuando Annie la miró con escepticismo—. Tienes que ir a ayudar a Emmie con los pequeños.

—Sigo pensando que debería dejarme que lavara los platos, señora.

La testaruda expresión en el rostro de la niña hizo que Ruth meneara la cabeza en una delicada reprimenda.

—Todos tenemos un trabajo que hacer, Annie. El tuyo es ayudar a Emmie. Ve.

Aún renuente, la muchacha frunció el cejo y dio media vuelta para obedecer. Cuando Annie salía de la cocina, Ruth la oyó mascullar algo entre dientes y ahogó una risa ante el evidente disgusto de la chica. Volvió a mirar los platos sucios junto al fregadero y suspiró.

Cuando le había dicho a Annie que había lavado platos antes, no había mentido. Su infancia no había sido ni de lejos tan lujosa como todos los niños pensaban. Todo lo contrario. En realidad, si no fuera por el pequeño estipendio anual que su madre había recibido de su abuela materna, las cosas habrían sido mucho peores.

A pesar de la miseria que acompañaba a su falta de fondos, siempre había habido amor y risas en la pequeña casita de campo de dos habitaciones en la que vivían. Su madre había hecho todo lo que había estado en su mano para que Ruth recibiera una educación enseñándole todo lo que sabía. Cuando era pequeña, había aprendido a hacer el bordado sobre cañamazo para las raídas sillas que usaban y para sus ropas de cama. Su madre había insistido en que aprendiera a hablar francés e italiano con fluidez y a menudo le había exigido que conversaran en una u otra lengua para perfeccionar sus conocimientos. Luego, estaban las clases diarias. No tenían dinero para libros, así que los habían tomado prestados de la rectoría local. Su madre siempre se había esforzado porque se divirtiera aprendiendo y Ruth había pasado muchas horas felices trabajando duro para complacerla.

—Dios santo.

La grave exclamación de barítono la hizo dar un respingo y la pieza de vajilla que sostenía en la mano cayó de nuevo en el agua. Giró la cabeza y vio a Carter Millstadt, un miembro del consejo de administración del orfanato St. Agnes, de pie en la puerta de la cocina con una expresión horrorizada en el rostro.

—Señor Millstadt —exclamó Ruth desconcertada—. Qué sorpresa. No he olvidado ninguna cita, ¿verdad?

—No, en absoluto, mi querida dama. ¿Dónde está la señora Beardsley? Y ¿por qué diablos está usted fregando platos? —La nota de profundo desaliento en su voz la hizo sonreír mientras se lavaba rápidamente las manos.

—Me temo que ha estado indispuesta durante los últimos tres días. El doctor dice que mañana podrá regresar al trabajo.

Ruth cogió un trapo justo cuando una mujer seguía al directivo al interior de la cocina. Se arregló la parte delantera de la falda y sonrió al hombre como si el hecho de encontrarla lavando platos fuera algo cotidiano. Su aplomo sólo pareció angustiarlo más.

—Debería haberme avisado, lady Attwood. Me habría encargado de que un miembro del personal la ayudara —comentó el señor Millstadt frustrado.

El hombre, un rico comerciante, era uno de los mayores benefactores del orfanato, pero Ruth no deseaba estar en deuda con él más de lo necesario. Podría alentar al hombre y no deseaba hacerlo. Su mirada se desvió hacia la mujer que lo acompañaba y frunció el cejo desconcertada. ¿Por qué le resultaba tan familiar? La dama tosió suavemente y un intenso rubor inundó las facciones de Millstadt.

—Discúlpeme. Lady Attwood, permítame que le presente a la condesa de Lynmouth. —El directivo miró a una mujer y a otra.

La joven inclinó la cabeza en dirección a Ruth a modo de saludo. Aunque la sonrisa de la mujer era cortés, estudió a Ruth con una intensa mirada que de algún modo la hizo sentirse pequeña.

—¿Cómo está usted, lady Attwood? El señor Millstadt ha cantado sus alabanzas desde que nos conocimos. Espero que disculpe la intromisión, pero lo convencí para que me trajera aquí porque deseaba hablar con usted.

—El señor Millstadt es muy amable —murmuró Ruth al tiempo que sonreía y les señalaba la puerta—. Quizá sería mejor que nos trasladáramos al despacho.

Volvió a señalar la puerta y, sin aguardar respuesta, pasó junto a los dos recién llegados y avanzó por el pasillo hacia el despacho. Mientras caminaba se bajó las mangas y se abotonó los puños. Quizá el hecho de estar más presentable haría desaparecer parte de la consternación del señor Millstadt por haberla visto realizando

una tarea doméstica.

Él había mostrado demasiado interés por ella últimamente y saber que había estado cantando sus alabanzas no la tranquilizó en absoluto. Era un hombre agradable, pero Ruth no tenía ningún deseo de que su relación fuera más allá de la implicación del señor Millstadt en St. Agnes. Tomó asiento tras el gran escritorio y los invitó a sentarse en las sillas frente a ella. A continuación dirigió la mirada hacia la mujer.

—Bien, lady Lynmouth, ¿qué puedo hacer por usted?

—Yo soy... Bueno, mi hermano y yo... somos los principales benefactores de Caring Hearts Home. Quizá haya oído hablar de él.

—Sí, por supuesto. Está cerca del East End, ¿verdad?

—En Bethnal Green, en realidad —especificó lady Lynmouth con un asentimiento de cabeza; luego vaciló levemente, casi como si no supiera cómo continuar—. El señor Millstadt y yo nos conocimos en un acto benéfico en el que hizo una generosa donación para Caring Hearts.

Ruth miró al hombre, que sonreía encantado por el reconocimiento. Luego volvió a mirar a la condesa, que la estudiaba con algo similar al recelo y la hostilidad. Frunció el cejo cuando sus ojos se encontraron con los de ella. Quería algo, pero o bien no sabía cómo pedirlo o no deseaba pedírselo a ella.

—El señor Millstadt también ha sido muy generoso con el orfanato St. Agnes —afirmó en voz baja con la mirada fija en la de lady Lynmouth.

—Y es por su generosidad por lo que le he pedido que me traiga aquí. Esperaba que usted y el consejo de administración de St. Agnes consideraran colaborar con Caring Hearts.

—¿Una asociación?

—Exacto —asintió lady Lynmouth con un poco más de entusiasmo—. Una vez se lo haya explicado, espero que anime a su consejo de administración a que acepte la propuesta.

—Si St. Agnes puede ayudarlos, estaremos encantados de hacerlo.

—Gracias, lady Attwood. —La condesa entrelazó las manos sobre el regazo y su recelo disminuyó un poco, aunque aún había cierto toque crítico en su mirada escrutadora—. Todos los niños de Caring Hearts reciben educación general y, a los trece años, se los forma como aprendices en una de nuestras diversas granjas o en empresas manufactureras en Inglaterra.

—Eso es extraordinario. ¿Cómo convencieron a los dueños para que aceptaran a sus niños como aprendices? —preguntó Ruth asombrada. Por todos los santos, ¿por qué no habría pensado ella en algo tan sencillo?

—Mi hermano es dueño de muchas propiedades y llega a acuerdos con los negocios locales.

La respuesta de lady Lynmouth hizo que Ruth frunciera el cejo. ¿Acaso el hermano de esa mujer estaba explotando a los niños del orfanato? Nunca participaría en semejante ardid.

—Eso suena como un... negocio rentable.

—Cielo santo, no.

La mujer pareció horrorizada y miró a Millstadt, que inmediatamente se irguió en su asiento y extendió la mano hacia la condesa en un gesto tranquilizador al tiempo que miraba a Ruth.

—Las propiedades son rentables, desde luego, pero las ganancias se usan para pagar a los niños que trabajan allí —aclaró Millstadt mientras cambiaba de posición en la silla y se entusiasmaba con el tema. Era evidente que el funcionamiento del orfanato lo había impresionado—. Una vez los niños acaban su aprendizaje, tienen la opción de buscar trabajo en otra parte o quedarse. Cualquier dinero extra no usado para mantener la propiedad y a los trabajadores se devuelve al orfanato. Un sistema excelente, la verdad.

El hombre tenía razón. Era un logro impresionante cuidar de los niños al mismo tiempo que se creaba un entorno para ellos en el que podían convertirse en personas autónomas. Algo le decía que Millstadt haría una propuesta en la siguiente reunión del consejo de administración para que se pusiera en marcha un plan similar en St. Agnes. Era una propuesta que estaría más que encantada de apoyar, pero eso no explicaba por qué había ido a verla la condesa.

—Debo reconocer que me ha impresionado muchísimo el funcionamiento de su orfanato, lady Lynmouth, pero ¿qué podría ofrecerle yo si nos asociáramos?

—Actualmente, Caring Hearts está desbordado. Aunque mi hermano acaba de comprar una nueva propiedad esta mañana, las reformas para adaptarla a los niños durarán varias semanas. Esperaba encontrar un refugio seguro para algunos de mis chicos mayores hasta que podamos asignarles un puesto como aprendices o hasta que la nueva propiedad esté lista.

—Aunque aquí estamos al límite, estoy segura de que podremos encontrar un modo de acoger a unos cuantos niños más. Y estoy convencida de que para el consejo de administración de St. Agnes será un placer ayudarlos —respondió Ruth mientras su mente calculaba cuántos niños más podría albergar el orfanato.

—Gracias. —La mujer se inclinó hacia adelante con su hermoso rostro lleno de gratitud—. A cambio, estaré encantadísima de conseguir puestos como aprendices para los niños mayores de St. Agnes.

—Eso sería muy amable por su parte —le agradeció Ruth sonriente—. Casualmente, yo también acabo de comprar una nueva propiedad, una pequeña finca en West Sussex. Espero completar la compra en los próximos dos días, como mucho. Las reformas necesarias son mínimas, por lo que Crawley Hall estaría listo a finales de la semana que viene.

—¿Crawley Hall? —La voz de la condesa fue un jadeo ahogado y su expresión reflejó un gran asombro.

—Lady Lynmouth, ¿se encuentra usted bien? —preguntó Millstadt preocupado, pero la mujer desechó con un delicado gesto de la mano el atento comentario de su acompañante.

—¿Ha comprado Crawley Hall? —La incredulidad resonó en la voz de la mujer, que miraba a Ruth fijamente.

—Sí. ¿Conoce la propiedad? —Ruth frunció el cejo ante la confusión de la condesa.

—Bastante bien. Era una de las tres propiedades que habíamos estado considerando —respondió frunciendo el cejo, como si estuviera intentando resolver un problema—. Pero su oferta superó a la de mi hermano Garrick.

—¿Su hermano? —Ruth se quedó mirando perpleja a la condesa.

—Sí, creo que lo conoce, el barón Stratfield. Me ha hablado de usted, y me da la impresión de que la tiene en la más alta consideración.

La respuesta de la mujer hizo que le diera vueltas la cabeza. Lady Lynmouth era la hermana de Garrick. Eso explicaba por qué le había resultado tan familiar. Los dos hermanos se parecían mucho.

—Me halaga que su hermano me considere digna de su admiración —comentó Ruth mientras estudiaba la indescifrable expresión de lady Lynmouth. Algo en la voz de la mujer le indicó que no la hacía feliz que Garrick la conociera siquiera. No le sorprendía que la desaprobara, pero que él hablara de ella con su hermana hizo que se sintiera vulnerable.

Impulsada por la repentina necesidad de evitar cualquier conversación más hasta haberse serenado, Ruth se levantó y rodeó el escritorio en una clara señal de que la reunión había concluido. Acto seguido ofreció la mano al señor Millstadt, que seguía sentado.

—Señor Millstadt, creo que deberíamos convocar una reunión del consejo para asegurarnos de que aprueben la petición de la condesa.

—Por supuesto. Me encargaré de ello en cuanto haya escoltado a la condesa a su casa. —Millstadt se puso de pie y le besó la mano. A continuación, se volvió hacia la otra mujer, aún sentada frente al escritorio—. ¿Lady Lynmouth?

La hermana de Garrick frunció el cejo y negó con la cabeza.

—Señor Millstadt, ¿le importaría dejarme un momento a solas con lady Attwood?

—Vaya..., por supuesto..., sin duda —respondió el hombre sorprendido mientras miraba alternativamente a lady Lynmouth y a Ruth.

Con una leve reverencia hacia ambas, dejó el despacho y cerró la puerta a su espalda. Ruth tenía una fuerte corazonada de lo que iba a suceder. Había recibido visitas de madres en el pasado para exigirle que dejara de ver a sus hijos. Y no le cabía duda de que la hermana de Garrick haría lo mismo. Regresó a su silla tras el escritorio, pero no se sentó. El mobiliario le ofrecería suficiente barrera para ayudarla a distanciarse de la mujer. Sin ganas de aguardar el ataque que estaba segura de que llegaría, se irguió rígida y recta con las puntas de los dedos pegadas a la mesa de caoba.

—Lamento su disgusto al enterarse de que soy la nueva propietaria de Crawley Hall. —Tomó una profunda inspiración y dejó escapar el aire—. Por el bien de los niños, espero que siga viendo conveniente esa asociación entre nuestros dos orfanatos.

—No se me ocurriría rechazar su generosidad. Simplemente me ha sorprendido saber que fue usted quien superó la oferta de Garrick. Es la primera vez que no logra comprar una propiedad que deseaba.

Los músculos de Ruth se tensaron. «Una propiedad que deseaba.» La otra noche, él le había dicho justo lo contrario. Le había explicado que Crawley Hall no se ajustaba a sus necesidades y, sin embargo, su hermana estaba diciendo algo muy distinto. Uno de los dos mentía. Luego, estaba la sorpresa de la mujer de que Ruth hubiera sido quien supuestamente hubiera superado la oferta de Garrick.

La condesa debía de suponer que era pobre como un ratón de iglesia. La suposición no estaba lejos de la verdad. Había logrado reunir suficientes fondos para comprar Crawley Hall, pero, en algún momento en el próximo año, seguramente tendría que vender su casa de la ciudad para pagar los gastos de mantenimiento de la propiedad recién adquirida. Sin embargo, nada de eso habría sido posible si Garrick hubiera decidido hacer una oferta.

Frunció el cejo mientras se preguntaba por qué Garrick le habría dicho a su hermana que había hecho una oferta por Crawley Hall cuando no había hecho nada parecido. Luego estaba la cuestión de por qué le había dicho a ella que la propiedad no se ajustaba a sus necesidades cuando su hermana afirmaba lo contrario. Lady Lynmouth le lanzó una mirada con las cejas enarcadas y Ruth intentó recordar qué acababa de decirle la mujer. Le había preguntado por el motivo por el que compraba la propiedad. La condesa era tan inquisitiva como su hermano.

—Al parecer, lord Stratfield y yo hemos estado trabajando con objetivos diferentes. Yo he comprado Crawley Hall para poder enviar a los niños más enfermizos al campo.

—Ah, entiendo. —Lady Lynmouth la miró con los ojos entornados—. Entonces no tiene intención de retirarse al campo de un modo... permanente.

Ruth tomó una brusca inspiración y se le formó un nudo en la boca del estómago. ¿Por qué le preguntaba si planeaba retirarse a Crawley Hall, algo que ella le había revelado sólo a Garrick cuando la había presionado para que le dijera por qué deseaba comprar la finca?

¿Qué diablos le había hecho decirle que planeaba retirarse a Crawley Hall? Podría haberle explicado la verdadera razón por la que compraba la casa, pero la mayoría de los hombres en su vida habían sentido aversión por los niños, incluso por los herederos. ¿Por qué debería pensar que él era diferente? Su sentido común le había sugerido que no le dijera nada, pero él había sido tan condenadamente persistente... Ahora ese bastardo le había explicado a su hermana que Ruth planeaba retirarse al campo.

Se tensó horrorizada. Oh, Dios, si la verdadera razón por la que no había hecho una oferta por la propiedad era porque sentía lástima de ella... Tragó la bilis que le había subido a la garganta. De repente, se sintió mayor que nunca. Fue un dolor profundo y desgarrador que le atravesó el cuerpo; podría haber jurado que había envejecido veinte años en menos de unos pocos minutos. Ni siquiera cuando Marston la había dejado, menos de un mes atrás, se había sentido tan desesperada por ser joven de nuevo. Sin embargo, decidida a no revelar lo devastadora que había sido la observación de lady Lynmouth, Ruth irguió los hombros y miró a la mujer.

—Mis planes están centrados en St. Agnes y los niños.

—Admiro su dedicación a los niños, pero es por mi hermano por quien estoy verdaderamente preocupada.

La mujer estaba suponiendo que Ruth ejercía una importante influencia sobre Garrick, pero la realidad era muy diferente.

—Creo que sus miedos son injustificados a ese respecto.

—Tal vez. Aunque, de nuevo, podría estar subestimando usted sus encantos. Mi hermano sólo ha tenido una amante con la que ha roto hace poco tiempo. Estoy segura de que su... experiencia... le resultará muy atractiva.

La afirmación de lady Lynmouth atravesó a Ruth con la precisión de una hoja exquisitamente afilada. La palabra «experiencia» adoptó de repente un nuevo significado, y pudo sentir cómo la madera cedía bajo sus dedos mientras se esforzaba por controlar sus emociones. Los insultos eran algo a lo que una mujer en su posición se enfrentaba con bastante regularidad, pero lady Lynmouth había decidido resaltar el hecho de que Ruth era una mujer madura con un hombre más joven. En otras palabras: era vieja.

—Como acabo de decirle, sus temores son injustificados. —El tono seco de su voz hizo que lady Lynmouth tuviera la decencia de parecer arrepentida.

—Discúlpeme, lady Attwood. Quiero muchísimo a mi hermano. Garrick cuidó de mí, de mi hermana y de mi hermano pequeño cuando éramos unos niños. Su felicidad es lo único que nos importa.

—Un sentimiento admirable, pero su hermano y yo somos poco más que conocidos.

¿Los simples conocidos se besaban en un carruaje con el ardor y la intensidad con la que Garrick la había besado la otra noche? El recuerdo provocó que una lánguida espiral de calor le ascendiera por el estómago. Lo hizo con una rapidez que la alarmó, obligándola a reconocer que había más verdad en los temores de lady Lynmouth de lo que Ruth había creído.

—Conocidos por el momento, pero vi cómo hablaba Garrick sobre usted. Su corazón aún no está perdido, pero si usted continúa viéndolo... Simplemente no deseo verlo sufrir.

Un abrupto fogonazo de ira la atravesó al oír las palabras de la condesa. Aunque comprendía el deseo de lady Lynmouth de proteger a su hermano, insinuar que Ruth era responsable de algún modo de la persecución a la que él la había sometido la enfureció.

—Lord Stratfield es más que capaz de tomar sus propias decisiones, e insinuar que yo soy responsable de su continuada asociación conmigo no sólo es ofensivo, sino también ridículo —espetó en tono gélido—. Yo no estoy persiguiendo a su hermano, como usted ha sugerido, lady Lynmouth. En realidad, he hecho todo lo posible para disuadirlo de seguir cultivando nuestra amistad. Su insinuación de que yo lo he alentado me indica que o bien es mi reputación o bien mi madurez lo que le resulta tan amenazante en lo referente a su hermano.

—Yo sólo...

—Sí, lo sé. Usted sólo está preocupada por el corazón de su hermano. —El tono cáustico de su voz hizo que lady Lynmouth frunciera el cejo en lo que casi pareció arrepentimiento. A Ruth no le importó y le lanzó a la mujer una fría mirada de indignación—. Creo que es hora de que se marche, lady Lynmouth, antes de que haga algo irreflexivo y castigue a otros por su comportamiento grosero y ofensivo.

La mujer parecía a punto de hablar, y Ruth soltó un gruñido de indignación mientras rodeaba el escritorio para dirigirse a la puerta del despacho.

—Lady Attwood...

—Ahórreme las obligadas disculpas, por favor. Las dos sabemos que no son sinceras —la interrumpió Ruth fríamente al tiempo que abría la puerta—. Creo que no hace falta que la acompañe, lady Lynmouth.

El sarcástico énfasis en el título dejó claro que el comportamiento de la condesa no le había parecido en absoluto noble, y Ruth se dio la pequeña satisfacción de escuchar el quedo jadeo de la otra mujer. Bien, el insulto le había llegado a lo más hondo. Quizá lo pensaría dos veces antes de insultar a otra persona en el futuro.

Con paso airado, salió del despacho y avanzó por el pasillo en dirección a la cocina.

No podía recordar la última vez que se había sentido tan furiosa. Desde aquel día en que había descubierto a uno de los ladronzuelos locales abofeteando a la pequeña Jenny Chapman no se había enfadado tanto. No había alentado a Garrick de ningún modo desde su primer encuentro. «Aceptaste su amistad», le dijo una voz en su cabeza que ella trató de ignorar.

Ese hombre había sido tan insistente que le había resultado imposible rechazarlo. «Imposible, no.» Soltó un leve gruñido de frustración ante la molesta voz que la rebatía. Ella no era quien había pedido las joyas, él las había enviado sin que ella lo alentara en absoluto. «Te las quedaste.» Apartó a un lado la muda acusación.

El hombre intentaba disculparse, y con muchísima más imaginación que cualquier otro pretendiente que hubiera tenido. No. Garrick no era un pretendiente, era un amigo. Ni siquiera eso. Los amigos no hablaban de ella con otros, ni siquiera con la familia. Podía imaginarse lo que le habría contado a su hermana. Cuando lady Lynmouth le había preguntado si iba a retirarse al campo, le habían entrado náuseas. Podía ser una coincidencia que la mujer pensara que Crawley Hall era un lugar en el que Ruth pasaría los años que le quedaban, pero era demasiada coincidencia. Peor aún, significaba que era objeto de lástima, y eso era algo que no toleraría. No había tenido ninguna alternativa a la vida que había elegido. Su padre se había encargado de ello. Cuando había abandonado a su madre, también la había abandonado a ella, y Ruth había hecho lo que tenía que hacer para sobrevivir. Ahora que estaba a punto de retirarse, no deseaba la compasión de nadie, y mucho menos del barón Stratfield.

Se frotó la frente con los dedos en un esfuerzo por acabar con el dolor de cabeza que amenazaba con atenazarla. Aún quedaban platos que fregar y preocuparse por Garrick y la visita de su hermana no serviría de nada.

Horas más tarde, había acabado de ayudar a acostar a los niños más pequeños y trataba de decidir si debería quedarse otra noche más en St. Agnes. De pronto, sintió un repentino anhelo de disfrutar de un largo baño caliente perfumado con sales. Se desató el delantal mientras bajaba por la escalera de servicio del orfanato hasta la cocina. Las velas eran la única luz en la estancia, ya que el sol se había puesto hacía más de una hora. Sonrió cuando vio a Annie junto al fuego mirando recelosa a Simmons, que estaba sentado en una silla junto a la puerta trasera. Dolores había decidido que ya era hora de que regresara a casa y su amiga había enviado refuerzos para asegurarse de que así fuera. En cuanto la vio, el hombre se levantó rápidamente con el bombín en la mano.

—He venido para llevarla a casa, señora.

—Sí, gracias, Simmons.

Ruth se quitó el delantal y lo tiró en el cesto de la ropa sucia en un rincón de la estancia. A continuación, cogió la capa que le ofreció el mayordomo.

—Annie, ven a cerrar la puerta con llave y asegúrate de que Thomas ha cerrado también la puerta principal. Es un buen chico, pero un poco despistado.

—Sí, señora. Me aseguraré de que lo haga. ¿Desea que le diga algo a la señora Beardsley?

—Dile que retomaré mis visitas habituales la próxima semana y que, si me necesita, me lo haga saber.

—Descuide, se lo diré. Me alegro de que se vaya a casa a disfrutar de una buena noche de sueño.

La consternación de Annie por que Ruth hubiera pasado dos noches en el orfanato era evidente, pero ella no respondió. Era imposible discutir con Annie una vez tomaba una decisión sobre algo. Y la chica estaba convencida de que Ruth estaba haciendo cosas que no eran apropiadas para su posición social. En lugar de eso, se limitó a sonreír y permitió que Simmons la guiara afuera, en medio de la noche.

Mientras el faetón traqueteaba por las aún concurridas calles hacia su casa en Carlisle Street, sus pensamientos regresaron a la visita de lady Lynmouth de esa tarde. Había pensado que su ira se había desvanecido, pero no era así. Su audacia al reprenderla porque la consideraba una mujer mayor que estaba engatusando a un joven inocente la enfureció.

La idea era ridícula, pero el tono escandalizado de la condesa había sido un doloroso recordatorio de la noche en que Garrick la había llevado a la ópera. Todos los que los habían visto juntos habían reaccionado del mismo modo que lady Lynmouth. Horrorizados por verla en público con un hombre más joven. Debería haberlo sabido cuando aceptó su oferta de amistad. Bien, cuanto antes estuviera fuera de su vida, mejor. Ese hombre no hacía más que ocasionarle problemas. Ignoró la voz rebelde que había gritado una protesta.

El faetón se detuvo suavemente y, menos de un minuto después, Ruth ya estaba subiendo la escalera de su casa mientras Simmons se encargaba de llevar el carruaje a las caballerizas que había en la parte posterior. Cuando entró, Dolores llegó corriendo por el pasillo para saludarla con una preocupada expresión en el rostro.

—Oh, señora, lo siento mucho...

—¿Dónde diablos has pasado las dos últimas noches?

La voz de Garrick la sobresaltó. Ruth giró sobre sus talones y lo vio de pie en la puerta del salón. Su impresión inicial fue de que estaba cansado. Casi como si no hubiera dormido. El cejo fruncido le arrugaba la frente y su expresión vacilaba entre la profunda preocupación y otra emoción que ella dudó en identificar. Por un momento, sintió la necesidad de acercarse a él y calmar su inquietud, pero se detuvo al recordar la visita de su hermana. Le entraron deseos de subir a toda prisa la escalera y evitar una confrontación, pero eso sólo postergaría lo inevitable.

—No sabía que debía responder ante usted sobre dónde paso mis noches, lord Stratfield. —Deshizo los lazos de la capa, se la quitó y se la entregó a Dolores.

—No debes responder ante mí. Simplemente digo que estaba preocupado —replicó él con fiereza. Su postura reflejaba su tensión.

Ruth tranquilizó a Dolores con una leve caricia en el brazo y se acercó a la puerta del salón. La bergamota mezclada con especias flotó bajo sus fosas nasales cuando pasó junto a él, y tuvo que aplastar las emociones que el aroma despertaba en su interior. Avanzó hasta el centro de la estancia y se volvió hacia él. El corazón le dio un brinco cuando lo vio cerrar despacio la puerta para apoyarse en ella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, la estudió con una atenta mirada. Su silencio no la puso nerviosa, pero la depredadora tensión de su alto cuerpo, sí. A pesar de la distancia entre ellos, su conciencia de él se intensificó de tal modo que sintió un febril cosquilleo en todo el cuerpo, sin que un solo centímetro quedara inmune. Incluso a varios metros de distancia era él quien tenía el control.

Ruth tomó una rápida inspiración, luego soltó el aire y carraspeó.

—Hoy he conocido a tu hermana.

Garrick no se movió, pero un repentino tic en la mejilla le indicó que la información lo había descolocado levemente. Sin embargo, no era la reacción de asombro que ella buscaba. ¿Había hablado ya con lady Lynmouth? ¿Era por eso por lo que no parecía sorprendido?

—¿A cuál de ellas? Tengo dos. —Su fría respuesta le recordó a su hermana.

—A lady Lynmouth. Un conocido nos ha presentado. —Ruth apretó los dientes mientras recordaba la conversación privada que había seguido a la presentación del señor Millstadt—. Parece tener la impresión de que te estoy persiguiendo.

—Entiendo. —Garrick se alejó de la puerta y cubrió despacio la distancia que los separaba—. Supongo que la habrás corregido respecto a esa cuestión.

—Lo he intentado, pero está decidida a considerarme la mujer mayor que te está guiando hacia el infierno y la condenación.

Ruth apartó la vista de él al recordar cómo su hermana había subrayado su edad durante la mayor parte de la conversación. No necesitaba que nadie le dijera que el tiempo era su enemigo o que tener una relación con un hombre más joven era un desesperado intento de aferrarse a su juventud, dejando a un lado que se tratara de una relación de amistad o amorosa. Ruth irguió la espalda cuando Garrick se detuvo a escasos centímetros de ella.

—Los dos sabemos que no es así. —La suave caricia en su voz hizo que el corazón le diera un vuelco, y se tensó por el traicionero modo con el que su cuerpo reaccionaba ante él.

—Me mentiste —espetó con voz tensa.

Garrick echó la cabeza hacia atrás sorprendido.

—¿Perdón?

—Me dijiste que no querías Crawley Hall, pero eso no es lo que tu hermana ha dicho. —Su tono brusco hizo que Garrick frunciera el cejo exasperado.

—Mi hermana necesita aprender cuál es su sitio y a no inmiscuirse en mis asuntos —gruñó molesto—. Si te hubiera dicho la verdad, te habrías enfadado tanto conmigo como lo estás ahora.

—¿Enfadada dices? —Ruth negó bruscamente con la cabeza y la fuerza de su ira la sorprendió—. Lo que estoy es furiosa. Primero te ofreces a comprarme Crawley Hall. Cuando yo me niego, decides compadecerte de mí y ayudarme a conseguir la propiedad absteniéndote de ofertar por ella.

—No lo hice por compasión —replicó él.

—¿No? Entonces ¿por qué creía tu hermana que estaba planeando retirarme al campo de un modo... permanente? —Se estremeció al recordar que lady Lynmouth le había comentado que habían hablado de ella—. No te molestes en responder a la pregunta. Ya lo sé. Se lo contaste todo sobre mí. Ella misma lo dijo.

—Pareces saber mucho sobre mis motivaciones y mis acciones después de haber mantenido una única conversación con mi hermana. —Su voz sonó como un gruñido amenazador al tiempo que la ira tornaba sus ojos de un penetrante azul.

—No intentes negar el hecho de que hablaste sobre mí con ella —espetó Ruth.

—No negaré que se mencionó tu nombre, pero no le conté nada sobre la conversación que mantuvimos en Crawley Hall. —Garrick frunció el cejo y se inclinó hacia ella—. Simplemente le dije a Lily que éramos amigos.

—Pues no te creyó.

Ruth se mantuvo firme porque no deseaba mostrarle que la estaba intimidando. El corazón le golpeó con fuerza en el pecho cuando una extraña expresión sobrevoló el rostro de Garrick.

—Me da absolutamente igual lo que ella crea. ¿Qué crees tú?

—Yo... yo no sé qué quieres decir —jadeó Ruth mientras alzaba la mirada hacia el rostro de Garrick, de repente inescrutable.

—Sabes muy bien qué quiero decir, Ruth. Te has mostrado reacia a la posibilidad de tener algo que ver conmigo desde el principio, y me gustaría saber por qué.

—No me he mostrado reacia, como tú dices, a que se me relacione contigo —replicó ella—. Acepté tu amistad y, sin embargo, aún no estoy segura de qué deseas realmente de mí.

—¿Por qué te resulta tan difícil creer que un hombre podría disfrutar del placer de tu compañía sin ninguna otra expectativa por su parte? —inquirió Garrick con frustración.

Ruth se quedó mirándolo desconcertada por su repentino y ferviente deseo de que él le pidiera algo más que simple amistad.

—Porque, con el tiempo, he aprendido que todo el mundo espera algo, incluso los hombres jóvenes que me ofrecen su amistad. —Su cuerpo se tensó cuando una extraña expresión sobrevoló el rostro de él.

—Que subrayes que soy más joven que tú no cambia el hecho de que me parezcas ingeniosa, inteligente, y de que además estés en posesión de la extraordinaria capacidad de hacerme reír —protestó mientras se pasaba una mano por el pelo en un gesto exasperado.

—Rasgos necesarios para mi posición en la sociedad.

—Dios santo, eres tozuda como una mula. No me creo ni por un segundo que esos supuestos rasgos no formen parte de la mujer que realmente eres. Si acaso, los has pulido bien para mantener a todo el mundo a distancia.

—No seas ridículo. Yo soy lo que soy.

—No lo creo. Hay mucho más en ti de lo que estás dispuesta a compartir conmigo. —Garrick entornó los ojos y le clavó la mirada—. Por ejemplo, te niegas a decirme dónde has estado estos últimos tres días. ¿Por qué? Mi pregunta de antes no era la de un amante celoso, lo he preguntado porque estaba preocupado por tu bienestar.

—Oh, por todos los santos, eres el hombre más obstinado que he conocido nunca. Si tanto necesitas saberlo, te diré que estaba en el orfanato de St. Agnes. La señora Beardsley, la cocinera y ama de llaves, estaba enferma.

Ruth tragó saliva con fuerza cuando él le cogió la mano para estudiar la piel irritada de los nudillos. Cuando su mirada se encontró con la de ella, vio un profundo respeto en esos ojos azules que le hinchió el corazón. Aprobaba sus acciones. Se le secó la boca. El hecho de que su aprobación significara tanto para ella era una señal de advertencia que le resultó demasiado fácil ignorar al encontrarse él sosteniéndole la mano.

—Has trabajado como doncella. —La delicada nota de admiración en su voz hizo que Ruth se ruborizara.

—Era necesario. No había nadie más para ayudar. —Se zafó de su agarre y puso algo de distancia entre ambos mientras se masajeaba un lado del cuello con los dedos.

—¿Cuándo has comido por última vez? —Era más una demanda que una pregunta, y ella le dirigió una rápida mirada. Su cejo fruncido le hizo darse cuenta de que no estaba mintiendo cuando le había dicho que estaba preocupado por ella.

Ruth se encogió de hombros.

—No lo recuerdo. Supongo que a la hora del almuerzo.

De inmediato, Garrick dio media vuelta y se dirigió a la puerta del salón. Sobresaltada por su abrupta reacción, ella lo observó desaparecer en el vestíbulo principal. Cuando regresó un instante después, había una expresión decidida en su rostro que le indicaba que insistiría en salirse con la suya. En ese momento estaba demasiado cansada para continuar discutiendo con él.

—Dolores te ha preparado un baño. Cuando hayas acabado de lavarte, comerás y te acostarás.

A pesar de la nota autoritaria en su voz, una oleada de calidez inundó el torrente sanguíneo de Ruth. Era la primera vez que un hombre anteponía las necesidades de ella a las suyas propias. Le gustó cómo hizo que se sintiera y estaba demasiado cansada para cuestionarse por qué. Con un agotado asentimiento de cabeza, se dirigió a la puerta y no protestó cuando le pegó la mano a la parte baja de la espalda para guiarla hasta el vestíbulo. Al pie de la escalera, la empujó delicadamente hacia adelante. Ruth alzó la mirada hacia él y le ofreció una leve sonrisa.

—Gracias, Garrick.

—No hay de qué —respondió él al tiempo que se llevaba su mano a la boca y le besaba la irritada piel de los nudillos.

Ruth jadeó. En cuanto le soltó la mano, se quedó mirándolo incapaz de discernir qué estaba pensando. Sentía el dorso de la mano caliente por su contacto y no estaba segura de cómo interpretar esa tierna caricia. Repentinamente incómoda, dio media vuelta y empezó a subir la escalera demasiado consciente de su mirada fija en la espalda. Cuando llegó al segundo piso, miró y descubrió que ya no estaba al pie de la escalera. El quedo sonido de una puerta al cerrarse le indicó que se había marchado. La decepción la recorrió y rápidamente apartó ese sentimiento de su mente. No podía permitirse semejante emoción en lo que a Garrick concernía.

Durante todo el trayecto desde St. Agnes, había trazado un plan tras otro para acabar con su relación con ese hombre. Sin embargo, lo único que había hecho era reforzar su amistad al permitir que se ocupara de su bienestar. Era algo que nunca había permitido hacer a ningún hombre y, aun así, con Garrick no había discutido. De hecho, por mucho que odiara reconocerlo, le gustaba cómo le había ordenado que cuidara de sí misma.

Negó con la cabeza y dejó escapar un leve gruñido de disgusto. El comportamiento de Garrick había sido el de un amigo preocupado. Estaba viendo más cosas de las que había. Sin embargo, esa idea actuó como un arma de doble filo, y no le gustó el lado opuesto del filo. Frunció el cejo mientras entraba en el pequeño baño de su dormitorio, donde el vapor ascendía desde el agua en su moderna bañera con el grifo de latón. La decisión de instalar el sistema de tuberías y demás equipamiento en la casa el año anterior era la mejor que había tomado nunca.

La comodidad y las ventajas de su nuevo baño habían hecho que se mostrara firme en su determinación de que St. Agnes recibiera mejoras similares. Había supuesto un importante gasto del que muchos miembros del consejo de administración se habían quejado, pero había merecido la pena. Estaba segura de que había sido un elemento clave para mantener sanos a los niños.

Se desvistió rápidamente y, en cuanto se sumergió en el calor del agua, cerró los ojos para gozar de ese placer. Con la cabeza apoyada en el borde de la bañera, disfrutó del suave aroma de las sales de baño que Dolores había añadido al agua. El tiempo dejó de existir cuando un delicioso letargo invadió sus extremidades y se relajó en la fragante agua.

Poco después, oyó el sonido de platos a través de la puerta abierta que daba a su dormitorio. Dolores le había llevado la cena. Consciente de que el agua se estaba enfriando, cogió a regañadientes el jabón de cidronela que usaba cuando se bañaba. Una vez acabó, se secó, se cubrió los hombros con una bata fina y atravesó la estancia descalza.

El olor a laurel alcanzó sus fosas nasales cuando llegó a la puerta del dormitorio. Dolores había preparado estofado de carne, y el aroma hizo que su estómago gruñera. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba hasta ese momento. Con la cabeza levemente inclinada, alzó las manos para quitarse las horquillas del pelo y sacudió la cabeza para que los ondulados mechones le cayeran sobre los hombros. Mientras se masajeaba el cuero cabelludo con los dedos despreocupadamente, avanzó por el dormitorio y el quedo sonido que le dio la bienvenida la hizo alzar la cabeza sorprendida. Perpleja, se encontró con la intensa mirada de Garrick. Dios santo, ¿qué estaba haciendo allí? El corazón le dio varios brincos al ver la hambrienta expresión en su rostro. Era una mirada que reconocía, pero Ruth no recordaba haberse excitado tan fácilmente con la de ningún otro hombre.

Se quedó inmóvil al ver que su mirada descendía y, de repente, se dio cuenta de que no se había atado la bata. El rubor le sonrojó las mejillas. Se cubrió y se ató la bata a toda prisa. Como si fuera consciente de pronto de que había estado mirándola fijamente, Garrick apartó la vista de ella y, para su sorpresa, vio que un leve

sonrojo le teñía las mejillas. ¿Se había ruborizado? Imposible.

—Recuérdame que no vuelva a traerte la cena hasta saber que estás adecuadamente vestida —dijo él con la voz estrangulada.

Aún desconcertada por su presencia, Ruth desvió la mirada al hogar. Los grandes y cómodos sillones que a menudo usaba cuando deseaba calentarse frente al fuego se habían movido y acercado. Entre ellos, Garrick había colocado una pequeña mesa con dos cuencos de humeante estofado y un plato de pan recién hecho. Completando la escena había un pequeño fuego que crepitaba suavemente en el hogar y proyectaba un cálido resplandor sobre la mesa y los sillones. La atmósfera íntima debería haberla alarmado, pero, en ese momento, estaba demasiado agotada y hambrienta para que le importara. Sin embargo, a pesar de lo cansada que se sentía, un escalofrío le recorrió la piel, hasta el último rincón de su cuerpo, cuando lo miró. Era la primera vez en años que se sentía tan nerviosa y, al mismo tiempo, tan entusiasmada.

—Pensaba que te habías ido a casa —susurró cuando su habitual seguridad la abandonó.

—He decidido quedarme y asegurarme de que cenabas. Eso por no mencionar que yo mismo estoy hambriento. —Señaló el sillón que había frente al suyo—. Ven. Necesitas comer.

La tranquila orden hizo que Ruth se levantara el pelo para recogerlo en un apresurado moño. De inmediato Garrick se acercó, y ella dio un respingo. Su expresión era indescifrable cuando cubrió la distancia entre ambos. Despacio, le cogió la mano y la obligó a soltarse de nuevo el pelo.

—No. Me gusta verte con el cabello suelto. —Su mano le calentó la suya y la guio hacia el fuego. Cuando Ruth estuvo sentada, él tomó asiento frente a ella y cogió la cuchara sonriente—. Este estofado huele de maravilla.

—Es una de las especialidades de Dolores —comentó ella mientras soplaba una cucharada del rico guiso.

El estofado le calentó el estómago enseguida e hizo que se sintiera incluso más aletargada que el baño. Cuando se acabó el plato, Garrick enarcó una ceja y le sonrió.

—¿Quieres que baje y te traiga más?

—No, gracias —repuso ella negando con la cabeza—. He comido suficiente para calmar el hambre.

Él asintió y su rostro se oscureció con una emoción que Ruth no pudo identificar. En un instante desapareció y tomó otra cucharada. Sin mirarla, untó un trozo de pan con mantequilla y carraspeó.

—Háblame de St. Agnes. ¿Eres una benefactora?

—Yo fundé el orfanato. —Su respuesta lo hizo levantar la cabeza sorprendido.

—¿En serio?

—¿Por qué es tan difícil de creer? —protestó ella con un leve disgusto—. Las mujeres son tan capaces como los hombres en lo referente a los negocios y a las obras benéficas.

—Malinterpretas mi sorpresa —dijo él—. No se me había ocurrido que pudieras ser la principal benefactora de la institución. ¿Cuándo fundaste el orfanato?

—Hace más de quince años. —Ruth hizo una mueca al darse cuenta de lo rápido que había pasado el tiempo.

—¿Qué te impulsó a hacerlo? —Garrick la miró fijamente mientras hacía la pregunta.

Ella se mordió el labio preguntándose cuánto debería contarle exactamente. No ayudaba nada que resultara tan fácil hablar con él.

—Sé lo que es no tener adónde ir y deseaba evitar que les sucediera a otros.

—Y por eso fundaste St. Agnes. —Cogió la servilleta y se la pegó a la boca antes de dejarla descuidadamente sobre la mesa—. Dime por qué sabes lo que es no tener un lugar adonde ir.

—No tiene importancia.

Ruth se estremeció al tiempo que apartaba la vista de su penetrante mirada para centrarla en las llamas amarillas y azules del hogar. Lo que había dicho era mentira. A pesar del tiempo que hacía que su madre había muerto, aún era doloroso.

—No te creo.

—¿Por qué no? —inquirió ella mirándolo sorprendida.

—Porque puedo percibir el dolor en tu voz. —La astuta mirada que él le lanzó hizo que volviera a fijar la suya en el crepitante fuego. Garrick se inclinó hacia adelante de repente y le acarició la mano que había cerrado sin darse cuenta para formar un tenso puño—. Se me da bien escuchar.

Ruth contempló sus largos dedos levemente apoyados en su mano. En un rincón de su mente, fue consciente de la musculosa fuerza de la mano y del fino vello oscuro que desaparecía bajo la manga de la camisa y la chaqueta. Siempre le había gustado contemplar la belleza de las manos de un hombre. En cuanto alzó la mirada hasta la de él, supo que le contaría su historia.

Aunque muchos de los miembros de la alta sociedad sabían que ella se atribuía su título como la hija del marqués de Halethorpe, la mayor parte creía que era la hija de otro hombre. Su padre opinaba lo mismo. Se volvió hacia el fuego. Hacía mucho que no pensaba en los motivos que la habían hecho seguir su particular camino en la vida. Y, durante los últimos meses, había sentido cierta melancolía por lo que podría haber sido.

—La otra noche, en la ópera, ¿recuerdas al anciano caballero que formaba parte del séquito del príncipe y la princesa? —preguntó en voz baja.

—El que no parecía especialmente feliz.

—Feliz de verme, es lo que quieres decir. —Ruth asintió al tiempo que ese antiguo dolor la invadía—. Es el marqués de Halethorpe... y mi padre.

—Tu padre. —Más que una pregunta fue un comentario de desconcierto.

—Mi padre —repitió Ruth. A pesar de su gran esfuerzo por ocultar la amargura en su voz, resonó con fuerza en sus oídos—. Renunció a una vida de felicidad porque decidió creer en la palabra de otro hombre por encima de la de su propia esposa.

Hizo una pausa mientras observaba cómo ardía la leña en la chimenea de ladrillo. Una brasa estalló con fuerza y el inesperado sonido la sobresaltó. La delicada caricia de la mano de Garrick la impulsó a mirarlo. Él no dijo nada. Era sólo un gesto de consuelo y eso la tranquilizó y la animó a proseguir. Se recostó en su asiento y tomó una profunda inspiración.

—Mis padres eran especiales porque su matrimonio había sido una unión por amor. Aunque mi madre rara vez hablaba del incidente que hizo que mi padre la echara de Halethorpe, conseguí reconstruir la historia a lo largo de los años. —Un estremecimiento la recorrió cuando recordó el dolor que su madre había padecido. A pesar de la crueldad de su padre, nunca había dejado de amarlo—. Mis padres estuvieron casados durante un breve período, y mi padre se mostraba muy celoso sobre cualquier cosa que ocupara el tiempo de mi madre, a excepción de él. Durante una reunión de varios días que organizaron en su casa, uno de los invitados intentó forzar a mi madre en medio de la noche. Mi padre los sorprendió y pensó lo peor.

—Dios santo —exclamó Garrick con suavidad. La indignación en su voz remedó la suya propia.

—Ese hombre sabía que mi padre era más que capaz de destruirlo social y económicamente y el muy bastardo culpó de inmediato a mi madre por el incidente. Ella protestó, pero, cegado por los celos, mi padre creyó a lord Tremaine.

—¿Tremaine? —La áspera pregunta la hizo mirarlo sorprendida.

—No el actual vizconde, sino su padre.

—De tal palo, tal astilla —afirmó Garrick con fiereza.

Su evidente disgusto le indicó que tenía al actual lord Tremaine en la misma consideración que ella había tenido al anterior vizconde, que había muerto hacía varios años. El antiguo odio la atravesó de nuevo por el dolor que el vizconde les había infligido a ella y a su madre.

—Mi padre ordenó a mi madre que abandonara la casa. Ella era hija de un vicario y no tenía adónde ir, porque mis abuelos habían muerto. Fue una amiga de la infancia la que le consiguió una casita de campo para que viviera en ella. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, acudió a mi padre para defenderse ante él, pero el marqués dijo que no tenía intención de criar a un hijo bastardo.

Ruth apretó la mandíbula al recordarlo usando unas palabras similares cuando ella fue en busca de su ayuda porque su madre se moría. Fue la primera vez que odió a alguien. Apartó el recuerdo y continuó con la historia.

—Mi madre solía decirme lo maravilloso que era y yo la creí hasta que cumplí los diez años. Fue entonces cuando me llevó a verlo para que lo conociera. En ese

tiempo, yo me parecía mucho a él de niño. Mi madre estaba convencida de que vería el parecido y se daría cuenta de la verdad.

—Pero él no lo hizo.

—No. Tremaine había extendido rumores de que se había beneficiado a la mujer de mi padre, y eso le endureció más el corazón contra mi madre. La discusión que mantuvieron aquel día fue terrible. Mi madre me hizo salir de la estancia, pero ella se quedó.

Se detuvo mientras recordaba los gritos resonando tras la puerta del estudio de su padre. Había sido imposible oírlo todo, pero oyó lo suficiente para saber lo cruel que el marqués podía ser. La leña en la chimenea estalló y observó cómo una chispa de llama azul recorría la superficie de uno de los leños. Frunció el cejo y continuó su relato.

—Discutieron de un modo terrible durante varios minutos y, cuando mi madre salió del estudio, parecía que hubiera envejecido varios años. Nunca volvió a ser la misma después de eso. A lo largo de los siguientes ocho años, su salud se debilitó, y estoy convencida de que ya no tenía ganas de vivir. Cuando estaba muriéndose, acudí a mi padre a petición suya. Deseaba verlo una vez más antes de morir.

—Y él se negó. —Garrick soltó un leve gruñido horrorizado.

—Sí. Ese canalla me respondió que mi madre podía pudrirse en el infierno, me ordenó que saliera de su casa y me dijo que no deseaba volver a verme nunca más. Ella murió varios días después diciendo aún su nombre. —Esa vez, Ruth no se molestó en ocultar su amargura—. Tres semanas después de enterrar a mi madre, el vizconde Chippenham vino a hablar conmigo. Me había visto cuando visité a mi padre y, al parecer, se había enamorado de mí. Me ofreció una casa a cambio de... a cambio de que compartiera su lecho. Hay muchas cosas que uno haría cuando pasa hambre, sobre todo, cuando no se tiene ningún lugar al que ir. No contaba con ningún oficio, el pequeño estipendio de mi madre había desaparecido y no había nada a lo que recurrir, así que acepté su oferta.

—Bastardo —gruñó Garrick.

—En eso ambos estamos de acuerdo; mi padre tenía una esposa que lo adoraba...

—No hablo del marqués y su maldito comportamiento. Hablo de Chippenham y de cómo se aprovechó de tu situación.

Las acaloradas palabras de él hicieron que Ruth lo mirara sorprendida.

—Quizá, pero si él no lo hubiera hecho, al final habría acabado en un burdel. Ser la amante de Chippenham fue infinitamente preferible a la vida que podría haber llevado. —Se encogió levemente de hombros cuando vio que Garrick fruncía el cejo—. La protección de Chippenham me dio acceso al selecto grupo de Marlborough, donde pude usar mi título para mi beneficio. Me dio el mismo aire de respetabilidad del que otras bellezas profesionales disfrutaban. Y puso furioso a mi padre.

Se permitió esbozar una tensa sonrisa al recordar la primera vez que se había encontrado con su padre en un acto al que Chippenham la había llevado. El marqués se había enfurecido y le había ordenado que dejara de usar el título. Eso le había proporcionado el gran placer de desafiarlo a que la denunciara ante los tribunales. Ambos sabían que él tenía mucho que perder, no sólo en el tribunal, sino también ante la opinión pública. A su padre nunca le había preocupado la opinión pública, pero si los tribunales declaraban que ella era su hija, se vería obligado a reconocerla. Y eso era lo único que estaba segura de que él nunca haría.

—Asumiste un gran riesgo enfrentándote a Halethorpe.

Ruth negó con la cabeza.

—No tenía nada que perder. Había demasiadas personas, incluyendo varios familiares, que ya habían comentado que me parecía mucho a mi padre, aunque nadie se atreviera a decirlo en su presencia. Cualquier acción legal lo habría obligado a reconocerme como su hija. Nunca se habría arriesgado a tener que admitir que mi madre había dicho la verdad. No podía soportar la culpa, o quizá la idea de estar equivocado era incluso más difícil para él.

Reclinado en su asiento, Garrick la estudió por encima de los dedos unidos de ambas manos. La expresión de compasión en su rostro la hizo estremecerse, y Ruth cerró los ojos para evitar su intensa mirada. ¿Cómo demonios se le ocurría compartir su historia con él? No necesitaba su compasión, ni la de ningún otro. Se había abierto camino en la vida por sí sola a pesar del rechazo de su padre. Puede que no fuera la vida que su madre había previsto para ella, pero era mejor que las alternativas.

—No, enfrentarte a tu padre requirió mucho valor —replicó él—. Tu madre estaría orgullosa de ti.

La repentina imagen del rostro de su madre apareció en su cabeza, y el dolor sordo que había estado oprimiéndole el corazón se intensificó. ¿Cómo habría sido su vida si su madre hubiera sido capaz de convencer a su padre de la verdad? Era inútil hacerse esa pregunta. Su padre la había abandonado del mismo modo que había repudiado a su madre y nada de lo que ella hiciera podría cambiar eso. Sin embargo, aceptar la verdad no hacía que el dolor desapareciera.

Al borde de las lágrimas, cerró los ojos y ocultó el rostro a Garrick en un intento de recuperar la compostura. Hacía años que no lloraba por el abandono de su padre. El hombre había hecho su elección, y la había obligado a hacer la suya. Eso era lo único que nunca podría perdonarle a su padre. Había lanzado a alguien de su propia sangre a los lobos, y lo odiaba por eso. Las lágrimas amenazaban con surgir tras los párpados y Ruth tragó saliva con fuerza. Oyó un suave movimiento proveniente del lugar donde Garrick estaba sentado, pero no podía mirarlo porque entonces podría ver que estaba a punto de llorar y ella no deseaba su compasión.

En cuestión de un suspiro, unos fuertes brazos la alzaron del sillón y Garrick volvió a sentarse con ella en su regazo. La última vez que había estado tan cerca de él, la había besado. Asombrada por su comportamiento, se tragó las lágrimas y lo miró desconcertada.

—Parece que necesitas un hombro fuerte sobre el que llorar —le dijo con voz ronca—. Así que usa el mío.

Era uno de los gestos más amables que un hombre había hecho por ella y, como si una presa reventara, las lágrimas rodaron por sus mejillas. Lloró en silencio mientras Garrick la estrechaba en sus brazos con la serena fuerza de un roble. Cuando los sollozos cedieron, se quedó exhausta con la cabeza sobre su hombro. A continuación, un impoluto pañuelo blanco apareció de la nada y Ruth lo cogió para sonarse la nariz.

—Lo siento —logró decir avergonzada y aún incapaz de mirarlo.

—¿Por qué? ¿Por sentirte dolida y traicionada porque tu padre abandonó primero a tu madre y después también a ti? —Había una fiereza en sus palabras que mostraba lo despreciable que consideraba al marqués—. Es la verdadera razón por la que fundaste St. Agnes. Deseabas ofrecer a los niños lo que tu padre se negó a darte. Un refugio seguro.

Sus brazos se tensaron levemente alrededor de ella, un gesto que intensificó su fuerza y la protección que su abrazo le ofrecía e hizo que Ruth se relajara agotada contra él. El hecho de que Garrick hubiera visto una parte de ella que nunca había compartido con ningún hombre la alarmó, pero, al intentar pensar en algo que decir, todos sus pensamientos salieron huyendo como una estampida de animales salvajes que huelen el peligro. Estaba demasiado cansada para pensar con claridad y trazar un plan para distanciarse de él.

Bostezó y, de repente, la tierra se movió cuando Garrick se levantó con ella aún en los brazos para llevarla a la cama. De inmediato, Ruth se tensó y el corazón se le aceleró a un ritmo frenético.

—Necesitas dormir. Estás exhausta.

No la miró, pero había unas finas arrugas de tensión en las comisuras de su boca. La suavidad del colchón acogió su cuerpo cansado y, cuando él deslizó los brazos por debajo de ella, la bata se abrió y dejó a la vista uno de sus pechos. El pezón expuesto se endureció de inmediato, y Garrick tomó una brusca inspiración. Era el sonido del deseo, y a Ruth se le calentó la sangre. Se esforzó por no mirarlo, pero no lo consiguió. El deseo que oscurecía su expresión hizo que se le secara la boca cuando él se tumbó en la cama a su lado.

¿Cómo demonios se había metido en esa situación? Garrick recorrió la línea de su hombro desnudo y descendió con los ojos azules oscurecidos por un fiero deseo. Ese contacto le provocó un estremecimiento que hizo que una llamarada de fuego le recorriera el torrente sanguíneo para calentar hasta el último milímetro de su ser. Estaba en un buen aprieto. No sería capaz de rechazarlo si él aprovechaba la oportunidad. ¿Rechazarlo? ¡Si estaba rezando por que no dejara de acariciarla!

—No tienes ni idea de lo hermosa que eres, ¿verdad? —Las palabras ásperamente pronunciadas sonaron bajas, casi como si estuviera pensando en voz alta mientras su mirada la estudiaba como si fuera una preciosa obra de arte.

—Garrick..., yo... —Gimió cuando su mano le envolvió el pecho y pasó el pulgar por el pezón.

—Deseo conocer hasta el último milímetro de tu cuerpo —gruñó él.

Con casi una lenta precisión, bajó la cabeza y se introdujo el pezón en la ardiente boca. El calor de su contacto la hizo arquearse hacia arriba, hacia él, al tiempo que soltaba un leve grito de placer. Dios santo, sabía que eso era un error, pero en ese momento no le importó. Ya tendría tiempo de arrepentirse más tarde.

Ruth sumergió los dedos en su oscuro y sedoso pelo mientras la lengua de él giraba alrededor del pezón, provocándola y tentándola. La seductora caricia hizo que la atravesara un estremecimiento. Hacía tanto tiempo que un hombre no encendía un fuego semejante en ella. El deseo que la atravesó la hizo estremecerse. Anheló que él saboreara hasta el último milímetro de su cuerpo, sobre todo ese punto sensible entre sus piernas. La imagen de él usando la lengua para llevarla al clímax fue un delicioso pensamiento, y Ruth se arqueó por encima de la cama en una silenciosa súplica de que explorara su sexo.

En cuanto su boca la abandonó, le entraron ganas de gemir por la decepción ante la pérdida del placer. Un instante después, Garrick atrapó sus labios en un duro y apasionado beso. Ella acogió con agrado la caricia y le rodeó el cuello con los brazos para atraerlo hacia sí. Él respondió apartando el otro lado de la fina bata y acariciándole los pezones con los pulgares.

La caricia era una tortura exquisita. Lo deseaba ya, en ese mismo instante. Por la mañana ya se enfrentaría a la diferencia de edad entre ambos. En ese preciso momento lo único que ansiaba era el ardor de su contacto. El deseo se abrió paso en todo su ser, empujándola hacia una cima que prometía una fiera culminación. La hizo avanzar hasta que ya no pudo pensar en nada más que en la necesidad de su contacto. Atrapada en la intensidad del deseo, respondió a su beso con fervor y dobló los dedos en las solapas de su chaqueta para quitársela. Anhelaba sentir su cuerpo duro y musculoso pegado al suyo. Hacía tanto tiempo que la sangre no le ardía tan febrilmente.

Un siniestro gruñido resonó en el pecho de Garrick ante los esfuerzos de Ruth y, de repente, se apartó de ella con un movimiento explosivo. Perpleja, se quedó con la mirada clavada en su espalda mientras su cuerpo gritaba una protesta al ver que se alejaba de la cama. La fiera punzada de su retirada la atravesó cuando comprendió despacio que no iba a obtener la satisfacción que tanto ansiaba.

El intenso anhelo en su interior cedió lentamente y fue sustituido por un terror insoportable que hizo que se le revolviera el estómago. El profundo silencio en la estancia no aplacó su temor. Garrick aún no se había vuelto para mirarla. El miedo la inundó. No sabía qué hacer. ¿Lo había ofendido con la desinhibida demostración de su deseo?

Había hombres que preferían estar al mando en el dormitorio, pero Garrick nunca le había parecido de ese tipo. Se cerró la bata y se levantó de la cama. La rígida línea del cuerpo de él revelaba su tensión, y Ruth dio un paso vacilante en su dirección.

—Garrick...

—No puedo hacer esto, Ruth.

Las palabras fueron como esquirlas de hielo que impactaron en su piel y esparcieron su gelidez por todo su cuerpo. Él no la deseaba. Sin embargo, negó con la cabeza y rechazó ese pensamiento de inmediato. Sabía cómo era el contacto de un hombre deseoso de acostarse con ella, y Garrick la había deseado tanto esa noche como lo había hecho en el carruaje. La había rechazado entonces porque no había querido arriesgar su amistad, y debía de ser por eso por lo que también la rechazaba ahora. En lo más profundo de su mente, una risa burlona le dijo otra cosa. Se negó a considerar el motivo alternativo para que se hubiera alejado de ella de esa forma. Dio otro paso tentativo hacia él.

—Si es nuestro acuerdo de que seamos sólo amigos...

—No —espetó él—. Es la diferencia en nuestros... nuestros años de experiencia.

Si un rayo la hubiera atravesado no podría haberle hecho más daño. «Años de experiencia.» Estaba diciéndole que la diferencia de edad entre ellos era demasiado grande. Ella había estado en lo cierto todo el tiempo: la consideraba demasiado mayor. Una mujer que ya había dejado atrás la flor de la vida, que no tenía nada que ofrecer a un hombre en el dormitorio. Sus miradas se encontraron y a Ruth la sorprendió vagamente la frustración que oscurecía la de él. Una parte de ella deseaba exigirle una explicación, pero una risa desdeñosa flotaba en su mente. Estaba demasiado claro por qué la había rechazado. Se dio la vuelta y se dirigió muy rígida hacia la puerta del dormitorio. La abrió.

—Por favor, márchate.

—Ruth, tengo que explicar...

—No deseo una explicación. Sólo deseo que te vayas —dijo inexpresiva con la mirada fija en la pared.

El violento sonido que Garrick profirió atravesó la insensibilidad que la iba atenazando y la sobresaltó, pero no lo miró. No pudo. El dolor que la atravesaba hizo que le fuera imposible. Un dolor que estaba superando rápidamente la humillación que sentía. Con un fiero juramento, él salió de la estancia como si de repente lo hubieran salvado de cometer un terrible error. Ruth cerró la puerta tras él y echó la llave. Aunque no era necesario, porque sabía que no regresaría... nunca.

Ese pensamiento hizo que todo su cuerpo actuara como si alguien la hubiera apaleado. Se tambaleó hasta la cama, donde cayó sobre el colchón y se hizo un ovillo. Un dolor profundo y penetrante la asaltó, lo sintió en todo su ser. La edad no era sólo un estado mental. Era también físico, y nunca se había sentido tan física y emocionalmente agotada. Si alguna vez había necesitado que la instruyeran sobre lo mayor que era, esa noche había recibido la lección. ¿Qué la había poseído para no echar a Garrick de su dormitorio cuando se lo había encontrado esperándola? Ése había sido su primer error. El segundo había sido permitir que la convenciera de que le hablara sobre su padre.

Nunca se habría planteado siquiera compartir unos detalles tan íntimos de su vida si no hubiera estado tan cansada. Y estaba cansada..., estaba exhausta. Tenía los ojos cerrados y una lágrima escapó por debajo del párpado. El hecho de que estuviera llorando por un hombre ya era malo, pero era incluso peor que fuera por uno con el que nunca había intimado. No, eso no era exacto. Simplemente no lo había sentido deslizándose entre sus piernas. Y, por Dios, cuánto lo anhelaba en ese momento. La imagen de él encima de ella acariciándola con toda su longitud se negaba a abandonar su mente. Hizo que ansiara una liberación que, a pesar de su agotamiento, asaltaba su cuerpo. E igual de malo era el modo en que su piel ardía aún en todos los puntos en los que la había acariciado con la lengua.

Otra lágrima escapó por debajo del párpado para deslizarse por la mejilla. Era una señal de lo profundamente que la había afectado. Nunca debería haber aceptado ser amiga de Garrick. Había sido su ego lo que había permitido que la persuadiera de que podrían mantener una relación platónica. Ella había sido consciente de la atracción que sentía por él, pero había creído que podría dejarla a un lado simplemente por disfrutar del placer de su compañía. Había sido ridículo pensar siquiera que la amistad entre ellos era posible. ¿Dónde estaban su edad y su experiencia cuando había tomado esa decisión? Estaban ausentes porque ella había permitido que el deseo controlara su mente. El deseo por un hombre más joven y el modo en que su cuerpo reaccionaba a él cada vez que lo tenía cerca. Sobre todo, un hombre que no se había molestado en ocultar la atracción que sentía por ella, a pesar de la diferencia de edad.

Por muy doloroso que fuera aceptarlo, Ruth había accedido porque se había mostrado halagada por la clara atracción que Garrick sentía hacia ella. Reconocía su decisión como lo que era. Había sido un desesperado grito de atención por parte de una mujer que no podía aceptar el hecho de que había dejado atrás la flor de la vida. Oh, Dios santo, debería haberlo rechazado, a él junto con las joyas, el día que le había pedido su amistad. Ahora estaba demasiado claro que su decisión de seguir con una relación de cualquier tipo con él había sido un error de proporciones colosales. No podían ser amigos, no más de lo que podían ser amantes. Ese descubrimiento hizo que otra lágrima rodara por su mejilla. Nunca había pensado que envejecer haría que se sintiera tan sola.

Garrick se dejó caer en uno de los amplios sillones de piel del Marlborough Club. ¿En qué demonios había estado pensando? Casi se había desnudado por completo ante esa mujer. Y no sólo físicamente. La idea de ella mirándolo de hito en hito con disgusto o con diversión hizo que se le formara un nudo en el estómago por la insoportable sensación que tan bien recordaba.

Volvió a enterrar el horrible recuerdo de la risa de su tío y de Bertha en el profundo agujero del que había surgido. Nunca debería haber insistido en que Dolores le permitiera subirle la cena al dormitorio. Si se hubiera limitado a irse a casa, jamás la habría tocado. Dios, cómo había complicado las cosas.

De soslayo, vio que Jenkins, uno de los sirvientes del club, aparecía de repente a su lado. El hombre se inclinó levemente con una solícita expresión en el rostro.

—Buenas noches, lord Stratfield. ¿Desea que le traiga algo?

—Una botella de Hennessy.

—¿Una botella, señor? —La pequeña nota de sorpresa en la voz del sirviente hizo que Garrick levantara la cabeza para lanzarle una dura mirada.

—Sin abrir —gruñó.

Cuando el hombre se alejó apresuradamente, Garrick apoyó la cabeza en el respaldo de la firme butaca de piel y cerró los ojos. Ni siquiera había tenido los huevos de mirar a Ruth a la cara cuando la había apartado tan bruscamente. El estómago se le revolvió asqueado. Ése era un pensamiento irrisorio, porque él sólo tenía uno. Subrayaba el hecho de que era menos hombre por no explicarle los motivos por los que la rechazaba.

Y le había costado mucho apartarse de ella. Que Dios lo ayudara, desde el ridículo con Bertha, ninguna mujer lo había tentado hasta el extremo de que hubiera estado a punto de exponerse a otra humillación. El hecho de que hubiera estado tan cerca de desvelar su secreto lo aterrorizaba. El suave tintineo del cristal sobre el metal lo obligó a abrir los ojos. Jenkins dejó la bandeja de plata sobre la mesa entre su butaca y la otra vacía a su lado. El sirviente abrió la botella, pero Garrick lo despidió con un gesto de la mano.

—Yo mismo me lo serviré, Jenkins.

—Por supuesto, señor. —El hombre vaciló, pero lo dejó solo.

Con una pesada mano, sirvió el coñac en la copa. Se bebió el licor de un trago y se sirvió otra fuerte ración de la selecta bebida, que siguió el mismo camino que la primera. En algún lugar en el fondo de su mente, una vocecilla le recordó que ese licor de primera calidad debía saborearse, no tragarse como el que se servía en los pubs de mala muerte, pero ignoró la reprimenda interna.

Se sirvió otra copa y se la bebió igual de rápido. Mientras el líquido de suave sabor le bajaba por la garganta, volvió a llenarse la copa y la levantó para estudiar su contenido. La bebida de color ámbar le recordó los reflejos dorados del pelo de Ruth. Con los ojos cerrados de nuevo, se reclinó aún más en la butaca mientras la imagen de ella tomaba forma en su cabeza. Que Bertha hubiera podido parecerle atractiva lo desconcertaba. Esa puta no le llegaba ni a la suela de los zapatos a Ruth.

El recuerdo de ella saliendo del baño con la bata medio abierta le secó la boca. Las gotas de agua aún le perlaban la piel. Le había parecido una hermosa sirena. Sus pechos se veían firmes y exuberantes, con los pezones de un rosa oscuro, mientras que su cintura se curvaba delicadamente hacia adentro por encima de unos muslos torneados. Era exquisita. La única sorpresa había sido la suave piel sin vello en el ápice de los muslos. A pesar de su falta de experiencia en el dormitorio, no desconocía por completo el cuerpo femenino. Pero nunca antes había visto a una mujer con el sexo afeitado. Y eso sólo había intensificado la fuerza tangible de su deseo por ella. Una necesidad que apenas había logrado controlar cuando había dejado de ocultarle la suntuosa longitud de su pelo.

En cuanto su mano había tocado la de ella, había deseado tomarla entre sus brazos. Pero la cordura había prevalecido. Cenar con ella en un entorno tan íntimo había despertado en él algo más, aparte del deseo. Había sentido una serena y cómoda intimidad en el hecho de compartir una comida con ella. La familiaridad de la situación era de una naturaleza que sólo se daba entre buenos amigos, y esa sensación se había reforzado cuando le había contado la historia de su infancia y el reprobable comportamiento de su padre. Había sido una muestra de confianza que Garrick instintivamente supo que no había ofrecido a muchos. Y, que Dios lo ayudara, cuando la había visto reprimir esas lágrimas, no había podido resistirse a ofrecerle consuelo. Había sido un acto espontáneo que los había llevado a algo mucho más peligroso.

Se bebió el coñac de un trago y se sirvió otra copa. Tenerla entre los brazos había despertado sus instintos protectores. Le habían hecho daño, y Garrick había experimentado un fuerte impulso de salir a la noche para encontrar a los hombres responsables de ese dolor. En cambio, se había limitado a abrazarla y a dejar que llorara.

Estaba acostumbrado al llanto de sus hermanas y, aunque ver a una mujer angustiada siempre lo incomodaba, había aprendido a ofrecerles el hombro para que lloraran sobre él. Ése había sido el error que había cometido aquella noche. Debería haberse limitado a cogerle la mano. Tomarla en sus brazos había hecho que le resultara difícil dejarla ir. Y, Dios santo, cuando se le había abierto la bata al dejarla en la cama... le había resultado imposible alejarse. El deseo que había tenido a duras penas controlado a lo largo de toda la cena había surgido con una fuerza que no podía compararse con nada que hubiera experimentado antes.

Lo había empujado a tocarla, a explorarla y a hacerla suya. El sabor de ella había sido deliciosamente dulce, casi como si se hubiera bañado en aceite de limón. Su miembro reaccionó en los pantalones cuando recordó su aroma, cálido y exótico para sus sentidos. Incluso la sedosa suavidad de su piel había sido una embriagadora sensación bajo los dedos. Y el modo en que le había respondido. El cuerpo se le tensó al recordar el leve gemido de deseo. Ella lo había deseado. No tenía ninguna duda de que Ruth había estado más que dispuesta a abrirse a él. El modo en que le había respondido le había indicado lo deseosa que estaba de darle la bienvenida a su cama.

Había sido su ardor lo que lo había hecho ver el peligro que corría. Pero el modo como se había apartado de ella había sido cruel. El dolor y la humillación en su voz habían sido como una afilada hoja que lo atravesara. Ahogó un gruñido de disgusto hacia sí mismo y se bebió el licor que quedaba en la copa para servirse otra buena ración. Borracho. Así era como deseaba estar. Borracho hasta el punto de que olvidara que no había tenido el coraje de mirarla antes de dejar su dormitorio. Era un canalla, un malnacido que no merecía la confianza que Ruth había puesto en él esa noche. Unas fuertes voces se oyeron en la estancia a su espalda, pero no se molestó en volverse hacia los recién llegados. En lugar de eso, se sirvió más Hennessy.

—Vaya, vaya... Mira quién está aquí, Marston. No me digas que es el bastardo que ha recogido tus viejas sobras. —La voz de Wycombe sonaba burlona cuando se detuvo junto a la butaca de Garrick.

El coñac que fluía libremente por sus venas encendió un fuego en su sangre ante el ofensivo comentario de Wycombe. No podía importarle menos lo que ese hombre pensara de él, pero Ruth era otro tema totalmente distinto. Y Ruth no era en absoluto vieja. Era una mujer joven y vibrante. Sus ojos, sus manos y su boca daban fe de ello. Marston había sido un estúpido al sustituir a Ruth por una ramera sin cerebro.

Despacio, volvió la cabeza para estudiar el desprecio en el rostro de Wycombe antes de volver a centrar la atención en la botella de coñac que sostenía en la mano y dejarla en la bandeja de plata. En un movimiento pausado, apartó la vista del hombre que se cernía sobre él y cogió la copa para tomar otro sorbo del licor de primera calidad.

—Wycombe, ¿cómo es que cada vez que abres la boca rebuznas para hacer alarde de lo burro que eres? —dijo con hastío.

Su adversario dejó escapar un brusco siseo de ira y la boca de Garrick se curvó en una tensa sonrisa de satisfacción. Bien. Su insulto lo había herido.

—Eso viniendo de un hombre que finge ser algo que no es —replicó Wycombe con maligna diversión.

—¿Es ésa tu opinión, Wycombe? Bueno, eso si es que posees alguna en esa cabeza de chorlito tuya.

—Mi opinión es que hay algunas dudas de si la amante que has abandonado recientemente fue realmente tu amante.

A Garrick se le erizó el vello de la nuca y se esforzó por no levantarse del asiento y matar a golpes a ese hombre. En lugar de eso, dejó la copa despacio junto a la botella de coñac y le lanzó una fría mirada.

—Es evidente que ya no recuerdas la lección que te di hace unos años, ¿verdad, Wycombe?

—¿Me estás amenazando? —El conde levantó la voz un poco y Garrick se inclinó hacia adelante para observar la estancia. El interés que su enfrentamiento estaba

atrayendo se abrió paso entre la neblina inducida por el alcohol que de repente le nublaba la cabeza.

—Eres demasiado insignificante para ser digno de una amenaza, Wycombe.

Con un rudo bufido, Garrick apartó la vista del otro hombre y cogió la copa de la bandeja. No pensaba permitir que le tendiera una trampa, incluso si eso significaba negarse a sí mismo el placer de golpearlo hasta dejarlo sin sentido en el suelo.

—Siempre fuiste un soplapollas arrogante, Stratfield. La cuestión es: ¿eres realmente capaz de usar la tuya con una mujer? —espetó Wycombe con desdén.

El hielo se abrió paso en las venas de Garrick. El hombre hablaba como si supiera algo..., como si hubiera hablado con alguien. Una furia siniestra clavó las garras en su cuerpo y lo hizo erguirse por la tensión. Si su tío había roto su pacto de silencio... No permitió que el pensamiento acabara y dejó la copa en la mesa. Hundió con fuerza los dedos en los brazos de piel del sillón, se levantó despacio y se volvió hacia Wycombe. Había esperado ver al conde de Marston, pero el hombre que estaba de pie a su lado era una sorpresa. ¿Qué diablos hacía Tremaine allí? Lo miró con los ojos entornados y el vizconde le dirigió una sonrisa desdeñosa. El alcohol en su cuerpo estaba aletargándole el cerebro rápidamente y Garrick se arrepintió de haber decidido beber tanto. Volvió a clavar la mirada en Wycombe, cuya expresión se había convertido en una de odio.

—¿Ven, caballeros? —El conde dirigió una sonrisa jactanciosa a sus compañeros—. No sabe cómo responderme, lo que me lleva a pensar que no es ni la mitad de hombre de lo que afirma ser.

Dios santo, o las palabras de Wycombe eran pura coincidencia o su tío había desvelado su secreto y Wycombe estaba al tanto. Con el genio pendiente de un fino hilo, Garrick miró al conde con los ojos entornados. La única salida de ese atolladero era volver las tornas contra ese bastardo. Con una fría sonrisa, enarcó las cejas en dirección al otro.

—Tu preocupación por mi capacidad sexual, Wycombe, me hace pensar que o bien una de mis antiguas amantes te ha encontrado deficiente en la alcoba o eres un acólito de la sodomía. Si es lo primero, tienes mi compasión; si es lo segundo, tendrás que buscar en otra parte, ya que yo no tengo estómago para esa diversión.

Wycombe escupió furioso antes de lanzar el puño hacia Garrick. A pesar de la cantidad de licor que había consumido, él esquivó el golpe sin problemas. Cuando se echó hacia un lado, se produjo mucho movimiento en la estancia. En algún rincón de su mente fue consciente de que dos caballeros se levantaban de un salto para acercarse rápidamente a ellos. Marston y Tremaine sujetaban con fuerza al conde, pero Wycombe seguía luchando por liberarse.

—Te haré pagar por esto, Stratfield —gruñó.

—Puede que lo intentes. —Una bruma de alcohol aún le nublaba los sentidos, y Garrick se esforzó por mantener el equilibrio mientras observaba fijamente al conde con el cejo fruncido—. Pero antes te veré muerto.

Alguien lo cogió del brazo y le dio un leve apretón como una muda señal de que ya había hablado demasiado. Garrick se volvió entonces hacia el barón Rothschild, que estaba de pie a su lado, y el financiero Ernest Cassel, que se encontraba junto al barón.

—¿Podemos ayudarlo, lord Stratfield? —Rothschild habló en un tono bajo, pero la nota de advertencia en su voz fue inconfundible mientras lanzaba a Wycombe y a los otros dos hombres una fría mirada.

—Gracias, barón, pero Wycombe, Marston y su invitado ya se marchaban.

Garrick estudió a Tremaine con una expresión de desprecio cuando el hombre le dedicó una fiera mirada. Wycombe se zafó del agarre de sus amigos e intentó arreglarse la ropa. Mientras tiraba de los puños de la camisa, el conde contempló a Garrick con una mirada amenazadora. Detrás de él, la expresión de Marston se veía preocupada y apaciguadora.

—En realidad, aún no nos hemos tomado la copa que le hemos prometido a nuestro amigo —comentó Marston. Su actitud era de forzada jovialidad, lo que indicaba lo incómodo que se sentía en ese momento.

—Creo que quizá sería mejor que buscaran otro lugar donde invitar a lord Tremaine. —A pesar del tono agradable de la voz del barón, había una dura nota de acero bajo sus palabras—. Sería lamentable que su alteza real apareciera esta noche y descubriera que no reina la armonía en el club.

—Bien, Rothschild, yo no tengo ningún problema con usted... —espetó Wycombe, cuya expresión era una mezcla de humillación e ira.

—Ni yo con usted, Wycombe. —Rothschild ladeó la cabeza en un gesto tranquilizador cuando interrumpió al conde—. Pero conozco bien los gustos de su alteza real y el comportamiento indiscreto es algo que aborrece.

Wycombe palideció ante la serena afirmación del barón y su expresión se tornó agitada. Tener vetada la entrada en el Marlborough Club equivalía a la ruina social. El hombre tragó saliva con fuerza y les ofreció una tensa inclinación.

—Señores —se despidió furioso.

A continuación dio media vuelta y salió furibundo del salón. Marston siguió apresuradamente al conde como un cachorrillo detrás de su amo, pero Tremaine se detuvo un momento en un gesto de claro desafío a la obvia desaprobación del barón Rothschild. El vizconde sonrió con más que un leve rastro de insolencia cuando miró a Garrick a los ojos.

—Debo decir, Stratfield, que me desconcierta que no haya considerado la posibilidad de que la dulce y pequeña Mary suya o incluso lady Attwood contradigan las especulaciones de Wycombe. —El hombre se encogió de hombros como si recordara una broma privada. Parecía a punto de marcharse cuando de repente se detuvo y miró a Garrick con creciente diversión—. Por cierto, me aseguraré de darle recuerdos a su tío de su parte.

El comentario fue como un puñetazo en el estómago para Garrick, que se puso rígido con una combinación de terror y mal presentimiento. La satisfacción curvó la boca del vizconde en una desdeñosa sonrisa al tiempo que se despedía con una inclinación de cabeza y se alejaba. La ira inundó a Garrick, que hizo ademán de seguir a ese bastardo, pero una mano fuerte lo retuvo.

—En otro momento, Stratfield. Cuando tenga la cabeza despejada —le aconsejó Rothschild.

Él inclinó la cabeza asintiendo con brusquedad mientras observaba cómo Tremaine desaparecía del salón. El dolor en la mandíbula no cesó cuando el hombre se hubo marchado. Le entraron ganas de rugir por la furia, pero apretó los dientes para mantener el sonido encerrado en su interior. Entre las insinuaciones de Wycombe y las de Tremaine estaba dispuesto a apostar que su tío había desvelado su secreto, y Tremaine estaba aguardando el momento idóneo para usar la información contra él. La aguda punzada de humillación le atravesó el pecho como un hacha y Garrick se obligó a dar la espalda a la puerta del salón.

—Ese hombre es un canalla —comentó Cassel con un bufido de desagrado—. Nunca me ha gustado.

—Estoy de acuerdo. Un tipo de lo más desagradable. —Rothschild dirigió a Garrick una mirada evaluadora, y él asintió al barón.

—Entonces, los tres estamos totalmente de acuerdo —espetó mientras miraba la copa en la mesa.

Deseaba más que nunca seguir bebiendo. Cualquier cosa que borrara el conocimiento de lo que lo aguardaba en el horizonte. Era como ver una tormenta que se acercaba y ser incapaz de evitar que destruyera todo lo que había construido.

Al oír carraspear a Rothschild, alzó la cabeza y se encontró con la mirada del otro. No había censura en los ojos del barón, sólo curiosidad, y él no tenía intención de satisfacer la naturaleza inquisitiva de ese hombre. La bebida que había consumido ya había reforzado su agarre en él. Tragó saliva al darse cuenta de que no había expresado su agradecimiento al barón por su intervención.

—Estoy en deuda con usted por su ayuda con Wycombe y los demás.

—Olvídelo. A Cassel y a mí nunca nos ha gustado ese hombre.

—Tiene un enemigo mortal en él —comentó Cassel en voz baja.

Garrick se encogió de hombros ante la observación del financiero.

—Wycombe y yo no nos soportamos desde que íbamos a la escuela. Es un tipo muy fanfarrón, aunque inofensivo.

—Tremaine, no —le advirtió Rothschild, que señaló a Cassel con la cabeza antes de volver a mirar a Garrick—. Yo me guardaría las espaldas de ése.

—Lo haré. Gracias —aseguró mientras carraspeaba y contemplaba con anhelo el Hennessy antes de levantar la cabeza para mirar a los dos hombres—. Creo que me iré a casa. Ha sido una velada accidentada.

—Desde luego —comentó Rothschild con una sonrisa de aprobación—. Por cierto, ¿por qué no nos acompaña a la baronesa y a mí en una pequeña cena que vamos a ofrecer para su alteza real el próximo mes?

Sorprendido por la inesperada invitación, Garrick intentó pensar en una respuesta coherente. Lo que Rothschild acababa de ofrecerle era un honor sumamente codiciado entre la alta sociedad. No dijo nada, tan sólo se limitó a asentir con la cabeza. La sonrisa del barón era cordial cuando le tendió la mano. Aunque no hubiera estado bebiendo, habría tardado lo mismo en estrechar la mano del otro hombre. Rothschild se volvió para alejarse, pero se detuvo de repente y miró a Garrick.

—Y traiga a la adorable lady Attwood con usted. Mi esposa le tiene una gran simpatía. La baronesa colabora en varias juntas benéficas con ella.

Mientras Rothschild y Cassel se alejaban, Garrick se quedó mirándolos fijamente durante un largo momento. El hombre había dicho que llevara a lady Attwood. Soltó un furioso gruñido de indignación. Las posibilidades de que eso sucediera eran casi inexistentes. Esa misma noche había humillado a aquella mujer, y seguramente no le permitiría acercarse a menos de quince metros de distancia.

—Maldición —gruñó entre dientes.

Giró sobre los talones bruscamente y salió del club. Fuera, Jasper lo esperaba al otro lado de la calle con el faetón. Cuando se agarró al asa lateral para subirse, vaciló.

La idea de ir a Chiddingstone Place no lo atraía nada. Lily y Grace estaban empezando a interesarse mucho más de lo que a él le gustaría por su vida social. Si descubrían que había regresado pronto, utilizarían ese hecho como un arma en su nueva campaña para encontrarle una esposa. Cerró los ojos durante un breve segundo. Sólo había un lugar al que podía ir: Seymour Square. Aunque Mary y Davy se habían ido, aún lo sentía como su hogar. Eso por no mencionar que allí podría estar tranquilo.

En menos de quince minutos, el faetón se detuvo ante la escalera del 111 de Seymour Square y Garrick usó su llave para entrar. Cerró la puerta y, cuando se volvió, se encontró con Carstairs, que salió de la parte posterior de la casa con una expresión preocupada.

—Señor, veo que ha recibido usted mi nota.

—¿Tu nota?

—Sí, señor, he enviado una nota a Chiddingstone Place. Pensé que su llegada... —Carstairs frunció el cejo como si se diera cuenta de que Garrick no había recibido el mensaje—. Me temo que tenemos un pequeño problema.

—¿Qué clase de problema?

—Es Willie, señor. Ha traído a casa a un golfillo.

—No es un golfillo, señor.

Las desafiantes palabras hicieron que Garrick se inclinara levemente hacia la derecha para ver aparecer a Willie por el pasillo trasero con un niño más pequeño a su lado. El joven lacayo había aparecido en la puerta de Caring Hearts un día a primera hora de la mañana hacía ya más de un año, pidiendo únicamente una comida a cambio de algún tipo de trabajo. Lily había asignado a Garrick de inmediato la tarea de encontrarle un empleo al chico.

Por aquel entonces, Willie era poco más que piel y huesos, lo cual hacía difícil encontrarle una ocupación, así que se lo había llevado a la casa de Seymour Square y lo había contratado como lacayo. Con la ayuda de Mary y de Carstairs, el muchacho había superado las expectativas de todos, incluso las de Carstairs, que era un tirano exigente. Pero, en ese momento, era evidente que el mayordomo no estaba en absoluto contento con el robusto y joven lacayo. Garrick se frotó la nuca y soltó un suspiro.

—Carstairs, una copa de whisky. Willie, tú y tu amigo venid conmigo.

Cuando entró en el salón, tuvo una vaga sensación de que algo no estaba bien. La impresión atravesó levemente su desordenado cerebro hasta que de repente se dio cuenta de lo que era. Nunca se había fijado realmente en los toques decorativos de Mary, pero la diferencia entre esa estancia y el salón de Ruth era como de la noche al día. Allí, todo era frío y sosegado, mientras que la casa de Ruth tenía una apasionada calidez que lo hizo desear estar allí en ese momento. Reprimió un gruñido por el hecho de que su mente regresara una y otra vez a Ruth y el modo como la había dejado. Con otro gruñido, se dejó caer en una de las butacas y señaló bruscamente al chico con la mano.

—Explícate.

—Éste es Samuel, señor, y le he dicho que si alguien puede ayudarlo, ése es usted. —Willie se irguió en toda su altura, que era considerable.

—Y ¿qué te hace pensar que yo puedo ayudar a tu amigo? —Desvió la mirada al chico que se encontraba a la sombra de Willie.

—Porque me ayudó a mí, señor.

La absoluta adoración en la voz de Willie hizo que Garrick esbozara una mueca de dolor. Si su lacayo hubiera visto cómo había tratado a Ruth esa noche, se habría dado cuenta de que se inclinaba ante el altar equivocado. No era en absoluto el héroe que el chico imaginaba. Dirigió la mirada a Samuel.

Ese niño no podía tener más de diez u once años. Era alto, pero flaco, y el labio cortado y el ojo morado hacían que pareciera que alguien lo había golpeado con dureza varios días antes. Garrick tensó la mandíbula furioso. Cuando estudió los ojos del muchacho, la mirada de desesperanza que vio allí lo enfureció más aún. Despreciaba a cualquiera que creyera aceptable golpear a un niño. Quienquiera que le hubiera hecho eso al chico merecía ser azotado. Carstairs entró en la estancia y le entregó la copa. Garrick dio un sorbo y la dejó junto a su butaca. Con la mirada fija en el niño, frunció el cejo.

—Bien, Samuel. ¿Puedes hablar por ti mismo?

—Sí, señor. —Había una falsa bravuconería en la respuesta del chico, que se acercó un paso más a Willie.

—¿Dónde están tus padres?

—Mi madre está muerta y no sé quién es mi padre. —El chico lo miró a los ojos con una buena muestra de seguridad, pero no logró ocultar del todo su temor—. Sólo estoy yo, y Lucy.

—¿Lucy? —Garrick miró a Willie, que adoptó una repentina expresión de desasosiego.

—Mi hermana pequeña. No tenemos a nadie más, y yo cuido de ella lo mejor que puedo.

Había una nota protectora en la voz del chico, y Garrick reconoció de inmediato una parte de sí mismo en ese desafío ante lo que debían de ser unas probabilidades inconmensurables. La vida en las calles ya era bastante difícil para un niño, pero para las niñas casi siempre era una sentencia de muerte. Una imagen de su tío probando a abrir la puerta del dormitorio de Lily hizo que el hielo se extendiera por sus venas.

—¿Dónde está ella ahora? —espetó con voz tensa.

Ante su pregunta, Carstairs, que observaba el pequeño drama desde cierta distancia, tosió suavemente.

—Está con la cocinera, señor.

Garrick le dirigió una mirada significativa al mayordomo, luego cerró los ojos en un intento de aclararse la cabeza. Maldición, el chico tenía una hermana. Con los dedos pegados a las sienes, tomó el whisky y se bebió el resto del licor. En una muda orden para que le sirviera más, tendió la copa en dirección a Carstairs y no miró al hombre cuando se la cogió. Dios santo, esa estaba resultando ser una noche infernal. Volvió a mirar a Samuel y frunció el cejo.

—¿Quién te ha golpeado?

La pregunta de Garrick hizo que el chico se estremeciera y mirara a Willie. El lacayo asintió en un gesto de aliento.

—Está bien, Samuel —dijo—. Su señoría te ayudará. Puedes confiar en él.

La seguridad en la voz del lacayo hizo que Garrick esbozara otra mueca de dolor. Confianza... Algo en lo que Ruth podría iluminar al joven en lo referente a él. De repente, la cabeza empezó a palpitarle cuando los ecos de la humillación de Ruth resonaron en su cabeza. Garrick enarcó una ceja hacia Samuel mientras aguardaba una respuesta.

—Su nombre es Billings, señor. Dijo que me daría comida y un lugar donde dormir si trabajaba para él.

—¿Qué clase de trabajo?

—Me dijo que necesitaba a alguien que corriera rápido y entregara mensajes.

—Y ¿por qué te pegó?

—Porque el último tipo al que le entregué un mensaje se negó a pagar. Dijo que había llegado demasiado tarde. Que el mensaje no le servía para nada si llegaba tarde.

Garrick apretó la mandíbula. Su tío rara vez le había puesto una mano encima, pero el trato de Beresford hacia él y sus hermanos había sido tan dañino como lo que

Samuel había sufrido en manos de ese tal Billings. El abuso era abuso. Eso fue lo que lo había impulsado a ayudar a aquellos que no podían lograrlo por sí solos.

Mientras estudiaba a Samuel, recordó qué era eso de sentirse solo en el mundo sin nadie a quien recurrir. Tragó saliva con fuerza ante el recuerdo. A pesar de la diferencia de sus posiciones en la vida, Samuel podría haber sido él. Bien, no permitiría que ese bastardo de Billings volviera a tocar al chico. Había estado pensando en buscar a alguien para que ayudara a Jasper en los establos desde hacía varias semanas, pero no había hecho nada al respecto. Ahora ya no tendría que buscar en otra parte. Miró fijamente al chico a los ojos.

—¿Te gustan los caballos, Samuel?

—No sé mucho sobre ellos, señor. —El muchacho hizo una pausa, tras la cual su rostro se iluminó levemente—. Pero supongo que sí me gustan.

—¿Te gustaría aprender a cuidar de ellos? A mi cochero le iría bien algo de ayuda en mis establos si estás dispuesto a trabajar duro. —Garrick habló en voz baja mientras observaba cómo el rostro de Samuel se llenaba de esperanza y luego volvía a adoptar una expresión recelosa.

El chico miró a Willie, que asintió. Cuando volvió a mirar a Garrick, se irguió en toda su altura.

—Sí, por favor. Soy un buen trabajador. —Samuel lo miró con una mezcla de optimismo y miedo—. ¿Y Lucy? Somos inseparables, señor. No voy a ningún sitio sin ella.

—Por el momento os quedaréis los dos aquí hasta que pueda hacer algunas gestiones. —El niño abrió la boca para protestar, y Garrick levantó una mano hacia él—. No tengo intención de separaros, pero ella necesitará a alguien que la cuide.

—Yo cuido de Lucy. Ella me necesita y no me gusta dejarla con desconocidos. —La actitud testaruda de Samuel indicaba que el destino de su hermana no era negociable, y Garrick asintió.

—Muy bien, pero hablaremos de ello mañana. Por el momento, parece que te iría bien lavarte y comer algo. —Esas palabras le recordaron inmediatamente a Ruth y todo lo que había sucedido después de que había salido del baño.

—Gracias, lord Stratfield —dijo Samuel—. Trabajaré duro. Se lo prometo.

—Imagino que tu hermana también necesitará un baño y comer algo. Encárgate de ello, Willie —gruñó.

—Gracias, señor. Sabía que podría ayudar.

Willie volvió a dirigirle una de aquellas miradas de veneración, que sólo sirvió para que Garrick esbozara una mueca de indignación hacia sí mismo. Cuando el lacayo acompañó a Samuel fuera de la estancia, Carstairs regresó con otra copa de whisky. Garrick se fijó en que el mayordomo la había llenado hasta arriba y enarcó una ceja en dirección al hombre antes de beber. Con los codos apoyados en los brazos del sillón, se recostó y cerró los ojos con un suspiro cansado.

—¿Hay algo más que deba saber, Carstairs?

—No, señor. Creo que ésa era la última de las emociones de la noche. —Una nota de alivio acompañó a la respuesta del mayordomo—. ¿Desea algo más?

—Nada más que un poco de paz y tranquilidad.

—Muy bien, señor.

Los suaves pasos de Carstairs y la puerta del salón cerrándose le indicaron a Garrick que volvía a estar solo. Abrió los ojos para observar la copa de whisky llena. Aunque sentía la cabeza un poco confusa, la cantidad de licor que había consumido había hecho poco por borrar los recuerdos de los desastrosos acontecimientos de la velada.

Ruth. Debería alegrarse de que lo hubiera echado. La había acariciado como un amante y luego la había rechazado de un modo humillante. ¿Cómo se suponía que podría justificarse sin compartir su secreto? Esa pregunta lo atravesó como una lanza afilada y venenosa. Secreto. Fuera cual fuese el secreto que él creía tener, había muchísimas probabilidades de que su tío hubiera incumplido el contrato.

Un odio fiero surgió en su interior mientras tomaba otro sorbo de whisky. Destruiría a ese hombre. A Beresford no le quedaría nada cuando acabara con ese bastardo. En lo más profundo de su ser, siempre había sabido que su tío algún día incumpliría el contrato. Pero se había preparado para eso. Su abogado hacía un seguimiento de los asuntos financieros de su tío.

Cada vez que Beresford había invertido, Garrick había revisado la operación. Si era una inversión inteligente, había comprado una mayor participación en el negocio con el único objetivo de destruir a Beresford si ese momento llegaba algún día. La persistencia de Wycombe en intentar descubrir más sobre sus asuntos personales había sido más una molestia que una amenaza. Pero su aparición en el Marlborough Club con Tremaine lo había cambiado todo. Sobre todo con la referencia a Beresford por parte de Tremaine.

El modo como ese bastardo le había sonreído cuando había mencionado a su tío había sido suficiente para hacer creer a Garrick lo peor. Era posible que su tío no hubiera revelado los detalles del secreto, pero fuera lo que fuese lo que Tremaine hubiera sabido o deducido, el muy bastardo lo usaría contra él. Soltó un gruñido y se inclinó hacia adelante en su butaca con la cabeza gacha.

Maldita sea, ¿qué iba a hacer? No deseaba que Ruth lo mirara con la misma diversión que Bertha tanto tiempo atrás. Resopló disgustado. ¿Mirarlo? Ruth no iba a tener nada que ver con él después de esa noche. Ese hecho debería haberlo hecho feliz, pero no fue así.

Siempre que estaba con ella, se sentía bien. Había algo en aquella mujer que hacía que confiara en ella. «Sin embargo, no confías lo suficiente para contarle tu secreto, ¿verdad?» Gruñó furioso. Esa noche no debería haber existido nunca. Gracias a Dios que había recuperado la cordura antes de que las que cosas se le hubieran ido de las manos. Se terminó el whisky y se quedó mirando la copa vacía. ¿Cuándo demonios iba a nublarle los sentidos ese brebaje para que olvidara el hecho de que la había herido?

No le gustó la respuesta que obtuvo. La idea de que nada podría aliviar su culpa sólo hizo que pensar en ello fuera aún peor. Todo eso podría haberse evitado si se hubiera mantenido alejado de la mujer desde el principio. Pero no lo había hecho. El intenso deseo de perseguirla era algo que Garrick no comprendía, pero sabía que esa necesidad no desaparecería. Que Dios lo ayudara, pero deseaba volver a verla, deseaba tener la oportunidad de intentar explicar por qué la había acariciado y luego la había rechazado. Aunque pudiera pensar en una explicación racional para que lo creyera, no estaba muy convencido de que ella fuera a darle siquiera la oportunidad de hablar. No importaba. Tenía que intentarlo. Aunque sólo fuera para cercionarse de que ella comprendiera lo deseable que era.

Eso era vital. Deseaba asegurarse de que supiera que su rechazo se había debido a sus propias incapacidades, no a las de ella. Era él quien tenía defectos. Mercancía defectuosa. Su tío y Bertha se lo habían hecho comprender hacía muchos años. Dios santo, le dolía la cabeza. Cerró los ojos y se masajeó la sien con los dedos. Necesitaba acostarse, pero se sentía demasiado borracho para molestarse en levantarse de la butaca. Era mucho más fácil quedarse donde estaba. El licor estaba haciendo exactamente lo que él había deseado: lo sumergió en la oscuridad, donde pudo olvidar todo el dolor. La copa le resbaló de los dedos y cayó al suelo mientras él se hundía más profundamente en las sombras inducidas por el alcohol. El tintineo del cristal al hacerse añicos contra la madera fue un sonido lejano, y Garrick se preguntó vagamente de dónde provenía.

Tenía una risa preciosa. Todo en Bertha era precioso. Desde el primer instante en que la vio, había sabido que estaba enamorado de ella. Era imposible no disfrutar observándola. Cada gesto que hacía era poesía en movimiento. Era normal que una bailarina fuera grácil, pero Bertha era etérea en sus movimientos.

Cuando había bailado para los invitados de su tío, había sido como si los ángeles le hubieran dado alas. Por primera vez en más de dos años, no le había importado que su tío recibiera en casa a sus amigos. Si no fuera por Beresford, no habría conocido a Bertha. Durante los últimos tres días, la había cortejado..., seducido. Entonces, esa mañana lo había invitado a su habitación después de que todos se hubieran retirado a dormir.

El día se había prolongado de un modo interminable, pero la velada se le había hecho aún más eterna. Durante la cena, su tío había prestado mucha atención a Bertha. Y el hecho de que ella se hubiera reído de las bromas de Beresford hizo que le entraran ganas de alejarla de su tío. No deseaba que hablara con ese bastardo. Bertha estaba hecha para él.

En lugar de eso, se quedó sentado y observó conteniendo su celosa ira con un férreo control. Era a él a quien ella deseaba recibir en su lecho, no a ese malnacido. Lo mejor era guardar silencio. Si su tío descubría cómo se sentía respecto a Bertha, lo atormentaría con ese descubrimiento, posiblemente incluso volvería a la muchacha en su contra. Ese canalla disfrutaba de las bromas crueles como ésa.

Garrick contempló el jardín de Chiddingstone Place. La pálida luz de la luna era traslúcida e iluminaba el jardín de flores. Toda la escena le recordó la frágil

belleza de Bertha. El negro azulado del cielo nocturno era del mismo color que su pelo y la luz de la luna se parecía a su bella piel de marfil.

Cuando el reloj que había sobre la repisa de la chimenea dio la hora, Garrick abandonó rápidamente su habitación para recorrer en silencio el pasillo hasta la de Bertha. Delante de su puerta, vaciló. ¿Y si no la complacía? No sabía nada sobre mujeres, aparte de los crudos comentarios de su tío y sus amigos. El recuerdo de la seductora sonrisa de Bertha lo hizo llamar a la puerta con suavidad.

A ella le daría igual. Él le importaba, de lo contrario no lo habría invitado a su dormitorio. La puerta se abrió y Bertha apareció con un fino camisón. Garrick se quedó sin respiración ante esa imagen. Ella lo hizo pasar rápidamente y, un instante después, ya estaba en sus brazos. Sus labios sabían a vino, y se quedó rígido cuando le acarició la erección. En cuanto se apartó de él, un estremecimiento le sacudió todo el cuerpo. Una misteriosa sonrisa curvó la boca de la muchacha al tiempo que ladeaba la cabeza de un modo provocador.

—¿Estás bien, querido?

El hechizante sonido de su voz tiró de su miembro hasta que estuvo a punto de derramar su simiente. Asintió mientras se esforzaba por no estallar y ponerse en evidencia. Sabía que Bertha podría tener a cualquier hombre que deseara ese fin de semana, pero lo había elegido a él.

—Estoy bien, cariño. Es que no puedo creer que esté aquí contigo. Que seas mía.

—¿Por qué no habría de serlo? —susurró al tiempo que se alejaba de él y se dirigía a la cama.

Con una seductora seguridad que le hizo la boca agua por el deseo, se deslizó el camisón por los hombros. A la luz de las velas, parecía un hermoso ángel que se dignaba darle acceso a su cuerpo. Retrocedió y se sentó en la cama. Lo cogió de la mano y lo hizo avanzar. Garrick obedeció y le tomó el pecho con la mano; lo sintió lleno y firme.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca.

—¿Lo soy? —Sonrió satisfecha por el cumplido—. ¿Me deseas, querido?

Su pregunta era una ardiente invitación que hizo que la sangre se le calentara. Incapaz de hablar, él se limitó a asentir con la cabeza y empezó a desnudarse rápido. No apartó la vista de su silueta con forma de sílfide mientras se desvestía. En cuestión de segundos, se quedó desnudo delante de ella. Bertha lo examinó con aire calculador. La idea de que pudiera encontrarlo deficiente desapareció en cuanto ella le dedicó una sonrisa. Bertha extendió la mano para deslizarle los dedos por el torso hasta el lugar donde sobresalía su erección. Garrick tembló cuando la rozó con el pulgar y ella se rio levemente.

—Te gusta eso, ¿verdad? —Bertha volvió a reírse cuando él asintió—. ¿Soy tu primera mujer?

—Sí —logró decir.

—Entonces ¿a qué estás esperando? ¿No es hora de que me des un pequeño revolcón? —Claramente divertida, Bertha se inclinó hacia adelante para lamerle el miembro, pero se echó hacia atrás de repente—. Dios santo.

—¿Qué? —exclamó él ante la repugnancia que reflejaba su voz.

—Sólo tienes un testículo.

Su voz estaba teñida de repugnancia y conmoción. Al oírla, Garrick se quedó paralizado de inmediato. Nunca había imaginado que su defecto de nacimiento pudiera parecerle repugnante. Aparte de sus padres, sólo su antigua niñera había conocido ese defecto físico y había muerto más de un año antes. Ese detalle nunca le había preocupado, aunque instintivamente se lo había guardado para sí porque, de algún modo, siempre había sabido que podría ser un motivo de diversión para su tío. Un escalofrío le bajó por la espalda mientras estudiaba su expresión de disgusto.

Se le secó la boca por el miedo y de repente le resultó imposible tragar. ¿No le importaba lo suficiente como para aceptarlo a pesar de su cuerpo imperfecto? Con el corazón martilleándole violentamente en el pecho, se dijo a sí mismo que todo iría bien. Ella lo amaba, ¿no? Una insoportable sensación le revolvió las entrañas. Desesperado por tranquilizarla, alargó el brazo hacia ella, pero Bertha retrocedió bruscamente.

—No creerás que voy a dejar que me folles ahora —le espetó con un bufido—. Aunque tampoco es que fueras a tener la oportunidad antes.

Las palabras lo impactaron como si alguien lo hubiera golpeado con una pila de ladrillos. ¿Por qué le había pedido que acudiera a su dormitorio esa noche si no tenía intención de entregarse a él? Las alarmas se dispararon en su cabeza cuando se encontró con su mirada. La maliciosa diversión que le curvaba los labios cubrió hasta el último milímetro de su ser con una oleada de hielo.

—Pero tú..., yo...

—¡Beresford! —gritó ella entonces—. Tenías razón. El chico creía que me abriría de piernas para él.

En cuanto Bertha gritó, la puerta de su habitación se abrió. Él se volvió mientras sentía que el pánico lo atenazaba. Su tío se encontraba tambaleante en la entrada, claramente borracho tras una noche de alcohol y cartas. Garrick entendió de repente cómo debía de sentirse un animal acosado cuando su tío entró dando bandazos en la estancia y lo único que pudo hacer fue quedarse paralizado delante del hombre.

—¿No te lo dije, Bertha? —espetó su tío con una risa burlona—. El chico está enamorado de ti. Sabía que caería con esa actuación tuya.

—Bueno, había pensado en hacerlo un hombre, pero no tienes suficiente dinero para pagarme. Es un bicho raro. Sólo tiene un testículo. —Bertha se inclinó hacia adelante para menearle el solitario testículo, y Garrick retrocedió para evitar su contacto insolente.

—¿Qué? —Beresford se rio a carcajadas—. Déjame ver, chico.

Su tío se tambaleó hacia adelante para agarrarlo del hombro y Garrick le apartó la mano de un empujón. Luego se apresuró a coger los pantalones para vestirse. Al intentar meter una pierna, perdió el equilibrio y cayó hecho un ovillo con los pies enredados en la prenda.

Bertha también se reía a carcajadas y el sonido no era en absoluto tan delicado como él recordaba. Ahora sonaba vulgar y estridente a sus oídos. Físicamente enfermo por el ruido de sus risas, Garrick logró ponerse los pantalones y se levantó a duras penas.

—Eso es, chico, oculta la prueba de que eres medio hombre. Las mujeres desean a un hombre de verdad en su cama, no a un fenómeno de la naturaleza —le dijo Beresford con crueldad—. Recuérdalo la próxima vez que una mujer te invite a su alcoba.

—¡Medio hombre! —Bertha se rio chillando. Garrick se estremeció ante el sonido—. Es sorprendente que lograra que ese pequeño pene suyo se levantara tan bien.

La bilis le subió por la garganta al oír esas palabras y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no vomitar. Cogió el resto de su ropa del suelo y salió de la estancia con el sonido de sus risas persiguiéndolo por el pasillo. Las carcajadas no lo abandonaron por mucha distancia que puso entre ellos y él. Eran como un enjambre de avispas que lo rodeaban y que le picaban hasta que todo el cuerpo le dolió. Nunca más. Nunca más se expondría así ante una mujer. Nunca. Se metió en su habitación y se abalanzó sobre el lavamanos, donde vomitó.

Con los dedos clavados en el armazón de madera del mueble, se esforzó por mantenerse en pie. ¿Qué haría su tío? Ese bastardo disfrutaría humillándolo una y otra vez. Eso era lo que haría ese malnacido. Y lo haría delante de otros o, como mínimo, amenazaría a Garrick con esa posibilidad. Ese pensamiento hizo que vomitara de nuevo. Cuando acabó, pegó la espalda a la pared en un esfuerzo por mantenerse erguido. Temblaba con tal fuerza que le resultaba difícil seguir de pie. Finalmente se rindió y se hizo un ovillo en el suelo. No había llorado desde que había encontrado a su padre muerto en el estudio y no lloraría en ese momento. Metió la cabeza entre las rodillas, luchando por controlar los temblores que le sacudían el cuerpo. Nunca más. Nunca más. Nunca más.

El sonido de alguien que mascullaba una plegaria desesperada en sus oídos despertó a Garrick sobresaltándolo. Cuando se irguió, estudió la estancia medio esperando ver a su yo más joven acurrucado en el suelo junto a la pared. Dios santo. No había recordado esa noche con Bertha tan vívidamente desde hacía años.

A la desesperada, trató de ocultar el pasado en lo más profundo de su mente, pero los recuerdos se negaron a quedarse ahí, porque el licor que había consumido lo había privado de la capacidad de controlar los pensamientos con coherencia. En lugar de eso, surgieron para mofarse de él con la misma humillante intensidad que había experimentado hacía tanto tiempo. Gruñó enfadado mientras se levantaba con cierta dificultad y se tambaleaba en dirección a la puerta.

Había aprendido la lección. Una vez era más que suficiente en lo concerniente a desnudarse ante una mujer. La imagen de Ruth flotó en su cabeza. Ni siquiera por ella podría exponerse. Se justificaría ante ella y luego saldría de su vida para siempre. Pero Garrick entonces oyó en su cabeza un grito que se burlaba de la idea de que pudiera alejarse de Ruth con tanta facilidad.

Ruth persistía en su negativa de verlo. ¿Qué esperaba? ¿Que estuviera deseosa tras el modo en que la había humillado? Y era exactamente eso lo que había hecho. A lo largo de las últimas dos semanas, había tenido tiempo de sobra para pensar en esos breves instantes después de haberla alejado de él con un empujón. Sus propias palabras lo habían atormentado desde entonces.

Su intento de hacerle comprender el motivo por el que no le hacía el amor sólo podía describirse como una serie de balbuceos, en el mejor de los casos. El inepto modo con el que había intentado explicar su falta de experiencia sexual frente a sus seductoras capacidades no había hecho más que empeorar las cosas. En sus esfuerzos por justificar sus acciones, Garrick había usado palabras que, sin duda, ella habría malinterpretado.

Aunque era consciente de que su falta de experiencia en el dormitorio no era la razón principal para rechazar su contacto, había sido la mejor excusa que se le había ocurrido en ese momento. Y estaba convencido de que Ruth había interpretado su explicación como algo totalmente diferente de lo que él pretendía dar a entender. No le cabía ninguna duda de que su susceptibilidad respecto a su propia edad y la diferencia de años entre ellos habían marcado su interpretación del rechazo de Garrick. Había escogido mal las palabras. Apretó la mandíbula mientras miraba por la ventanilla del carruaje.

Durante las dos últimas semanas, había hecho todo lo posible por verla, pero Ruth le había devuelto todas las flores que le había enviado cada día junto con su nota de disculpa. Era consciente de que no debía insultarla con joyas, pero la desesperación lo había atenazado tres días antes. Con la esperanza de, al menos, asegurarse una oportunidad para explicarse, había encargado unos pendientes en forma de tulipanes blancos a juego con el broche que le había regalado. Las joyas habían sido devueltas al joyero de la Corona, quien inmediatamente se las remitió, acompañadas de la factura. Todo eso hizo que Garrick se sintiera incluso más desanimado, un estado que lo hacía mostrarse condenadamente irritable, pero que no había impedido que siguiera buscando su perdón.

Se había convencido a sí mismo de que simplemente intentaba corregir un error. Sin embargo, era consciente de que había algo mucho más inquietante en el motor de sus esfuerzos. Se había refrenado de examinar los motivos de su cruzada y había centrado toda la atención en encontrar una forma de llegar hasta ella. Había recurrido incluso al subterfugio y agradecía que Dolores se hubiera compadecido de él.

El carruaje se detuvo en las caballerizas de la casa de Ruth. La oscuridad del estrecho callejón se veía únicamente interrumpida por lámparas que colgaban en el exterior de los establos que bordeaban las caballerizas. Garrick se apeó e informó a Jasper de que cogería un coche de alquiler para regresar a casa. Sin esperar una respuesta del cochero, cruzó la puerta que daba al jardín de Ruth.

Había menos claridad allí, y se detuvo durante un momento para permitir que sus ojos se adaptaran. Frente a él, vio la luz que brillaba en la puerta de la cocina. Dolores la había dejado abierta para él. Con paso ligero, cubrió la distancia que lo separaba de la casa. Cuando entró, carraspeó y Dolores se sobresaltó.

—Dios mío. —La doncella y amiga de Ruth se pegó la mano al amplio pecho y negó con la cabeza al verlo—. Me ha asustado usted, señor.

—Mis disculpas.

—Bien, entre, entre. —Le indicó con la mano que pasara a la cálida estancia y cerró la puerta trasera antes de cogerle el abrigo.

—Gracias por compadecerte de mí, Dolores.

—Probablemente no debería, sobre todo cuando la señora parece tan angustiada por lo que sucedió entre ustedes dos.

—La herí, no tenía intención de hacerlo. Sólo necesito una oportunidad para explicárselo. Algo que no podría hacer si tú no hubieras accedido a ayudarme.

—Bueno, ha sido usted persistente. —La doncella lo miró con atención—. Y no es como los otros caballeros. Parece que realmente le importa ella, y ésa es la única razón por la que he accedido a ayudarlo.

—Sí que me importa, Dolores. Es por eso por lo que necesito verla. Dije algo que la hirió y quiero disculparme.

—Sólo espero que la señora no me eche a la calle por dejarlo entrar.

—Llevas mucho tiempo con ella, Dolores. Dudo que pueda arreglárselas sin ti —le dijo con una sonrisa—. Pero si sucediera lo peor, ven a verme. Te encontraré un trabajo.

—No estoy tan preocupada. —La doncella resopló suavemente con divertido desdén y le señaló la oscura entrada—. Creo que conseguirá recuperar la estima de la señora. Será mejor que se dé prisa. Me parece que tiene pensado salir esta noche.

Con un rápido asentimiento, Garrick subió por la escalera de servicio y avanzó por el pasillo hasta el dormitorio de Ruth. Cuando se detuvo frente a su puerta, el pánico lo inundó. ¿Qué diablos iba a decirle? No tenía ni la más mínima idea de cómo defender su caso ante ella. ¿A un hombre que tuviera experiencia con mujeres le supondría alguna dificultad trazar un plan? La respuesta sólo subrayó su propia falta de experiencia.

Había estado seguro de que podría convencer a Ruth de su sinceridad, pero, de repente, no estaba seguro de nada en lo que a ella concernía. El riesgo que estaba asumiendo al exponerse ante aquella mujer era el suficiente para hacer que se sintiera físicamente enfermo. Ella podría verlo con facilidad como un relato divertido que compartir con sus amigas: la virginidad del barón Stratfield. La bilis le subió por la garganta al pensarlo.

Dios santo, quizá simplemente debería marcharse. Incluso si lograba ganarse su perdón, con toda probabilidad lo único que haría sería complicar las cosas entre ellos. Cuando le dio la espalda a la puerta, una imagen de Ruth surgió claramente en su cabeza, seguida por el recuerdo de la dolida humillación en su voz. Apretó la mandíbula y giró sobre los talones para llamar a la puerta.

—Adelante.

La puerta cerrada ahogó la voz de Ruth y se abrió sin hacer ruido bajo su contacto. La estancia le pareció vacía al principio, hasta que la vio parcialmente oculta tras la puerta del armario. Garrick cerró la puerta, giró la llave en la cerradura y se la metió en el bolsillo. No necesitaba que llamara a Simmons. La duda volvió a inundarlo. Y ahora ¿qué?

No tuvo que esperar una respuesta cuando Ruth se alejó del armario. Su imagen lo dejó sin respiración. Llevaba una bata similar a la de aquella noche, pero, para su decepción, ocultaba sus hermosas curvas. Durante un momento, ella se lo quedó mirando como si fuera un fantasma. Parpadeó y la expresión de asombro desapareció cuando una fría ira oscureció su bello rostro.

—Salga de mi casa —le ordenó con un quedo siseo de furia.

—Soy consciente de que me consideras despreciable, Ruth. Pero...

—Considerarlo despreciable implicaría que me molesto en pensar en usted, lord Stratfield.

El gélido desdén en su voz hizo que se estremeciera antes de mirarla con los ojos entornados.

—Tengo una explicación si tú quisieras escucharme.

—Creo que ya ha dicho suficiente. La idea de que desnude aún más su alma ante mí no es bienvenida.

Desnudar su alma ante ella. Ésa era una buena descripción de lo que intentaba hacer. Se mordió el interior de la mejilla al tiempo que se acercaba a ella. Aunque Ruth no se movió, había un aire en ella que le indicaba que aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara para huir. Sin embargo, su rostro no le desveló nada cuando se detuvo a pocos centímetros de ella, pero vio que temblaba.

—No me gusta herir a mis amigos, Ruth, pero cuando lo hago, corrijo mi error.

—Yo soy bastante selectiva en mi elección de amigos. —No mostraba emoción alguna, pero Garrick percibió que la amargura se abría paso en su voz—. Y usted no es uno de ellos.

—Maldita sea, Ruth. Si tú simplemente.....

—Ahí está el problema. —La repentina sonrisa que le curvó los labios era fría y condescendiente—. No tengo ningún interés en lo que sea que tenga que decir. Simplemente deseo que se marche.

A pesar de su frustración por su testaruda negativa a mostrar siquiera la más mínima indulgencia, su aroma le invadió los sentidos. Pocos centímetros los separaban, y Ruth olía a flores exóticas. Tentadora y misteriosa. Una inesperada rigidez le atenazó el cuerpo. Tensó todos y cada uno de los músculos hasta que le dolieron por la pura intensidad de la sensación cuando se descubrió inclinándose hacia ella.

Sus miradas se encontraron, y Garrick tragó saliva con fuerza ante el repentino destello de emoción en esos ojos violeta. Dios santo, ¿y si se reía de él? ¿Y si le parecía un hombre patético? Desesperadamente, luchó contra el creciente miedo en su interior. La última vez que se había sentido así había sido la noche en la que Bertha y su tío lo habían humillado. Se obligó a tragarse la bilis que le subía por la garganta y meneó la cabeza.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que haya dicho lo que tengo que decir.

—Bien, puede decírselo a Simmons mientras lo acompaña a la puerta —espetó ella al tiempo que intentaba pasar por su lado.

—No —gruñó Garrick a la vez que le bloqueaba el paso. Ruth abrió unos ojos como platos sorprendida. Sin pensar, él la agarró de los brazos y la pegó bruscamente a su cuerpo—. Puede que no estés interesada en lo que tengo que decir, pero te juro por Dios que vas a escucharlo. La otra noche estuve más cerca de hacerte el amor de lo que lo he estado con ninguna otra mujer. ¿Quieres saber qué me detuvo?

—Sé lo que lo detuvo —dijo ella con amargura—. Y desde luego no quiero que me instruya en el tema una segunda vez.

—Dios santo —masculló Garrick mientras inspiraba su exótico aroma. La fragancia no logró calmar el miedo que le revolvía el estómago. Se debatía entre el deseo y el pánico, y no sabía qué era peor en ese momento—. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que fue... que es para mí mantener las manos alejadas de ti?

—En una ocasión lo acusé de ser excesivamente dramático, lord Stratfield. Y puedo confirmar que mi impresión inicial era correcta.

Con un fiero giro de su cuerpo, Ruth se deshizo de su agarre. En cuanto estuvo libre, dio dos rápidos pasos hacia atrás hasta que su espalda quedó pegada al armario de caoba. A pesar de su actitud desafiante, Garrick vio un rastro de miedo en sus ojos.

Esbozó una mueca de dolor. Maldición, no deseaba asustarla. No podía recordar ningún otro momento de su vida en el que se hubiera sentido tan impotente. Ni siquiera aquella noche en el dormitorio de Bertha con su tío riéndose de él se había sentido tan atormentado.

Una mezcla de terror y fuerza de voluntad evitaron que cubriera el espacio entre ellos. Había ido allí para explicarse, no para complicar la situación tocándola. Pero esos hermosos ojos, muy abiertos por la turbulenta emoción, hacían que resultara muy difícil no hacerlo. Tomó una profunda inspiración y la miró con serena determinación.

—La otra noche... —El estómago se le revolvió dolorosamente y a punto estuvo de doblarse en dos para vomitar. Nunca había imaginado que sería tan difícil contarle siquiera una pequeña parte de la verdad. Tragó saliva con fuerza y le dio la espalda—. Te dije que no podía... que no podía hacerte el amor por los años de experiencia que nos separaban.

El brusco jadeo de Ruth al oír su afirmación subrayó cuánto la había herido, y la culpa lo inundó. Se frotó la nuca. La había herido más de lo que había imaginado. Sabía que el abandono de Marston por una mujer más joven había sido devastador para ella, y él sólo había agravado la humillación.

—No necesita recordarme la diferencia de edad entre nosotros. —Su voz tenía toda la calidez del invierno, y Garrick se volvió para enfrentarse a ella.

—Joder. Tu edad no tiene nada que ver con eso —rugió—. No podía hacerte el amor porque nunca he estado con una mujer.

—Bastardo —jadeó ella al tiempo que la indignación le oscurecía el rostro—. Realmente debes de pensar que soy una vieja idiota.

Garrick se la quedó mirando perplejo. No creía eso en absoluto. El miedo volvió a invadirlo de nuevo. Se había abierto a ella y ¿para qué? ¿Qué podría hacerle pensar que nunca le había hecho el amor a una mujer? Apretó la mandíbula ante la expresión de desprecio en su rostro. Aquello no iba como él había esperado. ¿Qué diablos había pensado que sucedería?

—Es la verdad —rugió mientras batallaba con el hecho de que ella no lo creyera.

—¿Lo es? Entonces dime por qué lady Kent afirma que eres el mejor amante que ha tenido nunca. Luego está la señorita Campton, que dijo que tus caricias la hicieron arder en llamas —espetó furiosa—. Sin mencionar a más de la decena de mujeres a las que he oído suspirar por tu potencia sexual. Y ¿qué hay de la amante que has mantenido durante los últimos dos años?

¿Qué acababa de decir? «Potencia sexual.» Las mujeres de la alta sociedad lo consideraban un amante experto aunque nunca se hubiera acostado con ninguna de ellas. Habían mentido para proteger sus propias reputaciones y, a cambio, lo habían ayudado a crear la suya, por la que tanto había trabajado. Ese descubrimiento se abrió paso en él con un ritmo lento que lo dejó sin palabras.

—Me has insultado una vez. No intentes hacerlo de nuevo. —Ruth pasó junto a él en dirección a la puerta.

—No tengo por costumbre mentir —gruñó él al tiempo que la cogía del brazo y la echaba hacia atrás hasta pegarla a su pecho.

Le rodeó la cintura para dominar sus forcejeos y evitar que se zafara de su agarre. La sensual fragancia que llevaba le inundó los sentidos e hizo que la lujuria lo invadiera. Maldición, cómo podía ser que fuera incapaz de acercarse a ella sin sentir esa intensa necesidad de abrazarla y no soltarla nunca, esa necesidad de besar cada milímetro de su cuerpo hasta que lo llamara a gritos. Pero lo peor de todo era el anhelo de sumergirse en su interior.

El miedo lo sacudió ante las imágenes que le llenaron la cabeza. Sin embargo, esa vez el terror se debía al deseo que lo inundaba. Cerró los ojos para bloquear la deliciosa imagen que la bata medio abierta le ofreció cuando miró por encima de su hombro y vio la turgente curva de su pecho. Era la criatura más hermosa que hubiera visto nunca. Incluso a pesar de su falta de experiencia, sabía qué buscar en una mujer.

Sus amigos habían hablado sobre los puntos más hermosos de la figura de una mujer muchas veces. En una o dos ocasiones, incluso lo habían arrastrado hasta un burdel pese a sus grandes esfuerzos por evitar la visita. Aunque había logrado guardar su secreto bajo el pretexto de estar borracho, había recibido la suficiente instrucción como para apreciar las exuberantes curvas del cuerpo de Ruth. Era preciosa.

—Por favor, suéltame. —Su voz fue un tenso ruego que lo hizo estremecerse.

Con un rápido movimiento, la volvió hacia él sujetándola aún con las manos. La ira destelló en sus ojos, pero Garrick pudo ver el dolor y la confusión que también reflejaban. Tomó una profunda inspiración y carraspeó. Deseaba que lo creyera, pero ¿cómo podía hacérselo comprender sin desnudarse por completo ante ella, sin ceder al deseo que tiraba de él con fiero júbilo?

—No te estoy mintiendo, Ruth. Y decirte que yo..., hablarte de mi... de mi falta de experiencia es condenadamente difícil. —La soltó—. Eres la primera persona con la que comparto esto. Ni siquiera mi familia lo sabe. Y la única razón por la que te lo estoy contando es porque sé que piensas que te rechacé por tu edad.

Su hermosa boca se abrió como si estuviera a punto de hablar, y Garrick le pegó las puntas de los dedos a los labios. Entonces sintió su suave boca contra las yemas. Se le formó un nudo en el estómago con esa sensación familiar que Ruth siempre despertaba en él y aplastó el deseo que surgió en su interior.

—Eres la mujer más atractiva que he conocido nunca. Cada vez que estoy cerca de ti, tengo que esforzarme por resistirme a tocarte. Que Dios me ayude, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de ti saliendo del baño con el agua aún perlando todo tu cuerpo. Parecías una joven Afrodita con el pelo suelto sobre tus hermosos pechos.

Garrick pudo percibir lo ronca que se había tornado su voz mientras la miraba a los ojos. El hecho de que fuera vestida casi igual que aquella noche no lo estaba ayudando mucho. Su miembro se había puesto rígido en los pantalones y sintió que la lengua se le inflamaba en la boca cuando recordó cuánto la había deseado en aquel momento, tanto como la deseaba ahora.

—El modo en que tus pezones se convirtieron en tensos picos en cuanto te diste cuenta de que te estaba mirando hizo que estuviera a punto de llegar al éxtasis en aquel preciso instante. Puedes culparme porque... no pudiera evitar saborearte cuando se presentó la oportunidad. Y, Dios mío, no sabía..., nunca pensé que una mujer pudiera pensar en afeitarse.....

Maldita fuera. Estaba tartamudeando, actuando del mismo modo que lo había hecho años atrás con Bertha. Como un inepto colegial. Se estremeció ante el recuerdo y se alejó de ella. Eso había sido un error, una torpeza de proporciones ingentes. Si lo creía o no, no era el peligro real. Era si le guardaría o no el secreto. ¿Se lo diría a alguien? ¿Por qué no habría de hacerlo? En cuanto alguien más supiera de su falta de experiencia en la cama, sería pasto de los cotilleos. Por Dios todopoderoso, cuando Wycombe se enterara, se mostraría exultante. El conde ya había estado cerca de etiquetarlo abiertamente como sodomita, y ahora ese bastardo tendría incluso más argumentos.

Luego estaba su tío. Garrick estaba seguro de que Beresford ya le había dicho más de la cuenta a Tremaine. No costaría mucho pasar de pensar en su falta de

experiencia en la cama al hecho de que era un engendro de la naturaleza. La idea de la humillación inminente intensificó el nudo en el estómago que amenazaba con hacerlo vomitar.

—Dios mío, soy un estúpido —masculló violentamente—. Debería haberlo dejado estar.

Se volvió para marcharse, pero se detuvo cuando Ruth lo agarró del brazo. La extraña expresión en su rostro hizo que le entraran náuseas. Lo último que necesitaba era su compasión.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó ella en voz baja.

Garrick vaciló, pero finalmente le respondió con un breve y brusco asentimiento de cabeza.

—Sí —afirmó con los dientes apretados.

—¿Ni siquiera con tu amante?

—Mary necesitaba protección contra el hombre que la había arruinado —espetó él—. Hacer que el mundo creyera que tenía una amante me ayudaba a mantener mi secreto a salvo.

—Pero rompiste con ella. —La desconfianza nubló el rostro de Ruth mientras lo estudiaba con atención. Era evidente que se estaba esforzando por creerlo.

—Se enamoró del tutor que contraté para ella —explicó Garrick con una mueca de dolor—. Se casaron hace varias semanas y se marcharon a América.

—Entiendo —murmuró ella con una expresión compasiva que lo hizo apretar la mandíbula por la tensión. Frunció el cejo en un gesto de duda y lo miró con los ojos entornados—. Pero no entiendo por qué tú.....

—El porqué no es importante —la interrumpió bruscamente—. Lo único que importa es que me creas cuando te digo que tu edad no tuvo nada que ver con mi negativa de hacerte el amor. Eres injusta contigo misma al pensar que ya no eres lo bastante joven para que un hombre te desee.

El rubor que ascendió en las mejillas de ella subrayó el argumento que él intentaba recalcarle. Aparentaba la mitad de edad que sus coetáneas de la alta sociedad. Su rostro era terso y juvenil, y el hecho de saber que un simple trozo de tela era lo único que le ocultaba su firme y grácil cuerpo era suficiente para desarmarlo. La idea de deslizarse en su interior hizo que su miembro se tensara hasta el punto de que le doliera. ¿Cómo sería sumergirse en ella? Lo único que había conocido era su mano.

Santo Dios, probablemente derramaría su simiente antes de poder satisfacerla. ¿Cómo se satisfacía a una mujer? Apretó los puños al darse cuenta de que, por mucho que deseara saberlo, esa pregunta quedaría sin respuesta. Lo que acababa de compartir con ella era todo lo que se atrevía a revelar de sí mismo.

Cualquier pensamiento coherente se esfumó un instante después, cuando Ruth cubrió la distancia que los separaba. Garrick inspiró su aroma almizclado y de repente todo su cuerpo rabiaba de deseo. Se tensó cuando ella le tocó el brazo con la mano. A pesar del leve contacto, el calor de ella atravesó primero la manga de la chaqueta y luego la de la camisa hasta calentar su piel. Iba a volverse loco. Siempre que esa mujer se acercaba tanto, le era imposible pensar con claridad.

—Debe de ser difícil... Las sospechas..., los rumores que extiende gente como Wycombe. Incluso si tú.....

No le dio la oportunidad de acabar. Garrick la atrajo hacia sí para capturar su boca en un duro beso. La idea de que pudiera estar replanteándose cosas como su sexualidad lo asaltó como un jabalí salvaje. El ardor de ella estalló en su lengua cuando le exploró la boca con toda la habilidad que poseía. Un oscuro deseo lo consumió empujándolo a borrar hasta la más mínima duda en su mente, a demostrarle de una vez por todas que Wycombe se equivocaba respecto a él.

Deslizó las manos por debajo de la fina bata para acariciarle los pechos. Los sintió cálidos y pesados en sus palmas. En cuanto le acarició un tenso pezón con el pulgar, Ruth gimió suavemente y su lengua bailó con la de él de un modo erótico que le calentó aún más la sangre. Deseaba volver a lamérselos, deseaba oírla gemir como lo había hecho la otra noche. Ese pensamiento logró atravesar la bruma de deseo que inundaba sus sentidos y se estremeció. No podía cometer el mismo error con ella. Hacerle el amor lo expondría abiertamente a más humillación y no estaba dispuesto a dar ese paso, ni siquiera con ella. Con delicadeza, le apartó los brazos de su cuello y la alejó de él. La somnolienta y sensual expresión de su rostro desapareció lentamente mientras lo estudiaba en silencio. Garrick apretó la mandíbula frente a las potentes llamas que amenazaban con dominarlo.

—No soy un sodomita —afirmó al mismo tiempo que le daba la espalda.

Maldición, en el mismo instante en que se le había pasado por la mente que ella estaba a punto de sugerir la posibilidad, había perdido el control de un modo que lo alarmó. Esbozó una mueca. ¿Cuándo había estado al mando de sus sentidos en lo que a ella concernía? Al menos, Ruth le había mostrado cómo reaccionaría el selecto grupo de Marlborough ante la verdad. Maldita fuera, si su inexperiencia se hacía pública... Se pasó los dedos por el pelo al sentir que el pánico lo atenazaba. El silencio se prolongó entre ellos como una pesada manta. Entonces sintió el calor de su mano en la espalda y se puso rígido.

—Te creo, Garrick. Tu inexperiencia, todo. Te creo.

Esa serena declaración disminuyó la opresión en su pecho y Garrick suspiró aliviado. No se había dado cuenta de lo importante que era para él convencerla de la verdad. Carraspeó al tiempo que se volvía de nuevo hacia ella.

—No pretendía herirte. Si yo fuera... si... En mi caso, tu edad nunca sería un motivo para rechazarte. —Con la mandíbula apretada por la tensión, afrontó su firme mirada durante un breve momento antes de desviar la suya propia.

—Ahora lo comprendo. ¿Qué hacemos entonces? —Su calmada pregunta lo sorprendió.

—Quizá podríamos continuar como antes. —Garrick frunció el cejo.

Lo que lo había llevado a corregir su error había sido su amistad. Pero si, de repente, ella decidía que deseaba más... No estaba preparado para eso.

—¿Es eso lo que realmente deseas? —inquirió ella.

—¿Qué quieres decir? —Él la miró con los ojos entornados.

—¿Estás seguro de que la amistad es el único motivo por el que me has dicho la verdad? Soy una cortesana, Garrick. Aunque ha-go mucho más que satisfacer las necesidades sexuales de un hombre, mis habilidades en la cama se consideran excelentes.

—¿Instrucción? —espetó. Dios santo, esa mujer se estaba ofreciendo a formarlo en el arte de la seducción. ¿Cómo diablos se suponía que debía responder a eso?

—Si no eso, ¿quizá alguien en quien puedas confiar? —añadió ella en un tono tranquilizador—. Debe de haber un motivo por el que nunca has estado con una mujer. Se me da bien escuchar, cuando deseo hacerlo.

—No quiero hablar de ese tema —replicó con los dientes apretados. Ni siquiera sonrió por su irónico comentario sobre su capacidad de escuchar.

—Como quieras.

Su calor lo rozó cuando pasó junto a él para sentarse frente al tocador. Asombrado por su rápida conformidad, se quedó mirando fijamente cómo cogía un tarro de crema con calma y se la aplicaba en las manos. Se sintió incómodo. Era una sensación que nunca le había gustado, y estaba sumamente incómodo en ese momento. Unió las manos a la espalda y tomó una profunda inspiración en un intento de serenarse.

—¿Vas a salir esta noche? —La pregunta reflejó su inquietud.

Ruth dejó de frotarse las manos y le devolvió la mirada desde el espejo del tocador.

—Iba a salir, pero he cambiado de opinión —repuso ella con calma.

—Entiendo. —Una oleada de placer lo inundó. No lo había dicho, pero estaba seguro de que él era el motivo de que hubiera cambiado de planes.

—¿Y tú? ¿Tienes planes? —Con un gesto despreocupado, se destapó un hombro para ponerse crema.

Garrick jadeó cuando vio la exuberante curva del hermoso pecho reflejada en el espejo.

—No..., yo... no estaba seguro...

Tragó saliva con fuerza cuando Ruth acabó de ponerse la crema en el hombro y volvió a colocarse bien la bata. Su respiración se calmó durante una mera fracción de segundo antes de que repitiera la operación con el otro hombro. Se le hizo un nudo en la garganta que le arrancó una tos.

—¿Estás bien, Garrick?

Ruth se volvió rápidamente hacia él con la bata discretamente cerrada. La expresión preocupada en su rostro habría aplacado su nerviosismo si no hubiera visto el destello de algo mucho más peligroso en sus ojos.

—Estoy... bien.

Sacudió la cabeza y volvió a carraspear. Ella ladeó la cabeza mientras lo observaba. En el leve resplandor de la lámpara de gas, el movimiento resaltó la dulce curva

de su hombro y su garganta. Una sensación de fatalidad inminente lo inundó, pero la ignoró, incapaz de apartar la vista de ella.

—¿Confías en mí, Garrick? —La pregunta planteada en voz baja lo cogió por sorpresa, y Garrick frunció el cejo.

—No habría compartido mi secreto contigo si no fuera así.

—No hay nada vergonzoso en tu inocencia. De hecho, me resulta bastante... excitante.

Ruth se volvió para coger un largo pañuelo de uno de los cajones del tocador. Cuando se irguió para acercarse a él, la delicada determinación que mostraba su rostro hizo que se pusiera tenso. En el siguiente segundo, se quedó sin aire en los pulmones cuando vio que ella se desataba despacio la bata. Maldita fuera, ¿por qué no salía corriendo hacia la puerta?

—El deseo es algo placentero, Garrick.

Su voz era hipnótica, y no podía apartar la vista de ella ni de su mano, que recorrió el cuello y siguió descendiendo. El lánguido movimiento le abrió la bata mientras ella se acariciaba con indiferencia un lado del pecho con las puntas de los dedos. Fue un movimiento erótico que hizo que lo atravesara una llamarada y que le humedeció las palmas de las manos.

—Deja que te muestre cómo es sentir ese placer. —La fina bata que la ocultaba a sus ojos se deslizó hasta el suelo con un susurro, y a Garrick se le secó la boca ante la imagen—. Deja que te muestre lo maravillosas que pueden ser las cosas entre nosotros.

¿Por qué seguía allí de pie? Debería estar ya en la puerta. Intentó moverse, pero no pudo. Si no hacía algo rápido, no habría esperanza para él. Sus pies seguían clavados en el suelo mientras observaba cómo se soltaba el pelo y éste le caía sobre los hombros. Dios, era preciosa. Ruth cerró los ojos, y el pañuelo, que aún sostenía en la mano, se balanceó sobre los pezones de un modo que pareció natural, aunque sabía muy bien que era deliberado.

—¿Te gusta mirarme, Garrick? —El susurro gutural le acarició los sentidos.

—Sí —logró decir él.

El pañuelo se movía sobre su piel como una mariposa que primero acariciara una delicada curva y luego la otra. Tomó sus propios pechos entre las manos y, en un movimiento que le hizo imposible respirar, trazó círculos alrededor de los rígidos pezones con los dedos. Con gran dificultad, Garrick reprimió la fiera necesidad de avanzar y tomarla entre los brazos. En lugar de eso, se obligó a dar un paso hacia atrás. Sin embargo, el gesto no ayudó mucho a aplacar el hambre que asaltó a su rígido miembro. Casi como si pudiera sentir su deseo, Ruth abrió los ojos y le tendió una mano para ofrecerle el pañuelo.

—Átame a la cama. —Fue una suave orden que hizo que se quedara mirándola estupefacto. Una sonrisa sensual, aunque tierna, le curvó la boca—. Quiero que tengas el control de tu placer.

Su cerebro se esforzó por procesar las palabras. Ésa era una seducción al más alto nivel. Le estaba dando el control total. En lo más profundo de su mente, un grito de alarma intentó evitar que se moviera. Fracasó. Estaba ofreciéndole la posibilidad de hacerle el amor en sus propios términos.

Con un gruñido gutural, Garrick cubrió la distancia que los separaba y la atrajo hacia sus brazos. Ruth acudió de buen grado y le deslizó las manos por el pecho hasta la parte posterior de la cabeza mientras abría los labios bajo los de él. Un deseo ardiente lo atravesó con fiereza y la cogió en brazos para llevarla hasta la cama. A pesar de la urgencia que tiraba de su erección, la dejó con cuidado sobre el colchón, se quitó la chaqueta y se arrodilló a su lado. La duda lo golpeó con fuerza una y otra vez. Dios santo, debía de estar loco si pensaba que eso iba a funcionar. Tragó saliva con fuerza. Ruth le acarició el rostro en un gesto tierno en el mismo instante en que sus miradas se encontraron.

—Confío en ti, Garrick. No te habría ofrecido el control total si no lo hiciera.

Incapaz de hablar, él asintió y le cogió el pañuelo de las manos. Le juntó las muñecas con delicadeza, luego se las levantó por encima de la cabeza y la ató a uno de los barrotes de metal de la cama. En el fondo de su mente se preguntó cuántos otros hombres la habrían atado así. Los celos lo atenazaron al pensarlo pero los apartó a un lado mientras la contemplaba. Era un festín para sus ojos. Cada sonrojado milímetro de su cuerpo.

—Acaríciame. —Su susurro era más una súplica que una demanda, y Garrick vaciló. Sus párpados se veían pesados por el deseo cuando se quedó mirándolo fijamente—. Quiero que me acaricies.

Él asintió antes de pegar la palma a su estómago suavemente redondeado. El calor de su cuerpo se abrió paso en su interior. Deslizó la mano por la piel sedosa y tersa hasta llegar a la curva en su costado. La sentía suave y flexible bajo su contacto.

—Eres hermosa —dijo con una voz áspera. Un suave rubor surgió en sus mejillas, y Ruth le sonrió.

—Gracias. Una mujer nunca se cansa de oír eso. —Dobló la pierna hasta que su rodilla casi tocó la boca de Garrick—. También nos gusta que nos besen. Por todas partes.

Había un significado velado en sus palabras que Garrick no terminó de comprender. Esa incómoda sensación que tanto odiaba regresó, pero esa vez la aplastó bajo el peso del deseo de acariciarla. Ya había llegado hasta ahí, y la seductora visión ante él fue suficiente para hacer que superara la insignificante resistencia que aún quedaba en un rincón de su mente.

El instinto lo guio e hizo que la agarrara por el tobillo y deslizara despacio la mano hacia arriba mientras le besaba la pierna. El sereno murmullo de aprobación que escapó de sus labios lo animó a deslizar la boca por la suave piel hasta el pie. Sabía a limón y a especias. Deliciosamente dulce.

Tomó en la palma de la mano su fino pie para mordisquearle la parte interna del tobillo. Entonces, otro suave gemido surgió de su boca, y Garrick dirigió la mirada a su rostro. El ardor en su mirada hizo que su erección se endureciera más aún, si eso era posible. El corazón le golpeaba con fuerza el pecho al pensar en deslizarse en su interior. ¿La decepcionaría? Esa antigua inseguridad lo envolvió de nuevo. Sólo era un medio hombre, ¿cómo podría complacer a esa criatura tan increíblemente hermosa?

—No pienses. Siente —le susurró ella como si pudiera leerle los pensamientos.

—¿Dónde más os gusta que os besen? —inquirió con voz ronca.

—¿Dónde te gustaría besarme?

Había tentación en esa pregunta y Garrick dirigió la mirada a sus pechos. Se inclinó hacia adelante para deslizar la lengua alrededor de la areola. El suave jadeo le indicó que estaba resultando ser un buen pupilo. Mordisqueó delicadamente el duro pezón y Ruth dejó escapar un grave grito de placer. El sonido lo complació. Le gustó saber que su contacto la había hecho gritar. Deseaba oírla otra vez. Rodeó con la lengua el pezón antes de tomar en su boca todo lo que pudo de ella y succionar. Inmediatamente, se arqueó hacia él. El gemido que surgió de su garganta lo excitó aún más.

Cuando dirigió la atención al otro pecho, otro gemido escapó de sus labios. El repentino pensamiento de que podía estar fingiendo lo hizo levantar la cabeza para observar su rostro. En lo más profundo de su ser, los antiguos miedos le decían que la descubriría riéndose de él, burlándose de su inexperiencia. En cambio, su expresión de placer lo tranquilizó.

Su contacto no le parecía repulsivo. Garrick la vio abrir los ojos y observó que la pasión los tornaba de un violeta más oscuro. Esa mirada hizo que el corazón le golpeara con fuerza el pecho al mismo tiempo que deslizaba la mano más abajo para acariciarle la cadera. Ruth se arqueó ante su contacto.

—Me gusta lo que estás haciendo —le dijo en un tono grave y gutural—. Pero me gustaría aún más si me besaras más íntimamente.

—¿Más íntimamente?

Garrick frunció el cejo y siguió su mirada hacia abajo. Dios santo, le estaba pidiendo que le besara el sexo. Había oído a Charles hablar sobre besar el sexo de una mujer, pero no podía recordar mucho de esa conversación, porque había estado bastante bebido en ese momento. Aun así, la idea de acariciarla con la lengua lo excitó.

Un nuevo aroma se mezcló con su dulce perfume cuando pasó la mano levemente por la piel suave como la de un bebé del ápice de los muslos. La brusca inspiración que Ruth tomó fue una muestra de su excitación cuando él abrió delicadamente los suaves pliegues con los dedos.

—Espera —jadeó ella. Garrick se detuvo de inmediato y alzó la mirada para encontrarse con la suya, sensual—. Ese botón que estás tocando. Si prestas especial atención.....

Él no esperó a que acabara de hablar y frotó ese sensible punto con delicadeza, pero también con firmeza. En cuanto acarició la pequeña protuberancia, Ruth se retorció contra su mano. Se le escapó otro gemido, y a él lo inundó una sensación de placer por la intensidad del sonido. Deseaba volver a oírlo.

Cambió rápidamente de posición en la cama y se plantó directamente entre sus piernas. Mientras seguía jugando con ella, le dio un beso en la cara interna del muslo. Estudió su rostro mientras pegaba los labios a la parte interior de la pierna y continuaba acariciándola con el pulgar. Una sustancia cremosa le cubrió las puntas de los

dedos cuando siguió jugando con ella.

Le dejó un rastro de besos hasta la protuberancia interna donde el muslo se unía a la cadera, y la expresión en el rostro de Ruth hizo que la sangre le palpitara con fuerza por todo el cuerpo. El miembro se le inflamó hasta que experimentó un placer dolorosamente agudo. Garrick reconoció entonces el precipicio en el que se encontraba y vaciló. Estaba a punto de estallar y no sabía cómo evitarlo. ¿Cómo podría complacerla si derramaba ya su simiente?

—Garrick, mírame. —Su calmada orden lo hizo alzar la mirada para encontrarse con la suya, comprensiva—. Me deseas ahora, ¿verdad? No puedes esperar.

—Sí —respondió él con voz ronca.

—Entonces quítate la ropa. —Ruth había doblado la pierna, y le pasó un dedo del pie por la oculta erección—. Deseo sentirte en mi interior.

Él huyó del contacto aterrorizado por que pudiera descubrir que sólo tenía un testículo. Los antiguos recuerdos regresaron en la forma de una risa burlona que llenó su cabeza. No podía permitir que lo viera. Si descubría el monstruo que era... Negó con la cabeza ante el miedo que aumentaba en su interior.

—No. —Su voz sonó áspera por el pánico.

—Por favor —susurró ella—. Necesito sentirte en mi interior, ahora.

Las palabras fueron un suave grito de apasionado deseo. Todo su cuerpo anheló obedecer su petición, le pedía a voces algo que sabía que tenía a su alcance, pero él sentía terror a dar ese último paso. Desesperado con una mezcla de deseo, necesidad y miedo, recorrió la estancia con la mirada sin tener ni idea de qué buscaba.

—No pasa nada si no quieres que te vea. —Bajo las suaves palabras tranquilizadoras, pudo oír la áspera nota de urgencia en su voz—. Hay otro pañuelo en el cajón.

Era el empujoncito que necesitaba. Un modo de guardar su secreto y al mismo tiempo poseer su cuerpo. Con un movimiento que él reconoció como torpe, en el mejor de los casos, bajó de la cama para coger el pañuelo. Segundos después, se encontraba de pie junto a ella. Lo que realmente deseaba era mirarla fijamente a los ojos mientras se sumergía en su interior, pero sabía que no debía hacerlo. Ya había asumido más riesgos de los que nunca se había atrevido a correr con una mujer.

Cuando la contempló, tomó una brusca y profunda inspiración. Atada y con los ojos vendados, era una visión erótica que lo tentó de un modo que nunca había soñado posible. Su cuerpo estaba en llamas y el fuego le recorría el torrente sanguíneo. En unos segundos, liberó a su miembro de los pantalones y se arrodilló entre sus piernas.

Con las manos apoyadas a ambos lados de su cuerpo, no pudo evitar besar su sexo. Deseaba desesperadamente complacerla. Deslizó la lengua por su húmedo sexo para saborearla. La sintió ardiente bajo los labios, y Ruth gritó cuando saboreó los cremosos pliegues. Santo Dios, nunca había pensado que una mujer pudiera ser un bocado tan tentador. Deseaba paladear hasta el último milímetro de su cuerpo. Ascendió con la boca para acariciarle el estómago, luego los pechos. En cuanto atrapó un pezón entre los labios, la oyó gemir. Era un sonido de placer, y le encantó oírlo.

Un instante después, su pene reaccionó cuando Ruth volvió a doblar la pierna y le acercó el pie al extremo de la erección. Bruscamente, Garrick se lo apartó, y con una mano guio su miembro hacia el interior de los resbaladizos pliegues. Un gimoteo de necesidad se le escapó a Ruth cuando avanzó en su interior. Al deslizarse más profundamente, Garrick sintió como si su cuerpo lo agarrara y lo empujara hacia adentro. Fue una sensación increíble. Su mano nunca le había dado ni la décima parte de ese placer.

Una ciega necesidad lo embargó de repente y retrocedió para volver a sumergirse por completo en ella. Su fuerte agarre dio lugar a una exquisita fricción sobre su pene cuando su cuerpo se cerró a su alrededor como un torno ardiente. El poco control que le quedaba se le escapó cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba de estallar. Incapaz de contenerse, empezó a entrar y a salir de su interior con rápidas y frenéticas embestidas. En cuestión de segundos, una familiar oleada de sensaciones lo hizo tensarse y estalló dentro de ella. La rapidez de su clímax le arrancó una mueca de indignación contra sí mismo. No había sido capaz de aguantar el tiempo suficiente para darle satisfacción, aunque no estaba realmente seguro de qué implicaba eso. Humillado por su pobre actuación, se retiró de su interior y volvió a ponerse los pantalones para ocultar la decreciente erección.

Una vez se hubo tapado, le quitó rápidamente la venda a ella y la desató de la cama. Se sentía como un colegial que no hubiera logrado hacer una tarea sencilla. Le dio la espalda y se acercó al fuego. Contempló las llamas furioso consigo mismo. Era un estúpido. No debería haber permitido que lo convenciera de que le hiciera el amor. Su tío tenía razón: era un medio hombre y su actuación acababa de demostrarlo.

—Gracias. —El aroma de ella le llegó por encima del hombro cuando se acercó. La vergüenza le impidió mirarla.

—¿Por qué? —espetó—. Ha sido una actuación miserable por mi parte, en el mejor de los casos.

—Era tu primera vez. Requiere su práctica convertirse en un amante experimentado. —La ternura de su voz no alivió su vergüenza.

—Ha sido un error pensar que podría hacerte el amor. —Continuó observando las llamas amarillas y azules que danzaban sobre los leños en el hogar.

—Pero lo has hecho —replicó ella en voz baja—. Y te prometo que la próxima vez será incluso más placentero. Para ambos.

—No habrá una próxima vez —espetó él ferozmente. En cuanto pronunció las palabras, se estremeció. La idea de no volver a tocarla de nuevo fue un tremendo mazazo.

Ruth se alejó de Garrick para coger la bata y ponérsela de nuevo. Una rápida mirada por encima del hombro le confirmó que él seguía de pie ante la chimenea. El blanco de la camisa resaltaba sus oscuras facciones y su pelo negro. Con la cabeza gacha, observaba las llamas como si contemplara algún siniestro sino. Esa actitud intensificó el peligroso toque de su pecaminosa apostura. Pero era la desolación que reflejaba lo que la entristeció. No era una buena señal. Tenía que evitar encariñarse con él.

Se mordió el labio ante ese pensamiento. Había tenido otros amantes en el pasado a los que había instruido en nuevas técnicas, pero nunca uno que fuera totalmente inexperto. Había algo excitante en la idea de iniciarlo en el arte amatorio. Era como empezar con arcilla nueva y crear una obra de arte. En el caso de Garrick, significaba que debía enseñarlo a complacerla. No, a complacer a otra mujer. Debía recordar eso. Al final, ella volvería a quedarse sola. Había sido así desde que su madre había muerto. Eso no cambiaría porque no había nada permanente en su vida. Todos los hombres que habían entrado en su dormitorio siempre se habían ido. Garrick no sería diferente.

Siempre que recordara que ése era un acuerdo temporal, podría disfrutar de su compañía y de su contacto. Y, por Dios santo, el contacto de ese hombre era como una llama ardiente que le quemara la piel. No podía recordar haber sentido nunca un deseo como el que Garrick despertaba en ella. Quizá se debía a que había percibido su falta de experiencia y eso la excitaba.

Tomó una profunda inspiración y se volvió para acercarse a él. En cuanto apoyó la mano en su brazo, él la miró. Ruth le sonrió y lo guio delicadamente hacia una de las butacas frente al hogar. Garrick vaciló.

—Debería irme —espetó con un tono áspero.

—Aún no —le dijo en voz baja—. Se considera una grosería dejar la alcoba de una mujer tan pronto después de abandonar su lecho.

Él asintió bruscamente y le permitió que lo guiara hasta uno de los sillones azul claro. Su alto cuerpo envolvió el sillón y el corazón de ella dio un vuelco al ver lo apuesto que era. Lo estudió en silencio mientras él contemplaba las crepitantes llamas en el hogar. Parecía completamente ajeno a su presencia, su expresión era taciturna. Sintió pena por él.

Parecía convencido de que su actuación había sido más que lamentable. Era evidente que se avergonzaba de su cuerpo, tal como había demostrado con su negativa a permitirle que lo viera desnudo. Aunque «negativa» no era la palabra correcta. Su petición parecía haberlo dejado paralizado, casi impotente. La expresión en su rostro cuando le había ordenado que se desnudara había sido de puro terror.

Al principio, Ruth había creído que no se sentía cómodo con su tamaño, pero, en cuanto se sumergió en su interior, se descubrió deslizándose en el borde del placer, una sensación que había sido un delicioso tormento. Lo había notado grueso y duro entre las piernas. Y aunque había llegado al clímax rápido, sabía que en cuanto tuviera más experiencia, la volvería loca de deseo. Una idea embriagadora y aterradora al mismo tiempo.

Una vez Garrick estuvo acomodado frente al fuego, Ruth se acercó a un pequeño aparador en un rincón de la estancia donde siempre guardaba coñac para sus amantes. Cuando abrió las puertas, vio una bandeja de queso y pan. Dolores. Eso confirmaba lo que había sospechado en cuanto lo había visto en su habitación. Su doncella había sido clave para que Garrick pudiera acceder a su dormitorio. Sabía que debería sentirse furiosa porque su amiga hubiera conspirado con él, pero no era el caso. Con la bandeja de queso y pan en una mano y el coñac y las copas en la otra, regresó junto al fuego. En cuanto la vio cargada, Garrick se levantó rápidamente para cogerle la bandeja del licor. Las copas tintinearon cuando la dejó sobre la mesita redonda entre los sillones.

Ruth dejó la comida sobre la mesa, sirvió una copa de brandy francés y se la ofreció. Al mínimo roce de los dedos de Garrick con los de ella, sentía que una descarga eléctrica le atravesaba la piel. La sensación era lo suficientemente fuerte para hacer que temblara mientras se servía su propia copa. No era propio de ella beber, pero, de repente, tuvo la necesidad de hacerlo para serenar los nervios. Aunque el caro licor le quemó en la garganta, la ayudó a recuperar la compostura.

Volvió la cabeza para estudiarlo. Su perfil estaba sumido en parte en las sombras, pero la luz del fuego revelaba su mandíbula fuerte y angular. La sensual línea de los labios era una visión tentadora al recordar lo exquisitos que los había sentido sobre la piel.

—Supongo que soy una criatura curiosa para ti —comentó amargamente sin mirarla.

—En absoluto. —Ruth ladeó la cabeza—. En realidad, estaba pensando en lo afortunada que soy.

Sorprendido, él la miró con una ceja enarcada.

—¿Afortunada?

—Sí. De todas las mujeres entre las que podrías haber elegido para que fueran tu primera amante, me has escogido a mí. —Le dirigió una sonrisa pícara—. Por otra parte, nunca me ha gustado la señorita Campton, y saber que me has preferido a mí hace que me sienta bastante pletórica.

Garrick se rio y el sonido la complació. Al menos ya no parecía tan adusto y su risa suavizó los duros planos de su rostro. Era fácil comprender por qué las mujeres con las que nunca se había acostado habían mentido acerca del hecho de ser sus amantes. Ella misma sabía lo que era sentir el dolor de su rechazo.

Pero de todas las mujeres de la alta sociedad, ella era la privilegiada. La había elegido a ella como su maestra. Ruth tuvo algo más que una pequeña sensación de triunfo al pensarlo, sobre todo en lo referente a Louise Campton. Esa mujer la había insultado en más de una ocasión y nunca se habían llevado bien. Centró la mirada en Garrick y se alegró al ver que sus facciones se habían relajado.

—Bien, eso está mejor —comentó con suavidad—. Pareces mucho más relajado.

—¿Lo parezco? —La nota de escepticismo en su voz hizo que ella le lanzara una mirada reprobadora.

—Sí. Quiero que siempre te sientas cómodo aquí. —Tomó otro sorbo de brandy mientras él la estudiaba durante un minuto antes de volver a fijar la mirada en el fuego.

—Siempre me siento así cuando estoy contigo, Ruth. —Fue una sencilla afirmación que le hinchió el corazón mientras estudiaba su perfil.

—Me alegro. —Sonrió al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante para poder ver su rostro al completo. Aún había una mueca adusta en las comisuras de su boca—. Háblame de tu familia.

La pregunta hizo que él la mirara sorprendido antes de que una pequeña sonrisa le curvara su boca sensual. Era una boca ideada para complacer a una mujer hasta que suplicara una liberación que sólo él podría ofrecerle. Las imágenes que le llenaron la mente la hicieron tragar saliva con fuerza. Dejó la copa en la mesa para recuperar la compostura. Cuando volvió a mirarlo, su expresión se había animado un poco y ya no era esa taciturna máscara que le había oscurecido los rasgos un momento antes.

—Ya conoces a Lily, quien, por cierto, se mostrará sumamente humilde la próxima vez que te vea. Lamenta sinceramente el dolor que te causó.

La declaración la cogió desprevenida y Ruth abrió unos ojos como platos antes de apartar la vista de la de él. La desavenencia con su hermana había sido claramente incómoda por muchas razones.

—Su visita no fue una experiencia nueva para mí y estoy segura de que su intención era buena en lo que a ti concierne. Como debería ser. —No deseaba hablar más sobre el asunto, así que cambió de tema rápidamente—: ¿Y el resto de tu familia?

—Vincent es nuestro ratón de biblioteca. Tiene la costumbre de pasar más tiempo entre libros en la biblioteca familiar que relacionándose con la alta sociedad. Aunque últimamente ha desarrollado una afición por ciertas veladas a las que asiste una joven dama en particular, algo que tengo intención de discutir con él cuando se presente la oportunidad. —Un sombrío fruncimiento de cejo le sobrevoló el rostro.

—¿Eso no es un poco hipócrita? —lo reprendió ella con delicadeza al mismo tiempo que le sonreía—. Que yo recuerde, no te hizo nada feliz que tu hermana se entrometiera en tu relación conmigo.

—El interés de Lily en mis asuntos era inapropiado. Ella no es la cabeza de familia. Yo sí. Y es mi deber asegurarme de que mis hermanos se casen con personas que los quieran y que se preocupen por ellos. —Su boca se convirtió en una línea firme y fina cuando una expresión de inflexible determinación endureció sus apuestos rasgos.

—Un objetivo admirable, pero el corazón no acepta órdenes —afirmó Ruth en voz baja.

—Quizá no, pero me he asegurado de que Grace sea feliz y estoy decidido a hacer lo mismo por Vincent.

El hecho de que hubiera omitido a Lily hizo que ella frunciera el cejo. ¿El matrimonio de lady Lynmouth era infeliz? Ruth no sabía mucho sobre el conde de Lynmouth, ya que el hombre rara vez visitaba la ciudad, y el día de la aparición de Lily en St. Agnes había sido la primera vez que había visto a la hermana de Garrick. ¿Habían fracasado sus esfuerzos por asegurar la felicidad de sus hermanos?

—¿Y Lily? ¿Fuiste capaz de garantizar su felicidad?

La repentina expresión de dolor en su rostro le dijo que el matrimonio de Lily no era en absoluto feliz. Garrick cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. La pena que emanaba de él impulsó a Ruth a alargar la mano para acariciarle el brazo en una muda muestra de apoyo. No abrió los ojos.

—Lily se niega a hablar de Lynmouth conmigo y con todo el mundo. Nunca habría consentido ese matrimonio si hubiera pensado que ella saldría herida. —Había una nota de desesperación en su voz que subrayaba lo responsable que se sentía de la felicidad de su hermana.

—Siempre has cuidado de ellos, ¿verdad?

—Beresford, mi tío, no era un hombre agradable. Una vez lo vi fustigar a un mozo de cuadra no mayor que yo hasta que la espalda del chico quedó en carne viva. —Se acabó la copa de brandy, que Ruth rellenó rápidamente—. Aprendí a atraer la cólera de ese hombre hacia mí para mantener a los demás a salvo.

—¿Te pegaba?

—A veces. —Garrick asintió con una expresión indescifrable en el rostro.

La brusca respuesta indicó que su tío había hecho mucho más que golpearlo. Claramente, ese hombre era un monstruo. No sabía cómo, pero Ruth estaba segura de que Beresford era responsable de la castración emocional de su sobrino. Fuera lo que fuese lo que le hubiera dicho o hecho, Garrick había llegado a creer que a las mujeres su cuerpo les parecería repulsivo de algún modo. Y estaba convencida de que ése era el motivo por el que se había negado a desnudarse delante de ella.

Un dolor repentino y agudo le atravesó el pecho y le hizo tomar una brusca inspiración. Cielo santo, si Beresford había violado... «No, por favor, Dios mío, no.» ¿Se atrevería acaso a hacer la pregunta? Ruth se tragó el nudo que se le había formado en la garganta. No sólo no era asunto suyo, sino que había dicho que deseaba que él estuviera cómodo allí. Haciendo preguntas directas no conseguiría nada y se negaba a hacer algo que pudiera incomodarlo. Garrick le contaría lo que quisiera... cuando quisiera. Sus secretos eran suyos y él decidía compartirlos o mantenerlos ocultos. Y lo que era más importante, ella deseaba ofrecerle un refugio y paz, algo que estaba segura de que no había tenido mucho en su vida. De repente le entraron ganas de llorar y ladeó ligeramente la cabeza para enjugarse una lágrima que se le había escapado. Una mano fuerte le cogió el brazo para tirar de él con delicadeza. Ruth volvió a mirarlo.

—Estás llorando. —Garrick la miró con el cejo fruncido cuando ella negó con la cabeza.

—No. Se me ha metido un poco de ceniza en el ojo.

—No me mientas, Ruth —le advirtió con aspereza al tiempo que se acercaba más para cogerla por la barbilla y obligarla a mirarlo—. ¿Estás llorando por mí?

Su asombro era fácil de ver, y ella asintió despacio. Una extraña emoción destelló en sus ojos azules, pero le resultó imposible identificarla porque desapareció muy rápido. Garrick le acarició levemente el labio inferior antes de soltarla para volver a recostarse en su sillón. Sin saber qué decir, Ruth se percató de que la tensión entre ellos había vuelto a aumentar y no de un modo positivo.

—Nadie nunca había llorado por mí. —Su tono era tan bajo que, al principio, no estuvo segura de si lo había oído.

Se lo quedó mirando sorprendida.

—¿Ni siquiera tus hermanas?

—Grace era demasiado pequeña para comprender realmente qué estaba sucediendo en la casa. —Sus facciones podrían haber sido de sólido granito por las emociones que mostraban y su voz estaba desprovista de todo sentimiento—. A diferencia de ti, Lily no sabe realmente cómo era la vida para mí con Beresford en la casa. Logré mantenerlos al margen de casi todo, a ellas y a Vincent.

—Del mismo modo que se lo ocultas ahora. —Su suave afirmación hizo que Garrick se volviera hacia ella—. Si les permites a ellos, o a cualquier otra persona, ver tu dolor, crees que eso te hará menos hombre a sus ojos.

Aunque su expresión no cambió, había una lúgubre emoción en esos vívidos ojos azules cuando los dirigió hacia ella. En ese instante, Ruth deseó matar a Beresford por las heridas que le había causado a Garrick. Ella comprendía el profundo dolor que otros podían infligir. El dolor del rechazo de su padre siempre la acompañaba. No era algo que se permitiera recordar a menudo, pero el dolor nunca cesaba. Jamás sería capaz de perdonar a su padre por lo que le había hecho a su madre. Su padre no era directamente responsable de su muerte, pero sus acciones habían provocado que su madre perdiera las ganas de vivir.

Como ella, Garrick había sufrido dolor en manos de otros y se había negado a ceder a él. Los dos habían ocultado sus sentimientos al mundo para forjarse una vida en sus propios términos. Habían sobrevivido a pesar del sufrimiento que otros les habían causado y habían ocultado el dolor que la supervivencia había ocasionado. La reflexión hizo que Ruth se estremeciera. No podía recordar la última vez que había fracasado tan miserablemente en atender las necesidades emocionales de un hombre, por no hablar ya de las físicas. Sobre todo con un hombre tan deliciosamente viril como Garrick. Era totalmente ajeno a su capacidad de dejar a una mujer sin aliento cuando le ofrecía esa pícara sonrisa suya.

Luego estaba la oscuridad enterrada profundamente bajo la superficie que la cautivaba... que la hechizaba. La fuerza de su personalidad la atraía hacia él con una intensidad que la excitaba más de lo que la asustaba. En realidad, ese hombre ejercía mucho más dominio sobre ella de lo que se atrevía a admitir. Alargó el brazo en busca de la mano de Garrick, decidida a aliviar su dolor emocional todo lo posible.

—Creo que otro tema de conversación haría que ambos nos sintiéramos mejor. ¿Y si conspiramos para hacer desaparecer a esos bellacos a los que consideramos despreciables y repulsivos? —preguntó con una pícara sonrisa—. Sé de unos cuantos miembros de la alta sociedad sin los que el mundo sería un lugar mucho mejor.

Sus palabras animaron considerablemente sus facciones y Garrick le dedicó una media sonrisa.

—Otra vez con esa actitud sanguinaria. Es una faceta tuya que no había visto antes.

—Sería una locura por mi parte mostrarla a menudo. Perdería cualquier esperanza de atraer a pretendientes.

—Ya te he dicho que te subestimas —repuso él con calma.

La emoción que brillaba en sus ojos hizo que a Ruth el corazón le diera un vuelco. En un esfuerzo por recuperar el equilibrio, se inclinó hacia él con una sonrisa coqueta.

—Bueno, debo confesar que me gusta tener a un hombre apuesto en mi alcoba. Sobre todo uno que es tan buen alumno.

—¿Alumno? —Garrick negó con la cabeza en una muda negativa.

—Sí, y no aceptaré un no por respuesta —replicó ella con una seductora mirada.

Ruth dejó su copa de brandy sobre la mesa, cortó un pedazo de pan de la rebanada que Dolores había incluido con el queso y se lo ofreció. Cuando Garrick alargó el brazo, ella retiró la mano.

—No, conviértelo en el sensual gesto de un amante —le ordenó con firmeza.

Una vez más, extendió la mano con las cejas enarcadas. Garrick la contempló con atención durante un momento. Ruth estaba segura de que daría media vuelta y se marcharía cuando percibió que un destello de emoción le sobrevolaba el rostro. En ese instante, se dio cuenta de la rapidez con la que su relación con él podía volverse peligrosa. Observó fascinada cómo se inclinaba hacia adelante para morderle despacio las puntas de los dedos al tomar el pan de su mano. No apartó la mirada de la de ella mientras se comía el pan. El aire en sus pulmones había desaparecido cuando intentó respirar mientras lo observaba. Ese hombre era un seductor nato. Simplemente no lo sabía. O quizá sí. De lo único que estaba segura era de que ninguna mujer tendría una posibilidad con él si decidía conseguirla.

—Eres consciente de que no puedo aceptarlo.

—¿Qué? ¿Permitirme que te instruya en los más sutiles puntos de la seducción? —Ruth se llevó la copa a los labios para beber un pequeño sorbo en un intento de controlar el repentino temblor que amenazaba con sacudirle todo el cuerpo.

Garrick apartó la mirada de ella.

—Sí. Lo que ha sucedido antes no puede volver a pasar.

—¿Por qué no? —Su pregunta pareció sorprenderlo, ya que se volvió bruscamente hacia ella. Ruth frunció el cejo al pensar de repente que quizá su actuación lo había decepcionado. Esa idea hizo que se le revolviera el estómago. Antes había dicho que su edad no era un problema, pero tal vez había cambiado de opinión—. ¿No he cubierto tus expectativas?

—¿Qué? —Soltó la exclamación con evidente incredulidad al tiempo que protestaba con un fiero movimiento de la cabeza—. Sí, por supuesto que sí. Has sido... tú... Ha sido increíble.

—Entonces, hazme el amor de nuevo.

—No puedo.

Sintió pena por él al oír la desesperación en su voz.

—Garrick —insistió ella con suavidad al tiempo que se inclinaba hacia adelante para cubrirle la mano con la suya. Sintió que se estremecía con su contacto—. Sé que no quieres que te vea desnudo. Por eso te he dicho dónde estaba el otro pañuelo.

—Y por eso no puedo volver a hacerte el amor.

Ruth se mordió el labio inferior como reacción a su lacónica respuesta. ¿Cómo podía hacerle entender que podía confiar en ella? En ciertos aspectos, le recordaba a un niño herido que no estuviera dispuesto a mostrar su dolor.

—Entonces véndame de nuevo los ojos, o podemos hacerlo a oscuras si lo prefieres. Hablaba en serio cuando he dicho que quería que estuvieras siempre cómodo aquí.

Ruth observó las emociones encontradas en su rostro cuando la miró a los ojos. Beresford tenía mucho que expiar por haber hecho creer a Garrick que su cuerpo era feo o que una mujer no lo desearía. De hecho, fue consciente de la facilidad con la que podría desarrollar sentimientos hacia él. Garrick cerró los ojos y volvió a desviar la mirada. La resistencia en él pareció ceder levemente, y Ruth se levantó del sillón para arrodillarse delante de él.

—Garrick, te deseo —susurró. Y era cierto.

—No es posible —espetó él con los dientes apretados.

—Has dicho que confiabas en mí. ¿No lo harás un poco más? —Alargó la mano para tocarle el pecho. Bajo el lino blanco de la camisa, pudo sentir su corazón latiendo frenéticamente—. Quítate la camisa. Nada más.

Él la miró fijamente durante un largo momento y el familiar destello de pánico volvió a aparecer en su oscura mirada. Algo le dijo que no le costaría mucho echarse atrás y permaneció en silencio a pesar de que deseaba ofrecerle palabras de aliento. Cuando se movió, Ruth tomó una rápida inspiración. Garrick le cogió la mano y se la llevó a la boca. La ternura con la que le rozó las puntas de los dedos con los labios hizo que el corazón le diera un brinco antes de continuar su ritmo acelerado. Con delicada firmeza, le apartó la mano para desabrocharse despacio la camisa. Fascinada, Ruth observó cómo se quitaba la inmaculada prenda blanca. Su imagen la hizo jadear. Cielo santo, era hermoso. Duro, fuerte y sumamente viril.

—Eres magnífico —susurró sobrecogida mientras alargaba el brazo para recorrer su torso con los dedos.

Garrick se sobresaltó por el contacto, y Ruth alzó la vista hacia él enseguida.

Bajo su mirada, se movió incómodo y vio que un músculo se tensaba en su mejilla al apretar la mandíbula. Como no dijo nada, ella se inclinó hacia adelante para pegar la boca a su piel. Otro estremecimiento lo recorrió, pero no se movió cuando volvió a besarlo en un punto diferente del pecho. Despacio, recorrió su torso con los labios hasta el pezón. Jugueteó allí con la lengua antes de rozárselo con los dientes. Garrick dejó escapar un grave gruñido que la hizo alzar la vista para encontrarse con la de él durante un breve momento antes de retomar la tarea de acariciarle el torso con los labios.

No podía recordar la última vez que había disfrutado adorando el pecho de un hombre. Ni lograba acordarse de la última vez que el sabor de un hombre le había parecido tan deliciosamente intenso y sofisticado contra la lengua. Los duros músculos se flexionaban bajo sus caricias, al tiempo que la respiración de Garrick se tornaba más agitada con cada segundo que pasaba.

—¿Alguna mujer te ha dicho alguna vez lo hermoso que eres? —susurró contra su piel.

—No —respondió él con voz ronca. El sonido la hizo sonreír mientras le besaba la clavícula.

—¿Te gusta lo que te estoy haciendo?

—Sí —repuso en el preciso momento en que volvía a rozarle el pezón con los dientes. Gruñó—. Dios mío, sí.

—Me alegro, porque me gusta complacerte.

Con la mano pegada a su pecho, sentía el fuerte golpeteo de sus latidos en las puntas de los dedos. La constante vibración se aceleró espectacularmente cuando ella deslizó la boca despacio por el centro de su torso hacia la fina línea de vello que desaparecía bajo los pantalones. Un instante después, él la agarró de los hombros y la alzó.

Sorprendida, Ruth no protestó cuando le hizo abrir la boca con la suya con una habilidad que la dejó sin respiración. Puede que no tuviera experiencia en la cama, pero sus besos eran los de un experto seductor. Un contraste que la excitó aún más. Respondió ávidamente y tembló cuando deslizó la lengua en su boca para ir al encuentro de la de ella. Con cada caricia le arrancaba una respuesta que la hacía estremecerse de deseo. El calor le inundó el torrente sanguíneo hasta que estuvo a punto de olvidar quién era el alumno y quién el maestro. Cuando Garrick interrumpió el beso para mirarla, ella jadeó al ver la pasión que destellaba en sus ojos. Consciente de que seguía dudando si ceder a ella, Ruth se puso de pie y lo cogió de la mano para llevarlo hasta la cama. En cuanto se sentó sobre el colchón, le sonrió.

—Lo más importante que debes recordar cuando le hagas el amor a una mujer es que tienes que tratarla como si fuera la única amante que has tenido que te vuelve loco de deseo. —El corazón le dio un vuelco al percibir el destello de emoción que iluminó sus ojos.

—Eso no es difícil en lo que a ti respecta, Ruth. Me vuelves loco de deseo.

Dios santo, si no supiera lo que sabía, habría pensado que ese hombre era un experto en el arte de la seducción. El grave sonido de su voz era pecaminoso. La invitaba a ser mala, y se estremeció por el efecto que tenía en ella. Quizá era un error enseñarle el arte amatorio. Ese hombre ya era bastante devastador para sus sentidos. La ardiente expresión que le sobrevoló el rostro la hizo jadear cuando alargó la mano para deslizar el pulgar por su labio inferior. El deseo la inundó y consiguió que el corazón le latiera descontrolado hasta que le martilleó el pecho con fuerza.

—Dime cómo puedo complacerte.

Ahí estaba de nuevo, esa oscura nota de seducción que hizo que se diera cuenta de la facilidad con la que podría dominarla. Ruth tragó saliva con fuerza en un desesperado intento de hablar.

—Acaríciame —susurró.

Se le escapó un pequeño jadeo cuando se sentó a su lado y sintió la presión de su dedo índice en la base de la garganta antes de que se deslizara hacia abajo. Garrick bajó la cabeza para seguir el movimiento, su aliento le calentó la piel con un ardor que se abrió paso hasta todos y cada uno de los poros de su cuerpo. Con cada lento milímetro de piel que recorría el dedo, un potente deseo aumentaba en su interior hasta que le entraron ganas de gritar pidiendo una caricia más íntima. Cuando le rodeó la pequeña hendidura del estómago, tomó una pequeña inspiración que sonó como un siseo.

—¿Te gusta esto?

Tras preguntarlo, percibió una leve nota de vacilación en su voz. El hecho de que no pudiera ver el efecto que estaba causando en ella volvió el momento más embriagador. Ruth asintió.

—Sí, mucho. —Lo miró a los ojos y despacio se recostó sobre la cama a la vez que le rozaba los duros músculos del brazo con la mano—. Todas las mujeres tienen puntos sensibles en su cuerpo y cada mujer es única en lo referente a cuáles son. Debes explorar el cuerpo de tu amante para encontrarlos.

—Creo que ya he encontrado uno de los tuyos.

Una sonrisa curvó hacia arriba la comisura de su boca mientras él le deslizaba la mano por la pierna para agarrarla del tobillo. Bajó la cabeza para dejarle un rastro de besos por la pierna hasta la cara interna del tobillo. Cada mordisco de los labios contra su piel desataba una oleada de deseo que la dejaba respirando de un modo agitado y errático. Cerró los ojos un momento después y jadeó cuando su boca ascendió hasta la rodilla y luego siguió por el muslo hasta la curva de la cintura. Ruth no sabía cuánto más tiempo podría resistirse antes de pedirle que le hiciera el amor de inmediato. No recordaba haber deseado tanto a un hombre como lo deseaba a él en ese

instante.

Su aroma le llenó las fosas nasales cuando cambió de posición y se cernió a pocos centímetros de ella. Durante un momento, se limitó a inspirar su esencia masculina hasta que le envolvió los sentidos por completo con su primitiva virilidad. Cuando abrió los ojos, su abrasadora mirada la hizo sentirse como si la estuviera devorando. Y, por Dios santo, cuánto deseaba que hiciera precisamente eso.

Vio que alargaba el brazo hacia uno de los pañuelos que seguía aún donde ella lo había puesto. Por mucho que lo deseara en ese instante, sabía que tenía que dejar a un lado su propia necesidad si iba a enseñarle cómo ser un amante extraordinario. En un rincón de su mente, una advertencia le gritó que detuviera esa locura, pero ella se negó a escucharla.

—Aún no —susurró. Intentó deshacer el nudo que se le había formado en la garganta cuando él se la quedó mirando fijamente. Oh, Dios, cuando la miraba así le resultaba casi imposible pensar con claridad. Continuó con la voz ronca mientras le recorría el hombro con las puntas de los dedos—: Un buen amante sabe cómo complacer a una mujer, pero uno excepcional sabe cómo provocarla hasta que le suplique que le dé una satisfacción que sólo él puede ofrecerle.

—¿Así? —murmuró Garrick.

Ruth jadeó al sentir que le deslizaba la mano por el estómago y, un segundo después, sus dedos se abrieron paso entre los resbaladizos pliegues para acariciar el sensible bultito en su interior. Cerró los ojos al mismo tiempo que se arqueaba hacia arriba para ofrecerle un mejor acceso. Un momento después sintió la calidez de su aliento sobre los pechos, y la boca de él capturó con delicadeza un pezón para succionarlo.

Unas intensas y primitivas sensaciones la atravesaron vertiginosamente. La llevaron más y más cerca del borde de un intenso umbral de plenitud antes de descender en espiral hacia una erótica bruma de placer. Se le escapó un agudo grito cuando el orgasmo la envolvió en un ardiente calor que la hizo estremecerse una y otra vez. El placer inundó todo su cuerpo hasta que estuvo convencida de que se estaba derritiendo. Cuando los temblores remitieron poco a poco, Garrick la soltó.

Por todos los santos. Nunca había alcanzado el clímax tan fácilmente con las caricias de un hombre. Temblorosa, vio la expresión de satisfacción en su rostro. Seguía jadeando e intentó recuperar el sentido. Sabía que sería un alumno rápido, pero no había esperado volverse adicta a su contacto en cuestión de tan poco tiempo.

—Supongo que este examen en particular lo he aprobado. —No era una pregunta. La diversión en su voz le indicó que sabía muy bien que había conseguido complacerla.

—Sin lugar a dudas —respondió, y asintió estupefacta.

—Me ha gustado complacerte. —Garrick bajó la cabeza y le mordisqueó el labio inferior—. Pero, sobre todo, me ha gustado observar cómo te deshacías en mis brazos.

Ruth se sonrojó ante la provocativa expresión en su rostro y se esforzó por controlar las emociones que surgieron en lo más hondo de su ser. ¿Qué diablos le sucedía? No era ninguna joven debutante que contemplara a su amante más experimentado. Más bien, era todo lo contrario. Ella era la amante mayor y experimentada que instruía a un hombre más joven en el arte de la seducción. Era un hecho importante que debía repetirse continuamente en lo que a Garrick concernía. Y estaba decidida a asegurarse de que pudiera acostarse con cualquier mujer que deseara con más delicadeza que cualquier otro amante que esa mujer hubiera conocido.

—Estoy segura de que a cualquier mujer con la que te acuestes tu contacto le resultará tan placentero como a mí. —Jadeó levemente cuando le acarició la cara interna del muslo. El contacto despertó de nuevo el deseo que creía que el orgasmo había satisfecho.

—No estoy convencido aún y ahora me interesa mucho profundizar todavía más... —su voz sonó hipnótica al mismo tiempo que sumergía dos dedos en su interior — en los dulces deleites que estoy seguro de que aún tienes que enseñarme.

Su contacto le arrancó un grave gemido y Ruth se movió hacia la ardiente caricia de sus dedos. Instintivamente, su cuerpo se cerró a su alrededor y tembló por el deseo que aumentaba en su interior a un ritmo alarmante. Pero esa vez deseaba más. El corazón le latía desenfrenado; levantó la mano para acariciarle la mejilla mientras se esforzaba por mantener el control de sus sentidos.

—Seducción... —Tomó una brusca inspiración cuando sus caricias la lanzaron hacia el límite de nuevo. Se esforzó desesperadamente por continuar una lección que se le estaba yendo rápidamente de las manos—. Para seducir a una mujer... debes usar... no sólo las manos, sino también las palabras...…

—Si deseas saber que eres hermosa, entonces estaré encantado de satisfacerte, porque me pareces preciosa —respondió él con voz áspera.

—Sí, a una mujer le encantan los cumplidos... como ése... —Se esforzó por mantener la voz firme—. Pero a veces nos gusta... que vuestras palabras sean atrevidas.

—¿Atrevidas? —Garrick frunció el cejo confuso y sus maravillosas caricias se ralentizaron tan drásticamente que a ella le entraron ganas de suplicarle que no parara.

—Sí. Palabras subidas de tono. Tabú.

—¿Como por ejemplo?

Cuando retiró los dedos de su interior, le entraron deseos de gritar por la frustración. En lugar de eso, le recorrió los duros músculos del torso con los dedos. Luego, despacio, descendió por el centro del pecho hacia la fina línea de vello que desaparecía bajo el pantalón.

—Palabras como «follar» —susurró ella. De repente, se sintió terriblemente traviesa por compartir ese lenguaje.

—¿A las mujeres les gusta oír eso? —Le agarró la mano y se la sujetó contra el colchón. Su voz sonó incrédula.

El deseo de Ruth cedió ligeramente, pero aún anhelaba sus caricias.

—No siempre. Pero a veces sí, cuando el momento es el adecuado. Las palabras prohibidas pueden ser excitantes..., impactantes..., eróticas.

—Y ¿cómo uso esas palabras? —La excitación le oscureció los ojos hasta que casi fueron de un azul oscuro.

—Con moderación y en un momento en el que tu amante esté cerca del orgasmo. —Garrick bajó la cabeza para besarle el cuello. Fue una caricia delicada, casi dulce en su esencia.

—Entonces ¿ahora no sería apropiado? —Le rozó la piel con la boca para mordisquearle el punto en el que se unían el brazo y el hombro.

—No. Pero me gusta lo que estás haciendo.

—Bien. A mí también me gusta. —La pueril satisfacción en su voz la hizo reír.

Garrick alzó la cabeza de inmediato. La indescifrable expresión en su rostro hizo que se arrepintiera. Fuera lo que fuese lo que su tío había hecho, era evidente que la risa había formado parte de la humillación. Lo miró a los ojos sin vacilar.

—La risa en el dormitorio es un sonido de alegría, Garrick. Me he reído porque me gustaba lo que estabas haciendo y me he alegrado de que a ti también te gustara. —No permitió que su mirada se desviara ni un segundo de la de él hasta que su expresión se relajó. Con una sonrisa, Ruth ladeó la cabeza—. Y ahora, por favor, vuelve a hacerlo.

Su firme orden le arrancó una risita y el sonido la impactó. La risa de ese hombre era intensa como el pecado e igual de devastadora. Volvió a acariciarle el hombro con la boca y Ruth cerró los ojos para disfrutar de la placentera caricia. Sintió el calor de su aliento en la nuca cuando le apartó el pelo para mordisquearle el lóbulo.

—¿Te gusta esto? —murmuró con un leve rastro de vulnerabilidad oculto en lo más profundo de su tono provocador. Ese leve rastro de debilidad le granjeó aún más su simpatía.

—Me gusta mucho. —Giró la cabeza para besarle el brazo desnudo, que tenía apoyado junto a su cabeza—. Me gusta que me toques, donde quieras y cuando quieras.

Garrick levantó la cabeza para mirarla con una expresión complacida en sus morenos rasgos. Sin duda había oído cómo había subrayado las palabras «donde quieras». Tomó un pecho en la mano y trazó círculos alrededor del pezón con el pulgar.

—¿Y esto?

La pregunta sonó intensa y pecaminosa en sus oídos, y Ruth tembló ante su contacto. Dios santo, esa clase estaba causando estragos en su cuerpo. Con qué facilidad manipulaba sus sentidos valiéndose de su voz y sus caricias. Ya era devastador, pero cuando completara su instrucción rompería corazones con una sola mirada.

—Sí, pero por el momento, en lo único que puedo pensar es en cómo me gusta sentirte dentro de mí —le respondió en voz baja. Su mano se detuvo sobre el pecho y Ruth vio cómo la pasión centelleaba en su mirada mientras luchaba con el miedo en su interior. Por primera vez, lo presionó—. Por favor, Garrick. Deseo sentir tu duro miembro embistiéndome, llenándome hasta que ambos quedemos saciados.

Su garganta se movió cuando tragó saliva con fuerza, y Ruth aguardó su respuesta conteniendo la respiración. Llegó rápido. El deseo dominó sus rasgos al mismo tiempo que bajó la cabeza para atrapar su boca en un duro beso. Ella se estremeció cuando le mordió el labio inferior obligándola a que le diera acceso a su boca.

En cuanto su lengua bailó con la de ella, una caliente brisa le rozó la piel. El brandy y un primitivo calor masculino le inundaron los sentidos con una fuerza que su mente clasificó como peligrosa, pero Ruth ignoró la advertencia. En lugar de eso, dio la bienvenida a sus ardientes caricias, que la provocaban y atormentaban con cada movimiento de la lengua. Cuando Garrick interrumpió el beso, gimió una protesta. Abrió los ojos y se encontró con el oscuro deseo en su rostro y un destello de pesar cuando se dispuso a vendarle los ojos con delicadeza.

Garrick reprimió un gruñido de frustración cuando cubrió esos hermosos ojos. Deseaba ver toda su expresión cuando se sumergiera en su interior, pero no tenía el valor de desnudarse totalmente ante ella. Con un gruñido, la dejó tumbada en la cama durante un momento y le dio la espalda para pelearse con los pantalones.

—¿Garrick? —La tentativa nota en su voz hizo que volviera la cabeza hacia ella.

—Sigo aquí —le respondió bruscamente.

Se quitó los pantalones y bajó la mirada con inseguridad. Su miembro estaba preparado, ¿no? Ella era una sirena que lo atraía, el problema era que no sabía si acabaría destrozado sobre las rocas.

—¿Estás... bien?

La preocupación en su voz provocó una reacción inesperada en su corazón, pero se negó a definirla. Se volvió hacia ella y la imagen con la que se encontró lo dejó sin respiración. Exquisita. Eso era. Un festín para sus ojos.

—Estoy bien —respondió él con voz ronca—. Estoy disfrutando contemplándote.

—¿No preferirías estar haciendo algo más en este momento?

El jadeante sonido de su voz lo golpeó como un mazo. Hizo que la lujuria recorriera vibrante todos y cada uno de sus músculos, y su erección creció hasta el punto del dolor. Dios santo, ¿qué le estaba haciendo esa mujer? Otras habían intentado tentarlo y llevárselo a la cama, pero ésta estaba logrando seducirlo sin ningún esfuerzo. Observó cómo se llevaba la mano a su sexo en un lánguido movimiento que hizo que le costara respirar.

Ruth arqueó el cuerpo levemente y se humedeció los labios con la lengua. En cuanto sus dedos se deslizaron entre los brillantes pliegues de su sexo, Garrick se olvidó de respirar. Era la imagen más erótica que hubiera visto en toda su vida. Una parte de él deseaba embestirla fuerte y rápido, mientras que otra parte deseaba ir despacio y prolongar el placer de acariciarla. Cuando se inclinó sobre ella, una sonrisa curvó los hermosos labios de Ruth como si pudiera ver a través del pañuelo.

—Aquí estás. —Suspiró al mismo tiempo que extendía la mano a ciegas para acariciarle el rostro—. Me encanta tu olor. Deberías ponerte siempre bergamota para que pueda encontrarte incluso en la oscuridad.

—Lo recordaré.

—Pensaba que habías cambiado de opinión. —Su calmada observación hizo que se tensara. Qué facilidad tenía para comprenderlo. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que había estado planteándose hacer eso precisamente.

—He estado a punto.

—Me alegro de que no lo hayas hecho. —Le deslizó la mano en la nuca para tirar de él hacia abajo.

Garrick obedeció de buen grado. El contacto de su sedosa piel contra la suya fue una experiencia embriagadora. Su cuerpo cubrió hasta el último milímetro del de ella y lo calentó hasta que la sangre le circuló espesa y caliente por las venas. Entre sus piernas, su miembro presionaba contra el sexo de Ruth, y Garrick tomó una entrecortada inspiración cuando alargó la mano para agarrarlo.

—No. —La brusca orden hizo que se quedara totalmente inmóvil. Garrick esbozó una mueca y le apartó la mano—. Perdóname. Es sólo que yo no...

—Muy bien. Lo entiendo.

Aunque el pañuelo ocultaba sus ojos violetas estaba seguro de que, si pudiera verlos, encontraría en ellos una tierna comprensión. Pudo oírla reflejada en su voz y la vio en la dulce curva de su boca. Se estremeció. Que Dios lo ayudara, pero deseaba complacerla.

—Dime qué deseas, Ruth. Dime cómo complacerte.

—Ya sabes cómo —le respondió ella con una sonrisa.

Fue la picardía en su voz lo que lo hizo desear ver sus ojos. Sabía que en ellos brillaría una invitación que no estaba dispuesto a rechazar. Le dio un leve beso en la boca, le recorrió la mandíbula con los labios hasta donde pudo mordisquearle la oreja. Sabía a miel con un tenue rastro de algo deliciosamente seductor. Ese sabor en su lengua era como un erótico afrodisíaco. Lo excitó hasta que el deseo lo dominó. Inspiró profundamente su aroma, su cuerpo le exigía que satisficiera la necesidad de ella.

—¿Es ahora el momento adecuado para decir algo subido de tono? —preguntó mientras se pegaba a la entrada de su sexo. Su respuesta a la pequeña embestida fue un agudo jadeo—. ¿Es eso un sí?

—Ss... sí. —Ruth tembló debajo de él, y Garrick buscó la curva de su cuello con la boca. Le mordisqueó delicadamente la piel bajo la oreja.

—Tú... Deseo sentirte muy apretada alrededor de mi miembro. —Garrick reprimió un gruñido ante el torpe comentario y aguardó a que ella se riera de él.

No lo hizo. En lugar de eso, lo rodeó con las piernas y le clavó los talones en el trasero. En un rápido movimiento, se deslizó por su miembro antes de que fuera consciente de lo que sucedía. Su cuerpo se cerró a su alrededor y le arrancó un gruñido.

—¿Así? —lo provocó. La jadeante risa que soltó fue un sonido maravilloso, pero no era el que deseaba oír en ese momento.

—Sí, descarada —respondió él con una voz áspera al tiempo que movía enérgicamente las caderas contra ella.

La leve exclamación de sorpresa que sus labios formaron bajo el pañuelo provocó que una oleada de satisfacción lo recorriera. Se tragó el nudo de deseo que le ascendió por la garganta y balanceó suavemente el cuerpo contra el de ella. La lenta precisión con la que logró tomarla lo sorprendió. Su cuerpo estaba exigiendo una liberación inmediata, pero, a diferencia de la última vez, deseaba que el placer durara. Deseaba disfrutar de cómo el suave y sedoso cuerpo de Ruth se encajaba con el suyo. Garrick se llenó los pulmones con su dulce, fuerte y picante aroma, y buscó su boca en un duro beso al mismo tiempo que se sumergía más profundamente en su calor. Dios, era maravillosa. Deseaba permanecer sumergido en su interior, así, durante un largo tiempo.

De repente, Ruth movió las caderas hacia él, y la fricción que creó hizo que su miembro se sacudiera de placer. La notó resbaladiza alrededor de su pene, y Garrick gruñó cuando el calor de su sexo tiró de él. Era como si un torno de terciopelo lo envolviera. Su cuerpo apretó, luego disminuyó la presión contra su erección ofreciéndole un placer abrumador que su mano nunca había sido capaz de darle. Le encendió la sangre hasta que acabó entrando y saliendo de ella a un ritmo constante y natural que lo sorprendió. El sonido lo excitó. Le indicaba que la estaba complaciendo.

Eso lo alentó a aumentar el ritmo de las embestidas, y entonces ella respondió a cada movimiento suyo con otro. De repente, le clavó los dedos en los hombros y se pegó a él mientras balanceaba violentamente las caderas contra su erección. Su cuerpo se cerró con fuerza a su alrededor al tiempo que un espasmo tras otro asaltaron su miembro hasta que Garrick gruñó por el intenso placer que le causaba. Nunca, ni en sus sueños más locos, había imaginado que estar con una mujer sería así.

Ruth no dejó de estremecerse a su alrededor cuando continuó embistiéndola. Cada vez que retrocedía, su cuerpo protestaba aferrándose a él. Eso aumentaba la fricción hasta que cada caricia de su cuerpo en su interior era un delicioso tormento. Una salvaje agitación en su sangre hizo que una dura demanda de satisfacción lo atravesara.

Absorto en el ardiente y cremoso contacto de ella, la embistió a un ritmo frenético. Cuanto más fuerte era su movimiento, más intensa la fricción. Era una sensación increíble. Todo su cuerpo se sentía como si estuviera ascendiendo a toda velocidad por una abrupta pendiente, exigiéndole que alcanzara la cima antes de que los pulmones cedieran.

La tensión del momento se le extendió por la espalda y los brazos hasta que la creciente presión en su interior amenazó con paralizarle el cuerpo. Garrick se sumergió entonces en su interior con una última embestida que le arrancó un grito, al tiempo que su pene se sacudía y palpitaba dentro de ella. Jadeante, se cernió sobre su amante mientras una oleada tras otra de intenso placer asaltaba su cuerpo. Muy despacio, las sensaciones remitieron hasta que se dejó caer en su agradable calidez con la frente pegada a la de ella. Dios santo, deseaba mirarla a los ojos en ese preciso instante. Sus dedos se movieron hacia el pañuelo, pero un grito de advertencia en su cabeza hizo que, en lugar de eso, le acariciara la mejilla.

—Otro examen que has pasado brillantemente —señaló Ruth con voz ronca.

—Has hecho que sea muy fácil —murmuró él mientras la besaba. Deseaba dormir y despertarse con ella en sus brazos.

—¿Y esto? —Ruth señaló el pañuelo, y el corazón de Garrick dio un vuelco cuando el miedo lo atenazó.

Rápidamente rodó para alejarse de ella y se abalanzó sobre los pantalones en el suelo. Una vez abrochados, se dio la vuelta y se detuvo donde estaba para contemplarla. No se habían molestado en deshacer la cama, y Ruth estaba acurrucada entre las sábanas revueltas. Nunca había visto a una mujer más hermosa. La ropa de cama dorada era el contrapunto perfecto para su exuberante pelo castaño y resaltaba el tono melocotón de su piel sonrojada. El pañuelo seguía en su sitio, y tragó saliva cuando se maravilló al pensar que ni siquiera se le había ocurrido atarla a la cama. Era una señal de lo seguro que se sentía cuando estaba con ella. Incluso más asombroso era el hecho de que Ruth estuviera esperando a que le retirara el pañuelo. Era un gesto sencillo, pero indicaba lo sensible que era a sus necesidades. Ese descubrimiento hizo que lo atravesara una intensa emoción que le hizo sentir el repentino impulso de contárselo todo. No obstante, era un riesgo que no estaba dispuesto a asumir.

Se tensó al imaginarla mirándolo. ¿Su deformidad haría que se alejara de él? Hizo una mueca cuando le retiró el pañuelo y Ruth parpadeó mientras sus ojos se adaptaban a la suave luz en la estancia. Cuando su visión se normalizó, lo miró fijamente y le sonrió.

—Quizá sea descarado por mi parte decirlo, pero hay algo eróticamente pecaminoso en eso de tener los ojos vendados cuando me das placer. —Su voz era una música sensual en sus oídos y otra oleada de deseo lo asaltó. La sensación estaba volviéndose demasiado familiar en lo que a ella concernía.

—Entonces ¿te he complacido?

Garrick hizo una mueca. Las palabras eran casi un grito desesperado para que lo tranquilizara. Maldición, era demasiado transparente.

—Más que cualquier otro hombre con el que haya estado —susurró.

Había una nota en su voz que le indicó que había compartido con él más de lo que había pretendido. Sus palabras iluminaron los rincones más oscuros de su corazón. Automáticamente supo que era un error enorgullecerse por su comentario, pero no le importó. Ruth abrió la boca en un delicado bostezo y Garrick se fijó en el modo en que se le cerraban los párpados levemente. Se llevó su mano a los labios y le besó la cara interna de la muñeca.

—Te dejaré para que duermas —murmuró.

—No te vayas. Apaga las luces y quédate un poco más.

Ruth retiró las sábanas y se deslizó debajo de ellas, y entonces Garrick supo que no iría a ninguna parte. La calidez en sus ojos violeta le prometía paz y confort en sus brazos. Apagó rápidamente las lámparas de gas de la estancia, de forma que la única luz que quedó procedía del pequeño fuego en la chimenea.

Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra, se volvió de nuevo hacia la cama y la vio tumbada de costado, esperándolo. Ella le tendió la mano y Garrick cruzó el dormitorio para aceptar su invitación. Se tumbó a su lado, le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia su pecho. Sin mediar palabra, ella se acurrucó contra él y apoyó la mano sobre su corazón.

Le gustó la sensación de tenerla en sus brazos, cómo se sentía cuando estaba con ella. Despertaba sus instintos protectores. Siempre había cuidado de sus hermanas y de Mary, pero eso era diferente. Ésa era una emoción territorial del orden más primitivo. Apartó el pensamiento. Era simplemente una reacción a lo que había sucedido esa noche. Hacerle el amor a Ruth había superado todos los sueños eróticos que había tenido con ella, o con cualquier otra mujer, de hecho. No sólo lo había instruido sobre cómo complacerla. Había hecho que se sintiera cómodo en la cama. Y eso la hacía aún más hermosa a sus ojos. El delicado sonido de su respiración le acarició los sentidos y, por primera vez que él recordara, algo que sólo podría describir como paz lo inundó.

Cerró los ojos para disfrutar de la calidez de ella acurrucada a su lado. La alegría no era algo con lo que estuviera familiarizado, pero lo que sentía se acercaba. En lo más profundo de su ser, el miedo y el pánico surgieron para golpearlo advirtiéndole de que no debía encariñarse con ella. Esbozó una mueca de dolor. Ya era tarde para eso. Después de esa noche, sería condenadamente difícil dejarla ir. Ruth murmuró algo contra su pecho. Bajó la mirada y se dio cuenta de que se había dormido. ¿La había dejado agotada con sus atenciones? Le resultó imposible no tener una pequeña sensación de orgullo ante esa posibilidad. Había dicho que la había complacido, y la creía. Eso lo llenó de satisfacción.

Sin embargo, la emoción desapareció cuando viejas dudas se abrieron paso en su mente. Ella era una cortesana. Su trabajo consistía en complacerlo, en decirle lo que deseaba oír. Frunció el cejo mientras la miraba. ¿Le había mentido? La inseguridad lo atenazó mientras estudiaba sus hermosas facciones. El instinto batalló con la duda durante un largo momento antes de apartarle un rizo de la mejilla. No. Garrick se negaba a creer que le hubiera mentido. No había motivo para que lo hiciera. Bostezó y se llenó los pulmones con su dulce olor. Su aroma le acarició los sentidos y fue lo último que recordó hasta que sus ojos se abrieron para ver que la luz del amanecer iluminaba la estancia.

Somnoliento, frunció el cejo mientras surgía con esfuerzo de las profundidades del sueño. Ésos no parecían sus aposentos en Seymour Square o Chiddingstone Place.

En cuestión de un segundo, la noche anterior le vino a la cabeza cuando reconoció las exuberantes curvas de Ruth, acurrucada a su lado. Tenía la espalda pegada a su pecho, mientras que el trasero se acoplaba deliciosamente a la parte inferior de su cuerpo. Él la rodeaba con el brazo de un modo posesivo, y su miembro reaccionó en los pantalones ante la suave curva de su pecho justo por encima de sus dedos.

Por mucho que deseara retirar la sábana que la cubría y hacerle el amor de nuevo, no lo hizo. Necesitaba salir de allí e intentar asimilar lo que había sucedido esa noche. Todo su mundo estaba patas arriba y no estaba seguro de qué supondría seguir adelante. La noche anterior había sido increíble, pero si continuaba por ese camino, al final habría un desenlace.

Necesitaba tiempo para pensar en las consecuencias de lo que había sucedido. Se separó de ella con el máximo cuidado y se levantó de la cama. Ruth protestó con un suave murmullo antes de acurrucarse contra el almohadón. Detestaba dejarla sin despedirse, pero tenía miedo de lo que sucedería si se quedaba. Los riesgos que había asumido la noche anterior se duplicarían a la luz de la mañana. Estudió los pantalones arrugados. Maldición, no podía ir a Chiddingstone Place con ese aspecto de haber dormido vestido. Tendría que ir a Seymour Square. Más tarde podría hacer que enviaran varios pantalones extra a casa de Ruth.

La progresión de sus pensamientos lo desalentó. Asumir automáticamente que su relación con ella continuaría sin considerar los riesgos era algo peligroso. Con un quedo gruñido, recogió rápidamente su ropa esparcida entre la cama y la chimenea. Cuando acabó de vestirse, miró a Ruth. Mientras dormía, la sábana se había deslizado hacia abajo para desvelar un hermoso pecho, y la boca se le secó al recordar cómo lo había succionado la noche anterior. El recuerdo hizo que se pusiera duro como una roca al instante, y anheló tomarla una y otra vez hasta que lograra sacarla de su mente. Ignoró la risa burlona en un rincón de su cabeza ante la posibilidad de lograrlo. Se acercó al escritorio junto a la ventana para coger pluma y papel.

Con la mirada fija en la hoja, intentó pensar en algo que decir que no hiciera que sonara como un colegial entusiasmado. Al final, se decidió por un breve mensaje informándola de que pasaría a recogerla para acudir a la fiesta que los Westerham celebraban esa noche. Omitió a propósito el hecho de que la cena fuera en compañía de Grace y su prometido. De algún modo, supo que se mostraría reacia a la idea de conocer a su hermana pequeña. Y él deseaba que Grace la conociera. Ruth le gustaría a su hermana tanto como le gustaba a él. Ignoró la pregunta de por qué era tan importante para él que las dos mujeres se encontraran. Dejó la nota sobre la mesilla de noche y salió de la estancia sin hacer ruido.

Abajo, se encontró con Simmons, que salía del pasillo posterior. Consciente de su aspecto desaliñado, esperó que el mayordomo lo mirara con las cejas enarcadas. Cuando el hombre se limitó a inclinar la cabeza con un saludo cortés, Garrick le respondió incómodo.

—¿Debo conseguirle un coche de alquiler, lord Stratfield? —El ofrecimiento del hombre hizo que lo inundara una sensación de alivio. La posibilidad de que alguien lo viera tan desaliñado disminuiría inmensamente.

—Gracias, Simmons.

El hombre asintió con la cabeza y desapareció por la puerta principal mientras él se paseaba agitado por el vestíbulo. No estaba seguro de si su nerviosismo se debía a la posibilidad de que Ruth fuera tras él o al hecho de que le suponía un gran esfuerzo no subir corriendo la escalera para volver con ella. Momentos después, Simmons entró de nuevo para anunciarle que le había conseguido el coche.

Garrick le dio las gracias al mayordomo con una inclinación de la cabeza y se dirigió a la puerta. Bajó apresuradamente la escalera de la entrada de la casa de Ruth y vio que un carruaje se detenía varias puertas más allá. En ese mismo instante comprobó que el joven Worthington salía de la casa. Sorprendido, se detuvo un breve segundo en la acera para observar cómo el joven bajaba la escalera en dirección al coche de caballos.

Casi como si fuera consciente de que no estaba solo a esas horas de la mañana, Worthington se volvió hacia la casa de Ruth. La vergüenza oscureció las mejillas del joven, que le dedicó una breve inclinación de cabeza antes de meterse en el carruaje. Garrick siguió el ejemplo del chico, subió al coche y ordenó al cochero que se dirigiera a Seymour Square.

Varios minutos más tarde, bajó del vehículo y subió rápidamente los escalones para abrir con su llave la puerta principal de la casa. Mientras atravesaba el vestíbulo en dirección a la escalera, llamó a Carstairs, que apareció enseguida en el vestíbulo.

—Dile a Willie que suba agua caliente para mi baño.

—Sí, señor.

—Y envía al chico... —Frunció el cejo mientras intentaba recordar el nombre del muchacho.

—¿Samuel, señor?

—Sí. Haz que vaya a buscar a Blackstone. —Continuó subiendo la escalera—. Lo quiero aquí dentro de una hora.

Cuando entró en su dormitorio, cerró de un portazo frustrado. Dios santo, ¿en qué había estado pensando la noche anterior? No había estado pensando. Su miembro había pensado por él. En menos de veinticuatro horas, había roto todas las reglas que había establecido en referencia a su implicación con mujeres.

Pero Ruth le había resultado irresistible. No alcanzaba a comprender cómo demonios habían estado dispuestos Marston o cualquier otro hombre a dejarla. El problema al que se enfrentaba en ese momento era cómo no repetir el error de la noche anterior. Y que Dios lo ayudara, porque era un error que deseaba cometer una y otra vez con ella, aunque reconociera la locura que suponía.

El problema era que Ruth había hecho que le resultara muy fácil romper su juramento de que nunca se acostaría con una mujer. Era una cortesana, experimentada en el arte de complacer a un hombre, pero la noche anterior le había mostrado los otros atributos de su profesión. Había destacado que sus habilidades no se limitaban a ofrecer su cuerpo a un hombre para su placer mutuo. Sus talentos también incluían velar por el bienestar de su amante, algo que había hecho con una gran destreza esa noche. Al permitirle que la atara a la cama, había demostrado una confianza en él que le pareció asombrosa. Incluso más sorprendente había sido su capacidad de comprenderlo tan bien como para haberle ofrecido otro pañuelo para vendarle los ojos.

La confianza que había depositado en él le había permitido experimentar los deleites del cuerpo de una mujer, algo de lo que nunca había pensado que disfrutaría en su vida. Esbozó una mueca al recordar su primer intento. Había sido un desastre. Y, sin embargo, Ruth lo había excusado con una delicadeza que había aliviado su intensa vergüenza.

Un golpe en la puerta del dormitorio lo arrancó de sus pensamientos y de inmediato Willie entró con el agua caliente. El joven sirviente vació el cubo rápidamente en la bañera y bajó a por más. Pasaron otros quince minutos hasta que acabó de llenar la bañera con agua humeante y, durante todo ese tiempo, Garrick paseó nervioso mientras reflexionaba sobre los acontecimientos de la noche anterior. Cuando la puerta se cerró tras el sirviente por última vez, atravesó la estancia y cerró con llave, como tenía por costumbre.

Se quitó rápidamente la chaqueta y luego la camisa. Se detuvo para contemplar su imagen en el espejo. El simple hecho de pensar en Ruth y en el modo en que le había acariciado el pecho con sus dulces labios aún lo excitaba. No sólo le había hecho creer que era el hombre más importante del mundo, sino que lo había deseado. Garrick no tenía ninguna duda al respecto. La fiera pasión en su mirada había sido audaz y desinhibida. Otras mujeres lo habían mirado con esa misma audacia, pero nunca habían logrado afectar a sus sentidos del modo en que Ruth lo había hecho. Lo había seducido sin problemas, hasta el punto de que su capacidad de reprimir su propio deseo había brillado por su ausencia.

Garrick gruñó mientras se acercaba al lavamanos de roble. Cuando vertió el agua caliente del jarro de porcelana azul moteada en la palangana a juego, unas pocas gotas le salpicaron las manos. En lugar de dejar que el agua se enfriara un poco, se mojó la cara enseguida en una especie de penitencia. Si hubiera sabido lo que sucedería la noche anterior, nunca habría intentado volver a verla.

Mientras mezclaba violentamente la crema de afeitar para obtener una espesa espuma, esbozó una mueca de disgusto. Le había dicho a Ruth que no podría soportar que alguien le mintiera y él estaba haciendo precisamente eso consigo mismo. Nada le habría impedido verla la noche anterior. El problema era que no había esperado que las cosas se desarrollaran del modo en que lo habían hecho. Ni tampoco había imaginado que le hablaría tan abiertamente.

Aquella noche había compartido cosas con Ruth que no le había referido a nadie. Cosas que nunca había creído posible compartir con la facilidad con la que lo había hecho. Ella lo había escuchado en silencio y sin juzgarlo. ¿Se habría mostrado igual de comprensiva si le hubiera contado toda la verdad? Al pensarlo, se aplicó rápida y bruscamente la espuma en la cara y tiró el cuenco en el lavamanos. Sólo un estúpido pensaría algo así.

Cogió la navaja y la pasó rápido por la cinta de cuero que colgaba del lateral del mueble de roble. Cuando la hoja estuvo lista para usarse, se afeitó con movimientos rápidos y precisos. Mientras lo hacía, recordó su reacción al descubrir que Ruth lloraba por él. Había hecho que se le encogiera el corazón con una emoción que no había querido identificar entonces ni deseaba hacerlo tampoco ahora.

Aunque no conocía la verdadera causa de su sufrimiento, Ruth había derramado lágrimas que él nunca había sido capaz de verter. Era como si comprendiera por todo lo que él había pasado. Sólo se le ocurrió que sus propias experiencias en la vida habían sido el motivo de su empatía. Ruth le había contado lo suficiente de su pasado para que Garrick supiera que su vida podría haber transcurrido de modo muy diferente si su padre no hubiera sido tan canalla. Una vez se hubo retirado el último rastro de crema de afeitar de la cara, acabó de desvestirse a toda prisa y se metió en la bañera.

El agua aún estaba caliente, pero no tanto como Ruth lo había estado en sus brazos. Garrick cerró los ojos y se recostó sobre la fría porcelana. Lo había seducido, no había otro modo de describirlo. Había derribado todas y cada una de sus defensas y lo había engatusado para que le hiciera el amor. Había sido erótico e increíble.

El problema al que se enfrentaba en ese momento era qué hacer a partir de ahí. La noche anterior había sido una maravillosa introducción a los placeres que ella tenía para ofrecerle y, como si se tratara de una poderosa droga, no estaba seguro de si podría renunciar a ella con tanta facilidad, a pesar del riesgo que implicaba. Incluso si podía evitar la tentación de su lecho, le resultaría imposible alejarse de ella sin más.

El placer de su compañía era algo de lo que disfrutaba demasiado. Cuando estaba con ella, las cosas eran sencillas y fáciles. No sabía qué camino tomar en ese asunto. Si había algo que no podía soportar era no tener un plan de ataque. Si contaba con un plan de acción que seguir, significaba que estaría preparado si algo iba mal. No estar preparado implicaba estar expuesto a posibilidades desconocidas. Situaciones que podrían hacerlo vulnerable. Cogió la pastilla de jabón del plato y se frotó violentamente todo el cuerpo con ella.

Encontraría un modo de solucionar el problema con Ruth más tarde. Necesitaba despejarse la cabeza durante un rato, pensar en otra cosa. Las respuestas siempre le llegaban si desconectaba durante un breve espacio de tiempo. Por el momento, necesitaba averiguar qué había descubierto Blackstone. Ese hombre había estado vigilando a su tío durante varios años y también había empezado a observar al vizconde Tremaine. Blackstone sabría con qué frecuencia se habían visto los dos hombres durante las últimas semanas.

No tardó mucho en acabar de bañarse. Menos de media hora después entró en el estudio para encontrarse a Blackstone sentado en una de las butacas situadas frente al gran escritorio de caoba. En cuanto el hombre vio a Garrick, se levantó de un salto y lo saludó con una leve reverencia.

—Buenos días, lord Stratfield.

Con el bombín en la mano, el fornido hombre volvió a inclinarse ligeramente. Durante los últimos años, John Blackstone había sido un elemento indispensable en el seguimiento de Beresford. El hombre había asumido numerosos roles a lo largo del tiempo para cumplir las órdenes de Garrick. Rodeó el escritorio para sentarse en la gran butaca de piel. Con un gesto hacia la silla que Blackstone había ocupado, le indicó, sin mediar palabra, que tomara asiento de nuevo.

—¿Y bien? ¿Qué puede usted decirme?

—Beresford le debe dinero a Tremaine. Mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Diez mil libras, quizá más.

Garrick tomó una brusca inspiración. Con ese tipo de control sobre su tío, sería fácil que Tremaine supiera la verdad. La otra noche en el Marlborough Club, ese bastardo se había mostrado demasiado petulante para que Garrick pudiera estar tranquilo.

—¿Con qué frecuencia se reúnen?

—Dos o tres veces por semana. Pasan mucho tiempo en establecimientos de juego o en casas de lenocinio. Lord Tremaine normalmente respalda a Beresford en las mesas de juego pagando las deudas de su tío cuando éste pierde. —Blackstone frunció el cejo sombrío—. Sus visitas a burdeles han provocado que se les prohíba la entrada en los más respetables. Su tío azotó con un látigo a una chica que se negó a que la sodomizara. La muchacha apenas estaba consciente cuando él la obligó a cumplir sus exigencias de todos modos.

El evidente disgusto en la voz de Blackstone se correspondía con la propia repugnancia que Garrick sintió por las acciones de su tío. Ese bastardo merecía probar su propia medicina.

—¿Cómo son de estables las finanzas de Tremaine?

—Ha sufrido varias pérdidas importantes en el último año que han afectado claramente a su deseo de invertir en operaciones arriesgadas. Su situación no es crítica, pero podría serlo si sufriera otra pérdida significativa. —Blackstone frunció el cejo en un gesto de confusión—. De hecho, me sorprende que esté dispuesto a seguir cubriendo las grandes pérdidas en el juego de su tío.

—¿Y la situación de mi tío? —Garrick controló el miedo que surgió en su interior por las palabras del otro hombre.

—Usted tiene el interés mayoritario en todas sus inversiones, a excepción de unas más pequeñas. Si exigiera su reembolso, le sería imposible cumplir con sus obligaciones financieras.

¿Qué haría Beresford si Tremaine exigiera la devolución de sus deudas de juego? Garrick se levantó y se acercó a la ventana para contemplar el pequeño jardín en la parte posterior de la casa. Ahora que había llegado el momento de arruinar a su tío, el sabor de la venganza se le hizo levemente amargo en la boca.

El sonido de las malvadas risas de Bertha y de su tío resonó de repente en su cabeza. Igual de rápido surgieron las imágenes de Beresford intentando entrar en el dormitorio de Lily, los latigazos que había soportado y el tormento que ese canalla les había infligido a todos ellos. Los siniestros recuerdos lo atormentaron hasta que la tensión lo dejó totalmente rígido y el amargo sabor en la lengua desapareció.

—Que yo recuerde, soy acreedor de varios molinos de algodón que Tremaine financió el año pasado. —Con las manos unidas a la espalda, Garrick se volvió hacia Blackstone. Sonrió levemente ante el silencioso reconocimiento del otro hombre—. Haga que el banco exija la devolución del préstamo del más pequeño. Después, dentro de una semana exija la devolución del préstamo del molino que tiene en Haltwhistle.

—¿Desea establecer un plazo para dicho pago?

—Tiene tres semanas para la devolución de cada préstamo.

—¿Tres semanas? —Blackstone le lanzó una mirada de asombro.

—Correcto. —Garrick tomó una profunda inspiración—. Si parece que Tremaine tiene problemas para cumplir con el plazo, quiero que exija de inmediato la devolución de los gravámenes que poseo en las propiedades de mi tío.

—¿Y si Tremaine logra realizar los pagos?

—Entonces exigirá la devolución de la siguiente deuda más grande hasta que el hombre se encuentre entre la espada y la pared.

Blackstone asintió.

—¿Hay algo más que desee que haga, lord Stratfield?

—No. Simplemente entrégueme un informe diario de cualquier cambio en sus actividades.

Blackstone asintió. De inmediato, se levantó, le dirigió una leve inclinación y abandonó el pequeño despacho. Cuando la puerta se cerró sin hacer ruido tras la espalda del fornido hombre, Garrick se volvió de nuevo hacia la ventana que daba al pequeño jardín. Con sus planes para su tío y Tremaine en marcha, el único asunto de importancia que le quedaba por resolver era Ruth.

La cuestión sobre qué hacer respecto a su relación no había cambiado en la última hora. Se negaba a renunciar a ella y era imposible hacer que las cosas volvieran al punto en el que habían estado antes de esa noche. A todos los efectos, ella era su amante y la mantendría como tal. Simplemente tendría que limitar el tiempo que pasaba en su dormitorio.

Con un gruñido de disgusto, se dio cuenta de que no consideraba bien si pensaba que eso sucedería. Resistirse a entrar en el dormitorio de Ruth era lo último que era capaz de hacer. Tendría que limitarse a confirmar su acuerdo de que proseguían las relaciones en las mismas condiciones que lo habían hecho la noche anterior. Era razonable suponer que accedería a su petición. Pero ¿durante cuánto tiempo? Con suerte, el tiempo suficiente para poder trazar un plan alternativo. Aunque sólo Dios sabía cuál sería. De lo único que estaba seguro era de que deseaba hacerla feliz. Deseaba colmarla de regalos, algo por lo que sin duda ella protestaría, pero no iba a permitirle que rechazara ninguno más de sus presentes. El detalle de ese día sería el primero de muchos que tenía pensado regalarle.

Atravesó el despacho para abrir la pequeña caja fuerte colocada junto a un gran armario archivador en el rincón de la estancia. Los seguros sonaron discretamente cuando Garrick hizo girar la esfera hacia uno y otro lado hasta que oyó el chasquido final. Abrió la puerta y sacó un estuche forrado de terciopelo azul. Cerró la caja y giró los seguros antes de abrir el estuche que sostenía en la mano. Los pendientes en forma de tulipanes blancos brillaron ante él. Cuando el joyero real se los había enviado, le informó de que Ruth había devuelto el regalo sin abrirlo siquiera. En ese momento él se sintió profundamente frustrado, pero el hecho de que no los hubiera visto significaba que tendría el placer de ver su expresión cuando se los diera esa noche.

Se dijo que debería recordar pasar por Garrard esa tarde para encargar un collar a juego. Sacó su reloj de bolsillo y lo consultó. Ése era el día de su visita habitual al mediodía a Caring Hearts. Leer a los niños más pequeños después del almuerzo, antes de que Lily y una de las doncellas los acostaran para la siesta, se había convertido en una costumbre para él. De pequeño, su institutriz le había leído todas las noches. Eso le había inculcado un amor por la lectura, y Garrick esperaba transmitir un amor similar a los niños que vivían en el orfanato.

Un golpe quedo en la puerta del despacho interrumpió sus pensamientos. Carstairs entró con la bandeja del desayuno. El mayordomo la dejó sobre el escritorio y se retiró igual de silencioso que había entrado. Garrick volvió a guardar el reloj en el bolsillo del chaleco y se sirvió una taza de café. Cogió el periódico doblado bajo el plato de tostadas y fruta fresca y frunció el cejo.

Carstairs había colocado el periódico de forma que la página de sociedad estuviera claramente en el centro de la parte delantera. Garrick leyó por encima la columna de cotilleos y se tensó cuando las iniciales lord S. y lady A. captaron su atención.

Conocido por sus discretas y reservadas relaciones, lord S. ha sorprendido a muchos de la alta sociedad con sus recientes muestras de encaprichamiento por lady A. Sin embargo, al parecer, lord S. y su nuevo amor, lady A., discutieron tras su última aparición juntos en la representación de Così fan tutte *varias semanas atrás. Sólo podemos esperar que ambas partes hayan entrado en razón al reconocer que el amor es para los jóvenes, y no para aquellos de edad avanzada.*

Jadeó al leer la última frase. Por Dios santo. Con lo susceptible que Ruth se mostraba respecto a su edad, en cuanto leyera ese malicioso cotilleo quedaría destrozada. Y ese comentario en referencia a la diferencia de edad entre ellos era especialmente cruel. Sin pensarlo dos veces, se levantó y se metió el estuche en el bolsillo interior de la chaqueta.

Con un poco de suerte, quizá Ruth no se habría despertado aún. Soltó un feo improperio y se volvió hacia la puerta. Sabía que era una vana ilusión por su parte. Lo mejor que podría esperar era que aún no hubiera leído el *London Times* de la mañana. Si leía ese artículo antes de que él llegara, no tenía ninguna posibilidad de que Ruth permitiera a Simmons que lo dejara entrar por la puerta principal.

Ruth se despertó acompañada por un intenso aroma masculino en sus almohadas. Era el aroma característico de Garrick y ese descubrimiento le dibujó una sonrisa en los labios. Con los ojos aún cerrados, alargó el brazo hacia él, pero el espacio donde debería haberlo encontrado estaba vacío. La decepción la embargó mientras se incorporaba sobre los codos y examinaba el dormitorio. Lo primero que vio fue que su chaqueta ya no estaba doblada sobre el respaldo del sillón junto al hogar. El resto de su ropa, que había quedado esparcida por el suelo, también había desaparecido. Se había marchado sin despedirse. No sabía por qué había esperado despertarse en sus brazos, pero así había sido. Su mirada se encontró con el papel doblado sobre la mesilla junto a la cama. La firme caligrafía en la nota hizo que se deslizara rápidamente sobre el colchón para coger la misiva. Era una breve nota, y sonrió ante su tímido y casi torpe mensaje.

Gracias por esta noche. Vendré a recogerte para asistir a una cena íntima que lord y lady Ashford ofrecen antes de la fiesta de los Westerham.

Ruth volvió a recostarse sobre las almohadas con la nota pegada al pecho y rodó despacio para sumergir el rostro en la almohada que Garrick había usado esa noche. El rico olor a especias emanaba de la cama y su mente escapó para recordar el placer que había encontrado en sus brazos. A pesar de su inexperiencia, había sido un alumno asombrosamente brillante.

La segunda vez que le había hecho el amor ya había aprendido a controlar su propio cuerpo hasta asegurarse de que ella alcanzara el clímax. Cielo santo, lo había sentido increíblemente inflamado y duro en su interior. Cuando se había deshecho en sus brazos esa primera vez, no había podido imaginar un momento más exquisito. Pero se había equivocado. Con la destreza natural de un seductor nato, la había arrastrado hasta otro precipicio y habían llegado al orgasmo juntos. El recuerdo de cómo había palpitado en su interior la inundó de nuevo e hizo que su cuerpo anhelara volver a sentirlo dentro de ella. Había sido una experiencia maravillosa y lo único que podría haber deseado era ver su rostro en el momento del éxtasis. Suspiró. Aunque Garrick le había confiado uno de sus secretos, había que ahondar aún más en el tema. Necesitaría tiempo para ganarse su confianza hasta el punto de que estuviera dispuesto a revelarle más de él. Fuera lo que fuese lo que Beresford le había hecho, era evidente que, como consecuencia, Garrick no deseaba que lo viera ni lo tocara por debajo de la cintura.

Cuando había alargado la mano en busca de su miembro, su rechazo hacia su contacto había sido tan inmediato que la había sorprendido, y el miedo en su voz la había afectado profundamente. Le habían entrado ganas de matar a Beresford en ese preciso instante, asesinar a ese canalla por el tormento que le había causado a su sobrino. Pero en cuestión de un suspiro, las caricias de Garrick la habían hecho regresar con él y al delicioso modo en que su cuerpo respondía al suyo. Con cada caricia, la había hecho sentirse deseable, descarada y joven de nuevo. No podía recordar la última vez que se había sentido tan viva, casi eufórica. Era como si tuviera quince años menos. Una sensación maravillosa que le encantaba. Le encantaba cómo la hacía sentir física y emocionalmente. Era una experiencia embriagadora.

Sonó un quedo golpe en la puerta antes de que Dolores entrara con la bandeja del desayuno. La doncella la miró con cautela, pero Ruth se sentía demasiado feliz para regañar a su amiga. Gracias a ella, había pasado una noche totalmente diferente de cualquiera que hubiera vivido desde hacía mucho tiempo.

—Entonces ¿va a despedirme usted? —Había una leve nota de pagada satisfacción en la voz de la doncella, pero a Ruth no le importó.

—No.

—Bien. Sabía que permitir que lord Stratfield entrara en la casa era lo correcto. Después de lo deprimida que ha estado usted estas últimas tres semanas, me alegro de verla sonreír.

—No he estado tan mal —protestó ella.

Dolores enarcó una ceja en un gesto de incredulidad antes de dejar la bandeja sobre la mesa frente al hogar. Con un movimiento ágil para una mujer de su tamaño, recogió la bata de su señora del lugar donde había caído la noche anterior.

Ruth se levantó de la cama y aceptó la prenda de seda que la doncella le ofrecía. La bata le acarició la piel con suavidad, recordándole la calidez del aliento de Garrick sobre su mejilla cuando se había quedado dormida. Se anudó el cinturón de la bata y cogió el vaso de zumo de la bandeja.

—¿Sabes a qué hora se ha marchado lord Stratfield esta mañana?

—Simmons ha dicho que le consiguió un coche a las siete aproximadamente —respondió Dolores mientras se dirigía al lavabo para abrir el grifo de la bañera.

El corazón de Ruth latió erráticamente al oír el comentario de su amiga. Así que Garrick no se había marchado en cuanto se había quedado dormida. Ese descubrimiento hizo que la embargara una oleada de felicidad. En su interior, una vocecilla de advertencia intentó borrar el sentimiento de dicha, pero no lo logró. Sabía que era un error complacerse por el hecho de que se hubiera mostrado reacio a dejarla, pero no pudo evitarlo.

Consultó el reloj de la repisa de la chimenea. Las nueve y media. Apenas tendría tiempo de disfrutar del desayuno y vestirse. El día anterior se había comprometido a visitar el orfanato Caring Hearts para hablar con lady Lynmouth. Deseaba convertir su actual colaboración en un acuerdo permanente. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, sabía que los motivos de la visita no habían sido totalmente desinteresados. Era consciente de que había estado albergando la esperanza de ver a Garrick o, al menos, de tener noticias de él por parte de su hermana. No importaba cuánto deseara negarlo, sus continuos intentos de verla a lo largo de las últimas tres semanas habían empezado a afectarla. Por eso había sido incapaz de resistirse a escuchar su sincera justificación la noche anterior. Tomó un pequeño bocado de la tostada y frunció el cejo al fijarse en la bandeja.

—Dolores, ¿dónde está el periódico de la mañana? —La doncella murmuró algo indescifrable—. ¿Qué? —inquirió Ruth.

—He dicho que no tiene tiempo de leer el periódico. —La anciana evitó mirarla a los ojos cuando salió del baño.

—No voy tan mal de tiempo. —Ruth frunció el cejo ante la testaruda expresión que sobrevoló el rostro de la doncella—. Me estás ocultando algo. ¿Qué es?

—Nada. —Dolores resopló disgustada—. No se entretenga. Tiene que meterse en el baño o llegará tarde a su cita.

—Por favor, Dolores, el periódico. —Alargó la mano en una muda orden.

Con gran reticencia, la doncella sacó el diario de un gran bolsillo de su falda.

—No les haga caso, señora.

Las palabras de su amiga hicieron que la tensión alcanzara a todas y cada una de sus terminaciones nerviosas cuando cogió el *London Times*. Abrió de inmediato el periódico por la página de sociedad. Su mirada recorrió el artículo hasta que vio las iniciales de Garrick combinadas con las suyas.

Un estremecimiento la atravesó cuando leyó la última frase del párrafo. Oh, Dios, «edad avanzada». Se tambaleó y buscó a tientas el respaldo de la silla más cercana. Detrás de ella, Dolores chasqueó la lengua preocupada y le acarició el brazo, pero Ruth se zafó del contacto de su amiga. El estómago se le revolvió de un modo desagradable.

—Márchate, Dolores. —Era una orden que su amiga desobedeció.

—No permita que la afecte, señora. Es todo…

—Vete, Dolores —espetó ella fríamente—. Ahora.

Ruth cerró los ojos en un esfuerzo por controlar las náuseas que la dominaban con creciente fuerza. ¿Por qué no había escuchado las señales de advertencia en su cabeza cuando Garrick le había sugerido en un principio que fueran amigos? Y la noche anterior... Dios santo..., la noche anterior había sido un grave error. Se estremeció. Unos minutos antes se había sentido tan joven..., pero la cruda realidad la había devuelto a la tierra. Era demasiado mayor para tener una relación con Garrick, aunque la diferencia de edad fuera de unos pocos años. El periódico se arrugó y crujió bajo su tenso agarre. «De edad avanzada.» Incluso con los ojos cerrados aún podía ver las palabras.

Lo sucedido esa noche no podía repetirse. No importaba lo mucho que Garrick la complaciera en la cama. Se negaba a interpretar el papel de una mujer que se aferrara desesperadamente a su juventud convirtiéndose en la amante de un hombre varios años más joven que ella. Y eso era exactamente lo que ella parecía: una mujer

desesperada y vieja. La columna de cotilleo había planteado esa situación con demasiada claridad. El reloj dio los cuartos, el sonido se abrió paso entre sus pensamientos. Recordó su cita con lady Lynmouth. No podía cancelarla en el último momento. Por muy humillante que fuera ese cotilleo, se negaba a tolerar que nadie viera cuánto la afectaba emocionalmente. Rompería con Garrick cuanto antes. Seguramente él protestaría, pero tendría que mantenerse firme en su resolución y no debía permitir que la convenciera de lo contrario. Ruth se mordió el labio cuando su cabeza se llenó de imágenes de Garrick intentando hacerla cambiar de opinión.

Cielo santo, ¿sería capaz de resistirse a él? Con paso vacilante, se dirigió al baño. No tenía otra opción en lo que a él concernía. Su relación actual acabaría antes o después, y la degradación que supondría para ella que otro hombre la dejara por una mujer más joven era un pensamiento demasiado doloroso. Cuando hubiera pasado un tiempo razonable, se retiraría a Crawley Hall. En cuanto el siguiente escándalo atrajera la atención de la página de sociedad, esa humillante experiencia acabaría. Abrumada al pensar en cuánto tiempo tardaría en suceder eso, entró en el baño. Tendría que continuar como si el cotilleo no le importara.

Dios santo, si al menos fuera más joven. Sería duro romper con él. Esa noche había sido un alumno tan aventajado..., y nunca había disfrutado tanto en la cama, a pesar de su falta de experiencia. Pero aunque fueran de la misma edad, sería un error continuar viéndolo. Se estaba encariñando muy deprisa con ese hombre, cada vez más. Cuando estaba con él, no se sentía mayor en absoluto. Hacía que se sintiera viva, hermosa, y como si no hubiera ningún problema de edad entre ellos. De repente, los ojos se le llenaron de lágrimas y parpadeó rápidamente para contenerlas. Estaba siendo ridícula. Sería demasiado fácil pasar de la pasión que compartían a algo más profundo en lo que a sus sentimientos por Garrick se refería.

Dios sabía que ya estaba demasiado cerca del límite y eso era algo que podía permitirse aún menos que su humillación actual. Con el corazón roto, se dispuso a bañarse y a vestirse para su cita con lady Lynmouth. Se estremeció al pensar en la hermana de Garrick. No le cabía duda de que se sentiría feliz de ver que su relación con él llegaba a su fin.

Siguió pensando en Garrick y, para cuando su carruaje se detuvo frente al orfanato Caring Hearts, su estado de ánimo no había mejorado. La joven doncella que la recibió en la puerta parecía algo nerviosa, y Ruth frunció el cejo al ver la expresión angustiada de la chica.

—Tengo una cita con lady Lynmouth. ¿Puedes informarla de que ya he llegado?

—No sé si debería, señora. Lord Tremaine ha llegado hace un cuarto de hora y nos ha ordenado que no los interrumpamos.

Ruth se puso rígida ante las palabras de la doncella. ¿Era posible que lady Lynmouth tuviera una relación con ese canalla? Seguro que no, Garrick habría puesto fin a esa relación en cuanto hubiera descubierto a Tremaine cerca de ella. Pero quizá lady Lynmouth se lo había ocultado a su hermano. La inseguridad la atenazó mientras consideraba esa posibilidad. La hermana de Garrick no le había parecido una mujer que tonteara con un hombre como Tremaine. Tomó una profunda inspiración y acarició su bolso con la mano. Desde el día en que había liberado a Jenny de la tiranía del ladrón que había comprado a la niña, había aprendido a llevar un pequeño revólver siempre que iba al East End.

Nunca había usado el arma, pero la descripción que Garrick le había hecho de Tremaine le indicó que ese hombre no era diferente de su padre. Sin saber por qué, dudó que le supusiera un esfuerzo herir, como mínimo, a ese hombre. Sin pensarlo dos veces, avanzó rápido por el pasillo hacia la puerta cerrada del despacho. Tenía la mano alzada para llamar con fuerza cuando oyó el ruido de una silla arrastrándose.

—Suélteme. —La voz de lady Lynmouth sonó firme, pero había una nota de pánico tras la orden.

De inmediato, Ruth comprobó el pomo. Cuando éste giró con facilidad, sintió una oleada de alivio. Tremaine no había pensado en cerrar con llave. Sacó rápidamente el revólver del bolso y entró en el despacho. La imagen de la hermana de Garrick luchando por zafarse de Tremaine hizo que la recorriera un escalofrío. ¿Su padre habría presenciado una escena similar entre el padre del vizconde y su madre? Atrapada entre Tremaine y la pared, lady Lynmouth se esforzaba por liberarse del agarre del hombre.

—Suéltela, lord Tremaine, o me veré obligada a dispararle.

En cuanto habló, Tremaine volvió la cabeza hacia ella, y la hermana de Garrick no vaciló en aprovechar esa distracción para soltarse y alejarse de él. Con una fiera sonrisa en el rostro, el vizconde ofreció a Ruth una arrogante inclinación llena de condescendencia.

—Mi querida lady Attwood, qué sorpresa.

—Una de la que debería sentirse agradecido —respondió Ruth en voz baja—. Estoy convencida de que si lord Stratfield hubiera estado en mi lugar, seguramente no seguiría con vida.

—Ah, pero usted no es Stratfield, mi querida dama. —El hombre enarcó una ceja. Era evidente que el arma no lo intimidaba.

Avanzó dos pasos hacia ella y Ruth amartilló la pequeña pistola. El hombre entonces se detuvo en seco.

—No deseo dispararle, Tremaine, pero lo haré si es necesario. —Ruth observó cómo sopesaba sus opciones antes de inclinarse de nuevo.

—Al parecer, es hora de que me vaya. —Miró a la hermana de Garrick—. Estoy impaciente por disfrutar de nuestro próximo encuentro, lady Lynmouth.

Con el rabillo del ojo, Ruth vio que la otra mujer palidecía. Furiosa por el modo en que el vizconde la amenazaba, Ruth lo miró con frialdad.

—Le aconsejo que no vuelva a acercarse a lady Lynmouth en el futuro. Dudo que su hermano sea tan generoso con su bienestar como lo he sido yo.

—¿Stratfield? —El vizconde arqueó una ceja en un gesto de desdeñosa diversión—. Estoy bastante seguro de que los secretos de ese hombre garantizarán que su trato para conmigo sea bastante generoso.

—Entonces es usted un estúpido —espetó—. Él no dudará en matarlo si lo provoca.

El vizconde entornó sus malvados ojos mientras la evaluaba con la mirada. Tras una larga pausa, se encogió de hombros.

—Stratfield no me parece un hombre capaz del asesinato y la violencia.

—Puede que no, pero, en lo referente a mi esposa, yo soy más que capaz de usar la violencia. —La profunda voz que sonó tras ella sobresaltó a Ruth, que volvió la cabeza para mirar por encima del hombro al caballero alto que había entrado en la estancia.

De repente, el despacho pareció mucho más pequeño y cuando volvió a mirar a Tremaine se fijó en que había palidecido notablemente.

—Ethan —jadeó lady Lynmouth.

Su esposo no la miró, sino que mantuvo la vista fija en Tremaine. El fruncimiento de cejo que dirigió al otro hombre hizo que el vizconde carraspeara nervioso y avanzara despacio hacia la puerta mientras observaba a lord Lynmouth con cautela.

—Mis disculpas, Lynmouth. Creía que habías acabado con la dama.

—Yo cuido de lo que es mío. —Había algo siniestro en la voz del conde que indicaba que esas palabras no sólo iban dirigidas a Tremaine.

La tensión en la estancia aumentó de repente y quedó claro que Ruth no fue la única en percibirlo. El vizconde movió la cabeza en un gesto aplacador y se dirigió a la puerta. Cuando el hombre desapareció, Ruth se relajó aliviada. Una mano grande le cogió con delicadeza el revólver y volvió a ponerle el seguro antes de devolvérselo.

—¿Están bien las dos? —Aunque la pregunta parecía calmada y despreocupada, la tensión que emanaba de ese hombre indicaba que estaba lejos de sentirse calmado o despreocupado.

—Estoy bien. —Ruth asintió con la cabeza mientras volvía a guardar el revólver en el bolso—. Aunque agradezco su llegada.

Miró a la mujer en el otro extremo de la estancia y jadeó bruscamente. La hermana de Garrick parecía a punto de desmayarse. Sin vacilar, se acercó hasta ella y la guio hacia la silla del escritorio.

—Venga, siéntese. Ha tenido un susto horrible.

—Gracias, lady Attwood. —El susurro de la condesa apenas llegó a oídos de Ruth, quien se fijó en que la otra mujer aún no había apartado la vista de su esposo.

—Yo también estoy en deuda con usted, lady Attwood. Si no hubiera intervenido, seguramente yo habría llegado demasiado tarde. —La profunda voz del hombre estaba llena de gratitud y, bajo su mano, el cuerpo de lady Lynmouth se puso rígido.

—¿Por qué has venido, Ethan?

Había cierta aspereza en la pregunta que hizo que Ruth dirigiera una mirada al conde. Casi no captó el destello de emoción que sobrevoló el rostro del hombre, pero ese detalle le indicó que estaba profundamente atormentado. Cuando no respondió a la pregunta de su esposa, Ruth miró primero a la condesa y luego al conde. Las señales de una batalla inminente eran visibles en el rostro de ambos y lo último que deseaba era verse atrapada en medio. Se irguió preparándose para dejar a la pareja sola.

—Creo que deberíamos dejar nuestra cita para otro día, lady Lynmouth.

—Oh, no, yo...

—Sí, tiene razón, lady Attwood. Me llevaré a mi esposa a casa y me aseguraré de que descanse.

—Entonces, si me disculpa, lord Lynmouth. Lady Lynmouth —se despidió ella mientras avanzaba rápidamente hacia la puerta.

Ya casi había llegado cuando oyó el sonido de unos pasos apresurados. La tensión le atenazó los músculos cuando Garrick llamó a su hermana a gritos desde el pasillo.

—¡Lily, Lily, ¿estás bien?! —En cuanto cruzó la puerta, se detuvo asombrado y examinó la estancia enfurecido y confuso al mismo tiempo—. Me han dicho que Tremaine estaba aquí.

—Estaba, pero lady Attwood evitó que ese hombre... Luego ha llegado Ethan. —La balbuceante explicación de la condesa hizo que Garrick frunciera el cejo en dirección al esposo de Lily.

—Stratfield. —El conde inclinó la cabeza hacia su cuñado.

—¿Qué diablos haces aquí, Lynmouth?

—He venido a por mi esposa.

La estoica respuesta del conde hizo que una expresión testaruda endureciera el rostro de Garrick, que negó con la cabeza.

—Lily ha dejado claro que no desea tener nada que ver contigo.

—No obstante, como mi esposa, volverá a casa. Ahora me gustaría hablar con ella. En privado.

Lord Lynmouth se volvió hacia su mujer. Con una expresión dura e implacable, le exigió en silencio que accediera. Era un hombre intimidador, y a Ruth la sorprendió que la hermana de Garrick no se inmutara ante la evidente determinación de su marido. Sin dejar aún de mirar a su marido, dirigió a su hermano un leve gesto de la mano.

—No pasa nada, Garrick. Escucharé lo que tenga que decir.

Deseosa de escapar de las coléricas emociones que inundaban la estancia, Ruth no aguardó a oírlo discutir con su hermana. Pasó junto a Garrick lo más rápido que pudo y avanzó por el pasillo. En la entrada principal del orfanato, soltó un rápido suspiro de alivio al comprobar que Simmons estaba justo donde ella lo había dejado. Dio un paso más antes de que una fuerte mano masculina le impidiera abandonar el orfanato.

—¿Hay algún motivo por el que no me hayas esperado?

—Estabas ocupado con asuntos familiares y no deseaba entrometerme —murmuró.

Antes de que pudiera protestar, Garrick la hizo meterse de nuevo en el orfanato y en una pequeña despensa junto a la entrada principal. Cerró la puerta y se apoyó en ella con los brazos cruzados sobre el pecho. Ruth se estremeció al recordar cómo sus manos habían acariciado ese torso desnudo. Bajo su mirada penetrante, apartó la vista rápidamente en un esfuerzo por aplacar el deseo que se le arremolinó en el estómago y descendió a toda velocidad, anhelando sentirlo de nuevo entre sus piernas. Todo su cuerpo palpitó en un ritmo primitivo ante su cercanía e intentó calmar los rápidos latidos de su corazón.

—¿Has visto el periódico de la mañana? —preguntó él.

—Sí. —No había mucho más que pudiera decir, aunque lo deseara.

—No funcionará, Ruth. —La enfática nota en su voz la atravesó como un cuchillo de trinchar.

El hecho de que él hubiera entrado en razón hizo que se le revolviera el estómago. Había albergado la esperanza de ser ella la que lo dejara esa vez. Pero al igual que otros antes que él, Garrick había acabado con ella. Esbozó una mueca de dolor.

—Lo entiendo. —Incluso a ella le parecieron forzadas esas palabras.

—¿En serio? —La voz de Garrick era firme—. Cuando digo que no funcionará, me refiero a que no te dejaré ir simplemente porque la gente haya decidido cotillear.

Sorprendida, alzó la mirada hacia él. La expresión determinada en su apuesto semblante hizo que se le formara un nudo en la garganta. Hablaba en serio. El nudo se inflamó, y Ruth negó con la cabeza.

—Haces que parezca muy sencillo cuando no lo es.

—Maldita sea, es sencillo. —Garrick le lanzó una fiera mirada—. No permitiré que unos cuantos memos estrechos de miras decidan a quién debería ver y a quién no.

—No es el cotilleo.

Ruth se estremeció cuando su torpe respuesta hizo que se apartara de la puerta para cernirse alto y rígido frente a ella. La mirada de Ruth se desvió brevemente hacia sus manos, que formaban puños junto a las piernas antes de volver a fijarse en sus pétreos y fríos rasgos.

—Así que he sido poco más que la diversión de una noche para ti. Una entretenida historia que compartir con otros.

La gélida afirmación la horrorizó.

—No. —Avanzó rápidamente para rodearle el duro puño con la mano—. Lo de anoche fue maravilloso.

Y era cierto. Más maravilloso de lo que lo habría imaginado posible, y eso era parte del problema. Tenía miedo de que, si continuaba viéndolo, su edad le garantizaría que acabaría con el corazón roto. La tensión que lo mantenía duro contra sus dedos cedió despacio a medida que abría el puño para cogerle la mano y bajaba la cabeza para besarle la cara interna de la muñeca.

—Entonces ¿por qué te niegas a ti misma, y a mí, el placer de volver a vivirlo?

El calor de su caricia le atravesó la piel, le calentó la sangre e hizo que un cosquilleo le recorriera el cuerpo a toda velocidad. Cielo santo, el simple contacto de su boca con su piel era más excitante que cualquier beso que hubiera intercambiado con cualquiera de sus amantes. Delicadamente, logró liberar la mano de la de él.

—Hay más cosas que considerar, además del placer. —El corazón le latía de un modo errático en el pecho por la pasión que vio arder en su mirada—. Mi estilo de vida nunca se ha considerado... respetable... en algunos círculos, pero siempre he sido discreta.

—Por lo que el cotilleo sí que te molesta.

Ruth negó con la cabeza. Era difícil expresar en palabras que no eran los comentarios lo que la molestaba. Era cómo reforzaban sus propios sentimientos acerca de su edad. Nunca le había importado realmente lo que la alta sociedad pensara respecto a la mayoría de las situaciones, pero eso era diferente. Era ella la que batallaba con la realidad de que ya no era joven.

No tenía ni una sola cana en el pelo, ni tampoco arrugas en la piel, pero llegarían. Lo había visto en otras, casi de la noche a la mañana, y la alta sociedad las había apartado cruelmente para sustituirlas por mujeres más jóvenes. Sin un protector, sus ingresos se habían reducido a la nada y se habían visto condenadas a una vida sin hogar ni familia.

Por primera vez se dio cuenta de que había albergado la esperanza de no ser una de esas mujeres. En lo más hondo de su ser, realmente había creído en la posibilidad de que su vida fuera diferente de la de las otras mujeres a las que había visto desaparecer en el olvido. El descubrimiento de que no lo sería hizo que se sintiera sola y asustada.

—¿De qué tienes miedo en realidad, Ruth? —Su astuta pregunta hizo que se le secara la boca.

—Tengo miedo de que cuando te vayas... —Levantó la mano cuando lo vio fruncir el cejo—. Es inevitable, te irás. Y, cuando lo hagas, el precio que pagaré será muy alto.

—¿Crees que te romperé el corazón, Ruth? —La intensidad tras la pregunta la alarmó. Fue inesperada y la respuesta que surgió en un rincón de su cabeza la asustó.

—No. —Negó vehemente con la cabeza, aunque sabía que era mentira—. Aprendí hace mucho tiempo a protegerme de un afecto no correspondido. Pero me gusta demasiado cómo me haces sentir.

Garrick se inclinó hacia ella y el sofisticado aroma a especias de su colonia le inundó los sentidos. Le recordó a la noche anterior y a cómo se había dormido en sus brazos. Ese recuerdo era exactamente a lo que se refería sobre lo mucho que le gustaba cómo la hacía sentirse.

—Dime cómo hago que te sientas, Ruth. —La suave y aterciopelada orden hizo que un escalofrío le recorriera la piel, y ella se esforzó por reprimir un

estremecimiento.

—Haces que me sienta viva... y joven.

—¿Joven? —La cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos—. Estás obsesionada con esa idea de que la edad es un número. No lo es.

—Para una mujer en mi posición, sí —replicó ella con firmeza—. La edad y la belleza son las cosas en las que se basa mi sustento. Sin ellas, la única opción que me queda es el retiro. Algo que tengo intención de hacer pronto.

—Hay otra opción. —Sus ojos azules la estudiaron con intensidad mientras le acariciaba el labio inferior con el pulgar—. Puedes dejar que yo vele por ti.

La afirmación la hizo ponerse rígida con una mezcla de conmoción y resignación, y Ruth echó la cabeza hacia atrás, lejos de su contacto. Había estado en lo cierto. La noche anterior había cambiado dramáticamente su relación. En lo más profundo de su ser había sabido que eso podría pasar, pero había decidido ignorar la posibilidad en lugar de considerar qué haría si él se ofrecía a ser su protector.

—No aceptaré un no por respuesta, Ruth. —Su hermosa boca se convirtió en una dura y terca línea al tiempo que la desafiaba con la mirada a que intentara retarlo.

—Y tú tienes la audacia de decir que yo soy testaruda —espetó llena de frustración.

—En lo que a ti se refiere, sí. —Había un brillo de algo peligroso en sus ojos que hizo que el corazón le golpeara violentamente el pecho cuando Garrick puso cierta distancia entre ellos de nuevo—. Te he deseado desde la primera vez que te vi. Creo que siempre he sabido que estabas destinada a honrar mi lecho. Simplemente no sabía cómo llevar a cabo esa tarea, debido a... mi inexperiencia.

A pesar de la fuerza y la resolución de su voz, Ruth estaba segura de que había estado a punto de revelarle su oscuro secreto. Fuera cual fuese su vergüenza, sabía que lo atormentaba, y su irritación desapareció cuando su corazón hizo que deseara tocarlo. Temerosa de que su capacidad de interpretarlo pudiera resultarle embarazosa, se acercó a la pequeña ventana que daba a las lóbregas fachadas de las casas frente al orfanato.

Vivir allí en el East End podría haber sido fácilmente su destino, pero la Providencia había hecho que la vida fuera mucho más fácil para ella. Debería sentirse agradecida por lo que tenía y no anhelar el sueño que siempre había mantenido oculto en lo más profundo de su interior. Sería una estúpida si rechazaba la oferta de Garrick. Pero ¿lo sería aún más aceptándola? Sus sentimientos hacia él ya eran mucho más fuertes de lo que le gustaría.

—Tengo algo para ti —dijo entonces él en voz baja.

Ruth miró por encima del hombro y vio que sacaba un estuche del bolsillo del chaleco. Le recordó al que le había devuelto sin abrir varios días antes. Garrick lo abrió y aguardó a que ella se acercara. El diseño de los pendientes de tulipanes blancos en el interior de satén del estuche hacía juego con el del broche que ya le había regalado.

Los diamantes blancos brillaban en la tenue luz de la despensa, y habría mentido si hubiera dicho que no le impresionaba la belleza de los pendientes. Sin embargo, esas joyas hechas a medida mostraban lo atento que era Garrick como amante. Ni siquiera Westleah le había regalado nunca joyas diseñadas a medida para disculparse.

Cerró los ojos durante un momento. Ya había tomado una decisión respecto a él hacía varios minutos, pero no se había dado cuenta hasta ese momento. Probablemente era la peor decisión que hubiera tomado nunca, pero sus pies ya habían empezado a recorrer el camino y no había vuelta atrás. Su calor la envolvió cuando se inclinó hacia ella. Le rozó la boca con los labios, luego la mejilla, y le fue dejando un rastro de mordiscos leves hasta la oreja. Un estremecimiento la recorrió cuando le rozó el lóbulo con los dientes.

—Dame tu respuesta, Ruth.

—Sí —susurró ella justo antes de girar la cabeza para buscar su boca.

En cuanto sus labios se encontraron, el calor estalló y atravesó vertiginosamente el cuerpo de Ruth. Él la atrajo hacia sí y tomó su rostro entre las manos mientras le hacía abrir la boca y entrelazaba la lengua con la de ella. Con una destreza que contradecía su inexperiencia en el dormitorio, la besó lenta y profundamente. La caricia era enloquecedora por su contención, y ella murmuró una protesta cuando él interrumpió el beso. Garrick se alejó de ella negando con la cabeza, y a Ruth se le secó la boca al ver el deseo que ardía en su mirada.

—Por mucho que te desee ahora mismo, cariño, tengo un compromiso al que no puedo faltar.

La decepción la inundó y Ruth asintió con una comprensión que no sentía. El hecho de que no deseara que se marchara le indicaba la necesidad de mantener la cabeza fría en lo que a él respectaba. Nunca se había aferrado a un amante en el pasado y se negaba a hacerlo a esas alturas, aunque fuera exactamente lo que deseara hacer en ese momento.

—Te veré esta noche —murmuró al tiempo que se disponía a pasar junto a él.

Sin embargo, Garrick la sujetó del brazo cuando llegó a su lado y la hizo volverse hacia él.

—No. Quédate conmigo. —Le sonrió—. Todas las semanas leo a los niños a esta hora.

La explicación la hizo mirarlo sorprendida. El compromiso de Garrick estaba lejos de ser la frívola cita que había supuesto que sería. No sabía por qué la había extrañado tanto, excepto porque era algo que ninguno de sus otros amantes habría hecho. Todos habían donado fondos, pero nunca su tiempo a una causa benéfica. Que Garrick estuviera ofreciendo no sólo dinero sino también su tiempo a los niños revelaba mucho sobre su carácter. Era un aspecto más de su personalidad que lo hacía muy diferente de cualquier otro hombre con el que hubiera estado, y eso hizo que lo apreciara más. Incapaz de resistirse al encanto de su sonrisa, apoyó la mano en la de él a modo de aceptación. En cuanto su sonrisa se amplió, el corazón se le desbocó. Un vívido recordatorio del peligroso camino que recorría y de que debía proteger bien su corazón.

Con la mano entrelazada en la suya, le permitió que la guiara por el orfanato hasta un aula luminosa y alegre donde una joven escribía letras en una pizarra. En cuanto los niños vieron a Garrick, la estancia se llenó de chillidos de alegría. Garrick le soltó la mano y los niños lo rodearon de inmediato. Era evidente que lo adoraban y, en un rincón de su mente, una vocecilla le susurró todos los motivos. Oh, con qué facilidad podría perder el corazón y el alma por ese hombre. Garrick aceptó el libro que la joven maestra le ofreció y le dedicó una sonrisa de agradecimiento. En cuanto él se volvió hacia los chiquillos, Ruth percibió la expresión de adoración en el rostro de la joven. La reacción de la profesora hacia Garrick no era sorprendente, pero la fuerza de su propia reacción posesiva la alarmó. Rápidamente apartó a un lado la emoción y centró la atención en Garrick, que se sentó en un taburete y abrió el libro.

—Bien, ¿qué leeré hoy?

Miró a los niños, que se sentaron a sus pies, y enarcó las cejas cuando un coro de sugerencias resonó con fuerza en el aula. Garrick miró al pequeño que le tiraba bruscamente de la pernera del pantalón.

—¿Sí, Arthur?

—*El patito feo*, por favor, lord Stratfield. Es el favorito de Hannah.

—Muy bien, *El patito feo* porque a Hannah le gusta.

Garrick sonrió a la niña sentada al lado del chico, y una extraña expresión asomó en su rostro cuando abrió el libro. Era la expresión de un hombre que recordaba su pasado y sus propios esfuerzos por cuidar de sus hermanos. Ruth se sentó en un rincón de la estancia y observó cómo él cautivaba a los niños durante la siguiente media hora con su lectura del cuento popular de Hans Christian Andersen.

Cuando acabó, los niños intentaron convencerlo de que leyera otro, pero, entre risas, Garrick se negó a ceder a sus demandas mientras alborotaba el pelo a varios de ellos. Fue un gesto cariñoso, y Ruth, de repente, lo imaginó con varios niños propios de pelo oscuro aferrados a sus piernas. Sería un padre excelente.

Ese pensamiento hizo que el pecho se le encogiera con una aguda punzada. El hecho de no tener hijos era su más profundo pesar. Hacía que envidiara a la mujer que al final llevara en su seno a los hijos de Garrick. Su esposa sería una mujer sumamente afortunada. Se le hizo un nudo en la garganta cuando sus ojos se encontraron con los de ella. Hubo una intimidad en esa breve mirada que la dejó sin respiración y la hizo sentirse como si fuera la única mujer que Garrick desearía nunca. Se puso rígida ante el repentino deseo de que hubiera algo más que deseo entre ellos. Fue una idea temeraria. Algo que le causaría un terrible dolor en el futuro. Necesitaba seguir recordándose a sí misma que su relación duraría lo que durara el deseo de Garrick por ella.

Le había resultado fácil aceptar ese hecho con cualquier otro amante. Pero en ese caso estaba segura de que su corazón saldría herido. Sintió que la temperatura de su cuerpo subía cuando Garrick se acercó y no vaciló en entrelazar el brazo con el de él cuando se lo ofreció para guiarla fuera de la estancia. Al infierno el futuro. Se permitiría a sí misma ese último romance antes de retirarse a Crawley Hall. Por una vez en su larga vida, tendría en cuenta sus propias necesidades tanto como las de su amante.

Un salvaje frenesí atravesó a toda velocidad el torrente sanguíneo de Garrick cuando embistió a Ruth una última vez y se convulsionó violentamente en su interior. Sintió que, con igual intensidad, el cuerpo de ella se cerraba alrededor de él, prolongando el placer del éxtasis. Abrió los ojos y bajó la mirada hacia el pañuelo que ocultaba la suya lleno de frustración. ¿Cómo podía saber que la había complacido cuando no podía ver la emoción en sus ojos?

Con un gruñido de disgusto hacia sí mismo, se retiró y se alejó de la cama. Se limpió rápidamente y, mientras se ponía los pantalones, miró a Ruth por encima del hombro. Durante más de una semana le había permitido de buen grado que le vendara los ojos cada vez que hacían el amor, y Garrick empezaba a darse cuenta de lo poco satisfactorio que era no ser capaz de ver su expresión en ellos cuando la llevaba al clímax. Y ya no tenía ninguna duda de su capacidad de hacerlo. La había sentido una y otra vez durante los últimos días desde que había aceptado ser su amante. Había memorizado cada milímetro de su cuerpo. Había quedado grabada en sus sentidos de un modo que nunca había soñado posible. Regresó a la cama para retirarle el pañuelo de los ojos mientras le limpiaba con delicadeza los restos de su liberación entre las piernas.

El suave suspiro que se le escapó atrajo su mirada a su rostro. Ruth le estaba sonriendo, y un fogonazo de emoción lo atravesó tensándolo. Era una sensación que no podía permitirse sentir. La lujuria era la única emoción que podía aceptar respecto a ella. Ya era bastante malo que tuviera que ocultarle su cuerpo, lo último que necesitaba era ocultarle también su corazón.

—¿Te he comentado alguna vez lo buen alumno que eres? —Había algo más que una nota de satisfacción en su voz, y Garrick pudo sentir que una sonrisa le tiraba de las comisuras de los labios.

—En más de una ocasión —respondió divertido. Su mal humor mejoró considerablemente—. Pero también es cierto que tengo por maestra a una mujer excepcional.

Ruth se rio, y a Garrick le encantó el sonido que llenó sus oídos. Recorrió sus exquisitas curvas con la mirada disfrutando de su imagen. Parecía mucho más joven que los cuarenta y un años que tenía, y deseó que ella pudiera verse a sí misma del mismo modo que él la veía. No lograba comprender cómo un hombre podría romper con ella tan fácilmente.

Pasaría mucho tiempo antes de que estuviera dispuesto a renunciar a ella, si es que llegaba a estarlo alguna vez. Rápidamente silenció la vocecilla que amenazaba con rebelarse en un rincón de su mente. Envolvió el cuerpo de Ruth con el suyo y se reclinó sobre el codo mientras le acariciaba el estómago suavemente redondeado con el dedo índice.

—Creo que disfrutaré mucho teniéndote como amante. Siempre a mi entera disposición cuando necesite una nueva lección en el arte de la seducción. —Se detuvo para sonreírle con picardía—. Y estoy seguro de que necesitaré muchas.

—Entonces no te lamentas de mi oferta de instruirte. —Le dedicó una sonrisa provocadora, pero había cierta vacilación bajo su pregunta que hizo que él la mirara con atención.

Negó con la cabeza.

—¿Te arrepientes de haber aceptado mi oferta de cuidar de ti?

—No, deseo estar contigo. De lo contrario, no habría aceptado. —Ruth le sonrió, pero un rastro de tristeza le oscureció sus ojos violeta.

A continuación se tumbó boca abajo y apoyó la cabeza en el hueco del codo de uno de sus brazos, y Garrick le acarició levemente la espalda. Su respuesta no había sido lo bastante convincente para él. Algo la preocupaba. Bajó la cabeza y le mordisqueó juguetonamente la parte baja de la espalda mientras exploraba su hombro con los dedos. Ella murmuró un suave gemido de placer ante su caricia.

—¿Esto te gusta?

—Siempre que me tocas me resulta placentero. —Sus palabras susurrantes acabaron en un quedo jadeo cuando le recorrió la línea de la espalda con la mano y la deslizó por debajo de su cuerpo para tomar su pecho.

Le encantaba el cálido y exuberante contacto de ella en la mano. Toda ella parecía hecha para él. Sus pechos se acoplaban perfectamente a las palmas de sus manos y ella misma se adaptaba a la perfección a su miembro. Incluso su cabeza encajaba bien al apoyarla en su hombro. Le pellizcó delicadamente el pezón.

—Bien. Porque me gusta mucho tocarte. —Le fue dejando un rastro de besos por la espalda mientras esperaba que le dijera algo, pero ella guardó silencio.

Garrick alzó la cabeza para estudiar su perfil.

—Dime qué te preocupa.

En cuanto ella vaciló, él supo que podría adivinar cuál era el problema. No tenía que decírselo. No había protestado ni una sola vez cuando le había tapado los ojos. Cada vez le había sonreído no sólo con deseo, sino también con una clara expresión de confianza en el rostro que le revolvía las entrañas. Garrick era consciente de que el hecho de que no le pusiera el pañuelo cuando hacían el amor sería una señal de confianza mutua, pero no había tenido el coraje de desnudar su alma por completo. No podía, ni siquiera con ella.

—Dímelo —le ordenó.

—No es nada.

—Mi inexperiencia no...

—Tú ya no eres un inexperto —repuso ella con pícara diversión, y Garrick le dio un cachete juguetón en el trasero.

—Puede que no esté del todo adoctrinado en las artes amatorias, pero el hecho de tener hermanas me ha enseñado a ver cuándo una mujer está preocupada por algo. —La hizo rodar boca arriba—. ¿Es por el pañuelo en los ojos?

—No me importa, pero sería... sería agradable verte la cara cuando me haces el amor. —La tierna comprensión en su voz le arrancó una mueca de dolor.

—Me pides mucho.

—Garrick, ¿he traicionado tu confianza alguna vez? —Cuando él le respondió negando bruscamente con la cabeza, Ruth le acarició el rostro—. Entonces ¿no puedes confiar más en mí?

—No es una cuestión de confianza —espetó él.

—Entonces ¿qué es? Tienes un cuerpo hermoso. —Ruth le pegó la mano al pecho cuando vio que esbozaba una mueca—. Lo tienes. Incluso con los ojos vendados puedo sentir lo espléndidamente viril que eres.

El pañuelo había hecho bien su trabajo. Estaba muy lejos de ser el magnífico ejemplar de masculinidad que ella creía que era. No tenía ni idea de que era un fenómeno de la naturaleza. Y Garrick era demasiado cobarde para arriesgarse a decirle la verdad sobre su deformidad. Si ella reaccionaba del mismo modo que Bertha lo había hecho, lo destruiría.

Imágenes del pasado le inundaron la cabeza y apretó la mandíbula ante el dolor que los recuerdos llevaban consigo. El reloj sobre la repisa dio las dos. Garrick le había prometido a Charles que se reuniría con él al día siguiente en el club para desayunar y después tenía una cita con Smythe para ir a ver una propiedad en las afueras de la ciudad. Se incorporó y se dirigió a la silla donde había dejado su ropa.

—Tengo una cita mañana temprano y no quiero despertarte, así que me iré ahora.

De espaldas a ella, no la vio levantarse de la cama rápidamente y dio un respingo cuando le cogió la chaqueta de la mano para ayudarlo a ponérsela. Había una ternura en su gesto que le encogió el corazón e hizo que la atrajera hacia sus brazos. La besó con delicadeza, deseando no tener que dejarla. Cuando alzó la cabeza, sonrió.

—Haces que me resulte difícil dejarte, cariño.

—¿Sí? —La felicidad iluminó el rostro de Ruth al tiempo que le sonreía—. Me alegro.

—Vendré a buscarte a las ocho de la tarde. Creo que se representa una nueva ópera en el Lyceum. —La empujó con suavidad hacia la cama—. Acuéstate ya. Tengo intención de mantenerte despierta incluso hasta más tarde mañana por la noche.

Garrick sonrió ante el leve rubor que le tiñó las mejillas y, tras darle un último beso rápido, salió de la estancia. En cuanto se encontró en el pasillo, sintió la necesidad de regresar y estrecharla entre sus brazos. Era como si dejara una parte de sí mismo con ella. Gruñó por el pensamiento sentimental mientras avanzaba por el pasillo y bajaba la escalera.

Contrariamente a su costumbre, Simmons no surgió de la parte posterior de la casa. Garrick salió sin hacer ruido y cerró la puerta con la llave que Ruth le había dado varios días antes. No le sorprendió que la calle estuviera desierta. Debería haber pedido a Jasper que lo esperara, pero el pobre hombre se merecía una noche de sueño decente. Encogió los hombros en un gesto de resignación y se dirigió a Chiddingstone Place.

Se descubrió a sí mismo deseando no haber quedado tan pronto con Charles para desayunar. Eso habría significado que podría haberse quedado con Ruth unas cuantas horas más. Sus pensamientos volvieron a su dilema actual. ¿Qué diablos iba a hacer? Sólo tenía dos opciones y no estaba dispuesto a aceptar ninguna de las dos.

Siempre que Ruth estuviera dispuesta a aceptarlo tal como era, continuarían como lo habían hecho desde el principio. Atravesó el haz de luz de una lámpara de gas que iluminaba la acera y avanzó a través de las sombras más suaves. Cuando un gato maulló cerca, Garrick puso sus sentidos en alerta. Miró tras de sí y no vio nada. Aunque esa zona de la ciudad normalmente era segura a cualquier hora, nunca estaba de más tener cuidado.

Esbozó una mueca. Había sido precavido toda su vida, siempre alerta, ya fuera porque se preparaba para la siguiente lección de crueldad de su tío, para proteger a sus hermanos o para hacer lo que fuera necesario con el fin de mantener su secreto a salvo. Pero en las últimas semanas había aprendido lo que era no estar continuamente atento a sus pensamientos o palabras. Era fácil hablar con Ruth, y había compartido más de sí mismo con ella de lo que nunca había considerado posible con una mujer.

Un estruendo resonó en el callejón junto al que estaba pasando y Garrick se detuvo al ver que un hombre salía tambaleándose de la oscuridad hacia él. Se desvió hacia un lado y luego hacia el otro, y el borracho lo saludó mascullando algo antes de adelantarlo. Una sonrisa le tiró de las comisuras de los labios ante el estado del hombre. La última vez que había visto a alguien tan ebrio había sido la noche que celebraron el cumpleaños de Charles el año anterior. Todos habían bebido un poco más de lo habitual, pero Harrington había sido el que más. El conde apestaba a alcohol, a diferencia del hombre que acababa de ver... El golpe en la parte posterior de la cabeza hizo que se encorvara hacia el suelo. Con una rodilla apoyada en los adoquines, intentó superar el dolor que le revolvía las entrañas.

Antes de que pudiera erguirse, dos pares de manos lo arrastraron hacia el interior del callejón. Le costó varios segundos recobrar el sentido lo suficiente para resistirse. Movió los pies intentando encontrar un apoyo en los adoquines resbaladizos, giró la cabeza y mordió la mano que le sujetaba el bíceps hasta que saboreó la sangre y el hombre lo soltó con un grito agudo.

—Maldito bastardo. Yo te enseñaré quién manda aquí —gruñó su primer atacante—. Sujétalo.

Garrick giró bruscamente el brazo y se liberó del segundo atacante, pero cayó de bruces. Un pesado pie lo golpeó entonces en el costado y le arrancó un gruñido de dolor. Rodó alejándose rápidamente. Con una mano pegada al cuerpo en un vano esfuerzo por aliviar la estridente protesta de sus entrañas, logró levantarse a duras penas. Ya erguido, se tambaleó como un borracho. Podría haber jurado que alguien lo estaba golpeando con un mazo en la parte posterior de la cabeza. Delante de él, vio dos figuras oscuras que lo contemplaban con cautela. Al parecer, estaba causándoles más problemas de lo que habían esperado.

El más alto tenía constitución de luchador y se acariciaba la mano en el lugar donde Garrick lo había mordido. El otro estaba lejos de ser delgado, pero no parecía que tuviera la misma fuerza que su amigo. Furioso porque esos canallas lo hubieran elegido para robarle, Garrick se movió a un lado para poder vigilar a sus atacantes mientras miraba la calle. Apretó la mandíbula por la tensión al comprobar la distancia que había. Correr no era una buena idea teniendo en cuenta que apenas podía mantenerse en pie. Dirigió la mirada de nuevo a sus agresores. Sería fácil deshacerse del más pequeño, pero no del otro. Cuanto antes eliminara de la ecuación al musculoso, menos probable sería que perdiera la cartera o la vida.

Se abalanzó hacia adelante con un ligero movimiento y logró encajar un duro derechazo en la mandíbula del más grande. La cabeza del hombre giró bruscamente hacia un lado por la fuerza del puñetazo. Sin embargo, el grave gruñido de ira que soltó no fue exactamente el sonido que Garrick había esperado oír.

El dolor le atravesó el costado cuando saltó hacia atrás pero no retrocedió lo suficiente. Con sorprendente velocidad, su oponente se adelantó para placarlo por la cintura y empujarlo contra la pared del callejón. Una vez más se quedó sin respiración cuando las fornidas manos del hombre lo cogieron por la garganta y apretaron. Garrick arañó las manos de su atacante en vano. La falta de aire y el dolor que le atenazaba el cuerpo hicieron que le resultara difícil centrarse mientras se esforzaba por sobrevivir. Sin embargo, una imagen de Ruth inundó su mente. Dios santo, seguramente no volvería a verla. Ese pensamiento hizo que la adrenalina lo recorriera y le metió el dedo índice en el ojo a ese canalla que, al instante, lo soltó y se tambaleó hacia atrás tapándose con la mano el ojo herido. Garrick inspiró entonces profundamente varias veces y el aire volvió a llenarle los pulmones. Un ruido a su lado hizo que se apartara, aunque no lo bastante rápido.

El segundo agresor había decidido entrar en acción y su gancho izquierdo lo alcanzó en la mandíbula. La cabeza de Garrick salió impulsada hacia un lado con un fuerte crujido. La conmoción le nubló la visión y la sangre le llenó la boca. No había tenido tiempo de recuperarse cuando el hombre le hundió el puño de nuevo en el costado. Con la respiración entrecortada por el dolor que invadió todo su cuerpo, se alejó tambaleándose en dirección a la calle. Había sido un estúpido por no intentar correr. Dio dos pasos vacilantes más antes de derrumbarse sobre las manos, que frenaron la caída. Ya era demasiado tarde.

Otro pie lo golpeó en el costado que tenía intacto y lo dejó sin respiración. Una vez más, el rostro de Ruth se abrió paso a través del dolor. No estaba dispuesto a rendirse aún. Se irguió lo más rápidamente que pudo para enfrentarse a sus atacantes. Respiraba a duras penas y todo su cuerpo gritó una protesta. En la tenue luz, vio al más fornido, que lo miraba con una furia maliciosa.

—Eres testarudo, ¿eh?

Garrick intentó responder, pero la mandíbula le dolía demasiado para poder mover los labios. En lugar de eso, escupió sangre en dirección al hombre. Ese gesto de desafío le costó caro, porque su mandíbula protestó con una aguda punzada de dolor. El hombre se abalanzó hacia adelante en la oscuridad y Garrick no llegó a ver la porra hasta que fue demasiado tarde. En cuanto el palo le golpeó la pierna con un tremendo crujido, cayó al suelo. El dolor atroz que le ascendió por la pierna hizo que le subiera bilis a la garganta. Se la tragó al mismo tiempo que se desplomaba sobre los húmedos adoquines llenos de lodo del callejón. En algún lugar de su mente una voz le gritó que se levantara. Pero no pudo.

Sintió todo su cuerpo agonizante y un negro cenagal envolvió su pensamiento. Ni siquiera el pie que se hundió en su costado produjo el suficiente dolor para atravesar la bruma que le nublaba el cerebro. Un grave gemido resonó en sus oídos. Le pareció extraño que el hombre que seguía propinándole patadas estuviera gimiendo, hasta que en las profundidades de su mente se dio cuenta de que el sonido surgía de él.

—Maldita sea, Billy, ¿qué coño estás haciendo? Se supone que no debemos matar al bastardo.

—¿Qué más da?

—No dejaré que me cuelguen por asesinato, estúpido patán —espetó el compañero de Billy—. Sólo teníamos que darle una paliza, y diría que ya has hecho más que eso. Cógele la cartera y ese anillo de ahí.

Apenas consciente de dónde se encontraba, Garrick oyó la conversación de sus atacantes como si lo hiciera desde la distancia. Alguien se inclinó entonces sobre él y tiró de su chaqueta. El brusco movimiento hizo que más dolor le atravesara todo el cuerpo. Incapaz de moverse, no se resistió a la bruma que lo envolvía y la sonrisa de Ruth llenó su mente mientras flotaba al límite, incapaz de moverse o hablar.

Las voces de sus atacantes habían desaparecido y Garrick se dio cuenta vagamente de que había estado inconsciente durante Dios sabía cuánto tiempo. Intentó moverse, pero cuando lo hizo un fuego rugiente asaltó su cuerpo. Dormir. Lo único que necesitaba era dormir un poco. Volvió a adormecerse y, cuando se despertó, sintió que un gran dolor le cubría todo el cuerpo.

Santo Dios, no había sido un sueño. Rodó con un gruñido y se quedó allí tendido durante un momento. Levantó la cabeza y vio la calle delante de él. Parecía como si estuviera a cien kilómetros de distancia. Con una brusca inspiración que le llenó de fuego la garganta dolorida, se incorporó sobre las manos y las rodillas para arrastrarse hacia la calle.

Vagamente, percibió que las primeras luces del amanecer iluminaban el cielo antes de desplomarse sobre los sucios adoquines. No estaba seguro de cuánto le había costado reunir fuerzas de nuevo, porque no dejaba de perder y de recuperar la consciencia. La siguiente vez que se despertó, logró ponerse en pie. Gracias a algún

pequeño milagro, fue capaz de tambalearse hasta la pared, en la que permaneció apoyado durante un momento. Reuniendo fuerzas despacio, deslizó el cuerpo por la pared hacia la entrada del callejón. Cada paso era una agonía, pero se negó a desplomarse y a rendirse al dolor. Poco a poco, se obligó a avanzar.

No sabía cuánto tiempo había tardado en llegar a la calle, pero cuando lo logró, salió a la acera, donde, sin el muro para apoyarse, se tambaleó hacia un lado y luego hacia el otro. Incapaz de pensar con claridad, se balanceó mientras miraba a su alrededor. ¿Dónde estaba? Ruth. Había estado en casa de Ruth. ¿En qué dirección se encontraba?

Oyó cerrarse una puerta cerca y, con torpeza, se volvió. Vio un pequeño faetón que aguardaba a un hombre que bajaba la escalera de una de las casas. El hombre le resultó familiar. Dio un paso adelante pero cayó de rodillas. Una sensación de fracaso lo inundó cuando intentó arrastrarse. Con la garganta inflamada y dolorida, intentó gritar pidiendo ayuda, pero no lo logró.

—Oiga, ¿está bien?

Había oído antes esa voz, pero no pudo recordar dónde. Garrick negó con la cabeza en respuesta y el movimiento le arrancó un gruñido de dolor. Aunque apenas podía alzar la cabeza, logró mirar al hombre que estaba inclinado sobre él. Worthington.

—Dios santo. Stratfield. ¿Qué diablos...? Johnson, ven aquí enseguida. —Con cuidado, el joven le tocó el hombro—. ¿Dónde estás herido?

La cuestión lo hizo reír, pero el sonido que emitió no tuvo nada que ver con la risa. Tenía un lado de la boca inflamado y todo cuanto salió por ella fue un gruñido. Cuando el conductor llegó hasta ellos, Worthington dio al hombre indicaciones y juntos levantaron a Garrick. Otro gruñido surgió de su ardiente garganta y Worthington masculló un improperio.

—Lo siento, amigo. Tienes una nueva amiga, ¿verdad? ¿Lady Attwood?

—Sí —logró responder él.

—Está a unas pocas casas más allá. Lo llevaremos allí. —Worthington bajó la cabeza hacia él—. En vista de tu estado, seguramente esto no va a ser agradable, Stratfield.

Garrick sólo fue capaz de gruñir cuando los dos hombres lo llevaron medio a rastras a casa de Ruth. En un rincón de su mente, oyó una voz que le advertía, pero no pudo distinguir qué decía. En lugar de eso, sintió que se encorvaba entre los dos hombres al sumirse de nuevo en la oscuridad.

Cuando volvió a recuperar la consciencia, oyó sonidos de exclamaciones y la dulce música de la voz de Ruth. Intentó levantar la cabeza, pero le resultó difícil hacerlo. Experimentó una repentina sensación de ingravidez cuando varias manos lo subieron por la escalera hasta el dormitorio de ella. Otro gruñido se le escapó de los labios cuando lo dejaron sobre un suave colchón. Una mano fría le acarició la cabeza y, cuando abrió los ojos, vio a Ruth inclinada sobre él. El miedo le oscurecía la mirada y, por muy mal que se sintiera, eso lo animó levemente. Sentía miedo por él. Intentó tranquilizarla con una sonrisa, pero lo único que logró fue esbozar una mueca antes de perder la consciencia de nuevo.

Garrick despertó con el sonido de unas voces quedas cerca sin saber cuánto tiempo había pasado. Se lamió los labios secos e intentó aclararse la garganta para pedir agua. En cuestión de segundos, Ruth estaba a su lado. A pesar del dolor que sentía, lo primero que pensó fue lo hermosa que estaba. Había creído que no volvería a verla nunca. Le rodeó los hombros delicadamente con el brazo para poder acunarlo contra ella y le ofreció agua. Después de tres sorbos, apartó la taza de él y, cuando Garrick alargó el brazo en señal de protesta, ella la alejó más.

—Sólo un poco, mi vida. Demasiada agua podría producirte náuseas. —El tranquilizador sonido de su voz le acarició los sentidos e intentó asentir mientras volvía a cerrar los ojos.

Un leve beso le rozó la ceja justo antes de sumirse de nuevo en la inconsciencia.

Tenía frío. Las sábanas se movieron a su alrededor cuando se dio la vuelta. El movimiento convirtió el apagado dolor palpitante en una aguda punzada que lo despertó de golpe. Dios, ¿qué diablos le pasaba? Abrió los ojos y frunció el cejo al ver las cortinas que cubrían sus ventanas. ¿Quién demonios había cambiado las cortinas? Despacio, la estancia se tornó más nítida y Garrick se dio cuenta de que no estaba en casa. Se encontraba en el dormitorio de Ruth. En su cama. Desnudo.

Se incorporó de repente y, en cuanto lo hizo, el dolor agudo le revolvió el estómago y le arrancó un grave grito de los labios. ¿Por qué demonios sentía tanto dolor? El callejón... La ira lo atenazó cuando recordó a los dos hombres que lo habían atacado. En cuanto se viera capaz, haría llamar a Blackstone y le encargaría que encontrara a los malnacidos que le habían hecho eso.

Maldición, sentía la garganta como si hubiera vomitado, pero estaba seguro de que era por los dedos fornidos del tipo que había estado a punto de estrangularlo. Con cuidado, bajó la cabeza y levantó los brazos todo cuanto pudo para examinar los moretones de los costados. Maldita fuera, le dolía prácticamente todo el cuerpo. Algunos lugares más que otros. Moverse rápido sería difícil en el mejor de los casos. La mandíbula también le dolía y se pasó los dedos levemente por el lado de la cara que sentía más sensible. El contacto no fue agradable, pero no estaba tan dolorido como esperaba en vista de la paliza que recordaba. Probablemente la peor parte se la había llevado en la pierna. El dolor le llegaba hasta el mismo hueso. Algo le dijo que necesitaría usar un bastón durante un tiempo.

El sonido de una puerta al abrirse lo hizo alzar la cabeza. Ruth entró en la estancia. Llevaba un vestido azul y se la veía lo bastante tentadora como para comérsela. Dios santo, y pensar que podría no haber vuelto a verla nunca más. Su imagen hizo reaccionar a su miembro durante unos breves segundos antes de que se pusiera flácido y lo inundara un lento e insoportable horror. Estaba desnudo. Ahora, aparte de Bertha y su tío, alguien más sabía ya que era un medio hombre. ¿Había sido ella quien lo había desnudado? ¿Sabía Ruth la verdad? La bilis le subió a la garganta al pensarlo y su cuerpo se puso rígido por la tensión, que intensificó el dolor que atenazaba hasta el último milímetro de su ser.

—Estás despierto.

La alegría hizo aumentar la excitación en su voz, pero en lo único que podía pensar Garrick era en la necesidad de saber quién conocía su secreto. La observó moverse rápido para dejar la bandeja que llevaba antes de apresurarse hacia la cama. Él hizo una mueca de dolor cuando Ruth se sentó a su lado y le cogió la mano. Con ternura, se la llevó a los labios y le besó los nudillos arañados. A continuación, se la giró y lo besó en el interior de la palma.

—¿Te sientes capaz de tomar un poco de caldo?

—No —respondió él con aspereza.

Negó con la cabeza lentamente mientras bajaba la mirada para estudiar su mano, que sostenía la de él. A pesar del miedo que lo atenazaba, una pequeña parte de Garrick acogió con agrado la calidez de su contacto. Indicaba un afecto por él que casi aplacó sus miedos, pero el terror era más fuerte. Tiró de la mano para liberarla de la suya con una mueca, ya que el movimiento le afectó al resto del cuerpo.

—¿Quién...? —espetó y apartó la mirada de ella. Dios santo, ni siquiera podía hacer la pregunta.

—Yo lo hice. —Su respuesta tranquila lo hizo mirarla.

—¿Qué hiciste? —Sabía a qué se refería, pero no deseaba creerlo.

—Yo te desvestí —le dijo con dulzura—. Había pocas opciones, necesitábamos ver el alcance de tus heridas. Sabía que no querrías que nadie te viera, así que soy la única que... que lo sabe.

Sus palabras lo atravesaron golpeándolo con la misma fuerza despiadada que la paliza que había recibido la noche anterior. Peor aún, porque ella había tartamudeado al decirlo. Un potente indicador de su repugnancia.

«Mierda. Mierda. Mierda.»

Los violentos juramentos aumentaron despacio en su mente, hasta que el último fue un rugido de furia que resonó en su cabeza. Lo había visto. Conocía su secreto. La humillación lo inundó. ¿Qué se suponía que debía hacer, entonces? Si Ruth se lo contaba a alguien, sería el hazmerreír de la alta sociedad. Peor, sería objeto de lástima para otros. El repentino impulso de huir le atenazó las extremidades y examinó la estancia en busca de su ropa. Salir. Necesitaba salir de allí. Necesitaba encontrar un sitio tranquilo para pensar.

—¿Dónde está mi ropa? —La áspera nota de su voz la hizo estremecerse, pero no le importó. Tenía que marcharse. No podía quedarse allí sabiendo que ella conocía la verdad.

—Está en el armario, pero no estás lo bastante recuperado para levantarte de la cama, y mucho menos para vestirte.

—Mi ropa, lady Attwood —espetó con los dientes apretados. La expresión de dolor que sobrevoló el rostro de Ruth le resultó fácil de ignorar porque el pánico en su interior se negaba a ceder.

—No seas ridículo —replicó ella—. Estás demasiado débil para ir callejeando por la ciudad.

—Yo juzgaré lo fuerte que estoy. Tráeme mi ropa.

—Cógela tú mismo.

Las palabras de Ruth sonaron llenas de exasperación y el ruidoso susurro de sus faldas al levantarse subrayó su indignación. Con la boca tensa por la ira, dio varios pasos hacia atrás alejándose de la cama y aguardó a que él se moviera. Garrick la fulminó con la mirada y empezó a arrastrarse hasta el borde del colchón, atento a que la sábana lo cubriera de cintura para abajo. Aunque conociera su defecto, la idea de exponerse ante ella le resultaba impensable.

Sus esfuerzos por alcanzar el borde de la cama le arrancaron un siseo de dolor y se detuvo para tomar aire. Maldición. ¿Qué parte de su cuerpo no le dolía? Volvió a avanzar y el gruñido que profirió hizo que Ruth dejara escapar un leve gemido de consternación. Maldita fuera, lo último que deseaba era su compasión. Pero no había muchas opciones respecto a lo de levantarse de la cama. Ella tenía razón: no tenía fuerzas para marcharse.

Ese descubrimiento lo hizo recostarse de nuevo. No estaba acostumbrado a verse tan impotente y nunca antes había necesitado las atenciones de un médico. Se puso rígido. «Nosotros.» Había dicho «necesitábamos». Por Dios todopoderoso, debía de haber llamado a un doctor. No era la única que conocía la verdad. Horrorizado, Garrick apretó la mandíbula, un gesto que le valió una punzada de dolor que le atravesó la cabeza, aunque eso no le impidió volver a incorporarse.

—Has dicho «necesitábamos» —espetó.

—Hice que Simmons te examinara. Sirvió en el ejército como médico. —El tono de Ruth era sereno, pero la irritación seguía bajo la superficie—. Es bastante bueno, y confié en su opinión de que no corrías un grave peligro.

Un sirviente. Había permitido que un sirviente lo examinara. Se le retorcieron las entrañas ante esa nueva revelación. Los sirvientes tenían fama de chismosos. Era como ponérselo en bandeja al selecto grupo de Marlborough. Un sirviente susurraba una sustanciosa información al oído de otro sirviente que trabajaba en otra casa y, de repente, algo privado pasaba a ser del dominio público.

—Permitiste que un sirviente...

—Estuve con Simmons todo el tiempo. Y aunque confío en él plenamente, sé que su examen no desveló tu secreto.

Ella regresó entonces a la cama para colocarle bien las almohadas en la espalda. Que Dios la asistiera si le estaba mintiendo.

—Déjame tranquilo, Ruth. —Le dolía la garganta y su conversación no hacía más que exacerbar el dolor.

Cada nueva revelación que le ofrecía aumentaba su sufrimiento. Y lo último que deseaba en ese instante era pensar en cómo su vida cambiaría... había cambiado, y no para mejor. Cerró los ojos exhausto.

—Oh, entonces ya no soy lady Attwood —masculló ella. Garrick hizo una mueca de dolor cuando ella le colocó una almohada detrás—. Debería darte un coscorrón por ser tan testarudo e intentar levantarte de la cama.

—Por Dios, déjame solo.

Su fiero rugido sonó tan intenso como el dolor que sentía en la garganta y, cuando abrió los ojos, la vio retroceder como si la hubiera mordido. Una parte de él esperó que saliera huyendo de la estancia, pero no lo hizo. En lugar de eso, se quedó contemplándolo durante un largo momento antes de negar con la cabeza.

—No haré semejante cosa. —Su tono firme reflejó los vestigios de su enfado—. Me necesitas, y comprendo parte de lo que debes de estar sintiendo.

—¿Cómo diablos podrías comprenderlo? —espetó él.

Ruth lo miró a los ojos antes de suspirar suavemente.

—No eres el primer hombre que veo con un solo testículo, Garrick.

Su confesión lo cogió completamente desprevenido y se quedó mirándola estupefacto. Negó con la cabeza. Debía de estar mintiendo. ¿Con qué fin? No tenía ni idea, pero no podía estar diciéndole la verdad. Con sus ojos violeta centelleando por la ira, Ruth se puso rígida.

—No tengo costumbre de mentir y, aunque nunca desvelo los secretos de ningún hombre con el que he estado, puedo asegurarte que tu condición física ya la he visto antes.

Garrick no supo qué decir y apartó la mirada de la de ella. ¿Era realmente posible que alguno de sus otros amantes tuviera el mismo defecto físico que él? ¿Le estaba diciendo la verdad? No se le ocurrió ningún motivo para no creerla. Y deseaba creerla, confiar en que guardaría su secreto como lo había hecho con los de otros hombres.

Ella se sentó entonces sobre la cama a su lado y Garrick inspiró su aroma. Eso lo tranquilizó, a pesar de que el horror aún lo mantenía rígido. Ella le acarició levemente el dorso de la mano, pero él se negó a mirarla.

—Sea lo que sea lo que tu tío te dijo sobre tu condición, se equivocaba. —Le rodeó los dedos con los suyos y le apretó la mano.

—Creo que eres una excepción en este tema en particular —masculló él con una mueca.

—Lo dudo mucho —le aseguró convencida—. No puedo creer que ninguna mujer pueda encontrarte repulsivo.

—Pues te equivocas. —Volvió la cabeza y la miró con frialdad—. Tenía diecisiete años cuando descubrí lo repulsivo que soy para las mujeres.

—¿Todas las mujeres o sólo una? —La tranquilizadora calma de su voz le hizo cerrar los ojos. Esa mujer era demasiado capaz de convencer a un hombre para que le abriera su alma.

—No fue necesario exponerme más de una vez —replicó él al tiempo que negaba con la cabeza—. Lo que sucedió me convenció de que todas las mujeres reaccionarían del mismo modo que lo hizo Bertha.

—Por favor, no me metas en el mismo saco que a todas las mujeres.

Estaba claramente enfadada, y una leve sonrisa se dibujó en los labios de Garrick cuando estudió su expresión molesta.

—Eres una mujer excepcional, Ruth. Me vería en un apuro si tuviera que incluirte en una categoría.

—Entonces te perdono —le dijo con una sonrisa, y alargó la mano para acariciarle la ceja—. ¿Qué papel desempeñó tu tío en el rechazo de esa mujer?

El recuerdo de Beresford irrumpiendo en el dormitorio aquella terrible noche hizo que se le tensara la boca por la humillación y la ira. Apretó la mandíbula y el dolor que siguió al gesto hizo que expulsara una brusca exhalación acompañada de un siseo.

—Mi tío sabía que estaba enamorado de Bertha y lo arregló todo para que yo acudiera a su habitación una noche. Era evidente que habían preparado toda la escena para burlarse de mí. —Dobló los dedos hasta que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

—Eso fue muy cruel.

—Mi tío es un hombre cruel. Burlarse de mi enamoramiento de Bertha y, ya de paso, de mi inexperiencia es propio de su carácter sádico.

—Entonces, él no sabía nada de tu condición.

—No —espetó Garrick mientras la humillación de aquel momento volvió a inundarlo—. Si Beresford lo hubiera sabido, no me cabe duda de que me habría atormentado con eso mucho antes de esa noche. Estoy seguro de que no lo supo hasta que irrumpió en el dormitorio cuando ella lo llamó carcajeándose.

En cuanto ese canalla se había enterado de que Garrick sólo tenía un testículo, había usado con entusiasmo ese descubrimiento para atormentarlo. Beresford había disfrutado de lo lindo martirizándolo con la amenaza de revelar su secreto. Más aún, había aprovechado cualquier oportunidad de un modo implacable para recordarle a Garrick que no era un hombre de verdad. Una y otra vez, su tío le había repetido que su defecto físico le garantizaba que ninguna mujer lo desearía. Suponía que debería sentirse agradecido por que no hubiera compartido su secreto con nadie, al menos hasta hacía poco. Incluso en ese momento, no podía estar seguro de si su tío había cumplido o no su parte del trato, un acuerdo al que habían llegado cuando echó a ese canalla de Chiddingstone Place.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Qué? —Garrick se puso tenso. No deseaba su compasión.

—El hecho de que nunca quisieras que te viera..., que te tocara. —En su respuesta serena no había ni rastro de compasión, sólo tristeza, y una gran oleada de alivio lo inundó.

—Eso no es del todo cierto. Yo sí deseaba que me tocaras.

Era una simple afirmación que lo dejó más vulnerable de lo que se había sentido desde aquella noche en la que su tío y Bertha habían jugado a ese malvado juego. La miró a los ojos durante un fugaz momento antes de apartar la vista. Esa mujer tenía la capacidad de descolocarlo. Incluso cuando había estado esforzándose tanto por sobrevivir, su único pensamiento había sido volver con ella. Dejó escapar un suspiro cuando un cansancio repentino lo dominó.

—Cielo santo, ¿en qué estaba pensando? —exclamó Ruth—. Estás agotado. Y no has comido nada.

Se puso en pie de un salto y corrió hacia la mesa junto al fuego. Cogió un gran cuenco de la bandeja. El contenido aún humeaba, y Garrick negó con la cabeza cuando ella se acercó. Intentar comer cuando la mandíbula y la garganta le dolían tanto era lo último que deseaba hacer.

—No —dijo con voz áspera.

—Seguro que podrás comer una cucharada o dos. Dolores lo ha preparado especialmente para ti y se sentirá decepcionada si no intentas comer un poco al menos.

Se sentó en la cama cerca de su hombro y removió la sopa con cuidado. Garrick intentó sonreírle por su tono mimoso.

—¿Tratas de hacerme sentir culpable?

—Desde luego, si con eso logro que comas algo. Sólo unas pocas cucharadas, luego podrás dormir un poco más.

La sonrisa que le dedicó habría sido suficiente para garantizar su obediencia. Tras asentir levemente, abrió la boca y se tomó la cucharada que ella le acercó a la boca. El caldo olía de maravilla y, para su sorpresa, sabía aún mejor. Logró comerse casi la mitad del cuenco antes de levantar torpemente la mano para indicar en silencio que ya no deseaba más.

Ruth dejó el cuenco a un lado y mojó una pequeña toalla en la palangana que había sobre la mesilla de noche. La escurrió y le limpió la cara tiernamente con el paño húmedo. Una vez hubo terminado, comprobó deprisa los vendajes y lo ayudó a recostarse en la cama. Inclinada sobre él, le cubrió con la mano la parte intacta de su rostro.

—Muy bien —le dijo en voz baja—. Intenta descansar un poco. Estaré aquí si me necesitas.

Un profundo cansancio se filtró hasta los huesos de Garrick cuando se acomodó. Sintió las extremidades pesadas, como si fueran de plomo, y apenas fue capaz de moverse cuando Ruth lo arropó. Su dulce olor le llenó los sentidos, y eso fue lo último que pensó antes de quedarse dormido.

La luz del sol le calentaba el rostro mientras descansaba en el pequeño jardín interior de Ruth con los ojos cerrados. La estancia era soleada y cálida, a pesar del leve frescor del aire en el exterior. Habían pasado cuatro días desde el ataque y ya volvía a sentirse de nuevo él mismo.

La incapacitación era algo a lo que no estaba acostumbrado y desde luego no había disfrutado de ello. Sobre todo, cuando no había sido capaz de moverse lo bastante rápido como para darle un mamporro a su hermano. Ruth había informado a su familia a la mañana siguiente del ataque, y Vincent había ido a verlo en cuanto el mensaje llegó a Chiddingstone Place.

Los comentarios de su hermano sobre lo impropio que era su confinamiento en la casa de Ruth lo habían enfurecido. Sabía que la intención de Vincent era buena, pero sus observaciones sobre la diferencia de edad entre Ruth y él lo irritaron sobremanera, y le desagradó aún más la preocupación que mostró respecto a lo que se hablaría entre la alta sociedad, porque le había recordado el último cotilleo relacionado con Ruth y él.

Por suerte, gracias a Worthington, la alta sociedad estaba convencida de que se encontraba a las puertas de la muerte y, por el momento, eso era lo único en lo que se centraban los periódicos. Sin embargo, los rumores pronto empezarían a cuestionar la duración de su convalecencia. Una cosa era que se los viera juntos en público, pero residir abiertamente en casa de Ruth la convertiría en el blanco de chismorreos de las malas lenguas. Eso era algo que quería evitar a toda costa, y era el motivo por el que había decidido regresar a casa ese mismo día.

Frunció el cejo. No, ésa no era la verdadera razón, y lo sabía. Cuando ella había accedido a ser su amante en el orfanato, Garrick había pensado que su relación seguiría siendo básicamente como había sido hasta el momento, con unos pocos cambios sin importancia. Sin embargo, debería haber sabido que no sería así. Debería haberlo planificado mejor. Incluso podría haber evitado que lo atacaran si hubiera estado pensando con más claridad. Debería haber sabido que se estaba buscando problemas al volver a casa andando aquella noche. Resopló enfadado.

Ése no había sido el problema. Podría haberse defendido fácilmente si hubiera estado prestando atención. Para cuando se dio cuenta de que su atacante no era otro balbuceante borracho ya era demasiado tarde. Una cosa era boxear con un contrincante en el cuadrilátero bajo las reglas del marqués de Queensbury y otra totalmente diferente una pelea callejera.

Si uno no estaba preparado para un encuentro como el que él había tenido... Lo cierto era que se sentía condenadamente afortunado de seguir con vida. Bajó la mirada y observó su mano desnuda. Esos canallas lo habían golpeado y le habían robado. Incluso se habían llevado el anillo con el sello de la familia Stratfield. Era la única pertenencia de su padre que Beresford no había tocado. El sello haría que a los ladrones les fuera imposible vender la joya de una pieza, pero no tendrían problema en extraer las piedras. En cuanto llegara a casa, se encargaría de que Blackstone ofreciera una recompensa en la calle por cualquier información que lo condujera hasta sus atacantes y el anillo.

Otra mueca le torció la boca. Gracias a sus agresores, Ruth había descubierto su secreto. Ahora todo había cambiado entre ellos y Garrick no tenía ni idea de hacia adónde ir. Sobre todo cuando la opción de romper con Ruth era impensable. Incluso hallándose apenas consciente, había sabido cuándo ella estaba cerca.

Entre el efecto del láudano y el dolor, le había costado casi un día darse cuenta de que Ruth había estado durmiendo en uno de los sillones junto al fuego. De inmediato, insistió en que compartiera la cama con él. Aunque había protestado, al final había logrado salirse con la suya y, durante las últimas dos mañanas, se había despertado con la dulce sensación de tener a Ruth acurrucada contra su pecho. Era una sensación física que se movía entre el placer y el tormento.

Incluso las ocasionales punzadas de dolor cuando lo había golpeado sin querer en medio de la noche habían sido soportables sólo por tenerla en sus brazos. A diferencia del día anterior, en que había amanecido descubriendo que ella ya se había levantado, esa mañana Garrick se había despertado primero. Su reacción física ante ella había sido inmediata, pero eso no lo había sorprendido. Sin embargo, la revelación que siguió lo dejó estupefacto.

La amaba.

Era un descubrimiento simple y directo que lo cogió desprevenido. Y, además, complicaba aún más las cosas entre ellos. A pesar de sus palabras de comprensión, seguía incomodándolo la idea de exponerse ante ella y ahora le resultaría incluso más difícil. Estaba seguro de que le tenía afecto, pero ¿amarlo?

La idea de que lo rechazara era mucho más dolorosa de lo que se atrevía a considerar. No deseaba volver a sentir la humillación que había experimentado en manos de Bertha. No era que creyera que Ruth podría ser tan cruel, pero perderla sería insoportable. La pregunta para la que realmente deseaba una respuesta era si sentía o no algo por él. Pero ¿cómo abordar el tema? A Ruth aún le preocupaba la diferencia de edad entre ellos. Cuando descubriera que él era aún más joven de lo que ella creía, la probabilidad de que lo rechazara era mucho mayor de lo que deseaba pensar. Necesitaba trazar un plan que le permitiera darle la noticia con delicadeza antes de que algún miembro de la alta sociedad lo hiciera por él. El problema era que no estaba seguro de cómo hacerlo sin poner en riesgo su relación.

Todos esos pensamientos se habían agolpado en su mente cuando se había despertado con su dulce cuerpo acurrucado contra el de él. Era el motivo por el que la había dejado durmiendo y se había levantado para vestirse. Sus pensamientos eran demasiado caóticos para que ella no se diera cuenta de que algo iba mal, y lo último que deseaba era confesarle sus sentimientos sin saber exactamente cómo afrontar la situación para asegurarse un resultado favorable.

Afeitarse le había resultado complicado, porque la mandíbula aún le dolía, pero la inflamación ya casi había desaparecido y el moretón hacía que pareciera que llevara barba de dos días. Aún tenía los costados magullados y lo único que todavía le dolía realmente era la pierna. Simmons había comentado que Garrick había tenido suerte de que no estuviera rota teniendo en cuenta el tamaño del cardenal. Caminar aún le resultaba doloroso, pero no dejó que eso le impidiera bajar la escalera. En cuanto Dolores lo había visto en el vestíbulo, se había acercado a él como una gallina clueca y le había ordenado que se acomodara en el jardín interior, donde le había llevado el desayuno y el *London Times*.

El periódico no había logrado captar su interés, ya que los pensamientos acerca de Ruth se habían abierto paso de un modo implacable en su cabeza. Su defecto de nacimiento no la había afectado y había descartado la idea de que otras mujeres pudieran encontrarlo repulsivo. Eso hizo que Garrick la amara aún más, pero no aplacó sus miedos. A pesar de sus comentarios tranquilizadores, que él recordara, no había dicho si deseaba o no volver a acostarse con él. Quizá estaba esperando simplemente a que se recuperara antes de recibirlo de nuevo en su lecho. Y él lo deseaba, lo deseaba mucho. Aun con las heridas, su cuerpo estaba más que listo para disfrutar de ella de nuevo.

Deseaba sentir cómo sus cremosos pliegues envolvían su erección mientras él adoraba con la boca sus hermosos pechos, sus deliciosos labios y cada sedoso milímetro de su cuerpo. Sin embargo, no sólo era la idea de hacerle el amor lo que hacía reaccionar a su corazón. Lo amaba todo de ella. La dulzura de su sonrisa, cómo arrugaba levemente el entrecejo cuando se concentraba en un problema. Pero el sonido de su risa era lo que le proporcionaba el mayor placer. Sobre todo, cuando era él quien la hacía reír. Nunca se lo había dicho claramente, pero Garrick sabía que su vida no era tan satisfactoria como ella deseaba. La traición de su padre la había herido profundamente y había momentos en los que se había reprimido y no le había expresado la tristeza que sentía por la existencia que podría haber tenido. Deseaba protegerla de todo cuanto amenazaba con herirla.

Si había una cosa que podía hacer por ella, sería convencer al marqués de Halethorpe de que había sido injusto con su esposa y su hija. Sólo necesitaba encontrar un modo de demostrarlo. En vista del carácter de Tremaine, era imposible no pensar que su padre había sido, sin duda, un sinvergüenza. Si podía hallar un modo de que se reconciliaran, daría a Ruth un motivo más para considerar la posibilidad de pasar el resto de su vida con él. Sabía que ese pensamiento no debería haberlo sorprendido, pero así fue. Siempre había creído que Vincent daría un heredero a su familia. La idea de casarse había sido un pensamiento tan remoto como la de ser padre. Pero sabía que deseaba más de Ruth que lo que tenían en ese momento. La quería como esposa. La idea de perderla por otro hombre hizo que se le encogiera el estómago. Tomó una profunda inspiración y sus fosas nasales se llenaron con una exótica fragancia que conocía bien. Sintió sus labios suaves y cálidos cuando ella se inclinó para besarlo.

—Buenos días —le dijo al tiempo que se sentaba a su lado en el diván—. Me sorprende verte despierto tan pronto. ¿Cómo estás?

—Mucho mejor, gracias. —Forzó una sonrisa que esperó que expresara sus sentimientos.

—Me alegro.

Ruth le cogió la mano y el contacto provocó que una oleada de tensión le inundara el cuerpo. La rapidez con la que lo recorrió le mostró lo cerca que estaba del límite en lo que a ella concernía. Una palabra o un movimiento erróneos revelarían partes de sí mismo que había mantenido ocultas durante años. Partes que deseaba compartir con Ruth, pero el hecho de no saber qué sentía ella hacía que le resultara imposible abrirle su corazón. Más bien reforzó el hecho de que necesitaba un plan. Aunque no tenía ni la más mínima idea de cuál sería. ¿Cómo se cortejaba a una cortesana y se la convencía de que se casara con uno, sobre todo, si ella era mayor y le preocupaba su edad? Se tragó el nudo que le atenazaba la garganta.

—Has sido una enfermera tan maravillosa que me siento lo bastante fuerte para regresar a casa hoy.

—Pero aún no estás bien —exclamó ella consternada.

—Lo suficiente. Hay asuntos que requieren mi atención, y mi presencia aquí... Ya he sido suficiente carga.

—¿Qué te hace pensar que eres una carga? —Sus ojos violeta se entornaron mientras lo contemplaban con una mirada astuta que Garrick reconoció.

—¿Niegas que tu rutina se ha visto alterada durante los últimos días porque debías cuidar de mí? —La miró a los ojos sin vacilar, pero estaba claro que Ruth lo conocía mejor de lo que creía. Estaría perdido si descubría sus sentimientos.

—Entiendo. —Ella guardó silencio durante un segundo, luego negó con la cabeza—. Esto tiene que ver con el hecho de que conozca la verdad respecto a ti, ¿no es cierto?

—No sé a qué te refieres —repuso él con calma, agradecido de que no hubiera dado con la verdadera razón. Necesitaba poner algo de distancia entre ellos.

—Sabes exactamente de qué estoy hablando —protestó exasperada—. Me decepciona que pudieras llegar a pensar siquiera que yo te rechazaría simplemente porque la naturaleza te hizo diferente de otros hombres.

—Yo no recuerdo haber dicho nada a ese respecto. Sin embargo, ambos sabemos que es un tema que requiere consideración —replicó él frunciendo el cejo.

Era cierto. Había dos obstáculos que debían superar para lograr la felicidad mutua: su defecto y la negativa de Ruth a ver la edad como un estado de ánimo, no un número.

—¿Sí? Pues yo no lo veo así. —En cuanto ella le apoyó la mano en el estómago, Garrick se puso rígido. Por Dios santo. Siempre que lo tocaba encendía un fuego en su interior que amenazaba con consumirlo—. ¿Puedo decirte qué vi la otra noche cuando te desvestí?

—No cambiará nada —respondió él estoicamente mientras reconocía que deseaba estar completo, aunque sólo fuera por ella.

—No estoy de acuerdo. Lo cambia todo entre nosotros, y creo que es una conversación que deberíamos haber mantenido hace mucho.

Sus dedos se acercaron a los botones bajo la bragueta del pantalón, forzándolo a cogerle la mano. La firme mirada que ella le dirigió lo hizo dar una profunda inspiración, que, a su vez, le llenó de inmediato los sentidos con su sensual fragancia. El aroma combinado con su mirada decidida hizo que la garganta se le tensara dolorosamente. Dios santo, cómo la amaba cuando lo miraba así.

—Si sientes la necesidad de demostrarme algo —espetó él—, no lo hagas.

—Lo único que deseo demostrarte es que tu tío se equivocaba. Tu cuerpo es una obra de arte.

Ruth se zafó delicadamente de sus dedos, que la sujetaban por la muñeca, y le desabrochó el primer y el segundo botón de los pantalones. Su cuerpo traicionero reaccionó con asombrosa rapidez. Cuando Garrick meneó la cabeza en un gesto de protesta, ella le pegó los dedos a los labios.

—No. No digas nada. Sólo escúchame —le ordenó mientras continuaba desabrochándole los pantalones—. Cuando te quité la ropa la otra noche, me quedé horrorizada por todos los cardenales que estropeaban tu increíble cuerpo. Pero ni siquiera la fealdad de las heridas pudo ocultar lo que yo siempre había sabido: eres hermoso.

Garrick gruñó con incredulidad antes de que el corazón le golpeara el pecho con fuerza. Ella lo miró durante un momento antes de exponerlo por completo. Cuando sus dedos le abrieron el pantalón para revelar su erección, fue como si le hubieran golpeado el pecho con un mazo. Santo Dios, deseaba creerla.

—Me encanta mirarte..., tocarte —susurró ella mientras trazaba círculos con el dedo índice en el borde del glande antes de ejercer una exquisita presión sobre la gruesa vena justo por debajo del borde—. Cuando te miro, deseo complacerte. ¿Sabes cómo deseo complacerte, Garrick?

—¿Cómo? —preguntó él con voz ronca. Su pregunta hizo que se le curvaran los labios para formar esa misteriosa sonrisa suya que extendió un fuego por todo el torrente sanguíneo de él, hasta que deseó levantarle la falda y encajar su melifluo centro sobre su miembro.

—Así.

Sin saber cómo, Garrick supo qué pretendía hacer, y en cuanto inclinó la cabeza hacia su erección, todo rastro de aire desapareció de sus pulmones. El calor de su lengua dejó una intensa estela desde la base hacia arriba, donde giró alrededor del glande. La caricia le hizo tomar una brusca inspiración.

Había oído hablar a sus amigos sobre mujeres que los acariciaban y jugaban con su miembro, pero nunca había soñado que sería así. Era un contacto diferente de cualquier cosa que hubiera soñado nunca. En un momento sentía la ardiente caricia de su lengua sobre el miembro y luego, casi en el mismo instante, enfriaba su piel con una ráfaga de aire. Era una sensación asombrosa que lo endureció hasta que casi estalló de placer.

—¿Te gusta, Garrick?

—Sí. —Su respuesta fue poco más que un sonido gutural en sus propios oídos.

—¿Y esto? —El calor de su lengua descendió hasta el testículo antes de envolverlo con la boca. Maldición.

¿Tenía que preguntarle? Por supuesto que le gustaba.

—Sí —espetó él, y gruñó cuando se lo succionó.

Un instante más tarde, arqueó las caderas hacia arriba cuando ella emitió un grave sonido que lo hizo vibrar. Dios. Justo cuando creía que le había enseñado todo lo que necesitaba saber sobre el placer, lograba hacer algo más que le indicaba lo poco que sabía realmente. Una sensación increíble lo recorrió hasta que su miembro se inflamó y se endureció más de lo que creía posible.

Sin dejar de gemir, Ruth lo envolvió con la mano como si de un delicado torno se tratara. La caricia de sus dedos, combinada con las vibraciones en el testículo, hizo que Garrick se aferrara a los lados de su asiento como si así pudiera controlar el placer. Que Dios lo ayudara, pero la destreza de esa mujer lo estaba llevando a lugares que nunca había imaginado. Un gruñido surgió de su interior cuando ella tensó la mano a su alrededor. La fricción que creó su caricia casi hizo que vertiera su simiente.

—Cari... ño —logró decir—. Cariño, si no..., aah..., si no... paras..., no podré.....

De inmediato, ella levantó la cabeza pero continuó deslizando la mano por su erección a un ritmo lento y constante. Los sentidos le nublaban la cabeza, y Garrick intentó centrar la mirada en sus rasgos. Había una sonrisa de dulce triunfo en su rostro.

—¿Me crees cuando te digo que eres hermoso?

La pregunta lo hizo temblar. ¿Podía creer eso? Después del rechazo de Bertha, después de todas las veces que su tío le había recordado que sólo era un medio hombre e incluso de las insinuaciones de Wycombe, después de todo eso, ¿era posible que hubieran estado equivocados? Deseaba creerla con todas sus fuerzas. Confuso en medio de emociones encontradas, negó con la cabeza. Ella estaba capacitada para complacer a un hombre y se había marcado el objetivo de enseñarle cómo hacerle el amor a una mujer. Ruth lo miró con los ojos levemente entornados.

—Ya te he dicho que no acostumbro a mentir —insistió en tono firme pero, al mismo tiempo, suave—. Tu cuerpo es una obra de arte que sólo Dios podría haber creado.

—Cometió un error —espetó él al recordar la repugnancia de Bertha.

—No, mira lo duro e inflamado que estás. —Ruth deslizó entonces la mano en una rápida caricia que le arrancó un gruñido—. Eres hermoso. No creas lo que Beresford te dijo durante años.

—No es...

—Has creído a tu tío durante tanto tiempo que ahora no puedes verte tal como yo te veo, como cualquier mujer en su sano juicio te vería. —Le pasó el pulgar por encima de la vena palpitante que sobresalía justo por debajo del glande y le arrancó otro brusco jadeo—. Tu cuerpo es un maravilloso ejemplo de belleza masculina. Y tu pene es uno de tus atributos más hermosos. Sólo verlo hace que te desee.

Ruth volvió a bajar la cabeza y lo acarició con la lengua desde la base hasta la punta. La erótica caricia le provocó un intenso estremecimiento. Dios, no estaba seguro de cuánto más podría soportar. Alargó las manos hacia ella, pero Ruth entrelazó los dedos con los suyos y se las apartó.

—Tu tío se equivocaba.

Cuando volvió a bajar la cabeza, esperó sentir que su lengua lo lamía en toda su longitud pero, cuando lo tomó entero en la boca, apenas logró reprimir un grito de sorpresa y placer. Que Dios lo ayudara porque estaba decidida a desarmarlo por completo. Su boca sobre él era más ardiente que cualquier otra cosa que hubiera experimentado en su vida.

El exótico perfume de Ruth le llegó a la nariz y aumentó la intensidad del placer que le estaba dando. Garrick alargó las manos hacia ella y sumergió los dedos en su hermoso y sedoso cabello. Maldición, esa mujer estaba totalmente decidida a volverlo loco con sus lentas y enloquecedoras caricias.

Deseaba que se moviera más rápido, pero cuando le empujó delicadamente la cabeza, ella se resistió a su muda súplica. Calientes y húmedos, sus labios aferraron el extremo de su erección mientras trazaba círculos con la lengua alrededor del borde del glande antes de volver a envolverlo con la boca en un rápido y repentino movimiento. Garrick sintió que una oleada de placer lo atravesaba y dejó escapar un sonido gutural ante la intensidad de la sensación.

Tan rápido como lo había tomado en su boca, empezó a succionarlo con mayor velocidad. Ver cómo le acariciaba la erección era la imagen más erótica que hubiera visto nunca. Dios, esa boca era un malvado torno ardiente a su alrededor. Si alguien le hubiera pedido que explicara lo que le estaba haciendo, no habría sido capaz. No había palabras para describir las sensaciones que lo invadían. Jadeó sorprendido cuando ella aumentó la velocidad con la que lo succionaba. El asombroso contacto de sus dedos en el testículo hizo que tomara una brusca inspiración. Se lo acarició delicadamente con el pulgar mientras tensaba la boca alrededor de la erección. Una presión familiar aumentó en su interior y Garrick gruñó.

—Para, cariño... No voy a poder…

Sus palabras sólo consiguieron hacer que succionara con más fuerza, y la húmeda fricción que le aferraba el miembro fue una de las sensaciones más maravillosas que hubiera sentido nunca. Otro sonido gutural escapó de sus labios y, con un grito, estalló en el intenso calor de su boca.

—¡Dios! —gritó mientras ella se tragaba su simiente y seguía chupando su palpitante erección con los labios.

Garrick flotaba en un océano de ciego placer, en el que una oleada tras otra de increíbles sensaciones lo recorrieron. Era imposible pensar. Su cuerpo tenía el control absoluto y transmitía un abrasador mensaje de incontables deleites a su cerebro. Aun así, ella siguió acariciándolo con los labios. Unos intensos estremecimientos lo atravesaron ante sus caricias cada vez más lentas y volvió a estremecerse cuando Ruth lo deslizó despacio fuera de su boca. A continuación, se incorporó y lo miró con una leve sonrisa de satisfacción.

—¿Me crees ahora cuando digo que eres hermoso? Sobre todo tu miembro —susurró.

—Sí —respondió él con voz áspera. No tenía fuerzas para discutir con ella. No cuando le estaba costando toda la fuerza de voluntad que poseía no decirle que la amaba—. Gracias por... por...…

—No hay de qué.

No había ni rastro de diversión en su voz o en su expresión, pero, aun así, Garrick seguía sintiéndose como un estudiante con su primera mujer. Esbozó una mueca ante esa idea. Maldición, en muchos aspectos aún lo era y necesitaría muchas más lecciones para conseguir la habilidad que necesitaba para seducirla..., para complacerla. Y eso era lo que tenía intención de hacer: complacerla.

De algún modo, encontraría una forma de hacer que lo amara. Como cortesana, sabría bien que no debía implicarse emocionalmente con un amante. Pero si había algo que Garrick conocía de sí mismo era su determinación. Cuando se proponía algo, lo conseguía. Dobló los dedos para formar puños. Conseguiría que se enamorara de él. Aunque fuera lo último que hiciera, le haría ver que estaban hechos el uno para el otro. No tenía elección. Era una simple aceptación de su destino.

Su mirada se encontró con la de ella, y Ruth ladeó levemente la cabeza mientras lo estudiaba con el cejo fruncido en señal de confusión. Ella había admirado su cuerpo, pero él era la bestia en comparación con su belleza. Alargó el brazo para pegarle la mano al rostro. Cuando lo miraba así, le entraban ganas de llevársela a algún lugar remoto en el campo, lejos de los chismorreos y las malas lenguas que intentaban herirla. Un lugar donde pudiera disfrutar escuchando su risa o la dulce música de su voz. Algún lugar tranquilo donde pudiera saborear cada sonrisa, olor y contacto de ella en los años venideros. Y lo último que deseaba hacer era dejarla.

—Será duro dejarte. —En cuanto habló, una extraña emoción sobrevoló los rasgos de ella, pero desapareció casi tan rápido como había aparecido. El corazón le dio un brinco. ¿Había sido miedo? ¿Temía que él se refiriera a dejarla para siempre?

—No puedo imaginar por qué —repuso Ruth con una risa suave que a él le sonó vacía—. Estoy segura de que te has aburrido estos últimos días sin nada más que hacer que estar tumbado en la cama.

—No negaré que he echado de menos mi rutina matutina y la sesión de ejercicio en el club, pero echaré de menos despertarme contigo en mis brazos.

—Yo también te echaré de menos.

Aunque el tono de Ruth parecía despreocupado, sus palabras sonaron forzadas. Garrick la estudió con atención. Había dicho que lo echaría de menos, pero algo en su tono lo inquietó. Ella desvió la mirada de la suya y se entretuvo abrochándole los botones del pantalón y devolviéndole un aspecto más circunspecto. A pesar de su actitud natural, había cierto nerviosismo en ella que lo hizo fruncir el cejo.

—¿Qué ocurre, cariño? —La cogió de la barbilla para obligarla a que lo mirara. Durante el más breve de los instantes, vio que el miedo le oscurecía los ojos.

—Nada —replicó ella con una sonrisa brillante que estuvo seguro de que era forzada. Entonces se puso de pie y le ofreció la mano—. Vamos, haré que Simmons prepare el carruaje mientras recoges tus cosas.

Garrick aceptó su mano y se levantó. Ruth hizo ademán de caminar, pero él tiró de ella de inmediato y la atrajo hacia sus brazos. Sorprendida, lo miró con unos ojos como platos, pero tras la sorpresa había algo más, una emoción que Garrick no pudo descifrar e hizo surgir un leve miedo en su interior. La había creído cuando le había dicho que sus defectos físicos no eran importantes. Y el fervor con que se había ocupado de su miembro lo había ayudado a reforzar esa creencia. Sin embargo, le estaba ocultando algo y, de repente, ya no estuvo seguro de ella. Las cortesanas eran amantes y actrices expertas. ¿Había estado tomándolo por un estúpido? ¿Se había limitado a decirle lo que creía que él deseaba oír? Eran preguntas de las que no deseaba oír la respuesta. Se esforzó por que su voz no reflejara el miedo que lo embargaba.

—Te conozco, Ruth. Algo te preocupa y quiero saber qué es.

—Ya te lo he dicho. Vamos...

—Maldita sea, dímelo —gruñó frustrado y sintió un creciente miedo por que pudiera haberse encontrado con lo único en su vida que no podía controlar. El único objetivo que no podría conseguir. El corazón de Ruth—. ¿Tan deseosa estás de que me vaya ahora que has demostrado que puedes chupármela sin inmutarte?

—No —espetó con vehemencia—. Te he dicho que me pareces hermoso y hablaba en serio.

—Entonces ¿por qué demonios estás tan deseosa de deshacerte de mí?

—No estoy intentando deshacerme de ti. —Su furiosa mirada lo hizo fruncir el cejo confuso, y Ruth ocultó el rostro a su vista—. Estaba... estaba pensando... en lo duro que será cuando me dejes para siempre.

¿Dejarla? Dios, si esa mujer supiera lo difícil que le resultaba dejarla ese día. Una oleada de esperanza volvió a inundarlo, pero rápidamente reprimió la emoción. El instinto le dijo que ése no era el momento de comprobar qué sentía en lo que a él concernía, y se obligó a sí mismo a animarse.

—En vista de que la tinta de nuestro acuerdo apenas se ha secado, ¿no es un poco pronto para pensar en decirnos adiós? —bromeó con la esperanza de hacerla sonreír.

—Soy realista. Cuando tus clases acaben... —Sus ojos violeta se oscurecieron llenos de vulnerabilidad cuando alzó la vista hacia él y negó con la cabeza—. Necesitas un heredero, y me gustaría que encontraras una esposa joven después de que nos separemos.

Garrick esbozó una mueca. Ahí estaba de nuevo, el hecho de que fuera más joven que ella. Que Dios lo ayudara cuando descubriera que los separaban doce años. Ruth había logrado componer una máscara serena en el rostro. Era la misma expresión que había mostrado la noche que habían dado que hablar en la ópera. La idea de que pudiera estar pensando en acabar con su relación hizo que se pusiera tenso. La tomó de la barbilla con firmeza y delicadamente la obligó a mirarlo.

—No tengo intención de separarme de ti en mucho tiempo, Ruth. —Nunca.

—No me arrepiento de haber accedido a mantener nuestra relación. Sólo estoy siendo práctica. Lo nuestro acabará cuando uno de los dos ya no necesite al otro.

Su respuesta forzada lo hizo esbozar una mueca. Lo que realmente quería decir era: cuando él ya no necesitara de su instrucción. Dios santo, si al menos pudiera decirle la verdad... Pero esa verdad era incluso más peligrosa que cuando no había podido hablarle de su defecto físico. Como su amante, tendría la oportunidad de cortejarla, de convencerla de que podrían ser felices juntos a pesar de la diferencia de edad. Si ella lo apartaba de su lado, le resultaría difícil, si no imposible, conquistarla.

—Aunque disfruto mucho de tus clases de seducción, Ruth, ése no es el motivo por el que te pedí ser tu protector —le dijo en voz baja con la mirada fija en la de ella—. Me dijiste que deseabas que me sintiera cómodo contigo. Y así es. Ésa es la razón por la que propuse nuestro acuerdo. Me gusta estar contigo. Deseo estar contigo. Deseo cuidar de ti.

«Porque te amo.»

La expresión de ella se suavizó despacio al tiempo que fijaba la mirada en la de Garrick. La vulnerabilidad seguía ahí, en sus ojos violeta, pero algo más afinó su expresión. ¿Albergaba sentimientos por él que temía compartir? Sentía miedo de los obstáculos que sólo ella creía que se interponían entre ambos.

Habían encontrado placer en la cama juntos, pero eso no significaba que ella sintiera alguna emoción más, aparte del deseo. Aun así, ya no la notaba rígida en sus brazos.

—A mí también me gusta estar contigo. —Una leve sonrisa curvó sus labios. Su cuerpo volvió a relajarse y de inmediato Garrick la atrajo hacia sí.

—Eso espero, porque necesito muchas más clases de seducción.

—Ten cuidado con lo que deseas. Algunas lecciones no se aprenden en el dormitorio —replicó ella con una sonrisa mientras se relajaba levemente en su abrazo.

—Mientras me encuentre en tu compañía, me parecerá que ocupo mi tiempo de un modo de lo más agradable.

—¿Ves? Ya eres un maestro en el arte de hacer cumplidos a una mujer. —Esa vez, una pequeña risa surgió de sus labios—. Pronto dominarás el arte de complacerla.

Garrick vio más allá del despreocupado comentario e inclinó la cabeza para besarla. La suavidad de su piel era como seda contra sus labios cuando le acarició la línea de la mandíbula hasta el sonrosado lóbulo de la oreja. Cuando le dio un leve mordisco, la oyó jadear.

—Ya que estás convencida de que soy un alumno ejemplar, sólo hay una cosa que debo hacer.

Levantó la cabeza para mirarla a los ojos. La confusión arrugó el entrecejo de ella mientras se mordisqueaba la carnosa exuberancia de su labio inferior. Parecía una inocente joven que intentara solucionar un problema difícil. Lo observó con atención.

—¿Y qué podría ser eso? —inquirió.

—Me parece necesario abandonar mis estudios y centrarme únicamente en complacerte a ti.

Una oleada de satisfacción lo recorrió cuando un sonrosado rubor apareció en las mejillas de ella y una expresión de sincero deleite iluminó su rostro. No tenía ni idea de lo joven y adorable que parecía. Pero encontraría un modo de hacer que se viera a sí misma como él la veía. De alguna forma, la convencería de que la edad no importaba. No cuando dos personas se amaban la una a la otra.

15

Ruth bajó la escalera sabiendo que Garrick la estaría aguardando en el salón. Siempre que tenían planes para la velada, había tomado por costumbre disfrutar de una copa de coñac mientras esperaba a que ella acabara de vestirse. Habían pasado más de dos semanas desde que lo habían asaltado y ya se había recuperado por completo del ataque.

Aunque la policía le había tomado declaración, no tenía ninguna pista de quién había sido. Ni siquiera el hombre de Garrick, Blackstone, había logrado averiguar nada acerca de la identidad de los dos hombres que le habían robado y dejado malherido. Ruth había pedido a Simmons que también consultara a sus fuentes, pero, al igual que el hombre de Garrick, su viejo sirviente tampoco había conseguido nada. Cuando llegó al pie de la escalera, Ruth se detuvo para comprobar su aspecto una vez más.

El vestido de noche que llevaba era de satén, de un discreto dorado con pequeños detalles en negro. Lo había encargado hacía casi dos semanas y era la primera vez que se lo ponía. Su parte vanidosa estaba convencida de que tenía un aspecto elegante sin parecer demasiado madura y esperaba que a Garrick le gustara. Deseaba complacerlo en todos los aspectos, no sólo en el dormitorio. Sus pensamientos retrocedieron a la noche anterior. En los últimos días, su modo de hacerle el amor había estado impregnado de una pasión profundamente arraigada que había intensificado cada momento en que la había llevado al clímax, pero la noche anterior había sido diferente. La intensidad emocional de ese momento había afectado a algo en lo más profundo de su ser que la emocionaba casi tanto como la asustaba. Había encendido una diminuta chispa de esperanza. Un pequeño fuego que Ruth no había sido capaz de extinguir. El reloj de la abuela dio las siete.

Esa noche cenaban en casa de los Rothschild. Sabía que sería un acto relativamente íntimo, pero, lo que era más importante, los insultos serían mínimos, ya que la mayoría de los asistentes serían amigos. La idea de oír más chismorreos hacía que le bajara un estremecimiento por la espalda.

El *Town Talk* se había mostrado especialmente perverso últimamente, y Garrick le había ordenado que dejara de leer la prensa sensacionalista. Ruth lo había intentado, pero, como alguien con una fascinación obsesiva por lo morboso, seguía examinando la columna de sociedad de vez en cuando. Oyó el suave tintineo del cristal y atravesó el vestíbulo en dirección a la entrada del salón. Garrick se encontraba junto al aparador sirviéndose un coñac. Cuando había descubierto que el brandy francés era su favorito, había dado instrucciones a Dolores para que siempre tuviera algo de ese licor a mano. Se detuvo en la puerta para contemplarlo. Era el hombre más apuesto que hubiera visto nunca. Había un aire peligrosamente perverso en él que la tenía cautivada, como si de un hipnotista se tratara, y era en momentos como ése en los que estaba segura de que la había embrujado.

Cada vez que se acercaba a ella, le resultaba fácil olvidarse del futuro, olvidar que al final desaparecería de su vida. A través de sus ojos, había llegado a considerarse atractiva de nuevo. Incluso era capaz de ignorar todos los chismorreos perversos, porque Garrick estaba siempre ahí para recordarle que los comentarios maliciosos no significaban nada. Estaba convencido de que los chismes eran una muestra de la envidia que otros sentían por su obvia felicidad. Y Ruth era feliz. Por primera vez vivía pensando poco en el futuro. No ser realista era algo peligroso, pero no le importaba. Sin duda era más feliz de lo que nunca lo había sido y estaba dispuesta a cambiar la alegría del presente por el dolor del futuro. Observó a Garrick mientras él alzaba la copa y se detenía al percatarse de su presencia. Un escalofrío le recorrió la piel al descubrir que él podía sentirla con la misma facilidad que ella lo percibía a él.

Se volvió para mirarla despacio.

—Dios mío, estás exquisita —espetó. El crudo deseo en su rostro aceleró los latidos del corazón de ella hasta que el sonido le atronó en los oídos.

—Podría decirse que no eres objetivo, pero aprecio el cumplido —repuso con una sonrisa mientras se adentraba en la estancia.

Con los movimientos calculados de un depredador, él dejó la copa sobre el aparador sin apartar la vista de ella. A pesar de que le costó sólo unos segundos llegar hasta donde se encontraba, le pareció una eternidad. Bajo su penetrante mirada, su cuerpo vibró con una agradable tensión que hizo que la atravesara un estremecimiento.

Aunque se conocían desde hacía menos de dos meses, toda ella respondió a él con la misma intensidad que la primera noche. Ningún amante había tenido nunca ese efecto en ella. Garrick se detuvo frente a Ruth y alargó la mano para acariciarle el hombro con los dedos. El contacto le calentó la piel hasta que el ardor se extendió por todo su cuerpo y anheló más de sus caricias.

—Objetivo o no, estoy planteándome no salir contigo esta noche. Cualquier hombre que se precie que te vea con este vestido te deseará para sí. Y no tengo ninguna intención de compartirte con nadie.

El rugido que Garrick profirió hizo que el corazón de ella diera un brinco. Era imposible no sentir satisfacción ante el hecho de que hubiera despertado sus instintos posesivos. Hacía que Ruth se viera incluso más atractiva de lo normal. El hecho de que intensificara la pequeña chispa de esperanza en su pecho la alarmó, pero ignoró la advertencia. En lugar de eso, eligió gozar de cómo la hacía sentir: joven, optimista y viva. Con cada caricia, la diferencia de edad entre ellos desaparecía. Los dedos de él llegaron a la curva del hombro y a continuación recorrieron despacio la línea del corpiño hasta el centro del escote en forma de V, entre sus pechos.

Durante todo ese tiempo en el que sus dedos dejaron una estela de fuego sobre su piel, Garrick mantuvo la mirada fija en la de ella. El hombre sin experiencia que había acudido a su lecho inocente había desaparecido y había empezado a exhibir cada vez más destreza en el arte de la seducción, pero esa noche su contacto era increíblemente erótico y tentador. Hizo que sintiera la piel caliente y febril. Como él, se descubrió deseando que no tuvieran que salir. Con la respiración entrecortada, Ruth inhaló su delicioso aroma masculino. Su colonia tenía rastros de sándalo. El primitivo y selvático perfume le provocó un cosquilleo en la nariz. Olía de maravilla, y se descubrió inclinándose hacia él impulsada por la abrumadora necesidad de que la besara. Sin embargo, una lenta y perversa sonrisa curvó entonces los labios de él, y dio un paso atrás para alejarse.

—Llegaremos tarde si no salimos ya.

—Lo has hecho a propósito —lo acusó Ruth con un jadeo de sorpresa.

—¿Qué? —La nota inocente en su voz no la engañó, y le lanzó una mirada de divertida exasperación.

—Estabas intentando seducirme.

—¿Lo he logrado? —La voz de Garrick sonó risueña, lo que le indicó que sabía perfectamente qué estaba haciendo.

—Sabes muy bien que sí. —Ruth arrugó la nariz.

—Bien. —La tomó rápidamente en sus brazos y la estrechó contra sí—. No querría que tus clases fueran en vano.

Ella jadeó cuando le cubrió la boca con la suya. La sangre en sus venas fluyó caliente y salvaje mientras la forzaba a abrir los labios con delicadeza y exploraba el interior de su boca con la lengua. Su habilidad para besar era lo único que no había encajado nunca con su inexperiencia en la cama. El modo en que su lengua bailaba con la de ella era una invitación para acompañarlo en el pecado, y el corazón de Ruth se aceleró al imaginar su cuerpo desnudo acoplándose al de ella. Gimió con suavidad cuando le acarició la mejilla con la boca antes de llegar a su oído. Sintió la excitante calidez de su aliento en él.

—Dígame, ¿qué tentadora clase ha planeado para mí esta noche, lady Attwood?

La seductora y, al mismo tiempo, juguetona nota en su voz hizo que el estómago de Ruth vibrara con una excitación salvaje. Cielo santo, ese hombre había aprendido muy bien sus lecciones. Un leve escalofrío la atravesó a toda velocidad cuando se echó hacia atrás para poder contemplar el perverso brillo en sus ojos.

—Quizá un juego —susurró ella con voz temblorosa.

—¿Un juego? —La confusión hizo que Garrick frunciera el cejo.

—Sí —repuso Ruth con una sonrisa cuando la fascinante idea tomó forma en su cabeza—. En la cena de esta noche, finjamos que acabamos de conocernos y ha surgido una inmediata atracción mutua.

Los ojos de Garrick centellearon por la excitación mientras le acariciaba el labio con el pulgar. De inmediato, Ruth se lo metió en la boca y trazó círculos alrededor de la punta con la lengua. Él jadeó cuando se lo succionó durante un largo momento. El ruido sordo en su pecho le indicó que su excitación aumentaba y liberó despacio el pulgar de su boca.

—Como has dicho, llegaremos tarde si no salimos ya —le dijo al mismo tiempo que se alejaba de su abrazo.

Ruth salió entonces al vestíbulo y le dirigió una seductora mirada por encima del hombro. La estupefacta expresión en su rostro hizo que reprimiera una risa. Garrick no había esperado que volviera las tornas en su contra. Cuando llegó al perchero, ella cogió su sombrero y su bastón y se volvió para ofrecérselos. El disgusto en el rostro de él la hizo reír, lo que aumentó más aún su exasperación.

—Eso te costará caro, querida —murmuró Garrick mientras se colocaba el sombrero con un gesto decidido.

—Estoy impaciente por oír qué precio exigirá usted, lord Stratfield. —Ruth estuvo a punto de echarse a reír al ver su cejo fruncido mientras la ayudaba a cubrirse los hombros con el chal.

—Puedo asegurarle que llegará cuando menos se lo espere, mi señora.

Con el rabillo del ojo, Ruth percibió el repentino destello de diversión en el rostro de él, y un estremecimiento de anticipación le bajó por la espalda. Mientras salían a la noche, le dirigió otra mirada rápida, y Garrick enarcó una ceja en su dirección. Estaba tramando algo. Ruth pudo ver en su expresión que estaba disfrutando de una broma privada. Lo miró con los ojos entornados mientras se reunía con ella en el vehículo y la perversa sonrisa que le dirigió cuando se sentó en el asiento opuesto le confirmó sus sospechas. Ese demonio tenía intención de tenerla en ascuas, sin saber cuándo la castigaría.

De repente, el juego que había propuesto sólo unos minutos antes adoptó un significado totalmente diferente. Garrick verdaderamente era un alumno ejemplar. Si no iba con cuidado, se haría dueño de su corazón por completo. Se le secó la boca al pensarlo. No, no permitiría que eso sucediera. No podía permitírselo. Esa vez, la pequeña llama en el interior de su pecho fue fácil de extinguir.

Hablaron poco durante el breve trayecto a la residencia de los Rothschild en Mayfair. Al parecer, Garrick había decidido empezar su juego antes de lo previsto. Pareció disfrutar enormemente observándola simplemente, lo cual hizo que se le pusieran los nervios a flor de piel con una mezcla de agradable aprensión y excitación. Había algo excitante en cómo había tomado el control de la situación. Sus clases particulares habían intensificado ese lado dominante que le había visto mostrar en sus actividades diarias. El carruaje se detuvo y Garrick la ayudó a bajar del vehículo sujetándola del codo.

Cuando descendió a la acera, sus dedos le rozaron un lado del pecho de un modo aparentemente inocente. Ruth lo miró y la ardiente mirada que él le dirigió le indicó que el contacto no había sido en absoluto accidental. Cuando la puerta del carruaje se cerró a su espalda, inclinó la cabeza hacia ella.

—Que empiece el juego.

La aterciopelada nota de seducción en su voz ya fue lo bastante inquietante, pero la calidez de su aliento contra su oído intensificó la sensación. Una oleada de excitación descendió vertiginosamente hasta el estómago de Ruth y luego bajó aún más, hasta que deseó sentirlo en su interior. Era la misma emoción que había experimentado la noche que se habían conocido.

El escalofrío que le recorrió la piel hizo que se le acelerara el corazón mientras él la guiaba hasta la amplia escalinata de mármol de la mansión de los Rothschild. Esa noche, su alumno claramente tenía intención de aplicar sus conocimientos para lograr un objetivo que Ruth estaba segura de que también le ofrecería a ella un enorme placer.

Una vez en el interior, lady Rothschild los saludó con cordialidad y rápidamente los separaron. El barón Rothschild se llevó a Garrick para que participara en una discusión sobre finanzas en otra parte de la estancia. Cuando su anfitriona se volvió para saludar a otros recién llegados, Ruth vio a Allegra al otro lado de la sala. Con una sonrisa cordial, se dirigió hacia la condesa de Pembroke. Su amiga estaba en medio de una conversación con otra invitada, pero, en cuanto vio a Ruth, se excusó y se apresuró a reunirse con ella. Allegra le dedicó una gran sonrisa cuando liberó a su amiga de su abrazo.

—¡Mírate! Es evidente que lord Stratfield es bueno para ti. Estás impresionante. —El júbilo en su voz la hizo sonreír.

—Bueno, no negaré que soy feliz.

—Estás radiante, Ruth. No hay otra palabra para definirlo—. Las palabras de Allegra eran firmes—. Y mereces ser feliz.

—Lo seré mientras dure —comentó ella en voz baja.

Su amiga le lanzó una mirada reprobadora y luego frunció el cejo disgustada al mirar por encima del hombro de Ruth.

—Maldita sea, tenía la esperanza de que no estuviera invitada esta noche.

La irritada exclamación de Allegra hizo que Ruth también mirara por encima de su hombro. Se puso tensa cuando vio a la recién llegada al salón de los Rothschild. Louise Campton. Desde que el vizconde Bexhill había dejado a Louise para perseguir a Ruth, esa mujer se había esforzado por ser lo más cruel posible con ella.

Generalmente, sus maliciosas críticas eran de poca importancia, excepto cuando disfrutaba comentando que la madre de Ruth era una puta. Esa mujer merecía que la abofetearan por ello, pero Ruth sabía que su madre habría esperado que se limitara a alejarse. A su lado, Allegra resopló con un gesto de desaprobación.

—No sé qué ve Emma en esa mujer. Louise Campton está interesada en una sola cosa en el mundo: en sí misma, y en cualquier hombre al que pueda llevarse a la cama.

—Lady Rothschild es amable y considerada. Creo que ve algo bueno en todo el mundo —repuso Ruth.

—Sin duda —afirmó Allegra asintiendo bruscamente con la cabeza—. Pero una tiene que esforzarse mucho para ver algo bueno en Louise Campton.

Ruth no respondió mientras observaba a la mujer ir directamente hacia Garrick. El corazón se le encogió ante la radiante sonrisa que su rival le dedicó. Los celos se adueñaron de ella cuando él le devolvió la sonrisa. Dios santo, ¿pondría en práctica Garrick sus talentos recién descubiertos con esa mujer más joven?

Vio que él miraba en su dirección, y la astuta mirada que le dirigió hizo que a ella se le encogiera aún más el corazón. Él lo sabía. Sabía que estaba celosa de Louise. El calor le subió a las mejillas y le dio la espalda bruscamente. Si ése era el tipo de juego al que tenía intención de jugar, ella no participaría en él. De repente, se descubrió deseando que la noche acabara y se sintió aliviada cuando oyó que el mayordomo anunciaba la cena.

Para su consternación, lady Rothschild pidió a Garrick que acompañara a Louise Campton al comedor, mientras que Ruth fue emparejada con un caballero mayor, conocido de negocios del barón.

A lo largo de la comida, se esforzó por no mirar a Garrick, pero le resultó imposible lograrlo por completo. En un par de ocasiones sus miradas se encontraron, pero Ruth no lograba descifrar qué estaba pensando. Peor aún, en cuanto Louise veía que Garrick la miraba, lo distraía. A lo largo de los años, Ruth había trabajado duro para no sentir celos cuando un protector suyo mostraba interés por otra mujer y no le gustó descubrir que había fracasado en lo que a Garrick concernía.

Los celos eran una sensación desconocida para ella, y la intensidad del dolor que podían causar la sorprendió. Era sumamente desagradable. El áspero sonido de la risa de Louise en el otro extremo de la mesa atrajo su mirada de nuevo hacia ella y hacia Garrick. Parecía cautivado por Louise, y eso hizo que una ira violenta le recorriera el torrente sanguíneo. La mujer volvió a reírse, y Ruth sintió el repentino impulso de sumergirle la cabeza en la *crème brûlée* que acababan de servir.

Incapaz de seguir viendo cómo esa mujer flirteaba con Garrick durante más tiempo, desvió la atención hacia el caballero que la había acompañado al comedor. La conversación del hombre había sido tediosamente aburrida a lo largo de toda la comida, pero era un dolor mucho más soportable que el de observar a Louise Campton intentando seducir a Garrick. Sobre todo cuando parecía que lo estaba logrando.

Poco después del último plato, lady Rothschild invitó a las damas a que la acompañaran al salón mientras los caballeros disfrutaban de una copa. Ruth no se molestó en mirar a Garrick cuando salió de la estancia, pero sintió sus ojos fijos en ella. Mientras seguía a las mujeres de vuelta al salón, sintió un repentino impulso de excusarse con un dolor de cabeza y marcharse antes de que los hombres se reunieran con las mujeres. Pero Louise Campton se daría cuenta, y no estaba dispuesta a permitir que supiera que estaba enfadada por el interés de Garrick en ella.

Un sirviente la detuvo cortésmente.

—Señora. —El joven le ofreció una nota y retrocedió para aguardar pacientemente a que la abriera.

«Deseo verte. Ahora.»

Aunque la nota no estaba firmada, Ruth estaba bastante segura de que era de Garrick. Parecía su caligrafía y, aunque sus anteriores notas nunca habían sido tan autoritarias, esa... esa misiva era una orden. Pudo verlo en los duros y firmes trazos de tinta. ¿Desde cuándo se creía con derecho a darle órdenes como si fuera su sierva? Sobre todo después de haberse mostrado tan atento con Louise Campton. Alzó la cabeza y el sirviente dio un paso hacia adelante de inmediato esperando claramente que ella hiciera lo que la nota le indicaba.

—Si me acompaña. Su señoría está esperando.

—Dígale a su señoría que puede seguir esperando —espetó ella, y le devolvió la nota con un brusco movimiento de la mano.

Dio media vuelta, pero enseguida notó que el sirviente le tocaba el brazo.

—Discúlpeme, señora, pero lord Seymour se ha mostrado muy insistente. Comentó que tiene una información referente a lord Stratfield.

—¿Lord Seymour? —Por primera vez, Ruth se preguntó si habría confundido la caligrafía de Garrick con la de otra persona. Extendió la mano—. Deje que vuelva a ver la nota.

El sirviente le entregó el papel de nuevo en silencio y Ruth frunció el cejo mientras intentaba decidir si se había equivocado. No conocía a ningún lord Seymour, ni recordaba que se lo hubieran presentado. Pero si no era Garrick quien la reclamaba, podría tratarse de alguien que quisiera hacerle daño. Y no importaba cuánto le hubiera disgustado que se hubiera mostrado tan ensimismado con Louise Campton, no permitiría que nadie le hiciera daño si podía evitarlo.

Cuando la última de las mujeres desapareció por la puerta, indicó al sirviente en silencio que le mostrara el camino. El hombre la guio por la mansión Rothschild hasta que se detuvo ante una puerta y la abrió. Ruth entró en un pequeño despacho apenas iluminado por una lámpara de gas en la pared opuesta. En medio de la estancia había un gran escritorio, y varios armarios altos cubrían las paredes.

Le resultó difícil ver en aquella penumbra en cuanto se acercó al centro de la estancia. Casi había llegado al escritorio cuando oyó que la puerta se cerraba detrás de ella y la llave giraba en la cerradura. Sobresaltada, giró sobre los talones y corrió hacia la puerta. Agarró con fuerza el pomo y lo intentó girar en un vano intento de abrirla. El miedo la atenazó mientras golpeaba la madera con la palma.

—¡Vuelve aquí y abre la puerta! —gritó—. ¡¿Me oyes? Déjame salir de aquí inmediatamente!

Golpeó la puerta furiosa. Quienquiera que hubiera planeado atraparla seguramente lo encontraría divertido, pero ella no, en absoluto. Lord Seymour, desde luego. Un repentino cosquilleo en la nuca la hizo ponerse rígida. No estaba sola. Antes de que pudiera volverse y plantar cara a quienquiera que fuera, un cuerpo cálido se pegó a su espalda y la aplastó con delicadeza contra la puerta de nogal.

El aroma silvestre de sándalo le llenó las fosas nasales al mismo tiempo que el resentimiento se abría paso en sus músculos y la tensaba. Garrick. La había engañado. Intentó volverse y enfrentarse a él, pero la sujetaba con fuerza. La obligó a mantener las manos contra la puerta de nogal con las suyas mientras pegaba su cuerpo al de ella de un modo que la excitó a pesar de su enfado. Intentó liberarse de nuevo, indignada por la reacción de su propio cuerpo ante él.

—No se resista. Ambos sabemos que Stratfield se pondrá celoso si descubre que ha estado con otro hombre.

Con una mejilla pegada a la puerta, Ruth apenas podía verlo con el rabillo del ojo, pero el áspero sonido de su voz la acarició como una prenda invisible de terciopelo. Furiosa por su incapacidad de no sentir nada ante su contacto, se aferró enfadada a su absurdo comentario en un esfuerzo por no sucumbir al deseo que amenazaba con dominar su cuerpo. Sugerir siquiera que se sentiría celoso al pensar que ella estaba con otro hombre era ridículo. Había estado tan ocupado flirteando con Louise Campton que la había ignorado por completo. El recuerdo de él centrando toda la atención en otra mujer volvió a encender su ira.

—Otro hombre...

—La he estado observando toda la noche.

—Eso me resulta sumamente improbable —espetó con resentimiento. El muy bastardo había estado demasiado ocupado con otra mujer. Apretó los dientes al pensarlo.

—¿Improbable? —Una risa queda le acarició la nuca—. Apenas ha comido, ha estado jugando con su collar toda la velada y no tiene ni idea de que es la mujer más hermosa presente en esta casa.

Ruth se tensó contra la puerta. ¿Realmente la había estado observando? Imposible. Ella lo habría sabido. Quizá en lo único en lo que no se había fijado él era en que no había podido apartar la vista de su coqueteo con Louise Campton. Pero era cierto que había comido muy poco y que había jugueteado nerviosa con su collar. Jadeó al darse cuenta de que estaba cediendo ante él.

—Discúlpeme, lord Strat... —Una cálida mano le tapó la boca para silenciarla. El contacto tenía un carácter peligroso, y un pequeño estremecimiento le bajó por la espalda. De inmediato, se regañó a sí misma por permitir que su contacto le hiciera sentir algo.

—Nada de nombres. —Su voz fue un áspero susurro que provocó una llamarada de fuego cuando le rozó el hombro con la boca—. Recuerde las normas. No nos conocemos.

El juego. El corazón le dio un brinco. Cielo santo, se había enfadado tanto con él que no se le había pasado por la cabeza ni por un momento que todo aquello pudiera formar parte del juego que ella misma había propuesto antes de salir de su casa. Ruth había esperado un suave flirteo, no una seducción íntima en casa de sus anfitriones, sobre todo con el riesgo de que alguien pudiera percatarse de su ausencia. Le apartó la mano de la boca para acariciarle un lado del cuello. Fue una caricia lenta y sensual que la abrasó hasta que todo su cuerpo se calentó por la anticipación.

—Es usted osado en sus atenciones. —Se esforzó por que las palabras salieran de sus labios cuando sintió que él le envolvía el pecho con la mano. El contacto la hizo jadear, y Garrick le rozó un lado del cuello con los dientes.

—Y yo creo que su protesta es una fachada —susurró él en un grave tono aterciopelado que hizo que le flojearan las piernas.

—Aunque si lo que dice fuera cierto, éste no es el lugar... —Las palabras de Ruth se quedaron atrapadas en su garganta cuando él le levantó la falda despacio y se la subió hasta la cintura mientras su duro cuerpo la mantenía pegada a la puerta.

Ella jadeó cuando sintió que la agarraba de los muslos. El calor de su tacto se extendió hasta el último rincón de su cuerpo.

—No intente negar que está disfrutando.

Le acarició la nuca con la boca y Ruth se llenó los pulmones del áspero aroma masculino. Oh, Dios, olía de maravilla. Él tenía razón. Estaba disfrutando con eso. Demasiado. Le masajeó la carne al tiempo que le pegaba las piernas a la parte posterior de los muslos. A través de sus pantalones y de la fina tela de las bragas bajo el corsé, pudo sentir cómo se endurecía. Seguro que no estaría planeando seducirla por completo. Alguien podría ir a buscarlos. Su respiración se tornó entrecortada ante el peligroso pensamiento. Sabía que era una imprudencia excitarse por semejante idea, pero lo hizo. Aun así, se obligó a intentar que la cordura prevaleciera.

—No pienso...

—Una vez alguien me dijo que no pensara, sino que sintiera.

«Pecaminosa.» Ésa era la única palabra que a Ruth se le ocurría para describir su voz. Su sonido fue como una oscura caricia que hacía alusión a algo decadente mientras citaba sus propias palabras. Se le secó la boca al pensar, de repente, que él ya no era un alumno. El modo como había planeado esa pequeña cita y la destreza con la que estaba seduciéndola le indicaban que había prestado mucha atención a todo lo que ella le había enseñado durante el último mes.

Ruth cogió aire cuando sintió que la mano de Garrick ascendía por la pierna para llegar hasta un punto justo por encima del vértice de los muslos. Una familiar calidez líquida humedeció la frágil seda de las bragas que llevaba. Cielo santo, estaba planeando llevarla al orgasmo allí mismo. El corazón le golpeó con fuerza el pecho ante esa idea deliciosamente pícara. Se estremeció. No podían. Ya había bastantes habladurías sobre ellos.

—Por favor...

—Por favor, ¿qué?

Nunca antes lo había oído hablar con tanta seguridad, lo que reforzaba el hecho de que se había graduado y había pasado de hombre inexperto a seductor irresistible. Un hombre capaz de cautivarla y hacer que obedeciera sus órdenes. Volvió a mover la mano para pegarla a su estómago en un punto justo por debajo del corsé. Un momento después, tiró con fuerza de las bragas y Ruth jadeó sobresaltada. Unos segundos más tarde, el deseo le subió vertiginosamente hasta el estómago para estallar en el trasero cuando le rozó levemente el monte de Venus. Dios santo, nunca había experimentado una seducción erótica como ésa. Todo su cuerpo vibraba de deseo y cada caricia de su mano intensificaba la sensación, hasta que empezó a respirar en breves jadeos. De pronto, Garrick separó sus delicados pliegues con los dedos para tocar suavemente la pequeña protuberancia entre ellos. La caricia le arrancó un gemido.

—Te gusta, ¿verdad? —Sus palabras reflejaron con total claridad la satisfacción que sentía mientras le deslizaba la mano de nuevo hasta el muslo.

Ruth gimoteó por su retirada.

—Sí —jadeó.

—Una profesora mía me dijo una vez que a algunas mujeres les gusta oír a un hombre susurrándoles palabras atrevidas al oído. —Las rodillas le fallaron y sólo el

cuerpo de él impidió que se deslizara hasta el suelo cuando le mordisqueó el lóbulo—. ¿Es usted una de esas mujeres?

—Oh, Dios —susurró ella con aspereza. No podía recordar a ningún hombre que la hubiera excitado hasta ese punto.

—Respóndame. —El grave gruñido resonó en su oído como una lejana tormenta, una tempestad que, con toda seguridad, la dejaría sin sentido y le haría perder la cabeza.

—Sí —susurró entrecortadamente.

Garrick movió las caderas contra la parte posterior de sus muslos y Ruth pudo sentir que su dura erección le dejaba una huella en el trasero. Luego él entrelazó los dedos con los de ella contra la puerta al tiempo que le dejaba un rastro de fuego en el hombro con la boca. Deseaba besarlo. Necesitaba sentir su boca sobre la de ella, en cada milímetro de su cuerpo. Intentó volverse hacia él, pero Garrick se lo impidió.

—¿Sabe usted lo hermosa que es? —Las palabras volvieron a sonar ásperas en su oído mientras le guiaba la mano con la suya hasta la rígida erección—. Desde el primer momento en que la vi, no he deseado otra cosa que sumergirme en su interior.

Ruth jadeó ante las imágenes que sus palabras le evocaron. Sólo dos o tres veces le había hablado así, y en todos los casos él se había sentido incómodo, casi tímido. Sin embargo, en ese momento, su voz era potente y exigente. Controlaba por completo sus palabras y su deseo. Y eso era más impactante que su lenguaje. Un escalofrío le recorrió la espalda mientras lo acariciaba por encima de los pantalones. Tocarlo de ese modo sólo intensificó la necesidad en su interior. Su cuerpo anhelaba una satisfacción que sabía que únicamente él podía darle. Dios santo, lo deseaba ya, en ese mismo instante, y le daba igual que alguien pudiera descubrirlos. No le interesaba lo que la gente pensara. Lo único que le importaba era su necesidad de tenerlo en su interior para que la llevara hasta el orgasmo que sólo él podía ofrecerle.

—Por favor, deseo...

—¿Deseo? —espetó Garrick tenso y con un fervor que la excitó—. Aún tiene que llegar a comprender el significado de esa palabra. Cuando acabe con usted esta noche, su dulce sexo estará llorando por mi miembro.

Las ásperas palabras la dejaron sin respiración. Nunca en la vida había deseado tanto a un hombre. Un suave sollozo se le escapó de la garganta al darse cuenta de que, por primera vez, no era dueña de sus propios sentidos. Era ella la que estaba fuera de control, desesperada por una satisfacción. La repentina desaparición de su calidez la dejó estupefacta. Aún pegada a la puerta, esperó a que otro delicioso tormento asaltara sus sentidos. Cuando eso no sucedió, la confusión y una intensa frustración la hicieron tensarse. Despacio, se dio la vuelta y pegó la espalda a la madera. Se aferró a ese único apoyo porque estaba segura de que sus piernas se encontraban todavía demasiado débiles para soportar su propio peso.

En la tenue luz del despacho, vio a Garrick de pie algo más allá. Una leve sonrisa de satisfacción curvaba su sensual boca, pero fue el centelleante deseo en su mirada lo que la hizo temblar una vez más. Se llevó la mano al cuello mientras lo miraba con incertidumbre. ¿Por qué se había detenido? Había estado más que dispuesta a hacer cualquier cosa que le pidiera.

—Me gusta este juego suyo —le dijo él con una voz ronca llena de diversión—. La anticipación es bastante... estimulante.

—¿Anticipación? —Ruth se lo quedó mirando perpleja.

—Sí. La expectación del placer que vendrá.

—¿Que vendrá? —logró repetir.

La había llevado hasta un estado de frenesí, sabiendo muy bien que no la satisfaría hasta más tarde. Y el hecho de que se mostrara completamente impasible respecto a su seducción hacia ella resultaba igualmente frustrante. Le entraron ganas de estrangularlo, mientras que una pequeña parte de sí misma se enorgullecía por su creación.

—Aún queda mucha noche por delante —repuso él—. Stratfield en persona me ha pedido que la acompañe a casa cuanto antes.

Así que el juego no había acabado. La confianza en su expresión hizo que a Ruth le entraran deseos de recordarle que él no era el único experto en seducción. Se alejó de la puerta, decidida a demostrarle que no tenía todos los triunfos en la mano. Se detuvo lo bastante lejos para no estar a su alcance y se humedeció los labios con la lengua. Garrick tomó una brusca inspiración en respuesta y ella le sonrió.

—Y ¿qué cree usted que sucederá cuando me acompañe a casa?

La lenta sonrisa perversa que le curvó los labios hizo que su corazón diera un brinco y comenzara a latir descontrolado. Ese hombre se había vuelto más irresistible de lo que podría haber soñado la primera noche que lo había iniciado en el arte del placer.

—Voy a desnudarla —dijo él—. No deprisa, sino muy despacio. Tengo intención de adorar cada milímetro de su hermoso cuerpo con la boca. —Alargó el brazo y le recorrió el contorno de la mandíbula con un dedo—. Confieso que la perspectiva de ver su magnífico cuerpo desnudo debajo de mí me excita inmensamente. Me excita saber que será mía, sólo mía.

Era toda una declaración de posesión. Estaba afirmando categóricamente que era suya y que ningún hombre podría tenerla mientras él la deseara. La llama que Ruth había estado intentando extinguir surgió de las brasas cuando la esperanza volvió a brillar con fuerza en su interior.

—Entonces quizá deberíamos regresar a la fiesta durante un tiempo razonablemente discreto antes de que pueda acompañarme usted a casa —le susurró ella en un tono seductor—. El hecho de pensar en nosotros complaciéndonos mutuamente también me resulta excitante a mí. Sobre todo cuando sé lo delicioso que será su sabor tan pronto como mi boca lo esté succionando.

Garrick dio un rápido paso hacia ella y la besó con ímpetu antes de soltarla igual de apresuradamente. Sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

—Vete. Ahora. Antes de que olvide que estamos jugando y te tome aquí mismo sobre esa mesa.

La ahogada frase le indicó a Ruth que había alcanzado su límite y eso la alivió. La despreocupación que había mostrado tras seducirla, e incluso cuando ella había intentado seducirlo a él, era una demostración de una voluntad de hierro por su parte. Era un alivio saber que lo había afectado mucho más de lo que le había permitido creer.

Sin mediar palabra, Ruth se marchó y su cuerpo vibró al oír cómo se cerraba la puerta a su espalda. Avanzó por el pasillo lo más rápidamente que pudo con las piernas temblorosas. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado ausente de la reunión y estaba convencida de que su aspecto desaliñado haría que más de uno enarcara las cejas.

Más adelante pudo oír el sonido de voces, y el reflejo en un espejo de la pared hizo que soltara un suspiro de alivio. Se detuvo para examinar su imagen y miró fijamente a la mujer que tenía delante con algo similar a la conmoción. Había un brillo en su rostro que nunca antes había visto. Incluso sus ojos resplandecían e intentó ignorar el motivo de ello. La lujuria era el motivo por el que parecía una mujer cercana a los treinta o que los superaba por poco, nada más. Rápidamente, se sujetó varios mechones que se habían soltado y le rozaban la mejilla. Satisfecha por haber podido arreglarse lo suficiente para no despertar demasiadas sospechas, se obligó a entrar en el salón de los Rothschild.

Una silla libre justo en la entrada del salón le pareció el lugar perfecto para sentarse discretamente con la esperanza de que nadie hubiera notado su ausencia. Una oleada de alivio la inundó cuando nadie se volvió para estudiarla con recelo y, tras un minuto o dos, fue capaz de respirar con mucha más facilidad.

Allegra la miró a los ojos desde el otro extremo de la sala y le dirigió una sonrisa de complicidad cuando Garrick apareció en la puerta. El calor inundó las mejillas de Ruth ante la divertida expresión de su amiga. No lo miró cuando se acercó y bajó la cabeza.

—Excúsate con un dolor de cabeza dentro de unos minutos —dijo él—. Si esperas más tiempo, te sacaré de aquí a rastras, a pesar del escándalo que eso provocaría.

No le dio la oportunidad de responder y se alejó con el paso un tanto rígido. Mientras Ruth observaba cómo se acercaba a su anfitriona, la maravilló el hecho de que deseara tanto estar a solas con ella que estuviera dispuesto a montar una escena. Un susurro de seda atrajo entonces su atención y dirigió la mirada a la mujer que se había sentado a su lado. De inmediato, se puso rígida en su asiento cuando se encontró con la maliciosa mirada de diversión de Louise Campton.

—Mi querida lady Attwood, ¿me permite decirle que está usted preciosa esta noche? Es evidente que las atenciones del joven barón han hecho maravillas en su ánimo.

—Es usted demasiado amable, señorita Campton —murmuró Ruth al tiempo que volvía a dirigir la vista a la pequeña reunión frente a ella.

—Ojalá contara yo con la mitad de su osadía.

—¿Osadía? —Ruth se irguió en la silla cuando vio que Garrick volvía la cabeza para mirar en su dirección.

—Por supuesto. —Louise sonaba como un gato que jugara con un pajarillo atrapado entre sus garras. La voz ronroneante de la mujer la puso de los nervios—.

Después de todo, hay pocas mujeres en la alta sociedad que tengan un carácter tan aventurero como para aceptar a hombres más jóvenes como amantes.

Ahí estaba. Ése era el motivo por el que Louise se había sentado a su lado. La mujer había pensado en incomodarla por estar con Garrick. Sin embargo, Ruth no estaba dispuesta a escuchar su parloteo. Ella no era mejor que el *Town Talk* o cualquier otra publicación sensacionalista. Volvió la cabeza y le dirigió una mirada desdeñosa.

—Mi relación con lord Stratfield no es de la incumbencia de nadie, aunque haya un par de años de diferencia entre nosotros —replicó con una ceja enarcada en señal de desdén con la esperanza de que se marchara y la dejara tranquila.

El dolor de cabeza que Garrick le había pedido que simulara estaba convirtiéndose en una realidad rápidamente.

—¿Un par de años? —Louise soltó una desagradable risotada—. Oh, pobrecita, creía que lo sabía. Lord Stratfield es mucho más joven que usted. Tiene doce años menos.

Ruth no podía recordar haber sentido nunca tanto frío. Era como si alguien la hubiera tirado a un lago helado. Bajó la mirada esperando encontrarse la ropa empapada con agua gélida. Paralizada, se esforzó por digerir las palabras de Louise Campton. «Doce años.»

Esa mujer estaba equivocada. Tenía que estarlo. Era imposible que Garrick fuera más de cuatro o cinco años menor que ella. Era demasiado maduro para un hombre de... Rápidamente calculó el número en su cabeza. Dios santo, sólo tenía veintinueve años.

El estómago empezó a revolvérsele. Veintinueve. No era de extrañar que la prensa sensacionalista hubiera sido tan cruel. Estaba enamorada de un hombre que podría ser su hijo. Se agarró al asiento mientras se esforzaba por no desmayarse.

Enamorada. ¿Cómo podía estar enamorada? Las náuseas hicieron que se agarrara el estómago al tiempo que alzaba la vista y veía que Allegra se le acercaba con expresión inquieta. A su lado, Louise Campton se inclinó hacia ella con falsa preocupación.

—¿Está usted bien, lady Attwood?

—Sí —respondió Ruth con aspereza ignorando el gesto artificial de preocupación de la mujer—. Creo que he comido algo esta noche que no me ha sentado bien.

—Deje que llame a alguien para que la ayude. ¿A lord Stratfield quizá?

—Señorita Campton, aquí está. Lady Rothschild la estaba buscando. Creo que desea presentarle a alguien. —El tono de Allegra era cortante, y dirigió a la mujer sentada junto a Ruth una fría mirada de aversión.

Con una sonrisa altiva, Louise Campton se levantó y bajó la mirada hacia Ruth.

—Espero que me disculpe si la he ofendido de algún modo, lady Attwood. Puedo asegurarle que no era mi intención.

De nuevo, la mujer le recordó a una gata. Sólo que esa vez había acabado de jugar con su presa y la había engullido de un bocado. Ruth se tragó la bilis que le subió por la garganta y se obligó a hacer frente a la malévola mirada de la mujer.

—Se atribuye usted demasiado mérito, señorita Campton. Pero le agradezco la ayuda que de tan buen grado me ha ofrecido. La generosidad es algo tan contrario a su naturaleza...

Ruth se asombró de tener incluso el temple necesario para insultar a la mujer, pero pudo ver que sus palabras producían el efecto deseado, ya que Louise Campton echó la cabeza hacia atrás bruscamente. A continuación, le dirigió una fiera mirada a ella y otra a Allegra y se alejó como si hubiera sido ella la persona herida en aquel intercambio. Allegra se sentó en la silla que Louise había dejado vacía y, en el momento en que cogió la mano de su amiga, dejó escapar un jadeo horrorizado.

—Dios mío, estás helada. ¿Qué te ha dicho esa mujer?

Ruth no respondió mientras intentaba organizar los caóticos pensamientos que le llenaban la cabeza. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta de que Garrick era doce años más joven? Reprimió con esfuerzo las lágrimas de humillación. ¿Por qué no había leído nada respecto a su edad en la prensa sensacionalista? ¿Cómo podía habérsele pasado eso por alto? Se volvió hacia Allegra.

—¿Tú lo sabías? —le espetó.

—¿Si sabía qué, cariño?

—¿Sabías que Garrick es doce años más joven que yo?

Ruth vio cómo su amiga negaba con la cabeza.

—Doce años. ¿Es eso lo que Louise te ha dicho? —exclamó Allegra—. No me lo creo.

—Esa mujer estaba demasiado complacida por darme la noticia para estar mintiendo. —Negó con la cabeza mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

—Sabía que era más joven, pero nunca pensé... Aunque ¿importa realmente? —Allegra le apretó la mano—. Es bueno para ti, Ruth.

—Es demasiado joven —respondió ella con voz ronca—. Dios santo, he sido una estúpida. Sabía que era un error acceder a tener una relación con él, pero me hacía sentir..., y yo...

—Oh, Ruth —murmuró su amiga—. Te has enamorado de él, ¿verdad?

—Sí. —Ese descubrimiento le oprimió el pecho hasta tal punto que le costó respirar—. Necesito irme. No puedo... No quiero que ella... que nadie me vea así. Quiero irme a casa.

Un escalofrío la recorrió y se estremeció. Oh, Dios santo. No podía hacerle frente en ese momento. Con una mano pegada al estómago, Ruth se esforzó por controlar el pánico que dominaba sus extremidades. Entonces Garrick le apoyó una mano en el hombro y se inclinó sobre ella.

—Dios mío. Parece que estés a punto de desmayarte. —La inquietud en su voz la hizo temblar.

Luchando por mantenerse serena, negó con la cabeza.

—No es nada. Se me pasará —repuso con aspereza.

Si al menos fuera cierto... Examinó la estancia con la mirada. Varios invitados estaban empezando a observarla con curiosidad y eso intensificó la humillación que tanto la enfermaba. Pero no era cierto. Pasaría muchísimo tiempo antes de que dejara de ser el hazmerreír de la alta sociedad. Podía verlo en sus ojos. Pensaban que estaba desesperada por estar con un hombre mucho más joven que ella.

—Te llevaré a casa.

—No. —Negó vehementemente con la cabeza—. Allegra y el conde estaban a punto de marcharse. Me iré a casa con ellos. Tú quédate y disfruta del resto de la velada.

—Yo te llevaré a casa —gruñó Garrick—. Vamos.

Ruth contempló la mano que él le ofrecía y se levantó sin su ayuda. Allegra se levantó a su vez y le pegó la mano a la espalda con delicadeza para ayudarla a mantener el equilibrio.

—Lord Stratfield, pida que le preparen el carruaje, yo me encargaré de Ruth. —El tono pragmático de su amiga hizo que Garrick asintiera, pero la expresión de disgusto no desapareció de su rostro.

Le acarició brevemente el brazo con la mano en un gesto de preocupación y Ruth se tensó ante su contacto. Por un momento, él vaciló como si fuera a preguntarle, pero Allegra le indicó con la mano que se apresurara. Cuando dejó el salón, lady Rothschild se acercó, seguida por el barón.

—Querida lady Attwood, ¿se encuentra usted mal?

—Sí, lady Rothschild. Por favor, discúlpeme, pero creo que será mejor que me vaya a casa. —Le costó un gran esfuerzo, pero fue capaz de mantener la voz serena mientras respondía a su anfitriona.

—Oh, por supuesto —exclamó en voz baja lady Rothschild—. Siento mucho que esté usted indispuesta. ¿Hay algo que el barón y yo podamos hacer por usted?

—No, gracias. Estoy segura de que me recuperaré pronto.

Las palabras le resultaron amargas en la lengua. Puede que se recuperara de la humillación, pero nunca encontraría un modo de recomponer su corazón. Con una leve inclinación de cabeza hacia los Rothschild, Ruth se dirigió a la puerta del salón demasiado consciente de las miradas curiosas que la seguían. Cuando llegó al vestíbulo, vio a Garrick esperándola. Estuvo a su lado en cuestión de unos pocos pasos rápidos, pero rechazó su ayuda. El sirviente le puso el chal sobre los hombros, sin embargo, la prenda no mitigó el frío que se le había filtrado en los músculos hasta los huesos.

Notaba todo el cuerpo rígido y torpe, y el aturdimiento que la embargaba hizo que se sintiera como si estuviera ahogándose en un río que fluyera despacio. Algo que casi agradeció porque le permitió soportar más fácilmente el contacto de Garrick cuando la ayudó a subir al carruaje. Acurrucada en un rincón del vehículo, miró por la ventanilla con una sensación de impotente desesperación. Lo amaba. Desde el principio, se había advertido a sí misma que debía evitar enamorarse de él. ¿Cómo había

permitido que sucediera? Sus relaciones siempre habían sido pasajeras. Sabía muy bien que no debía enamorarse. Y, sin embargo, lo había hecho.

Peor aún, se había enamorado de un hombre que acababa de salir del colegio, como quien dice. El estómago se le revolvió al pensarlo. Oh, Dios santo, ¿qué iba a hacer? Cerró los ojos y se descubrió rezando por que acabara la noche, rezando por el santuario de un lugar lejano donde pudiera hacerse un ovillo y esperar a que todo el dolor desapareciera.

Pero no podía irse a ningún sitio hasta que hubiera solucionado las cosas con Garrick. No tenía ninguna duda de que él se resistiría, pero, por lo que a ella concernía, la relación había llegado a su fin. El carruaje siguió avanzando y se puso tensa cuando Garrick se inclinó hacia ella.

—¿Estás embarazada?

La pregunta la sorprendió y Ruth volvió la cabeza para mirarlo. Hablaba en serio. Ese descubrimiento casi la hizo reír y llorar al mismo tiempo. La idea de que pudiera llevar en su seno un hijo de él le habría destrozado el corazón bajo cualquier circunstancia, pero saber que nunca podría darle un hijo o una hija resultaba aún más devastador.

—Soy demasiado mayor para tener un hijo —le espetó.

—No seas ridícula. Por supuesto que puedes tener hijos. La cuestión es si yo puedo procrear. —Había una nota malhumorada en su voz que hizo que el corazón de Ruth llorara por él a pesar de la humillación y el dolor que ella misma sentía.

—Estoy segura de que cuando encuentres a una mujer más joven engendrarás muchos niños.

La idea de él con otra mujer le resultaba aborrecible y percibió el resentimiento en su propia voz. Garrick le tomó la mano y Ruth se puso rígida, a la espera de que el escalofrío familiar le recorriera el brazo. No sucedió. La insensibilidad seguía ahí. No pudo evitar soltar un suspiro de alivio. Era su única protección contra el fuego que sabía que su contacto siempre encendía en ella.

—Maldita sea. Deja de insistir con lo de tu edad —gruñó él—. No tiene nada que ver con nosotros.

Por su modo de hablar, Ruth dedujo que Garrick sabía que algo iba muy mal entre ellos.

—Tiene todo que ver —replicó ella—. Me has engañado.

—¿Engañado? ¿Cómo? —Su mano se tensó en la de ella.

—Me hiciste creer que sólo eras unos pocos años más joven que yo. Sin embargo, la señorita Campton ha tenido la amabilidad de abrirme los ojos a la verdad esta noche. Me ha dicho... me ha dicho que eres doce años más joven que yo.

Ahí estaba de nuevo. Esa insoportable sensación en el estómago. Ruth reprimió un sollozo al tiempo que apartaba su mano de la de Garrick.

—Por todos los santos —exclamó él—. Louise Campton es una bruja venenosa, y la diferencia de edad entre nosotros no significa nada.

—¿Ahora quién está siendo ridículo? Ambos sabemos qué opina todo el mundo sobre el hecho de que una mujer de mi edad esté con un hombre de la tuya. —Horrorizada por sus propias palabras, se estremeció de frío y se envolvió mejor con el chal en un vano esfuerzo por entrar en calor—. Dios sabe que los periódicos se han encargado de que lo recuerde con regularidad. Aunque me sorprende que no hayan mencionado todavía la diferencia de edad exacta.

—No lo han hecho hasta esta semana —respondió él con los dientes apretados. Ruth se lo quedó mirando boquiabierta por el horror, y Garrick soltó un fiero gruñido de disgusto consigo mismo—. Cuando Dolores me enseñó el artículo, le di instrucciones de que lo tirara a la basura.

—El *Town Talk* ha estado en mi bandeja del desayuno todas las mañanas esta semana —replicó ella.

—Excepto una.

Ruth frunció el cejo y luego jadeó bruscamente cuando recordó la mañana a la que él se refería. Garrick la había sorprendido al reunirse con ella en la bañera. Era un recuerdo muy agradable que el horror de ese momento destrozó. No se había limitado a engañarla, sino que también la había manipulado. Paralizada por la conmoción, se lo quedó mirando cuando el carruaje se detuvo. Lo de esa noche no habría sucedido si él hubiera sido sincero con ella.

No, no habría sucedido porque ella habría puesto fin a la relación en cuanto hubiera descubierto la verdad. No habría esperado a que alguien como Louise Campton la convirtiera en un objeto de burla. Pero eso era precisamente lo que había sucedido y era el motivo por el que tenía intención de terminar con él esa misma noche.

El corazón se le hizo añicos en el pecho al pensarlo. Ya habría sido bastante difícil romper con él porque era mucho más joven, pero dejarlo sabiendo que lo amaba sería la cosa más dura que habría hecho nunca. Sería incluso más difícil que cuando había pedido a su padre que visitara a su madre días antes de que muriera. El estómago se le revolvió de nuevo cuando abrió la puerta del carruaje. Lo único que deseaba hacer era escapar de esa pesadilla. Se apeó tambaleándose fuera del vehículo decidida a huir.

Detrás de ella, Garrick soltó un violento juramento, pero Ruth no se detuvo en su premura por poner distancia entre ellos. No tenía otra alternativa que terminar con él, pero no en los limitados confines del carruaje. Era demasiado íntimo y la aterraba que la insensibilidad que controlaba sus extremidades se evaporara en cualquier momento. La haría vulnerable a él..., a su contacto.

Se recogió la falda para evitar tropezar al subir la escalera apresuradamente hasta la puerta principal de su casa, que se estaba abriendo despacio frente a ella. Dentro, en el vestíbulo suavemente iluminado, le entregó el chal a Simmons y miró hacia la escalera. Deseaba retirarse al confort de su dormitorio, pero sabía que sería un terrible error. La intimidad de su dormitorio jugaría a favor de Garrick al final, porque era un experto en el arte de la persuasión y ella necesitaría estar en plenas facultades cuando le dijera que habían terminado.

Sin pensarlo dos veces, se volvió hacia el salón. Rara vez bebía algo que no fuera vino, pero, en ese momento, el fuego de un brandy bien cargado le daría la confianza que necesitaba para la batalla que se avecinaba. Sus terminaciones nerviosas ya bailaban en un fino alambre y cuando la puerta del salón se cerró con fuerza, el violento sonido la sobresaltó pero no se volvió. En lugar de eso, se sirvió una copa de brandy con mano temblorosa y se la bebió de un trago. El resultado fue un ataque de tos que la hizo aferrarse el pecho hasta que se le pasó. Las fuertes manos de Garrick entonces la agarraron por los brazos y la atrajeron hacia su cálido torso.

—Maldita sea, Ruth. No puedes beber brandy así —la reprendió él exasperado.

Pegada a él, la calidez de su cuerpo se filtró en ella y la relajó más rápidamente que el coñac. La insensibilidad cedió despacio cuando inspiró su aroma. Sándalo. Dios santo, siempre olía tan bien. Sus fosas nasales inspiraron su esencia, fuerte e increíblemente masculina. Siempre que la abrazaba así, se sentía a salvo de cualquier cosa que pudiera dañarla.

Sin embargo, jadeó desalentada cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Con un fuerte tirón, se zafó de su abrazo y se alejó de él. Una parte de ella esperaba que la persiguiera, pero, cuando se volvió hacia Garrick, vio que no se había movido. Con sus ojos azules centelleantes, la estudiaba en silencio. Ruth se hallaba ya tan al límite que, si él hubiera dado un solo paso hacia ella, seguramente habría salido huyendo de la estancia. El rastro del brandy aún le ardía en la garganta y volvió a toser.

—No voy a dejarte ir, Ruth. —La dura determinación de sus palabras la tensó.

—Y yo me niego a continuar una relación con un hombre que es doce años menor que yo. —Su voz sonó tan inflexible como la de él.

—Maldita sea, es un número, Ruth. —Garrick se pasó los dedos por el pelo en un gesto que mostraba su frustración y empezó a pasearse nervioso—. Es sólo un número.

—Aunque pudiera aceptar eso, que no puedo, me has manipulado. Me has ocultado la verdad deliberadamente.

—Por supuesto que te he ocultado la verdad —gruñó él al tiempo que se detenía para volverse hacia ella—. Estás tan condenadamente convencida de que no tienes nada que ofrecer a un hombre..., y yo no estaba dispuesto a permitir que la prensa destruyera el pequeño progreso que había hecho convenciéndote de lo contrario. Sabía cómo reaccionarías...…

—Y ¿sabías cómo reaccionaría cuando otra persona me dijera que eres doce años más joven que yo? —La pregunta hizo que la vergüenza volviera a atenazarla. Era como una insidiosa hiedra que amenazaba con ahogarla—. ¿Tienes la menor idea de cómo me he sentido cuando Louise Campton me ha informado tan amablemente sobre nuestra diferencia de edad?

Ruth se llevó la mano a la garganta cuando recordó a Louise señalando alegremente la diferencia de doce años entre Garrick y ella. Sólo minutos antes de esa terrible revelación, sus expertas y seductoras caricias le habían hecho olvidar que era mayor que él. Luego, con una horrible frase, Louise Campton le había recordado lo mayor que se sentía.

La humillación ya había sido bastante dolorosa, pero darse cuenta de que estaba enamorada de él en ese mismo momento había sido un duro mazazo. Louise también

lo había sabido. Esa mujer había disfrutado viendo cómo Ruth luchaba contra el descubrimiento de que se había enamorado de Garrick. Si se había sentido mayor antes, no era nada comparado con cómo se había sentido en ese instante.

—Cometí un error, Ruth —espetó él—. Debería haberte dicho la verdad. —El arrepentimiento oscureció sus apuestos rasgos, pero ella se negaba a absolverlo de su pecado.

—Pero no lo hiciste. Fue Louise Campton quien lo hizo. Y disfrutó de cada segundo —le recriminó con amargura—. No me cabe duda de que esa mujer se asegurará de llevarse el mérito de nuestra ruptura en los próximos días.

—¿Qué diablos se supone que significa eso? —gruñó él.

—Significa que tus clases han terminado. Deseo acabar con nuestra relación.

Ruth se preparó para mantenerse firme cuando Garrick entornó los ojos y le lanzó una mirada calculadora que ella ya conocía. Era una mirada que indicaba que estaba decidido a salirse con la suya, y eso la alarmó. El silencio se prolongó entre ambos y se hizo más denso con cada segundo que pasaba. Ruth apartó la vista de su mirada penetrante.

¿Por qué no decía algo? Se había mostrado tan persistente durante todo el tiempo que habían pasado juntos y, sin embargo, ahora había decidido guardar silencio. Quizá no creía que hablara en serio respecto a acabar con su relación. No, Ruth estaba convencida de que él sabía que tenía intención de terminar con él, simplemente estaba pensando una estrategia para persuadirla de lo contrario.

¿Tendría ella la fuerza de voluntad para no ceder ante él? Un nudo se le formó en la garganta y de inmediato se reprochó a sí misma pensar siquiera que estaba dispuesta a aceptar más dolor en lo que a él concernía. La decisión de terminar con su relación era lo único que la salvaría de más humillaciones. No en manos de la alta sociedad, sino también de Garrick si descubría alguna vez lo que sentía por él.

—De eso nada —replicó él con tal brusquedad que obligó a Ruth a mirarlo de inmediato. Una expresión impasible endureció sus rasgos y le hizo imposible leer sus pensamientos.

—¿Qué? —exclamó ella. Había esperado un intento de persuadirla, no una negativa autocrática.

—No dejaré que otros decidan con quién elijo estar, ni tú tampoco deberías.

—No se trata de que alguien gobierne o no mis actos. Es una cuestión de decoro —insistió ella con apatía—. Soy demasiado mayor para ti.

—Y, sin embargo, aceptaste ser mi amante a sabiendas de que era más joven que tú. Simplemente no sabías cuántos años —afirmó él con una intensidad salvaje mientras cubría la distancia que los separaba.

—No te atrevas a cargarme con la culpa de lo sucedido esta noche —espetó Ruth, que se mantuvo donde estaba a pesar de su intenso deseo de huir.

Había mucha más verdad en su afirmación de la que le habría gustado admitir y eso hizo que le resultara más difícil ignorar la reacción de su propio cuerpo a la proximidad de Garrick. Toda ella ardía en llamas y le suponía un gran esfuerzo no hacer caso de su delicioso aroma masculino o, peor aún, el deseo que sentía arremolinándose en su interior.

La resignación y el pesar retorcieron los labios de Garrick en una fina línea.

—No. Asumo toda la culpa de lo sucedido esta noche. Si pudiera volver atrás, te ahorraría la humillación. Lo haría. Pero no puedo.

—Entonces ahórrame más humillaciones y búscate una nueva amante —susurró ella mientras todo su impacto en sus sentidos amenazaba con hacerla ceder ante el tono de disculpa en su voz.

—No deseo otra amante —gruñó él—. Te deseo a ti.

A pesar del deseo de Ruth de no sentir nada, la nota posesiva en su voz hizo que un estremecimiento de excitación le recorriera la espalda. Negó con la cabeza y esa vez sí retrocedió. Sin embargo, Garrick no le dio la oportunidad de aumentar la distancia entre ellos. A la velocidad del rayo, la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. En cuanto su boca cubrió la de ella, el calor de su beso la hizo derretirse sin el menor atisbo de resistencia por su parte.

El calor palpitó violentamente a través de su torrente sanguíneo con una rapidez que la sorprendió. Su corazón se deleitó en su contacto, rechazando las advertencias que resonaron en un rincón de su mente mientras se rendía a la pasión que tejía una red de placer en su piel. Sus labios provocaron una fiera respuesta en ella y gimió suavemente cuando Garrick le recorrió el contorno de la mandíbula con la boca hasta la oreja.

—¿Tienes alguna idea de lo exquisita que eres? —Su aliento era como un calor pecaminoso contra la oreja de Ruth, mientras que su melosa voz hizo que le flaquearan las piernas—. No importa lo mayor que te hagas, tu belleza nunca desaparecerá. Eres atemporal de un modo que otras mujeres sólo pueden soñar.

El intenso deseo que se entrelazaba en las palabras de él hizo que su sexo se tensara en una respuesta tan potente que fue como si la acariciara físicamente. Ruth tomó una brusca inspiración esperando ocultarle su reacción, pero algo en su mirada la advirtió de que sabía exactamente qué estaba sintiendo. Desesperadamente se recordó a sí misma que la había engañado, que doce años era una distancia demasiado grande. Pero le resultó casi imposible recordar algo que no fuera el placer de su contacto cuando aún vibraba por su beso. Fue todavía más difícil cuando él la miró como si deseara devorarla. Una voz en lo más profundo de su ser luchó por rechazar la lógica y la urgió a tomar hasta el más breve momento de felicidad con él. Sería una estupidez hacerlo.

Si pensaba que el corazón se le rompería en ese momento, desde luego, no sobreviviría cuando la dejara en el futuro. El nudo en la garganta amenazó con ahogarla cuando se encontró con su mirada abrasadora. Garrick entornó los ojos de repente cuando se dio cuenta de que se esforzaba por no rendirse a él.

Intentó calmar su pulso acelerado y se obligó a tensarse en su abrazo. Estaba a punto de sucumbir ante él y, si permitía que lo viera, la presionaría hasta que se rindiera.

—«Atemporal» es una palabra tan bonita —repuso—. Pero, por desgracia, no encaja conmigo.

—¿En serio? —preguntó él con voz áspera—. Tus labios dicen una cosa, Ruth, pero tu cuerpo dice otra totalmente distinta.

La intensidad en su voz hizo que el miedo le secara la boca cuando alzó la mirada hacia su astuta expresión. Dios mío, ¿había averiguado la verdad? No. No podía haberlo hecho. Habría utilizado ese descubrimiento en su favor si sospechaba que sentía algo por él. Quizá se creía enamorado de ella. Ese pensamiento hizo que el corazón de Ruth se encogiera dolorosamente en su pecho. Tenía lógica que pudiera estar encaprichado de ella. Era la primera mujer con la que se había acostado. Pero eso no era lo mismo que la clase de amor que ella le profesaba. Aunque sintiera un profundo afecto por ella, nunca sería capaz de asimilar la diferencia de edad que existía entre ambos.

Lo miró a los ojos y vio el brillo resuelto en ellos. Realmente pensaba que ella cedería. Si no rompía con él ya, Garrick se saldría con la suya. No tenía otra opción, debía alejarlo de ella fuera como fuese. Sin importar lo cruel que se mostrara.

—Y tú olvidas que estoy preparada para responder cuando un hombre me acaricia. Cualquiera —afirmó con frialdad al tiempo que se separaba de sus brazos repentinamente sin vida—. Eras especial porque me diste la oportunidad de enseñar, en lugar de llevar a cabo los trucos habituales de mi profesión.

Sus despiadadas palabras hicieron que Garrick echara la cabeza hacia atrás como si lo hubiera golpeado. Parecía estupefacto, y sus músculos se tensaron mientras Ruth se esforzaba por no avanzar y suplicarle que la perdonara por sus crueles palabras. En un abrir y cerrar de ojos, su expresión se tornó fría y vacía. Incluso los angulosos planos de su rostro se tensaron hasta que los músculos de la mandíbula se vieron duros e inflexibles. La mirada fulminante que le dirigió fue como una esquirla de hielo que se clavaba en su corazón. Con el poco control que le quedaba, Ruth logró no gritar de dolor por el desdén que vio en sus ojos azules. Garrick dio un rígido paso hacia atrás.

—Entonces no me entrometeré en el desempeño de su profesión, señora.

El desprecio en su voz hizo que el insulto fuera aún más angustioso. Sin decir nada más, dio media vuelta, salió del salón y cerró la puerta tras de sí con cuidado. Clavada en el sitio, Ruth contempló su partida mientras regresaba la insensibilidad. Despacio, se dejó caer en el suelo y se rodeó la cintura con los brazos cuando un frío agotamiento le inundó las extremidades. Sólo en una ocasión en su vida se había sentido tan perdida, sin saber hacia dónde ir. Una lágrima le rodó por la mejilla. En un rincón de su mente, una voz le gritó que fuera tras él. La ignoró. Otra lágrima cayó sobre su brazo cuando el dolor en el pecho se extendió a todo su ser. El único hombre, aparte de él, que le había roto el corazón era su padre, pero la pena de perder a Garrick fue mucho mayor. A diferencia del abandono de su progenitor, la marcha de su amante le dolió en el alma de un modo que le indicó que nunca más volvería a sentirse completa. Las lágrimas inundaron calientes y pesadas sus mejillas. Era como si se despertara y descubriera que era de noche y se percatara de que ya nunca más volvería a amanecer. Garrick estaba en lo cierto: su edad era poco más que

un número. No tenía miedo de envejecer. Su mayor temor era darse cuenta de que nunca sabría lo que era ser querida.

Ruth se quedó mirando los papeles que tenía ante sí. Había estado sentada en el interior del pequeño despacho de St. Agnes la mayor parte del día. Aún tenía que hacer balance de los libros del orfanato a pesar de la contabilidad meticulosa que habitualmente llevaba. Frunció el cejo hacia los números durante otro largo momento, antes de ceder a la presión en su cabeza.

Dejó caer el lápiz sobre el libro, cerró los ojos y se frotó las palpitantes sienes con delicadeza. Había pasado más de una semana desde que había roto con Garrick y cada día había sido un doloroso esfuerzo por seguir viviendo. Las invitaciones continuaban llegando, pero no había aceptado ninguna por miedo a encontrarse con él.

Estaba segura de que a algunos miembros de la alta sociedad les resultaría divertido asegurarse de que los dos coincidieran en la misma estancia simplemente para confirmar qué sucedería. Ni siquiera Allegra había logrado consolarla. Aunque su amiga le había insistido y suplicado que fuera a pasar una temporada a Pembroke Hall, se negó a hacerlo.

Había decidido cerrar su casa y trasladarse a Crawley Hall. Tenía pocos motivos para quedarse en la ciudad. Lo único que le quedaba por hacer era acabar con unos cuantos asuntos de última hora relacionados con St. Agnes. Lord Pembroke le había dado los nombres de varios candidatos muy buenos para encargarse del funcionamiento diario de St. Agnes cuando ella ya no estuviera en la ciudad.

James Turcot, el joven por el que finalmente se había decidido, era un muchacho afable. Era evidente que le gustaban los niños, lo que significaba que haría todo lo posible por velar por su bienestar, y no sólo se ocuparía de los libros. Ruth seguiría acudiendo a la ciudad para las reuniones trimestrales del consejo del orfanato, pero las tareas del día a día se las dejaría a James, que debía empezar la semana próxima, así que ya había pedido a Dolores que comenzara a preparar su traslado a Crawley Hall.

Sin que el dolor de cabeza hubiera cedido ni un ápice, volvió a coger el lápiz para estudiar la columna de números que aún debía calcular. El sonido de la puerta del despacho al abrirse la hizo alzar la cabeza, y todo su cuerpo se puso en tensión al descubrir al vizconde Tremaine. De inmediato, abrió el cajón del escritorio y sacó la pequeña pistola de su bolso para tenerla a mano.

La sonrisa del hombre se tornó astuta, y Ruth se puso en pie para no quedar en una posición de desventaja.

—Lord Tremaine —lo saludó con frialdad.

—Mi querida lady Attwood. Estoy encantado de volver a verla.

—¿Qué desea? —No le importó sonar grosera. Ni le gustaba ni confiaba en ese hombre.

—Directa al grano, me gusta eso en una mujer. —Su sonrisa hizo que pareciera que un dedo gélido se deslizaba por su espalda—. Tengo una propuesta para usted.

—¿Una propuesta? —Ruth enarcó una ceja con altivez.

—Sí. Me he enterado de que lord Stratfield ya no es su protector y pensé que usted y yo podríamos llevarnos bien.

No se habría quedado más perpleja si su padre hubiera entrado en el orfanato para rogar su perdón. El vizconde se mostró claramente divertido y le dirigió una sonrisa burlona. Era un hombre apuesto, pero sus maneras le quitaban todo el atractivo. Ruth se recuperó de la sorpresa y negó con la cabeza.

—Aunque me... halaga su oferta, debo rechazarla.

—Le pido que no se precipite, mi querida dama. Creo que debería considerar las enormes consecuencias de su decisión.

El hombre se estaba recreando. No había otra palabra para definirlo, y Ruth frunció el cejo confusa. ¿A qué tipo de consecuencias podría estar refiriéndose? Que ella supiera, ese hombre nunca había tenido nada que ver con el orfanato. Pero ¿de qué otra cosa podría estar hablando?

—¿Consecuencias?

—Me refiero a Stratfield.

—Me temo que no lo comprendo. Lord Stratfield y yo ya no mantenemos ninguna clase de relación, como usted ha comentado.

El vizconde avanzó y, cuando Ruth deslizó los dedos en el cajón en busca de la empuñadura de marfil de la pistola, dirigió la mirada a su mano y sonrió mientras señalaba la silla que había frente al escritorio.

—Quizá debería explicarme. ¿Me permite? —Señaló la silla, Ruth asintió y tomó asiento. Él hizo lo propio frente a ella—. Lord Stratfield y yo... ¿Cómo podría explicarlo? No somos los mejores amigos. Hace poco se ha sabido que ha estado intentando llevarme a la bancarrota, lo cual me resulta de lo más preocupante.

—Por supuesto —murmuró ella mirándolo con expectación. La fiera sonrisa en sus labios la ponía nerviosa. Ese hombre parecía un lobo acechando a su presa.

—Sin embargo, he conseguido una información excepcional que creo que hará reconsiderar a Stratfield sus intentos de socavar mis finanzas. —Algo en la actitud del vizconde la paralizó y, de inmediato, temió por Garrick.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo?

—Aunque estoy seguro de que la información que poseo es suficiente para persuadir a Stratfield de que no debe entrometerse en mis finanzas ni en las de mi informador, prefiero hacer que mi apuesta sea un poco más dolorosa para el barón.

—Sigo sin ver en qué me afecta eso a mí. —Ella entrelazó las manos con fuerza frente a sí y se esforzó por mantener una expresión serena.

—Sé de muy buena tinta que está usted enamorada del joven barón.

Ruth no pudo evitar perder la compostura ante la confiada sonrisa del hombre.

—No... no sé de qué está usted hablando —replicó. Pudo sentir cómo se le formaba un nudo en la garganta que hasta le impidió respirar con facilidad.

—No pasa nada, lady Attwood. Su secreto está a salvo conmigo siempre que acceda a ayudarme.

—Si piensa chantajearme con la amenaza de anunciar al mundo que me he enamorado de lord Stratfield, por favor, siéntase libre de hacerlo —espetó. Furiosa por que el hombre hubiera pensado en usarla en un intento de herir a Garrick, se puso de pie bruscamente—. Ya he oído suficiente. Creo que es hora de que se marche.

—Tiene un espíritu fiero... Veo que nos llevaremos de maravilla.

—Creo que se engaña a sí mismo, lord Tremaine, y no tengo ninguna intención de aceptar su protección. —Ruth estaba furiosa y sintió deseos de disparar a ese hombre por atreverse siquiera a chantajearla. Con las palmas pegadas a la mesa, le lanzó una mirada furibunda—. Ahora, salga de aquí.

—Como desee —repuso él sin moverse del asiento—. Por supuesto, estoy convencido de que la prensa estará encantada de recibir una nota de una tal lady A. en referencia a su reciente relación con cierto lord S. comentando el detalle de que a su señoría le falta un testículo. Será la noticia más sensacionalista que hayan publicado en años.

Ruth jadeó horrorizada ante las palabras del vizconde. ¿Cómo diablos conocía ese hombre la deformidad de Garrick? Él le había pagado a su tío para que se mantuviera alejado de su familia. Por primera vez, se preguntó si lo que realmente había estado haciendo era pagarle por su silencio. Pero ¿cómo había descubierto Tremaine la verdad? ¿Acaso conocía al tío de Garrick?

Rezó con fervor por que ese canalla no hubiera encontrado a la mujer que había humillado a Garrick y hubiera descubierto la verdad por boca de ella. Algo le decía que el vizconde disfrutaría atormentando a Garrick con eso. Pero ¿qué pensaría Garrick cuando leyera los periódicos? Creería que ella lo había traicionado. Y, si no hacía lo que Tremaine le pedía, eso era exactamente lo que iba a suceder. Conmocionada, afrontó la mirada engreída de Tremaine y las rodillas amenazaron con ceder bajo su peso. Amaba a Garrick y se negaba a permitir que alguien lo humillara de ese modo. Sabía muy bien cómo era esa clase de ofensa.

Volvió a sentarse despacio. Pensar. Necesitaba tiempo para pensar. Tiempo para descubrir un modo de vencer a ese bastardo en su propio juego. Se pasó la lengua por los labios y la lujuria dominó los rasgos de Tremaine. De inmediato, Ruth se arrepintió del gesto. De algún modo lograría salir de ese atolladero, aunque no estaba segura de cómo. Lanzó una mirada de intenso odio al vizconde.

—¿Qué lo hace pensar que cederé a su chantaje? —le espetó con los dientes apretados.

—Porque conozco a la gente, lady Attwood —respondió él con una sonrisa maligna—. Está usted enamorada de Stratfield y no desvelará su secreto.

—Aun en el caso de que lo que dice fuera cierto —comenzó ella, negándose a confirmar las sospechas del hombre—, no veo cómo mi participación en ese plan suyo puede servirle de algún propósito en lo que se refiere al barón. Lord Stratfield me desprecia y no tiene ningún interés en mí.

—¿No ha leído la prensa últimamente, querida? —Tremaine enarcó las cejas—. Ese joven ha empezado a beber mucho y a pelearse con plebeyos. Muestra todos los signos de un hombre enamorado de una mujer.

«Ese joven.» El velado insulto no le pasó desapercibido a Ruth. A pesar de su determinación de convertirla en su amante, incluso Tremaine consideraba a Garrick demasiado joven para ella. La repentina imagen de Garrick bebiendo en exceso y peleándose hizo que el corazón se le encogiera. No había tenido el valor de leer los periódicos durante la última semana y se había pasado la mayor parte del tiempo en el orfanato. El comportamiento que el vizconde describía no era nada propio de él. ¿Era posible que ella le importara más de lo que había creído? No. Si Garrick estuviera enamorado de ella, habría encontrado un modo de hacerla cambiar de opinión. Era demasiado persistente para no haberlo hecho.

—Aún no me ha explicado por qué desea incluirme en su plan —replicó.

—Usted y yo tenemos una cuenta pendiente. —El vizconde se inclinó hacia adelante y la miró con los ojos entornados de un modo que la asustó—. Nadie se inmiscuye en mis asuntos personales sin sufrir las consecuencias.

—Si se refiere a lady Lynmouth, era evidente que la dama no deseaba sus atenciones.

—La habría persuadido de lo contrario si usted no hubiera intervenido. —Había una fiera nota de ira en la voz del vizconde cuando éste se levantó—. He decidido darle una lección al mismo tiempo que garantizo mi estabilidad económica. Stratfield ha sido una espina clavada en mi costado durante algún tiempo. Me gustaría mostrarle que sólo un hombre de verdad, como yo, puede satisfacer a su antigua amante.

Dios santo, ¿ qué era lo que se disponía a hacer? Tenía que encontrar un modo de informar a Garrick sobre lo que Tremaine tramaba. Ese bastardo entonces rodeó la mesa en su dirección. La sonrisa en los labios no alcanzó a su mirada inexpresiva cuando la hizo levantarse.

—Creo que tenemos un acuerdo, ¿verdad, lady Attwood? —La cogió por la barbilla y la obligó a mirarlo—. Stratfield pagará por mi silencio y, como mi amante, yo guardaré sus secretos. ¿Sellamos el acuerdo con un beso?

Ruth no podía recordar haber sentido nunca miedo de un hombre, pero en ese momento lo sentía. Él le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí. Pegó los labios a los de ella y un estremecimiento la sacudió por el modo en que el vello se le erizó ante su contacto. No era un inexperto, pero cuando exploró su boca con la lengua, el estómago se le revolvió. Dios santo, ¿cómo iba a soportar tener a ese hombre en su lecho?

Garrick. Debía recordar que todo eso era por Garrick. En un rincón de su mente, pudo oír el maravilloso sonido de su voz, y el vizconde se tensó contra ella, interrumpió el beso y le sonrió. Era una sonrisa terrible, y el terror hizo que le bajara un intenso escalofrío por la espalda que se extendió por todo su cuerpo.

Su mirada siguió a la de Tremaine, y la visión de Garrick en el centro de la estancia le hizo añicos el corazón. Su rostro estaba pálido por la ira y algo más que Ruth no quiso identificar por miedo a que la hiciera llorar de pena.

Rabia. La rabia lo consumía con un calor abrasador que amenazó con privarlo de su sentido común. Hacía tiempo que deseaba ver muerto a Tremaine, y quizá ése iba a ser el día en que finalmente se encargaría de aquel bastardo. La sonrisa burlona del vizconde intensificó aún más la furia en su interior. Con los puños apretados, se mantuvo inmóvil a pesar de la urgente necesidad de atravesar la estancia y hacerlo pedazos.

Y Ruth. No podía creer que se hallara en brazos de Tremaine por voluntad propia, aunque no estuviera esforzándose por librarse del abrazo de ese malnacido. En cualquier caso, parecía conmocionada, casi asustada, por su aparición en el pequeño despacho del orfanato.

—Ah, el ilustre barón Stratfield. Qué oportuno. Me has ahorrado la molestia de tener que visitarte.

—Suéltala, Tremaine. —A pesar de la suavidad de su voz, las palabras sonaron de un modo letal que hizo estremecerse al vizconde, aunque no tardó en recuperarse.

—Quizá la dama no desea que la suelte —replicó.

Tremaine sonreía con demasiada seguridad cuando desvió la atención hacia Ruth. A continuación, la soltó y Garrick la miró. En cuanto sus ojos se encontraron, ella apartó la vista. Estaba asustada. Garrick volvió a mirar a Tremaine. El tipo parecía demasiado satisfecho consigo mismo. Era obvio que la estaba amenazando con algo, pero ¿con qué?

—Me resulta difícil creer que Ruth pueda estar remotamente interesada en ti, Tremaine. Después de todo, tu padre fue el responsable de la destrucción del matrimonio de los suyos y ella sabe lo que le hiciste a Mary —respondió mirando al hombre con disgusto.

—Tu Mary no era la dulce señorita que creías que era —espetó Tremaine—. Pero, en cualquier caso, me he explicado ante Ruth, y ella ha aceptado mi protección.

El vizconde la miró con una sonrisa de satisfacción antes de volverse hacia Garrick. Ese bastardo estaba mintiendo. ¿Cómo diablos podía Ruth considerar siquiera una relación con él? Sabía qué era ese hombre. A menos que... Descartó la posibilidad en cuestión de un segundo. Puede que fuera una cortesana, pero su actitud hacia él nunca había sido la de una mujer que se limitaba a satisfacer a su amante. Había habido algo más entre ellos. Había roto con Garrick por una razón, una única razón: porque era más joven que ella. Había estado tan seguro de ello que había ido a verla para convencerla de que las malas lenguas se equivocaban. A la hora de tomar su decisión, Ruth no había tenido en absoluto en cuenta su capacidad de satisfacerla. Garrick se negaba a creer lo contrario.

—No te creo —gruñó.

—Puedo asegurarte que es cierto, Stratfield —insistió el vizconde con una sonrisa condescendiente—. Al menos lady Attwood podrá recibir de nuevo en su lecho a un hombre de verdad.

Garrick se quedó helado. Desvió la mirada hacia Ruth, que, aún en los brazos de Tremaine, mantenía el rostro oculto. Sin embargo, había algo en su pose que lo preocupaba. Ignoró la advertencia que resonó en un rincón de su mente. No creyó ni por un segundo que ella lo hubiera traicionado. Aun así, lo inquietaba que no lo mirara. Sin apartar la vista de ella, carraspeó.

—Dime por qué estás dispuesta a recibir a este bastardo en tu cama. —A continuación, observó cómo Ruth se liberaba de los brazos de Tremaine y se volvía hacia él. Era imposible saber qué estaba pensando.

—Soy libre de ver a quien desee. —Su voz estaba desprovista de toda emoción.

Garrick tensó la mandíbula frustrado. No le había respondido.

—¿Ves, Stratfield? La dama ha recuperado el sentido común. —La sonrisa de Tremaine era maligna.

—¿Sí? —replicó él en tono sarcástico—. Sinceramente, dudo que Ruth pueda plantearse nunca meterse en la cama con un sinvergüenza como tú, sean cuales sean las circunstancias. Algo me dice que hay algo en su consentimiento que ninguno de los dos decís.

—Cierto. Pero sé de buena fuente que la dama no estaba satisfecha con un hombre que sólo cuenta con un testículo.

Las palabras del vizconde lo atravesaron como un disparo. Desesperado, Garrick se esforzó por serenarse y esbozó una sonrisa forzada al tiempo que miraba a los insidiosos ojos del otro hombre. Su tío. Ese bastardo le había contado a Tremaine su defecto. Sus temores se habían hecho realidad. La cuestión era ¿qué deseaba el vizconde? Enarcó una ceja al tiempo que miraba fijamente a su adversario.

—Tienes una gran imaginación, Tremaine —replicó.

La diversión en su voz fue suficiente para hacer que el vizconde lo mirara y frunciera el cejo de un modo calculador. Un instante después, Tremaine sonrió con desprecio.

—Me sorprendes, Stratfield. Personalmente, estoy asombrado de que puedas rendir a pesar de tener sólo un testículo. Pero ¿realmente creías que lady Attwood guardaría tu secreto?

Las palabras del hombre lo dejaron sin respiración. Paralizado por la incredulidad, fijó la mirada en Ruth. Aunque estaba pálida, su expresión no revelaba nada. Cuando ella no contradijo a Tremaine, el corazón se le retorció tan violentamente en el pecho que le entraron ganas de gritar por el dolor. Lo había traicionado. Un segundo después desechó esa idea. No lo creía. Tenía que haber sido su tío quien había desvelado el secreto. No podía haber sido Ruth. Ella no lo habría traicionado de ese modo. Una voz burlona resopló en su cabeza ante las patéticas protestas. Por supuesto que lo había traicionado. Si hubiera sido su tío, Tremaine no habría tenido ningún motivo para involucrar a Ruth.

Sin embargo, aunque ya no estaba en los brazos de Tremaine, ella no había hecho ningún esfuerzo por alejarse de ese bastardo. Había accedido a ser su amante. ¿Qué otra prueba necesitaba de que había sido ella quien le había revelado el secreto? Quizá oírlo directamente de sus labios. De nuevo la voz en su cabeza se burló de él por su deseo de no creer lo que era tan obvio.

—Parece que te has quedado sin palabras, Stratfield. —El tono petulante del vizconde hizo que Garrick lo mirara con los ojos entornados.

—En absoluto. —Fingió indiferencia y se encogió de hombros—. Simplemente no entiendo por qué mis rasgos físicos te interesan tanto. A menos, por supuesto, que la sodomía sea un pasatiempo para ti. Aunque yo no tengo ningún interés en semejante divertimento.

La furia oscureció las facciones del otro hombre y Garrick sonrió con amargura. Las tornas se habían vuelto a su favor.

—Dudo que te sientas pagado de ti mismo cuando la alta sociedad descubra que eres un fenómeno de la naturaleza.

—Lo dices como si me importara lo que piensa la gente. —Garrick negó con la cabeza con resignación antes de mirar a Ruth.

A pesar de su palidez, sus rasgos se mantenían serenos e indescifrables. Y supo que era culpable por el simple hecho de que no había negado las alegaciones de Tremaine.

—Creo que te importa mucho —replicó el vizconde con una mirada calculadora—. De hecho, creo que me pagarás por mi silencio.

—¿Pagarte? —rio Garrick.

El hecho de que hubiera logrado hacerlo lo asombró. Tremaine estaba amenazando con exponerlo al mundo, algo que había luchado durante mucho tiempo por evitar. No sabía si estrangular a ese malnacido o simplemente marcharse y arriesgarse con la esperanza de que nadie creyera a Tremaine. Pero luego estaba Ruth. La gente sí la creería a ella. El amargo sabor de la bilis le subió a la garganta al pensar en su traición. Si había algún cuello que deseaba rodear con las manos, era el de ella. ¿Cuánto tiempo había tardado en acudir corriendo a Tremaine con su secreto? La fulminó con la mirada y el poco color que Ruth conservaba abandonó su rostro.

Durante un breve momento Garrick se descubrió pensando que simplemente era un títere en manos de Tremaine. Ese bastardo podía estar amenazándola con algo. Tragó saliva con fuerza cuando volvió a pensar en su traición. Estaba excusándola de nuevo. Ruth le había contado su secreto a ese canalla, y ahora él tendría que pagar a Tremaine por su silencio. Había pagado a su tío para mantenerlo callado. Pagar a Tremaine no sería diferente.....

Eso no era cierto. A pesar de que mantenía a Beresford, era Garrick quien había establecido las condiciones del acuerdo, no su tío. Había sido él quien había estipulado lo que el otro hombre podía o no podía hacer. Había dejado muy claras las consecuencias si su tío no cumplía el acuerdo. Y parecía que lo había respetado.

En cambio, la menos probable de las fuentes había sido su perdición. Una mujer. Era como si Bertha volviera a reírse de él. Los recuerdos del pasado lo inundaron y su cuerpo se tensó. Nunca había pensado que sería una mujer quien lo traicionaría. Y, menos aún, Ruth.

Un deseo salvaje de golpear algo se abrió paso en su mente. Ella lo había destruido. Le había contado la verdad a Tremaine. Aunque le pagara a él, ¿qué impediría que ese canalla le contara su secreto a otro? El chantaje no acabaría nunca.

El vizconde soltó un gruñido de frustración.

—Parece que se te ha comido la lengua el gato, Stratfield. —La diversión del hombre estaba asimismo teñida de ira.

—Al contrario. Estoy intentando comprender si te he oído bien.

—Sí, lo has hecho. No pido mucho. —Tremaine le lanzó una mirada de intensa aversión. Era evidente que la conversación no estaba yendo como había esperado—. Sólo deseo que retires tu demanda del pago de todos mis préstamos de inversión.

—Sigo sin ver por qué habría de hacer semejante cosa. Tu afirmación no estaría corroborada.

—Ah, pero tengo a lady Attwood —replicó Tremaine con suavidad al tiempo que se acercaba a Ruth y le acariciaba la mejilla.

Una intensa ira atravesó a Garrick ante ese gesto. La idea de que ese hombre la tocara, por no hablar ya de que se acostara con ella, lo enfurecía. De inmediato, se condenó a sí mismo. Era un estúpido. Esa mujer no merecía el esfuerzo emocional. En un rincón de su mente, una potente voz protestó con vehemencia por ese pensamiento.

—Pareces bastante seguro de que puedes hacer que te obedezca como un perrito, Tremaine —espetó el barón con desprecio.

—No veo que tengas otra opción.

—Siempre hay una opción.

Cuando miró a Ruth, ella les dio la espalda a ambos, pero Garrick llegó a captar una expresión desesperada en ella que reconoció. Resopló suavemente. ¿Por qué diablos estaba tan decidido a encontrar una excusa a su traición?

—Entonces quizá deberías considerar la mejor opción para solucionar este problema —prosiguió Tremaine.

—Y supongo que, a cambio de mi dinero, tú guardarás silencio. —Garrick lo miró con los ojos entornados.

—Exacto. Y, como las inversiones de tu tío afectan directamente a las mías, también esperaré que las exigencias de pago sobre sus inversiones se retiren.

—Naturalmente —comentó Garrick sin apartar la mirada del vizconde.

La exigencia de que dejara de intentar arruinar a su tío no fue del todo inesperada, pero hizo que considerara una vez más que Ruth podía ser un títere en algún juego retorcido de Tremaine. La miró y estudió su perfil durante un momento. Casi como si pudiera sentir su mirada, ella volvió la cabeza. ¿Era tristeza lo que vio en sus hermosos ojos? No, ella no era distinta de Bertha. No tenía corazón. En cuestión de días, lo había traicionado. No le cabía duda de que se había divertido revelando su secreto a Tremaine. Garrick acalló la protesta que resonó en el fondo de su mente.

—Bien, ¿tenemos un acuerdo, entonces? —El vizconde lo miró confiado.

—No.

Cuando miró a su oponente a los ojos, Tremaine supo que no iba a acceder, y ese hecho lo dejó perplejo.

—¡¿Qué?! —El furioso rugido del vizconde no tomó por sorpresa a Garrick—. Te expondré, Stratfield. No creas que no lo haré.

—Oh, no me cabe ninguna duda de que te esforzarás al máximo por hacerlo. —Sonrió él con frialdad—. Pero me pregunto quién creerá la palabra de una puta o de un canalla que se tambalea en los límites de la alta sociedad.

Sin esperar una respuesta, dio media vuelta y se dirigió a la puerta del despacho. A su espalda, Tremaine balbuceaba furioso, y eso hizo que sintiera una pequeña oleada de satisfacción. Su vida en la alta sociedad estaba acabada, pero decirle a ese bastardo que se fuera al infierno había sido increíble. Giró el pomo y abrió la puerta en el mismo instante en que Tremaine le gritó:

—¡Te arrepentirás de esto, Stratfield! Me encargaré de que este asunto arruine también a tu familia. Ese hermano que tienes no logrará un buen matrimonio en la alta sociedad si todo el mundo conoce tu secreto.

Una ira gélida envolvió a Garrick al oír la amenaza. Despacio, y con un gran autocontrol, giró sobre los talones. El desprecio en el rostro del vizconde se convirtió en miedo cuando Garrick lo estudió con una calma letal.

—Si haces algo, cualquier cosa, para hacer daño a mi familia, te mataré, Tremaine.

El sonido amenazante de su voz resonó con fuerza en la estancia y el vizconde tragó saliva. El rostro del hombre adoptó de nuevo una expresión de maliciosa satisfacción, y Garrick vio que Ruth abría unos ojos como platos espantada mientras miraba por encima de su hombro. En lo más profundo de su mente, se preguntó por qué se sentiría horrorizada por él. Entonces, volvió la cabeza y se encontró con la mirada perpleja de un caballero fornido que no reconoció.

—Señor Millstadt..., qué sorpresa.

Por el saludo entrecortado, pudo ver que Ruth sí lo conocía. Pero, claro, ella conocía a muchos hombres, pensó Garrick con amargura. Con un brusco gruñido de ira, apartó al hombre y avanzó por el pasillo sin mirar atrás. En menos de un minuto estaba en la calle. Ordenó a Jasper que lo llevara al club antes de dejarse caer en el asiento del faetón. Sintió que la furia bullía en su interior, una sensación que no se parecía a nada que hubiera conocido nunca. Ni siquiera la noche que descubrió a su tío intentando entrar en el dormitorio de Lily o el día que encontró a Tremaine en Seymour Square se había enfadado tanto. Si se hubiera rendido a sus impulsos unos momentos antes, habría pulverizado a Tremaine hasta que no hubiera podido caminar siquiera, y habría repetido el ejercicio una y otra vez. Y Ruth. La imagen de las manos de ese bastardo alrededor del hermoso cuello de ella no era en absoluto agradable. Deseaba oírla rogar compasión. Años atrás Bertha se había reído de él, y ahora había permitido que Ruth hiciera lo mismo. ¿Cómo podía haber sido tan idiota?

De nuevo, una mujer lo había puesto en ridículo, pero esa vez no estaba encaprichado. Estaba enamorado, y el dolor de su traición era como el de un cuchillo que le atravesaba el corazón. Apretó la mandíbula y tomó aire con brusquedad entre los dientes. Con los brazos cruzados sobre el pecho, se clavó los dedos en los bíceps. Ella lo había traicionado. Ese descubrimiento aún lo dejaba perplejo. Era casi imposible de creer en vista de todo lo que habían compartido. La imagen de ella en los brazos de Tremaine volvió a llenarle la mente e hizo que la sangre le fluyera ardiente por la ira una vez más. Pensar en ella con ese bastardo lo enfermaba. Dios santo, ¿cómo podía seguir amándola a pesar de lo que había hecho? Su traición lo había herido profundamente, tan profundamente que sabía que había poco que Tremaine o cualquier otro pudiera hacerle que se acercara siquiera al insoportable dolor que ahora sentía. Durante los últimos ocho años de su vida, había vivido con el miedo de que su tío desvelara su secreto, había vivido constantemente al borde de un ataque de nervios temiendo que alguien lo dejara al descubierto como el fenómeno de la naturaleza que era.

Lo irónico era que había sido una mujer quien había desvelado su secreto. Algo que nunca habría sucedido si se hubiera limitado a mantenerse alejado de Ruth. Golpeó con el puño el asiento de cuero cuando el faetón se detuvo delante del club. Al infierno Tremaine. Se negaba a que ese bastardo lo controlara. Sin esperar a Jasper, bajó del pequeño carruaje y subió los peldaños de la escalera del club de dos en dos.

Lord Tremaine estaría arruinado a finales de ese mismo mes. Ese canalla podía hacer lo que le viniera en gana, pero Garrick no aceptaría que lo chantajearan. Puede que Ruth lo hubiera traicionado y le hubiera mentido, pero había una cosa que había aprendido de su experiencia con ella: su defecto físico no lo definía. Había sido un estúpido al preocuparse por lo que otros pensaran.

Atravesó el club en dirección al gimnasio. Necesitaba golpear algo y, si no podía ser a Tremaine, un saco de boxeo tendría que bastarle. Puede que el vizconde disfrutara humillándolo, pero eso ya no le importaba. Nada sería tan doloroso como saber que la única mujer a la que deseaba por encima de todas las demás lo había engañado.

Ruth se contempló en el espejo del tocador. Los oscuros círculos bajo sus ojos no hacían más que acentuar su edad. Con el codo sobre la mesa, apoyó la frente en la mano. No podía recordar la última vez que se había sentido tan exhausta. Apenas había dormido, porque la escena con Garrick en el orfanato la tarde anterior se había reproducido una y otra vez en su cabeza. Aunque Tremaine le había dicho que pasaría por allí aquella noche, no había aparecido, y se sentía agradecida por ello. Le había dado tiempo para pensar sobre cómo la había coaccionado ese bastardo para que hiciera lo que le ordenaba.

En ese momento, la había aterrorizado que Garrick descubriera que estaba enamorada de él. Pero ver cómo se enfrentaba a las amenazas del vizconde casi la había destrozado. Debería haber detenido a Tremaine en aquel mismo instante. En cambio, había permitido que Garrick creyera que ella lo había traicionado. La idea de que él fuera víctima de un chantaje era horrible, sobre todo cuando ella había participado en su dolor. Una lágrima rodó por su mejilla y Ruth se la enjugó. Con manos temblorosas, se recogió el pelo y usó unas horquillas para sujetarse los mechones en lo alto de la cabeza.

Había invitado a Allegra a desayunar varios días antes y necesitaba mostrar la mejor fachada posible ante su amiga. No había logrado encontrar una explicación para la repentina presencia de Tremaine en su vida, algo que Allegra no pasaría por alto tan fácilmente. Se miró por última vez antes de levantarse y bajar la escalera. Cuando llegó al vestíbulo y Simmons surgió de la parte posterior de la casa, Ruth esbozó una sonrisa forzada.

—Buenos días, Simmons. Lady Pembroke llegará en breve. Por favor, informa a Dolores de que me gustaría que se sirviera el desayuno en cuanto ella llegue.

Simmons siempre tenía una expresión seria en el rostro, pero ese día parecía más adusto de lo habitual. Ruth frunció el cejo cuando el mayordomo inclinó la cabeza aceptando la orden antes de entregarle el periódico de la mañana. Cuando lo cogió, reparó en que Simmons vacilaba durante una fracción de segundo.

—¿Va todo bien, Simmons? —Un estremecimiento le bajó por la espalda cuando su vacilación se tornó más pronunciada.

—Creo que el *Town Talk* es especialmente desagradable esta mañana, señora. Quizá el *Times* sería una mejor elección de lectura.

Sus palabras hicieron que el corazón le diera un vuelco, y Ruth cerró los dedos alrededor del periódico hasta que lo oyó crujir suavemente. Tremaine. Ese canalla había cambiado de opinión. Le había costado más de una hora persuadirlo de que lo mejor para él era intentar convencer a Garrick una vez más de que aceptara sus condiciones. Sin embargo, algo le dijo en ese momento que ese bastardo no había esperado. ¿Qué le habría contado a la prensa?

—Gracias por la sugerencia, Simmons, pero los chismes rara vez son agradables. Estaré en el salón. Acompaña a lady Pembroke allí cuando llegue.

Sin esperar una respuesta, dio media vuelta y se dirigió al salón con el periódico en la mano como si no contuviera nada de su interés. En cuanto cerró la puerta a su espalda, abrió el diario con un movimiento frenético para llegar a la sección de sociedad. Localizó la columna de cotilleos y repasó rápidamente las palabras.

Un segundo después, el estómago se le encogió y se tambaleó durante un momento antes de llegar al asiento más cercano. Se dejó caer allí con el periódico pegado al estómago, y volvió a abrirlo de nuevo, despacio, para asegurarse de que no lo había soñado.

Al parecer, una tal lady A. ha revelado un hecho de lo más interesante de cierto lord S. Al caballero en cuestión parece faltarle una parte redondeada y sumamente prominente de su anatomía. Sin embargo, parece ser que lord S. es bastante capaz de cumplir con sus deberes masculinos, a pesar de ser sólo medio hombre.

La bilis le subió a la boca. El periódico se le cayó de las manos y se levantó apresuradamente para acercarse al aparador y servirse una copa de brandy. Se la bebió de un trago y empezó a toser violentamente por la sensación de ardor. El recuerdo de Garrick reprendiéndola la noche de la fiesta de los Rothschild le inundó la mente, y Ruth cerró los ojos con fuerza esperando que apareciera para hacerlo de nuevo. Fue un deseo vano.

Con una mano pegada al estómago en un intento de aliviar las náuseas que sentía, rezó por que todo fuera tan sólo una pesadilla y se despertara pronto. Una voz en su mente resopló. El sonido de la campanilla de la puerta principal hizo que todo su cuerpo se pusiera en tensión. Allegra había llegado. A su espalda, la puerta se abrió. Cuando se volvió, vio a su amiga entrando en el salón seguida de lord Pembroke. Ruth la esperaba a ella sola, no al conde.

—Oh, querida, llegamos demasiado tarde. —Allegra se apresuró mientras miraba por encima del hombro—. Shaheen, cariño, parece a punto de desmayarse.

Lord Pembroke siguió rápidamente a su esposa y, en cuestión de segundos, Ruth se encontraba flanqueada por la pareja, que la acompañó hasta el sofá. Negó con la cabeza cuando Allegra se acomodó a su lado.

—Estoy bien —susurró—. No tiene importancia.

—¿Bien? ¿No tiene importancia? —Los ojos de Allegra se abrieron como platos y jadeó claramente horrorizada—. ¿Qué demonios te pasa? Es terrible.

—Lo sé, pero yo no he tenido nada que ver. No puedo cambiar lo que él hizo.

—¿Lo que él hizo? —preguntó lord Pembroke bruscamente—. ¿Cómo sabe que él es culpable?

Confusa, Ruth alzó la mirada hacia el conde con el cejo fruncido, luego miró a Allegra. Sus expresiones de horror y consternación hicieron que se le encogiera el corazón. ¿Había sucedido algo más? Dios santo, no creía que pudiera soportar nada más. Se pegó los dedos a la frente cuando, de pronto, se dio cuenta de que la cabeza le palpitaba con fuerza.

—Porque estaba allí. Oí a Tremaine amenazar a Garrick con hacerlo público, y es lo que ha hecho. —Señaló el periódico en el suelo con un brusco movimiento de la mano—. Y ese bastardo me ha culpado a mí. Hizo que el periódico dijera que yo había traicionado a Garrick. Pero yo no lo hice. Yo nunca...…

Tragó saliva con fuerza incapaz de acabar la frase. Luego miró a los ojos a Allegra, que palideció levemente y alzó la mirada hacia su esposo. La expresión del conde era adusta, y oyó que Allegra tomaba aire en un brusco siseo antes de coger las manos de Ruth entre las suyas.

—Entonces, no te has enterado. —La nota de alarma en la voz de su amiga puso aún más nerviosa a Ruth, que le sostuvo la mirada.

—¿Enterarme de qué? —susurró sintiendo que una oleada de terror la inundaba. Algo terrible había sucedido. Se aferró a las manos de Allegra—. ¿Garrick está bien?

—Oh, querida... —Su amiga negó levemente con la cabeza, y la luz del sol que entraba por la ventana del salón se reflejó en su pelo de color caoba—. Shaheen, yo... Por favor, no puedo.

—Oh, Dios —susurró ella—. Está muerto, ¿es eso?

Lord Pembroke negó con la cabeza.

—No, no está muerto, pero Tremaine sí, y Stratfield ha sido arrestado por su asesinato.

Aturdida, Ruth se esforzó por asimilar las palabras del conde mientras la atravesaba un estremecimiento. Tremaine estaba muerto y se alegraba. Pero Garrick... No podía haber matado a ese hombre. De fondo oyó la campanilla de la puerta, pero la ignoró mientras se enfrentaba a la severa mirada del conde y la compasiva expresión de Allegra.

Negando con la cabeza, rechazó en silencio los temores de sus amigos. Garrick se había enfurecido el día anterior, y lo comprendía. Había pensado que ella lo había traicionado, algo que había prometido que nunca haría y, sin embargo, Tremaine la había culpado deliberadamente de la traición y, en un esfuerzo por proteger a Garrick, ella había guardado silencio. Había cargado con la culpa de buen grado para que Tremaine respetara su acuerdo con ella y no desvelara el secreto de Garrick al mundo. Pero estaba segura de que Garrick no había matado a Tremaine. Nunca haría una cosa así. No era propio de él.

—No, él no podría haberlo hecho. Yo sé... —Ruth no consiguió acabar la frase porque Simmons entró en la estancia.

—Señora, un inspector llamado Cooper ha venido a verla.

El mayordomo se apartó para permitir que un hombre alto y desgarbado con una chaqueta de tweed marrón entrara en el salón. El inspector se inclinó en su dirección.

—¿Lady Attwood? —Su mirada se movió entre Allegra y ella, que, esforzándose por mantener la compostura, se levantó para saludar al recién llegado.

—Inspector. —Inclinó la cabeza en su dirección—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Estoy aquí por el asesinato de lord Tremaine. —Las palabras hicieron que Ruth sintiera las manos, entrelazadas frente a sí, frías y pegajosas.

—Mis amigos acaban de referirme la terrible noticia —dijo señalando a Allegra y al conde—. Permítame que le presente al conde y a la condesa de Pembroke.

El inspector dirigió a la pareja una reverencia antes de fijar de nuevo su fría mirada en ella.

—Discúlpeme, pero ¿podemos hablar en privado?

—No tengo nada que ocultar a mis amigos, así que pregúnteme lo que desee.

—Como quiera. —El inspector le dirigió una mirada calculadora—. Como he dicho, estoy investigando el asesinato de lord Tremaine. Supongo que sus amigos la han informado de que lord Stratfield ha sido arrestado en relación con el caso.

—Sí. —Una voz en un rincón de su mente le susurró que se mantuviera serena—. Aunque estoy segura de que han cometido un error al hacerlo.

—He hablado con el señor Millstadt sobre el tema a primera hora de la mañana. Uno de los huérfanos de St. Agnes comentó que lord Tremaine y lord Stratfield visitaron el orfanato ayer por la tarde sobre la misma hora. —El hombre la miró con atención.

—Sí, es cierto. Lord Tremaine llegó antes. Lord Stratfield, poco después. El señor Millstadt apareció cuando lord Stratfield ya se iba.

—Sí, eso ha referido también el señor Millstadt, aunque asegura que Stratfield amenazó a lord Tremaine.

La estoica actitud del inspector la puso algo nerviosa, pero Ruth logró mantener la compostura.

—Puedo asegurarle que era una amenaza vacía. El señor Millstadt llegó al final de la conversación. Él no oyó las amenazas de lord Tremaine.

—Ah, sí, la columna de cotilleos del *Town Talk* de esta mañana... —asintió el policía—. Un excelente móvil para el asesinato, ¿no cree?

—En caso de que lo que se dice ahí fuera cierto —afirmó ella con frialdad ante el desdeñoso tono del hombre—. Pero lord Stratfield no asesinó a lord Tremaine.

—¿Tiene alguna prueba de ello? Porque, por el momento, el barón no tiene una coartada. —Las palabras hicieron que el corazón de Ruth se acelerara, se le secó la boca y sintió que los dedos le dolían por la fuerza con que los cerraba.

—¿Es eso lo que él le ha dicho?

El corazón se le desbocó cuando se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer. En ese momento, cualquier hogar elegante de la alta sociedad le daría la bienvenida. Pero eso estaba a punto de pasar a la historia. Hablar de relaciones había sido precisamente eso, hablar. Una cosa era que surgieran rumores, pero reconocer abiertamente un romance era inaceptable. Era la ruina social. Sin embargo, ya no le importaba. Seguramente afectaría a su capacidad de conseguir donaciones para St. Agnes, pero la vida de Garrick estaba en peligro. Encontraría otro modo de alentar a la gente a colaborar con el orfanato. Lo único que importaba era la seguridad de su amado, y Ruth estaba dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para asegurar su libertad.

—En realidad, dijo que se pasó la noche caminando por las calles.

—Una respuesta lógica si estaba protegiendo a alguien.

—¿Protegiendo a alguien? —Por primera vez, el inspector se mostró confuso.

—Sí. Me estaba protegiendo a mí —afirmó ella al tiempo que oía exclamaciones de sorpresa y conmoción a su espalda.

En cuestión de segundos, Allegra estaba a su lado y le cogía la mano.

—Ruth, sabemos que Garrick es inocente. Encontraremos otro modo de demostrarlo. Él no querría que te sacrificaras por él.

Su amiga le apretó la mano, pero Ruth se zafó de su agarre y mantuvo la mirada fija en la del inspector, que la estudiaba con atención.

—Lord Stratfield estuvo conmigo desde, aproximadamente, las ocho de la noche hasta las primeras luces del alba —mintió con una calmada firmeza que la sorprendió—. Naturalmente, comprenderá que no es algo que esté dispuesta a admitir en público, pero sinceramente dudo que lord Stratfield tuviera tiempo de matar a nadie porque estuvo ocupado complaciéndome a mí.

—¿Y cuenta con alguien más que lo corrobore? —El inspector la miró con los ojos entornados mientras intentaba decidir si mentía o no.

El silencio en la estancia se abrió paso en su corazón cuando se percató de que tal vez no hubiera logrado salvar a Garrick con su confesión.

—Yo puedo corroborarlo, inspector. —La voz de Simmons fue como un trueno en la calma de la sala.

Cuando el inspector volvió la cabeza bruscamente hacia el mayordomo, Ruth se tambaleó levemente hasta que Allegra le pegó los dedos a la parte posterior del brazo. Irguió los hombros, entonces, y con calma le devolvió la mirada al policía cuando volvió a dirigirla hacia ella con los ojos entornados.

—¿Es consciente de que el castigo por ofrecer información engañosa a Scotland Yard es bastante severo, lady Attwood?

—Le garantizo que no tan severo como el castigo que me impondrá la alta sociedad en cuanto se sepa que confesé abiertamente que lord Stratfield ha compartido mi lecho, inspector.

—Esto me presenta ciertos problemas —gruñó el investigador.

—Yo no veo ninguno. —Ruth señaló a Simmons con la cabeza—. Tiene mi palabra y la de mi mayordomo de que lord Stratfield estuvo aquí toda la noche. Es evidente que el barón no pudo haber matado a Tremaine.

—Quizá, pero está la cuestión de su anillo.

—¿Su anillo? —A Ruth le dio un vuelco el corazón.

—Sí. —El policía frunció el cejo, claramente desconcertado—. El sello de lord Stratfield se encontró en la mano de lord Tremaine en la escena del crimen. Es un vínculo claro con el barón.

Ruth se puso tensa mientras intentaba no desplomarse bajo la presión de mentir a las autoridades. Pensar. Necesitaba pensar. Debía haber una explicación para el anillo. El problema era que no podía pensar con claridad.

—Si me permite, inspector, lord Stratfield fue atacado hace varias semanas y le robaron sus efectos personales. —La sencilla explicación de Simmons hizo que Ruth cerrara los ojos brevemente aliviada.

—Mi mayordomo tiene razón —confirmó ella en tono firme—. Al barón lo golpearon gravemente y permaneció incapacitado durante casi una semana.

—¿Hay un informe policial al respecto?

—Sí, y puede preguntar a lord Worthington sobre el incidente, porque fue él quien lo encontró y lo trajo aquí aquella noche.

—¿Hay algún doctor que pueda declarar sobre las heridas del barón? —El policía aún parecía receloso.

Ruth negó con la cabeza.

—Simmons sirvió en el ejército como médico, y estaba más que cualificado para atender a lord Stratfield.

—Entiendo. —El inspector frunció el cejo disgustado al ver que su claro caso de asesinato se evaporaba en el aire—. Eso cambia las cosas. Sin embargo, no responde a lo que el señor Millstadt oyó ayer cuando llegó al orfanato. ¿Por qué amenazó lord Stratfield a lord Tremaine?

La pregunta hizo que Ruth vacilara cuando se encontró con la afilada mirada del inspector. Dios santo, ¿acaso ese hombre no dejaría de hacer preguntas nunca? Se encogió de hombros.

—Lord Tremaine estaba amenazando con chantajear a lord Stratfield. Ya me había chantajeado a mí para que lo ayudara a extorsionar al barón.

—Y ¿con qué estaba amenazando lord Tremaine al barón?

Un gélido escalofrío le recorrió la piel mientras Ruth se volvía hacia la silla donde el diario de la mañana había caído al suelo. Lord Pembroke lo cogió enseguida y se lo entregó al inspector. Ruth le dedicó una muda mirada de gratitud, y después señaló el horrible párrafo que había leído antes.

—Lord Tremaine había descubierto que lord Stratfield tenía un... defecto de nacimiento de índole delicada.

—Dice que una tal lady A. ofreció la información al diario. —El investigador la miró con recelo—. ¿Se refiere a usted?

—Sí. Cuando lord Stratfield se negó a acceder a las demandas de Tremaine, el vizconde amenazó a su familia. Lord Stratfield advirtió a Tremaine que no hiciera nada por el estilo, y fue en ese momento cuando el señor Millstadt entró en el despacho.

—Entiendo. —El policía se frotó la mandíbula pensativo—. Al parecer, hay más pesquisas de lo que yo pensaba en este asunto. Confío en que estará usted disponible para responder a más preguntas, lady Attwood.

—Por supuesto.

—Muy bien —concluyó el inspector al tiempo que les dirigía una inclinación de cabeza mientras ya se disponía a marcharse. Una vez en la puerta, se volvió de repente—. Ha dicho que Tremaine estaba chantajeándola a usted. ¿Puedo preguntarle con qué la amenazaba?

La pregunta hizo que una intensa oleada de pánico la atravesara. Si le decía la verdad, podría ver que mentía respecto a que Garrick había estado con ella la noche anterior. No, Simmons había confirmado la presencia de Garrick allí. Tragó saliva con fuerza y miró a los ojos al hombre.

—Lord Tremaine sabía que yo estaba enterada de la condición física de lord Stratfield, y me amenazó con hacerlo público si no lo ayudaba en su intento de chantajear al barón. —Tomó una profunda inspiración, y el investigador enarcó una ceja—. Lord Tremaine sabía que yo estaba enamorada de lord Stratfield. Estaba seguro de que yo accedería a sus demandas para proteger al barón y su secreto. Tenía razón. Cedí a su coacción, y lord Stratfield ahora está convencido de que lo traicioné.

El inspector la estudió en silencio durante un largo momento antes de asentir.

—Gracias por su cooperación. Estaremos en contacto.

Dicho eso, el hombre se marchó y Simmons lo siguió cerrando la puerta tras él. Durante un largo momento, Ruth se quedó mirando la puerta. Se había ido, Garrick estaría a salvo. Con Simmons y ella proporcionándole una coartada, estaría a salvo. Libre. Desde la distancia, oyó a Allegra decir su nombre, luego algo más brusco a lord Pembroke. Un momento después, cayó en unos fuertes brazos.

—Garrick —susurró al desmayarse.

—¿Cuándo has comido por última vez?

La queda pregunta hizo que Garrick se irguiera cuando Lily entró en el despacho. Con un movimiento disimulado de la mano, dejó a un lado el ejemplar del *Town Talk* que había estado estudiando.

—Me han traído algo frío de la cocina.

Su hermana se acercó a la mesa donde se encontraba la bandeja de comida. Cuando levantó la tapa de plata, dejó al descubierto la comida intacta. Lily volvió la cabeza y enarcó una ceja en su dirección. Garrick se encogió de hombros. No tenía hambre, a pesar de que había comido poco durante las últimas dos semanas.

La tapa de la bandeja sonó con fuerza cuando Lily volvió a colocarla en su sitio en una clara muestra de frustración. Un momento después, alargó el brazo por encima del escritorio para coger el periódico. Era evidente que su esfuerzo por ocultarle lo que había estado haciendo no había servido de nada. Garrick la cogió de la muñeca para detenerla.

—Déjalo —gruñó.

—Tienes que dejarlo correr.

—Ella me traicionó.

Sus serenas palabras subrayaron el gélido desprecio que sentía. Garrick soltó a su hermana y pegó las puntas de los dedos a la mesa, pero Lily no se inmutó ante su fría mirada.

—Yo no lo creo, Garrick. Sabes muy bien que el *Town Talk* publicaría cualquier cosa de cualquier fuente que tuviera. Cualquiera podría haber informado al periódico sobre tu... condición.

Garrick ni siquiera se inmutó ante la leve vacilación de su hermana o el rubor que tiñó sus mejillas. No había confirmado ni negado la información publicada, y la reacción de Lily era la que esperaba que tuvieran todos entre la alta sociedad si alguna vez se aventuraba a mostrarse en público de nuevo. Y todo eso debía agradecérselo a lady Ruth Attwood. Esbozó una mueca.

Ya no importaba. Las acusaciones de asesinato hacían que diera prioridad a lo que era realmente trascendente. Sin embargo, en lo más profundo de su ser sabía que sí importaba. Peor aún, dolía como mil demonios. Apretó la mandíbula ante la continuada insistencia de Lily por defender a Ruth. Su hermana siempre había defendido las causas perdidas, pero Ruth no era una causa con la que estaba dispuesto a permitir que Lily lo intimidara.

—Ni siquiera te gusta esa mujer y, sin embargo, la defiendes.

—La juzgué mal. Ha hecho mucho por Caring Hearts. Y todo sin que yo se lo pida. Y es evidente que los niños de St. Agnes lo son todo para ella. —Lily negó con la cabeza cuando Garrick resopló disgustado—. Eso no se corresponde con la descripción de una mujer lo bastante cruel como para dar esa información venenosa al *Town Talk*.

—Entonces, te ha engañado, como me engañó a mí. Si no fuera culpable, habría dicho algo mientras ese bastardo intentaba chantajearme. Me traicionó. Es tan sencillo como eso.

—El vizconde podría haber enviado una nota al periódico antes de que lo asesinaran. ¿Has encargado a Blackstone que averigüe si el periódico está dispuesto a desvelar quién dejó la nota?

—No importa quién entregó la nota. Ruth se lo contó a Tremaine.

—¿Por qué estás tan decidido a creer lo peor de ella? Suena como si te hubiera roto el... Dios santo. Estás enamorado de ella.

—Esta conversación ha acabado, Lily. No digas ni una palabra más.

—¿Por qué? —Su hermana soltó un bufido de irritación en absoluto propio de una dama—. ¿Porque tú lo dices?

—Sí, maldita sea. —Garrick dio un puñetazo en la mesa. El sonido resonó en toda la estancia.

Al menos Lily tuvo el sentido común de dar un respingo de sorpresa antes de arquear una ceja mirándolo con desdén.

—Si estás enamorado de ella, deberías escuchar lo que tenga que decir como mínimo.

—Ya la escuché —gruñó—. No dijo nada.

—Sea cierto o no que ella se lo contó a Tremaine, eso no significa que le diera la información al *Town Talk*. Debería preocuparte más quién intentó cargarte el asesinato del vizconde —exclamó su hermana frustrada—. Y, desde luego, no creo que lady Attwood encaje en el perfil.

Por mucho que odiara reconocerlo, Lily tenía razón. Puede que Ruth lo hubiera traicionado con Tremaine, pero no tenía ningún motivo, que él supiera, para cargarle el asesinato. Se estremeció al recordar su arresto. Había estado agotado y bajo los efectos de la resaca la mañana después de descubrir a Ruth con el vizconde.

El día anterior, tras boxear hasta quedar exhausto, se había marchado del club y se había pasado el resto de la noche caminando por las calles, sin estar seguro de lo que buscaba. ¿Quizá otra pelea? ¿Un modo de acabar con el dolor que lo tenía prisionero? Fuera cual fuese la razón, no había llegado a Seymour Square hasta poco antes del amanecer, y estaba desayunando cuando Scotland Yard acudió para arrestarlo por el asesinato de Tremaine.

Garrick le dio la espalda a Lily para mirar por la ventana del despacho, que daba al jardín. Cuando su carcelero abrió la puerta de la celda ese día y se limitó a informarlo de que podía marcharse, había supuesto que Vincent había pagado la fianza. Pero no había nadie esperándolo cuando salió, y se fue directamente a Chiddingstone Place. Por una vez, deseaba..., no, necesitaba oír el ruido propio de una casa llena de hermanos.

Por supuesto, el ambiente había estado apagado desde su breve encarcelación, pero en los últimos días una sensación de normalidad había regresado a la casa. Con cada día que pasaba, le preocupaba menos que el inspector Cooper apareciera para decirle que habían cometido un error. Con poco entusiasmo, Garrick reparó en que los macizos de flores estaban llenos de color. Presentaban un fuerte contraste con la fría y húmeda celda de la cárcel en la que había pasado todo un día. Un estremecimiento lo recorrió al recordarlo. La puerta de su despacho se abrió entonces y Martin entró.

—El inspector Cooper ha venido, señor. Desea hablar con usted.

Garrick se tensó ante el anuncio del mayordomo e ignoró la exclamación aterrorizada de Lily mientras asentía al sirviente.

—Hazlo pasar, Martin.

Un momento después, el inspector Cooper, alto y desgarbado, entró en el despacho. Con la mano cerrada en un puño a la espalda, Garrick saludó al otro hombre con una inclinación de cabeza, convencido de que el policía llevaría malas noticias.

—Disculpe la intromisión, lord Stratfield. Estoy seguro de que soy la última persona a la que desea ver en este momento. —Había una nota de disculpa en la voz del hombre que lo desconcertó.

Garrick frunció el cejo, no deseaba intercambiar fórmulas de cortesía.

—¿Ha venido para arrestarme de nuevo, inspector? —La amargura en su voz era evidente, y el policía hizo una mueca.

—No. De hecho, tengo buenas noticias que darle, y Scotland Yard desea presentarle sus disculpas.

—¿Disculpas? —Su cuerpo se tensó; Garrick no estaba seguro de cómo interpretar la afirmación del inspector.

—Sí, señor. No puedo decir mucho por el momento, pero ha surgido un nuevo sospechoso en el asesinato de Tremaine.

Una oleada de alivio inundó a Garrick al oír las palabras del hombre. Al fin se veía libre de la injuria. No obstante, la sensación duró tan sólo un momento, hasta que el recuerdo de Ruth y su traición volvieron a atormentarlo.

—Ésa es una noticia maravillosa —exclamó Lily al tiempo que se acercaba a Garrick y le apretaba el brazo con la mano.

—¿Está diciendo que ya no soy sospechoso? —Garrick se tragó el nudo que le bloqueaba la garganta.

—Correcto, lord Stratfield. De hecho, es por eso por lo que Scotland Yard le debe una disculpa. Acabo de enterarme de que el carcelero que lo liberó hace dos semanas no le dio cierta información.

—¿Qué información? —Los músculos de Garrick se pusieron rígidos, y lanzó una dura mirada al inspector. Fuera del despacho oyó un grito, pero lo ignoró para escuchar lo que el hombre tenía que decir. El inspector Cooper también oyó el ruido y se volvió hacia él—. ¿Qué información, inspector? —insistió Garrick.

Cooper se volvió de nuevo hacia él aún con la atención puesta en el ruido fuera de la oficina, unos gritos que cada vez sonaban con más fuerza.

—Sí, es en referencia a su coartada.....

—¿Coartada? ¿Qué coartada? —espetó Garrick al mismo tiempo que oía que Martin le gritaba a alguien.

El inspector volvió la cabeza hacia la puerta del despacho. Era evidente que Garrick tendría que esperar para escuchar la explicación del investigador. Con un juramento de disgusto, avanzó hacia la puerta del despacho. Apenas había dado unos pasos cuando ésta se abrió con un golpe violento. Garrick entornó los ojos al ver que su tío entraba tambaleándose en la estancia. El hombre apestaba a alcohol y a cloaca. Sin duda Beresford había visitado uno de los establecimientos más sórdidos de la ciudad antes de acudir a Chiddingstone Place. Se esforzó por no ceder a las arcadas que el hedor del hombre amenazaba con provocarle.

—¿Qué quieres, Beresford? —Su boca se tensó en una dura línea.

—Quiero que me devuelvas mi vida, maldito gilipollas —respondió el otro con fiereza—. Me has arruinado. Me lo has arrebatado todo.

—Te has arruinado tú solo —replicó Garrick con frialdad.

—No. Tú me has hecho esto y haré que pagues por ello. —Beresford gruñó como un animal herido al mismo tiempo que se abalanzaba tambaleante hacia él.

—¿Exactamente cómo podría hacer eso? —La calmada voz del inspector Cooper sobresaltó al tío de Garrick y lo hizo volverse hacia el policía, que lo estudiaba con gran interés.

Balanceándose levemente, Beresford miró al investigador con una expresión de pánico en el rostro.

—Usted... ¿Qué diablos hace aquí?

—Resolviendo un caso de asesinato —respondió el policía con calma.

—Yo no maté a Tremaine. —La voz de Beresford sonó lastimera a la vez que negaba con la cabeza con vehemencia.

—No recuerdo haber mencionado el nombre de lord Tremaine. —Las palabras del inspector dibujaron otra expresión de pánico en el rostro del tío de Garrick—. Siéntese, señor Beresford.

El inspector le indicó que tomara asiento en una de las sillas frente al escritorio. Cuando el hombre obedeció, el policía se dirigió a la puerta del despacho. Al abrirla, Garrick pudo ver a Martin con una expresión de intenso desaliento en el rostro.

—Lo lamento mucho, señor. —El imperturbable mayordomo parecía a punto de venirse abajo—. He intentado detenerlo.

—No pasa nada, Martin. Todos estamos bien. —Sus palabras tranquilizadoras parecieron ayudar al mayordomo a recuperar parte de su habitual compostura.

—Sí, pero tengo a dos agentes incompetentes que tendrán que explicar por qué no han impedido que Beresford entrara en la casa —añadió Cooper con voz adusta.

—No soy tan estúpido como usted pueda creer, inspector. He entrado por detrás —espetó el tío de Garrick con un bufido.

Era evidente que había recuperado parte de su bravuconería. Cooper lanzó a Beresford una mirada de disgusto antes de volverse hacia Martin, que seguía en la entrada.

—Por favor, pida al agente Brown que traiga aquí al prisionero. ¿Podría hacer pasar también a uno de los policías que están delante de la casa? —El inspector lanzó una furibunda mirada a Beresford por encima del hombro, claramente irritado porque su llegada lo hubiera cogido desprevenido.

Martin se alejó a toda prisa cuando Cooper se volvió de nuevo hacia Garrick y Lily. Una mirada compasiva sobrevoló su rostro al estudiar el pálido semblante de la joven.

—Quizá desee echarse, señora. —Las palabras del hombre hicieron que su hermana se tensara y se apartara del lado de Garrick.

—Me encuentro bien, inspector. Gracias de todos modos.

Unos sonidos de refriega llegaron del pasillo y, un momento después, un policía con un uniforme azul arrastró a un prisionero renuente dentro de la estancia. Un segundo agente los seguía. Garrick frunció el cejo ante el tamaño del hombre. Tenía aspecto de estibador. En cuanto el prisionero vio a Beresford, profirió un sonido desagradable.

—¿Qué coño está haciendo él aquí? —La peculiar voz del hombre hizo que Garrick se tensara. Conocía esa voz.

El inspector miró en su dirección.

—Lord Stratfield, éste es Billy Turner. ¿Lo reconoce? —El policía esperó con calma la respuesta de Garrick.

—Reconozco su voz. Creo que es uno de los tipos que me atacaron hace más de un mes —respondió Garrick en voz baja.

—Eso es mentira. Yo nunca he visto a este caballero, jefe. —El fornido prisionero lo fulminó con la mirada, y Garrick arqueó una ceja.

—Durante el ataque, mordí a uno de mis atacantes en la mano con la suficiente fuerza como para hacerlo sangrar. —Garrick estudió el rostro del hombre y no le sorprendió que el hombre se estremeciera—. ¿Puedo pedir que este hombre enseñe las manos?

—Veamos sus manos. —El inspector le hizo una señal con la cabeza al agente que estaba de pie junto a Turner.

El prisionero se esforzó por mantener las manos ocultas, pero los agentes lo obligaron a enseñarlas. En la rolliza mano izquierda de Turner aún podían verse las cicatrices casi curadas de un profundo mordisco.

—Él me ordenó que lo hiciera —estalló Turner señalando a Beresford con la cabeza—. Él y el otro caballero. Me dijo que quería ver algo personal del tipo para demostrar que habíamos hecho el trabajo.

—¿Tú y quién más? —espetó Cooper con una fría voz.

—Mi amigo Harry. Habíamos hecho trabajitos para su señoría antes, y Beresford nos señaló al tipo. Sólo le dimos una pequeña paliza. —Turner se convirtió en una fuente de información en cuanto se dio cuenta de que podían culparlo de algo peor que asalto y robo—. Hicimos lo mismo con el otro caballero. Pero igual que a éste de aquí, lo dejamos con vida, inspector. Se lo juro.

—Eso me resulta difícil de creer, Turner. —El tono de Cooper era gélido.

—Lo juro. Su señoría nos dijo que no lo matáramos.

—¿Su señoría? —espetó el inspector. El prisionero vaciló y Cooper frunció el cejo furioso—. Un nombre, Turner. Quiero un nombre.

—Marston. Lord Marston.

Garrick dio un respingo al oír el nombre. ¿Qué diablos tenía él que ver con Marston? Intentó hacer memoria de los últimos meses, pero no pudo encontrar nada que explicara que ese hombre tratara de cargarle un asesinato. Su atención, de inmediato, volvió a centrarse en el interrogatorio.

—¿Y el anillo que le quitasteis a su señoría? —El inspector señaló a Garrick con la cabeza al tiempo que entornaba la mirada fija en el corpulento hombre.

—Harry y yo se lo dimos a él. —Turner inclinó la cabeza hacia Beresford.

El inspector, a quien evidentemente no sorprendió la respuesta, asintió y se volvió hacia el tío de Garrick.

—¿Tiene algo que añadir antes de que lo arreste, Beresford? —preguntó el policía en un tono duro.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada —exclamó el hombre.

—Quizá se olvida usted del anillo. —El tono del inspector era suave pero amenazador—. El anillo que puso en la mano a Tremaine para culpar a su sobrino del asesinato que usted cometió.

—No. ¡Eso no es cierto! Fue Marston —gritó Beresford al tiempo que se ponía en pie—. Sí, yo puse el anillo de Garrick en la mano de Tremaine, pero no lo maté. Fue Marston.

—Y estoy seguro de que lord Marston le está diciendo lo mismo sobre usted a mi colega, el inspector Watson —afirmó el alto y desgarbado policía en un tono crítico.

—Estoy diciendo la verdad. —Enloquecido, Beresford apuntó frenéticamente a Turner con un dedo—. Éste y su socio dejaron inconsciente a Tremaine de una

paliza y luego Marston acabó el trabajo con un ladrillo.

—Y ¿por qué iba a hacer Marston una cosa así? Era usted quien le debía dinero a Tremaine —espetó el inspector.

—Marston también le debía dinero. Cuando mi sobrino exigió el pago de los préstamos a Tremaine, él nos reclamó lo que le debíamos. Marston y yo no contábamos con suficientes fondos para cubrir la deuda. Tremaine estaba a punto de quitarnos lo poco que teníamos. —Beresford se volvió de repente hacia Garrick. Aunque tenía el rostro enrojecido por la ira, el hombre parecía más asustado que otra cosa—. Esto es culpa tuya. Tú decidiste arruinarme, a mí y a Tremaine, y ahora me cargan el muerto a mí.

—¿Del mismo modo que tú intentaste inculparme a mí, tío? —A Garrick lo sorprendió la serenidad de su propia voz, y dirigió una fría mirada a Beresford—. Mírate al espejo si quieres ver a un culpable.

—Patético gilipollas. —Beresford casi sacaba espuma por la boca cuando se abalanzó hacia adelante, pero el inspector se interpuso en su camino. El hombre estaba medio borracho y tenía los ojos oscurecidos por el odio—. Igual que tu padre. Sólo un testículo y debilidad por las putas traicioneras, porque ninguna otra mujer te aceptaría.

Una intensa furia atravesó el torrente sanguíneo de Garrick al oír la referencia a Ruth. Dio un rápido paso hacia adelante. Sin embargo, en el mismo instante en que se movió, su tío echó la cabeza hacia atrás y se rio a carcajadas. Garrick se quedó paralizado. Reconoció esa risa. Era el mismo sonido que había oído tantos años atrás en el dormitorio de Bertha. La risa de su tío le llenó los oídos y se tensó a la espera de que la familiar humillación lo atenazara dolorosamente. Pero no sucedió. En cambio, se quedó mirando a Beresford perplejo. Estaba verdaderamente libre. El hecho de alejarse de Tremaine y del esfuerzo del hombre por chantajearlo aquel día en el orfanato no había sido una ilusión. Realmente se había aceptado a sí mismo tal como era, no tal como su tío le había hecho creer que era durante tanto tiempo. Lily le apretó el brazo y Garrick bajó la mirada hacia ella.

La expresión de preocupación fraternal en su rostro hizo que negara con la cabeza al tiempo que le daba unas palmaditas en la mano a su hermana. Casi en el mismo instante en que Beresford se dio cuenta de que sus palabras no tenían ningún efecto en Garrick, la risa del hombre se detuvo en seco. El inspector Cooper indicó al segundo agente que se acercara para sacar a Beresford del despacho y a continuación se volvió hacia Garrick.

—Si me disculpa, lord Stratfield, me llevaré a Beresford y a Turner a Scotland Yard para que podamos acabar de resolver este caso —comentó Cooper con calma—. Como le he dicho antes, le debemos una disculpa. Estoy seguro de que su implicación en este asunto ha llegado a su fin, excepto por la posibilidad de que se lo llame a declarar en referencia a los acontecimientos del día de hoy.

El inspector se dispuso a marcharse, y Garrick sintió que una oleada de alivio lo inundaba. Podría volver a vivir su vida sin miedo a que la policía llamara a su puerta para arrestarlo. Una imagen de Ruth apareció entonces en su cabeza y el estómago se le encogió. Su vida estaría totalmente vacía sin ella. Cooper se detuvo en la puerta del despacho y se volvió hacia Garrick.

—Casi lo olvido. Su hombre, Blackstone, fue de gran ayuda en la investigación. Agradezco que permitiera que colaborara con nosotros.

—No hay de qué —respondió Garrick con calma.

—Puede que le interese saber que logró que el *Town Talk* le revelara que fue un hombre quien les proporcionó el... ofensivo chisme que publicaron. Por la descripción, parece ser que fue Tremaine. Estoy convencido de que lo sabremos con certeza cuando acabemos de interrogar a todos los implicados. —El inspector frunció el cejo como si intentara recordar algo más antes de que su expresión pasara a ser de alivio—. Ah, sí, antes no he acabado de explicarle lo de su coartada.

—¿Mi coartada? —Garrick frunció el cejo. ¿Acaso el policía no recordaba que no tenía ninguna?—. En estas circunstancias, ¿no es eso irrelevante?

—Ahora sí, pero cuando lo dejaron libre el día después del asesinato de Tremaine, el agente debería haberlo informado de que ya no era usted sospechoso. Le pido disculpas por eso. —El inspector Cooper esbozó una mueca—. El agente debería haberle comentado que lady Attwood declaró que usted estuvo con ella desde las ocho de la noche aproximadamente hasta la mañana siguiente, cuando asesinaron a Tremaine.

—¿Qué? —exclamó Garrick con perpleja incredulidad.

A su lado, Lily se aferró a su brazo.

—Dios mío —jadeó horrorizada—. No habrá ninguna casa respetable en Londres abierta para ella.

—Su mayordomo también confirmó su declaración —añadió Cooper—. Eso dice mucho del carácter de la dama, que está dispuesta a sacrificar su reputación para salvar a un hombre inocente.

Garrick se quedó mirando estupefacto al inspector. ¿En qué diablos había estado pensando Ruth para mentirle a la policía? ¿Por qué demonios había hecho algo así? Porque se sentía culpable. Ésa debía de ser la respuesta. En un rincón de su mente, una vocecilla le susurró una explicación diferente, pero aplastó de inmediato ese pensamiento. Sabía muy bien que no debía creer en su inocencia. La había visto en los brazos de Tremaine. No había ninguna explicación para eso. El inspector Cooper les dirigió una leve reverencia.

—Me marcho.

El policía los dejó a Lily y a él de pie en el despacho. Una vez se hubo ido, Garrick permaneció inmóvil, mirando la puerta mientras intentaba asimilar la realidad de todo lo que había sucedido en los últimos minutos. Cuando su hermana le acarició el brazo, se zafó de su mano y regresó al escritorio. Se sentó y cogió algunas facturas que aún no había pagado. Representaban una normalidad en su mundo, que en ese momento estaba patas arriba. Cuando sacó el libro de contabilidad del cajón, su mirada se encontró con el ejemplar del *Town Talk* de hacía dos semanas.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Lily en voz baja.

—¿Hacer? No hay nada que hacer. —Garrick la miró a los ojos durante un breve momento y luego volvió a dirigir la atención al libro de contabilidad.

—No seas estúpido. Ya has oído al inspector: lady Attwood no le contó al *Town Talk* lo de tu condición. Por todos los santos, incluso te salvó proporcionándote una coartada sabiendo que pagaría un alto precio al hacerlo. ¿Es eso propio de una mujer que traicionaría a un hombre?

—Déjalo, Lily —masculló—. Se ha acabado.

—No es cierto, y lo sabes. Pero te diré qué significa ese comportamiento. Significa que te ama. —Sorprendido, Garrick alzó la cabeza en dirección a su hermana, y ella lo fulminó con la mirada—. Sí, tontorrón. Lady Attwood te ama. Ninguna mujer en su sano juicio habría hecho un sacrificio como ése a menos que estuviera enamorada. Y, si no vas a verla y le ruegas que te perdone por dudar de ella, bueno..., eso significa que no eres el hombre que yo creo que eres.

Con un furioso aspaviento, Lily dio luego media vuelta y salió del despacho dejándolo estupefacto. ¿Tenía razón su hermana? ¿Era posible que Ruth lo amara? ¿Cómo podría, cuando lo había traicionado con Tremaine?

Se recostó en su asiento y cerró los ojos mientras recordaba aquellos funestos momentos en St. Agnes. Ruth estaba tan pálida cuando él entró en el despacho, y pareció horrorizada de verlo. Y entonces, estaba aquella expresión de angustia en sus ojos cuando se había negado a pagarle a Tremaine. Si lo amaba, ¿por qué habría decidido ayudar al vizconde? Garrick frunció el cejo. Sólo había un modo de averiguarlo: se lo preguntaría directamente a ella.

Ruth se rio mientras mojaba con el agua del baño a uno de los niños más pequeños a su cargo en Crawley Hall. A los dos años, Thad ya era un gran embaucador, y con su sonrisa de mejillas regordetas le había robado el corazón desde el momento en que había atravesado la puerta principal de St. Agnes de la mano de su hermana mayor, Clara. Ambos habían estado viviendo de restos de comida durante semanas desde que su madre había muerto, y Ruth había sabido que se los llevaría consigo a Crawley Hall en cuanto los vio por primera vez. Frotó el jabón en la esponja y le sonrió a Thad.

—Basta de protestas, Thaddeus Nelson —le dijo con una voz que debía sonar seria, aunque estaba lejos de ser así—. Voy a frotarte detrás de esas orejas lo quieras o no.

Thad negó con la cabeza y soltó una risita haciendo que fuera imposible que ella no se riera también. Ruth se inclinó entonces hacia adelante y le dirigió una mirada furibunda. El niño abrió unos ojos como platos y ella se rio cuando se echó las orejas hacia adelante para que pudiera limpiarlo bien. Con delicadeza, le frotó la piel, y de inmediato el pequeño tuvo todo su sucio cuello cubierto de burbujas de jabón.

—¿Cómo puede ser que te hayas ensuciado tanto, hombrecito? Parece como si hubieras estado revolcándote de nuevo en el patio del establo.

Enarcó una ceja mirando fijamente al chiquillo y Thad volvió a soltar otra risita antes de golpear el agua con fuerza y salpicar a Ruth en la pechera de la blusa. Riéndose, lo enjuagó, lo sacó de la bañera y lo secó con una gran toalla. Sintió un cosquilleo en la nuca y alzó la mano con aire ausente para frotársela. En cuanto lo hizo, vio que Thad fijaba la mirada en un punto por encima de su hombro. Ella volvió la cabeza y la imagen de Garrick recostado en el marco de la puerta la conmocionó. Sin palabras, se limitó a quedarse mirándolo. Con un hombro apoyado en la madera, su aire de despreocupación era el de un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Estaba irresistible, y el corazón de Ruth latió frenéticamente en el pecho cuando sus ojos azules se encontraron con los de ella.

Estaba tan guapo como la primera vez que lo había visto. Sólo que parecía más delgado. Mayor. Se tragó la risa burlona que le subió por la garganta. Ella era la mayor. Era imposible saber qué estaba pensando, y Ruth no estaba segura de si deseaba saberlo. ¿Qué hacía allí? A su lado, Thad sacó una mano de debajo de la toalla y le tiró del brazo.

—Mamá. Jugar.

La demanda del niño hizo que Ruth olvidara su inquietud por la presencia de Garrick y se centrara de nuevo en el chiquillo.

—No, cariño. Es hora de cenar —dijo negando con la cabeza—. Ahora vamos a vestirte, ¿vale?

Se aferró al borde de la bañera para poder levantarse y un fuego le atravesó el estómago cuando Garrick la ayudó. Su familiar aroma la alcanzó, y Ruth cerró los ojos durante un breve momento recordando otros tiempos en los que sus manos le habían rodeado la cintura. Tiempos en los que había sido increíblemente feliz. No obstante, la realidad se impuso y se estremeció. Eso ya era pasado.

—Gracias, lord Stratfield.

Ni siquiera lo miró por encima del hombro, pero los dedos de Garrick se tensaron en su cintura durante un breve instante antes de soltarla. Nunca le había gustado que se mostrara tan formal con él. Salió del baño con el pequeño de la mano, demasiado consciente de que Garrick los seguía. ¿Qué quería? Ruth sabía que se había acusado a Marston y al tío de Garrick por el asesinato de Tremaine. Se había sentido aliviada al leerlo en el periódico pero, aparte de eso, se había negado a leer las columnas de cotilleos ni ninguna otra noticia donde pudiera mencionarse a Garrick. Sólo pensarlo había sido demasiado doloroso.

Mientras avanzaban por el pasillo hacia la habitación que Thad compartía con varios de los niños más pequeños, Ruth vio que Dolores se acercaba apresuradamente a ella. La anciana fulminó con la mirada a Garrick.

—Simmons me ha dicho que su señoría estaba aquí —comentó su amiga con fiereza—. He pensado que podría necesitar ayuda con Thaddeus.

Así que no había sido Dolores quien había permitido que Garrick pudiera acceder libremente a la casa. Ruth frunció el cejo y señaló con la cabeza a su vieja amiga.

—Thad, ve con Dolores. —Se inclinó para darle un beso en la mejilla al niño—. Luego vendré a darte las buenas noches.

El niño le sonrió y asintió con la cabeza antes de volverse hacia la anciana. Cuando el pequeño caminó tambaleándose y tiró de la doncella, el corazón de Ruth se hinchió de amor. Era un niño tan dulce. De inmediato, volvió a sentir aquel familiar escalofrío en la nuca y lanzó una mirada por encima del hombro a Garrick.

—No estoy segura de por qué ha venido usted, pero sea lo que sea lo que tenga que decir será mejor que lo haga en la biblioteca.

No esperó a que él respondiera, sino que se apresuró a bajar la escalera hacia el vestíbulo. Cuando llegó allí, oyó voces que salían del salón principal. El sonido se apagó cuando Simmons cerró las puertas de la estancia. Ruth se detuvo en medio del vestíbulo para lanzar una dura mirada al hombre. Su mayordomo tuvo el detalle de parecer incómodo cuando ella lo fulminó con la mirada.

—¿Tenemos visita, Simmons? —inquirió Ruth, rezando por que así fuera. Eso le daría tiempo para serenarse.

—Sí, señora. Son amigos de lord Stratfield.

La respuesta del hombre la hizo mirar por encima del hombro a Garrick, que estaba al pie de la escalera observándola con interés. ¿Por qué habría llevado a unos amigos consigo? Quizá benefactores para St. Agnes. No, él y su hermana tenían que apoyar Caring Hearts. Maldito fuera. La frustración y el miedo inundaron su torrente sanguíneo mientras dedicaba una breve inclinación de cabeza a Simmons y daba media vuelta para dirigirse a la biblioteca.

Había convertido la gran biblioteca de Crawley Hall en un aula. El gran número de libros que habían acompañado a la casa servían como recurso para los niños mayores en sus lecciones y eran una fuente de solaz para ella en medio de las noches en vela. La estancia estaba vacía; atravesó rápido la sala y se situó detrás de la mesa que la maestra local usaba cuando acudía dos veces a la semana para impartir clases a los niños. Al volverse hacia Garrick, el corazón le dio un vuelco ante la adusta expresión en su apuesto rostro.

—Tienes un hijo.

Su afirmación encerraba una demanda de explicación que la irritó.

—Todos los niños aquí son míos. Cuido de ellos y los quiero.

—El niño te ha llamado *mamá* —espetó él. Algo similar a los celos dominó sus facciones, y eso la alarmó. ¿Por qué había acudido?

—Thad es huérfano, al igual que su hermana Clara —replicó Ruth—. Pero son tan míos como si los hubiera parido. Aunque eso no es de su incumbencia.

—Entiendo. —La breve afirmación estaba llena de una emoción que ella se negó a definir.

—Quizá debería decirme por qué está usted aquí, lord Stratfield —le preguntó con frialdad.

—Te dije la última vez que estuvimos juntos en Crawley Hall que quería que me llamaras Garrick —gruñó al tiempo que atravesaba la estancia para apoyarse en la mesa e inclinarse por encima del mueble que los separaba—. Eso no ha cambiado.

—Como quieras, Garrick —accedió ella en un tono distante que le proporcionó una pequeña satisfacción—. ¿Por qué estás aquí?

—Imagino que te has enterado de que se ha acusado a Marston y a mi tío del asesinato de Tremaine.

—Sí.

No se atrevió a decir nada más. Cuanto menos, mejor, sobre todo cuando se sentía tan aliviada de que a él se lo hubiera resarcido. Tampoco deseaba que le preguntara por la coartada que le había dado.

—Antes de venir aquí, visité a mi tío —prosiguió Garrick—. Le pregunté si le había contado a Tremaine lo de mi condición. —La miró con atención, como si esperara una reacción por su parte. Cuando ella no respondió, esbozó una mueca—. Beresford me dijo que le había desvelado a Tremaine mi defecto de nacimiento casi cuatro meses antes con dos copas de brandy de más.

—Lo siento —dijo Ruth en voz baja. Y realmente lo sentía. Cuando había leído esa terrible acusación en el *Town Talk*, se había sentido horrorizada y humillada por él.

—Yo no. —Su serena afirmación la sorprendió, y se lo quedó mirando sorprendida. Garrick carraspeó—. Me alegro de que fuera Beresford y no tú quien me traicionara con Tremaine.

A ella se le formó un nudo en la garganta. Lo observó erguirse. Sus vívidos ojos azules se clavaron en los de ella y la estudió durante un largo momento. La intensidad de su mirada la puso nerviosa y desvió la vista.

—Quiero saber por qué Tremaine estaba contigo aquel día en el orfanato —exigió él.

La demanda la cogió por sorpresa. Se puso tensa y el corazón se le detuvo un segundo antes de golpearle con fuerza el pecho. El aire se le escapó de los pulmones mientras intentaba serenarse. Volvió la cabeza hacia él y percibió la arrogancia de su pose, que le indicaba que tenía intención de conseguir una respuesta. Ruth se encogió de hombros con todo el aplomo que pudo reunir.

—Se ofreció a ser mi protector y yo acepté —repuso.

—No me mientas, Ruth. —La voz de Garrick era serena.

—No estoy mintiendo —contestó ella fulminándolo con la mirada.

Era la verdad. Tremaine le había hecho una oferta y ella había aceptado. Simplemente había omitido que ese bastardo la había amenazado para que aceptara su propuesta. Garrick la estudió con atención y su mirada la hizo temblar. Tramaba algo.

—Hay más de lo que estás admitiendo —dijo a la vez que entornaba los ojos—. De hecho, tengo la fuerte sospecha de que Tremaine te estaba chantajeando, del mismo modo que lo hizo conmigo.

—Aunque eso fuera cierto, ese hombre está muerto. Ya no puede chantajear a nadie. —Ruth se esforzó por mantener la compostura para que sus facciones no revelaran nada.

—Entonces, reconoces que te estaba chantajeando. —La expresión de triunfo en el rostro de Garrick la puso nerviosa.

—Yo no he dicho eso —protestó ella negando con la cabeza—. ¿Con qué podría chantajearme ese hombre?

Garrick rodeó rápidamente la mesa y la cogió por sorpresa cuando se cernió sobre ella. Aunque no la tocó, podría haber estado haciéndolo por el modo en que su cuerpo respondía al de él. Sentía todo su cuerpo envuelto en llamas, vibrando de una manera que sólo él provocaba cuando estaba cerca. Era una sensación que ningún otro hombre podía despertar en ella. Tragó saliva con fuerza y retrocedió un paso. Él la siguió. Ruth se llevó entonces una mano al cuello y alzó la mirada hacia él fijando la vista en su sensual boca. El recuerdo de esos labios acariciándola hasta en el más íntimo de los lugares hizo que el nudo en la garganta amenazara con dejarla sin respiración.

—Dime con qué te estaba chantajeando, Ruth.

—Yo no he dicho que me estuviera chantajeando —insistió ella mientras se esforzaba en pensar en algo que pudiera distraerlo de su determinación de conocer la verdad. No podría soportar que descubriera que estaba protegiendo su propio secreto.

—Creo que sé con qué te amenazaba, Ruth, pero quiero que me lo digas tú. —Se inclinó hacia ella con la boca tentadoramente cerca.

Dios santo, seguro que no sabía qué sentía por él. Se obligó a olvidarlo todo a excepción de la necesidad de ocultarle la verdad. Ya le había roto el corazón cuando le había ocultado su verdadera edad. No podría soportar que descubriera que había estado ocultando su propio secreto. Se le volvería a romper el corazón si averiguaba que estaba enamorada de él.

—¿Qué quieres de mí, Garrick? —le preguntó con una serenidad que no sentía.

Su compostura pareció sorprenderlo, y entornó los ojos.

—Quiero saber por qué dejaste que creyera que me habías traicionado con Tremaine.

—Que yo recuerde, lo único que te dije fue que era libre de ver a quien quisiera —afirmó ella.

—Y, aun así, eras consciente de que yo pensé lo peor cuando Tremaine me dijo que sabía que sólo tenía un testículo. —Había una seriedad en su afirmación que le indicó que el recuerdo de ese momento aún no lo había abandonado.

—¿Me habrías creído si hubiera dicho lo contrario? —Ruth negó con la cabeza—. Decidiste creer lo que quisiste.

Era la verdad. Ruth había visto la condena en sus ojos en cuanto la encontró en brazos de Tremaine. Aunque hubiera podido decirle la verdad ese día en el orfanato, Garrick no la habría creído. Su expresión se animó, como si hubiera dicho algo que lo hubiera complacido. Ruth frunció el cejo. ¿Por qué, de repente, se sentía como si hubiera contado algo que no debería haber revelado?

—Y mi coartada. ¿Qué hizo que estuvieras dispuesta a afirmar abiertamente que eras mi amante cuando eso significaba tu aislamiento social?

—Eras inocente. —Se encogió levemente de hombros—. Ya había hecho planes para mudarme a Crawley Hall. No tenía nada que perder.

—Nada excepto donaciones para St. Agnes. —Su áspera respuesta la hizo estremecerse. Un error.

Entonces Garrick le rozó los labios con los suyos como una delicada brisa, un contacto mínimo con un delicioso toque de seducción. Ruth se estremeció de nuevo. De repente, se sintió mareada. Dios santo, le había enseñado bien. Eso no había sido un beso: había sido una declaración de guerra a sus sentidos.

Su intenso aroma masculino la envolvió, y se esforzó por que su cuerpo no se fundiera con el de él. Olía tan bien, y el grave y pecaminoso sonido de su voz estaba haciendo estragos en sus sentidos. Él tenía una misión, y Ruth sabía que era lograr su rendición. Lo había sabido desde el momento en que lo había visto de pie en la puerta del baño. Cerró los ojos para disfrutar de ese último momento con él. Tendría que durarle mucho mucho tiempo.

—Quiero saber por qué lo hiciste, Ruth. Quiero saber por qué reconociste públicamente que eras mi amante. —Era una orden, y su expresión le advirtió que la capitulación era lo único que lo satisfaría—. ¿Te resultaría más fácil responderme si te dijera que te amo?

Sus palabras la hicieron tambalearse. No era posible. No podía estar enamorado de ella. Estaba encaprichado, convencido de que podrían superar los doce años que los separaban. Pero Ruth sabía que no podía ser. Cuando él estuviera en su apogeo, ella sería una vieja loca renqueante. En unos cuantos años, se arrepentiría de estar con ella. La dejaría, y se negaba a soportar el dolor de su abandono. El padecimiento con el que nunca había vivido las últimas dos semanas había sido mucho mayor de lo que nunca había podido imaginar. Experimentar algo peor no era un riesgo que estuviera dispuesta a asumir. El pánico la dominó cuando se encontró con sus vívidos ojos azules. Siempre que la miraba así la dejaba sin respiración. Y no fue diferente en ese momento. Le apartó las manos y dio un rápido salto hacia atrás.

—No sé por qué ha venido aquí, lord Stratfield, pero.....

—He venido para pedirte que te cases conmigo, Ruth.

Sus palabras la dejaron perpleja. Una confesión de enamoramiento era una cosa, pero ¿eso? La idea del matrimonio la horrorizó. Una relación a largo plazo ya sería bastante escandalosa, pero ¿el matrimonio? Imposible. Era lo bastante mayor para ser su madre, ¿cómo podría acceder a casarse con él? Su juventud se hacía evidente si pensaba que deberían casarse.

—No seas ridículo. Soy demasiado mayor para ti —espetó—. Incluso si fuera lo bastante estúpida como para acceder a esa locura de proposición, estarías descuidando tu deber.

—Mi deber —gruñó él.

—Como cabeza de familia debes concebir un heredero. Soy demasiado mayor para darte un hijo. Necesitas una esposa más joven.

Lo fulminó con la mirada, desafiante. Las cortesanas nunca se casaban, como tampoco lo hacían los hombres más jóvenes con mujeres que eran demasiado mayores para ellos. Se sostuvieron mutuamente la mirada durante un largo momento y el silencio entre ellos se llenó de tensión. Los ojos de Garrick se habían tornado de un oscuro azul por la ira, pero a Ruth no le importó. Estaba actuando como un colegial malcriado al que se le negara algo que deseaba. Se volvió para alejarse, pero entonces él la cogió del brazo y la obligó a mirarlo. Con los ojos entornados, hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con la edad, ¿verdad, Ruth? —La ira convirtió su boca en una fina línea. Ella jadeó ante la ferocidad de su afirmación—. Tiene que ver con el miedo.

—¿Qué? —exclamó mientras intentaba librarse de su agarre.

—El miedo. —Garrick subrayó la palabra con una fuerza que hizo que a ella le bajara un estremecimiento por la espalda—. Todos los hombres que has conocido te han abandonado, igual que tu padre te abandonó.

—Mi padre no tiene nada que ver con esto. —Se le secó la boca cuando una vocecilla en su interior le dijo que era una mentirosa.

—Sí, sí que tiene que ver. Tu edad no es el verdadero problema. Es tu miedo a que yo te abandone, como hizo tu padre, y tu madre.

Las duras palabras tenían el peso de la verdad, y eso la aterró.

—Mi estilo de vida hace inevitable que mis amantes y yo estemos destinados a separarnos. Tú no eres diferente. —Su voz le sonó vacía a sus propios oídos.

—Yo no te dejaré, Ruth —dijo él con firmeza—. Yo no soy tu padre ni ninguno de tus amantes. Deseo pasar el resto de mi vida contigo.

Ella se lo quedó mirando incapaz de responder. El análisis que Garrick había hecho de su vida era aterrador. Lo que había dicho de su padre estaba tan cerca de la verdad que se quedó sin palabras. La conocía mucho mejor de lo que ella se conocía a sí misma. La negativa de su padre a visitar a su madre en su lecho de muerte siempre la había afectado profundamente, pero, al mirar atrás, se dio cuenta de que había sido más doloroso de lo que nunca se había permitido reconocerse a sí misma. Se había sentido abandonada y completamente sola tras la muerte de su madre. No había tenido a nadie a quien recurrir y había hecho lo necesario para sobrevivir. Se humedeció los labios con la lengua y Garrick gruñó con suavidad.

—Sé que me amas, Ruth. No te habrías sacrificado para darme una coartada si no fuera así.

—No —replicó ella con aspereza. Aunque pudiera oír su respuesta como lo que era: una mentira.

—No te creo. Dilo. Dime que me amas.

La atrajo hacia sus brazos con la mirada fija en ella. Oh, Dios, ¿qué debía hacer? Le había dicho que nunca la dejaría. ¿Podía creerlo? Cerró los ojos con fuerza y decidió dar un salto de fe.

—Te quiero, Garrick —susurró.

Un instante después, él le devoró la boca con la suya a la vez que la estrechaba contra sí. El beso exigió su completa rendición, y ella sucumbió de buen grado. Hasta el último milímetro de su ser se encontraba en llamas cuando se pegó a él. Estaba segura de que cometía un error, pero, en ese preciso instante, no le importó. Lo único que importaba era su contacto y cómo la hacía sentir. Joven. Viva. Deseable. Querida. Incluso en ese momento le costaba asimilar que realmente la amara. Abrió los labios para darle acceso a su boca y se le escapó un suave gimoteo cuando la provocó con la lengua en una familiar danza de seducción. Lo había echado tanto de menos... Nunca, ni en sus sueños más alocados, había creído posible que pudiera entregar su corazón a un hombre. Sin embargo, así había sido con Garrick. Su boca provocó a la de ella cuando profundizó el beso hasta que no pudo oír ni ver nada más a su alrededor.

La destreza de Garrick besando nunca había estado en duda, pero había un nuevo grado de seguridad en él que a Ruth le indicó que ya nunca volvería a ser su alumno. En lugar de eso, sería su señor, y acogió con agrado ese contacto posesivo. Él interrumpió entonces el beso y recorrió ávidamente su mejilla hasta la oreja con un gruñido.

—Santo Dios, me haces perder la cabeza. Sólo deseo subirte arriba y llevarte a la cama conmigo. —Con la respiración entrecortada, apoyó la frente en la de ella—. Pero antes hay algunas personas que quiero que conozcas.

—¿A tus amigos? —repuso ella mientras intentaba calmar su corazón, que se había acelerado al pensar en hacerle el amor.

—Sí. Han venido a ayudarme en mi causa.

—¿Tu causa?

—Tengo intención de casarme contigo, Ruth. No aceptaré un no por respuesta. —Su tono contundente le hizo tensar los brazos.

—Tendrás que aceptarlo —espetó ella con fiereza—. Eso no se hace. No puedes casarte con tu amante, y menos con una mujer mucho...

Garrick le pegó los dedos a los labios.

—No —le advirtió con una mirada dura.

Ruth cerró entonces los ojos durante un breve momento, y el corazón se le encogió al pensar que no podría darle un hijo. Dios, si fuera al menos unos años más joven. Apartó el pensamiento de su mente. No era posible. Lo amaba, nada más aparte de él importaba. Cuando llegara la hora de que tuviera un heredero, ella soportaría el dolor de ese momento por él. Si no podía darle un hijo, lo dejaría libre para que cumpliera con su deber familiar.

—Necesitas un heredero y sabes que yo no puedo dártelo.

—Vincent continuará con el linaje —espetó él con los dientes apretados.

Era evidente que esperaba que ella accediera a sus demandas, pero Ruth se negaba a permitirle cometer un error del que, sin duda, se arrepentiría en el futuro.

—Seguiremos igual que antes o no seguiremos.

—No es suficiente para mí —replicó Garrick—. Pero eso ya lo veremos. Ven.

No esperó a que respondiera. En lugar de eso, se limitó a cogerla de la mano y a guiarla hacia el salón. Cuando llegaron ante las puertas cerradas, las abrió y la hizo pasar detrás de él. Una anciana pareja esperaba pacientemente sentada en el sofá de dos plazas. En cuanto la puerta se abrió, el caballero se levantó rápidamente. La pareja sonrió cuando Ruth y Garrick se detuvieron ante ellos.

—Ruth, me gustaría presentarte al señor y la señora Cranston. —Garrick dirigió la mano hacia la anciana pareja—. Su propiedad linda con Chiddingstone Place. Señor Cranston, señora Cranston, les presento a lady Attwood. Mi prometida.

El anuncio de Garrick la hizo jadear, y de inmediato los Cranston le ofrecieron sus mejores deseos. Estaba tan indignada con Garrick que apenas encontró el temple de saludar a la pareja con un mínimo de educación. Furiosa, lo fulminó con la mirada, pero él se limitó a sonreír con la satisfacción de un hombre que acabara de salirse con la suya. De algún modo, Ruth logró serenarse lo suficiente para invitar a la pareja a que se quedara a cenar. La voz de la señora Cranston la ayudó a contener la ira y a centrar la atención en la mujer.

—El barón me ha dicho que esta propiedad es, en realidad, un orfanato.

—Sí, aunque no es un orfanato corriente. He seguido el ejemplo de la administración de lord Stratfield y su hermana. —Dirigió a Garrick una rápida mirada, pero él ya se había alejado para hablar de la política local con el caballero—. Crawley Hall ofrece a los niños un refugio seguro, además de la oportunidad de aprender una profesión.

—Es maravilloso —exclamó la señora Cranston con gran entusiasmo—. Yo crecí en un orfanato y no tenía nada que ver con esta preciosa casa.

Era imposible no sentirse atraído por esa mujer. Había algo cálido y agradable en su actitud. Y había mencionado su pasado sin ningún rencor ni la más mínima autocompasión. Ruth le sonrió.

—Cualesquiera que fueran sus circunstancias, es evidente que ahora es feliz.

—Mucho. Albert me hace muy feliz. —La señora Cranston esbozó una amplia sonrisa—. Y qué noticia tan maravillosa su compromiso con lord Stratfield. Espero que sean ustedes muy felices.

—El barón se ha precipitado un poco en su anuncio —comentó con serenidad mientras confirmaba que Garrick estaba enfrascado en una fluida conversación con el caballero—. Aún no le he dado una respuesta.

—Aaah, entonces, tiene intención de coaccionarla, si no avergonzarla, para que acepte su oferta. —La señora Cranston soltó una risita.

—Sí. Y su táctica no me ha sentado bien. —Ruth volvió a mirar a Garrick y, como si supiera que lo estaba observando, él miró en su dirección. La pasión brillaba en sus ojos, pero su amor por ella era fácilmente reconocible en su intensa mirada.

—Bueno, es evidente que ese hombre está profundamente enamorado de usted. Quizá le preocupe que pueda decirle que no.

El comentario de la mujer hizo que Ruth se volviera para mirarla, y se encontró con que la observaba con gran interés.

—Lo dice como si el barón hubiera compartido sus inquietudes con usted —señaló, y estudió a la mujer de un modo que hizo ruborizarse a la anciana.

—Estoy convencida de que el barón acudió a nosotros presa de la desesperación —murmuró la señora Cranston—. Él sabía que... Bueno, Albert y yo tenemos algo en común con usted y lord Stratfield.

—Me temo que no lo comprendo. —Confusa, Ruth meneó la cabeza.

La señora Cranston frunció levemente el cejo antes de que una sonrisa encantadora iluminara su rostro.

—¿Cuántos años cree que tengo, lady Attwood? —La pregunta de la anciana dejó a Ruth boquiabierta, y la señora Cranston se rio suavemente—. Discúlpeme, pero

tengo una buena razón para preguntárselo. Verá, yo soy mayor que Albert. El barón lo sabía, y nos pidió que lo acompañáramos para defender su postura ante usted.

—Entiendo.

Ruth suspiró resignada. Garrick estaba totalmente decidido a encargarse de que no le quedara ningún argumento que pudiera usar en contra de su propuesta. Sin duda suponía que una pareja en la que la esposa fuera unos cuantos años mayor que el marido serviría para reforzar su postura.

—Estoy segura de que sí, querida. Por eso le he preguntado cuántos años cree que tengo. Verá, soy nueve años mayor que Albert.

—Nueve años —susurró Ruth asombrada.

—Sí y, como usted, me resistí a la propuesta de matrimonio de Albert. Lo rechacé tres veces y, finalmente, me amenazó con ponerme en un compromiso si no aceptaba. —La señora Cranston alargó el brazo para darle unas palmaditas en la mano—. Lord Stratfield explicó que tenía motivos para creer que se mostraría usted reacia a aceptar su propuesta por uno de los mismos motivos por los que yo dudé en aceptar la de Albert.

—Usted dudó por la diferencia de edad.

—Sí, yo tenía treinta y seis años cuando conocí a Albert. Mi edad y el hecho de no saber quiénes eran mis padres hicieron que me mostrara más que vacilante. Pero a Albert no le importaba ninguna de esas cosas. Lo único que le importaba era yo. No he mirado atrás desde que acepté ser su esposa.

La señora Cranston miró entonces a su marido y la felicidad le iluminó el rostro. Automáticamente, Ruth supo que su esposo le había dirigido una mirada de afecto. Era la única explicación para el júbilo de la mujer.

—Es evidente que son sumamente felices.

—Lo somos —afirmó la anciana al tiempo que asentía con satisfacción—. Llevamos casados más de veinticinco años y tenemos cuatro hijos maravillosos que añadir a nuestra felicidad. Tres varones y una chica. Nuestra hija, la más pequeña, acaba de cumplir veinte años este mes pasado. Es tan cabezota como su padre.

El comentario de la señora Cranston hizo que Ruth abriera unos ojos como platos, y los de la anciana brillaron con picardía. Aun en caso de que la señora Cranston hubiera tenido cuatro hijos en cuatro años, eso significaba que su hija había nacido cuando ella tenía como mínimo cuarenta años. Mientras intentaba ocultar su asombro, Ruth se sintió aliviada de que Simmons entrara para anunciar que la cena estaba lista.

La velada fue divertida, ya que los Cranston los obsequiaron con varias anécdotas divertidas sobre sus hijos. A pesar de conocer el motivo de la visita de la pareja, Ruth se descubrió disfrutando inmensamente de su compañía. Garrick parecía especialmente complacido de sí mismo y, siempre que la miraba a los ojos, la determinación que veía en los de él le indicaba que estaba decidido a salirse con la suya. A regañadientes, Ruth se vio obligada a reconocer que los Cranston habían echado por tierra sus motivos para rechazar a Garrick. Con cada minuto que pasaba, su capacidad de negarse a su propuesta se debilitaba más y más. Ese descubrimiento la llenó con una felicidad que estuvo convencida de que no era real. Ya era tarde cuando la pareja comentó que deberían regresar a la pensión en la que pasarían la noche antes de volver a casa por la mañana. Cuando Ruth y Garrick los acompañaron al carruaje, la señora Cranston se detuvo en la puerta principal y cogió las manos de ella.

—Comprendo los miedos que siente, lady Attwood —comentó la anciana con una dulce sonrisa—. Pero no permita que la felicidad se le escape de las manos, sea cual sea el motivo. Incluso un necio podría ver que lord Stratfield la adora.

Con ese comentario de despedida, la mujer bajó la escalera hasta el carruaje. El señor Cranston también se despidió y, cuando la pareja partió, Garrick cerró despacio la puerta. Se quedó allí, de espaldas a ella durante un largo momento antes de darse la vuelta. Una emoción inundó su rostro cuando la estudió, y Ruth estuvo segura de que era miedo. A pesar de su seguridad y determinación, tenía miedo de perderla. Fue en ese instante cuando supo que nunca la perdería. Sería suya para toda la eternidad.

Como si de repente hubiera decidido algo, Garrick avanzó, le apoyó la mano en el codo y la guio de vuelta al salón. El sonido de la llave girando en la cerradura hizo que ella le lanzara una mirada inquisitiva, y Garrick se encogió de hombros.

—No quiero que nadie me interrumpa hasta tener la respuesta que deseo —señaló mientras caminaba despacio pero decidido.

A pesar de la inquietud que Ruth había visto unos minutos antes en su rostro, ahora emanaba seguridad y determinación. El corazón empezó a latirle frenético en el pecho cuando se detuvo a pocos centímetros de ella. Intensa y pura masculinidad. Era el único modo de describirlo. No era sólo su ardiente perfume de especias, sino el áspero sonido de su rápida respiración y la tensión de su cuerpo. Con los ojos cerrados, Ruth se inclinó hacia él para inspirar su olor y notó cómo su respiración cambiaba a un intenso jadeo que reveló su creciente deseo.

—Una respuesta requiere una pregunta —murmuró, y dio un paso adelante hasta que apenas los separaron unos milímetros.

Un grave gruñido resonó en el pecho de Garrick.

—Entonces, extiende las manos. —La brusca orden la cogió por sorpresa, y lo miró desconcertada. La implacable expresión en su rostro la hizo retroceder levemente para ofrecerle la mano—. Las dos, con las palmas hacia arriba.

Cada vez más desconcertada, Ruth hizo lo que le pedía y vio cómo sacaba una bolsita de un bolsillo. Luego Garrick giró la bolsa y más de veinte diamantes cayeron en su mano. Ruth jadeó ante tal cantidad de piedras preciosas y alzó la mirada para encontrarse con la suya.

—Tengo intención de encargar un collar con estos diamantes para que lo lleves el día de nuestra boda —dijo él en voz baja mientras cogía la piedra más grande. La sostuvo a contraluz—. Míralo, Ruth. ¿Alguna vez has visto algo más hermoso?

—No —respondió ella en voz baja mientras estudiaba la gema reluciente a la suave luz de la estancia.

—Yo sí. —La contundencia en su voz la hizo volver a mirarlo—. Creo que tú eres lo más hermoso que he visto en mi vida, Ruth.

Había una expresión en sus ojos que le llenó el corazón de una emoción que se extendió por todo su cuerpo hasta que percibió el calor. Así era como alguien se sentía al ser amado incondicionalmente. Estaba segura. Con el diamante más grande aún en la mano, Garrick sostuvo la bolsa para que ella pudiera volver a meter los más pequeños en su interior. A continuación, él estudió el gran diamante durante un largo momento antes de guardarlo y cerrar la bolsa, que desapareció en su bolsillo. Tomó, entonces, su rostro entre las manos y la besó con dulzura. Finalmente interrumpió el beso y la miró.

—Se necesitan miles de años para crear un diamante, Ruth. Y, no importa los años que tenga, su belleza es incomparable —susurró—. Tú eres un diamante, mi amor. Hiciste desaparecer la oscuridad de mi vida y no puedo vivir sin ti. Cásate conmigo.

Las lágrimas inundaron los ojos de Ruth al percibir el profundo amor y la pasión que resonaban en la voz de Garrick. Cuando se le nubló la visión, él se inclinó para enjugarle las lágrimas con sus besos. La envolvió en un fuerte abrazo y esperó pacientemente a que se serenara.

—¿Y bien? —preguntó de un modo autoritario.

—Sí, me casaré contigo —susurró ella—. Pero sólo si prometes complacerme siempre que te lo pida.

—Has hablado como una profesora exigente, mi amor —comentó al mismo tiempo que el alivio resplandecía en sus ojos y en la sonrisa que le curvó la boca. El corazón de Ruth se aceleró cuando los ojos de él se oscurecieron de repente con fiera pasión—. ¿Empezamos a complacernos mutuamente ahora?

Sin embargo, Garrick no le dio la oportunidad de responder. Atrapó su boca con la suya y se dispuso a amarla del modo que ella le había enseñado.

Epílogo

Ruth estaba tumbada en un diván en el jardín trasero de Chiddingstone Place, con la amplia y exuberante extensión de césped ante ella. Se inclinó hacia adelante cuando vio a Thad persiguiendo a su hermana con un palo.

—¡Thaddeus Stratfield, tira eso inmediatamente! —gritó.

El niño, de cinco años, se detuvo en el acto y se volvió para mirarla con el cejo fruncido.

—Clara me ha dicho que era un bebé.

—Tu hermana no hablaba en serio, ¿verdad que no, Clara? —repuso Ruth a modo de muda demanda a su hija adoptada para que se disculpara, cosa que la niña hizo a regañadientes.

Una vez estuvo resuelto el pequeño altercado, volvió a recostarse y cerró los ojos para disfrutar del calor del sol que sentía en el rostro. Un repentino espasmo en las entrañas la hizo gruñir al tiempo que se frotaba el redondeado estómago. Ese niño era mucho más activo de lo que Jack lo había sido en esa etapa del embarazo. Pensar en su primer hijo la hizo sonreír. Era un niño tan feliz... Otra patada la hizo jadear. Quizá un paseo calmaría al bebé. Estaba a punto de incorporarse cuando una sombra se cernió sobre ella. Sobresaltada, alzó la mirada y se encontró con el rostro de Garrick. Un segundo después la estaba besando con afecto. Cuando él volvió a levantar la cabeza, contempló su barriga.

—Deja que lo adivine. Las patadas del niño están siendo más fuertes de lo habitual.

—Sí —suspiró Ruth—. Jack nunca fue tan activo.

—Lo que necesitas es un paseo.

Garrick la ayudó a levantarse y la rodeó con los brazos.

—Creía que ibas a llevarme a dar un paseo —rio ella.

—¿Acaso es un crimen abrazar a mi esposa durante un momento?

—Había un pícaro resplandor en sus ojos que Ruth también había visto en los ojos azules de su hijo.

—En absoluto —murmuró, y lo hizo bajar la cabeza para poder rozarle la boca con la suya—. De hecho, me encantaría no ser semejante elefante en este momento. Aunque esto es culpa tuya, ya lo sabes.

Retrocedió, se acarició el estómago y frunció el cejo con aire juguetón. Garrick le ofreció el brazo con una amplia sonrisa.

—Me parece recordar a mi esposa rogándome que la complaciera y a mí obedeciendo de buen grado.

—Eres incorregible —señaló ella mientras entrelazaba el brazo con el suyo y empezaba a caminar hacia la fuente en el extremo del jardín.

—Pero estoy profundamente enamorado.

Su serena confesión la hizo sonreír, y Ruth apoyó la cabeza en su hombro.

—Entonces ¿eres feliz? —Aunque conocía la respuesta, deseaba oírla de sus labios.

—Más feliz de lo que un hombre pueda merecer. ¿Y usted, lady Stratfield?

—Bueno, a pesar de mi tamaño actual y mi nivel de incomodidad, también soy feliz.

Caminaron durante varios minutos en silencio antes de que Garrick carraspeara. Ruth se detuvo enseguida y estudió con atención su apuesto rostro. Preocupada por su expresión atribulada, le acarició la mejilla.

—¿Qué sucede, mi amor? ¿Ha ocurrido algo?

—Me temo que he hecho algo que no te gustará.

—Oh, Garrick, ¿has traído otro perro abandonado a casa? —Lo miró con el cejo fruncido—. Sé que enseña a los niños a ser responsables porque deben cuidar de ellos, pero ya hay quince en los establos. Incluso con la ayuda de los chicos, los mozos están teniendo problemas para hacerse cargo de todos ellos.

—No exactamente. —La voz de Garrick desveló una leve inseguridad que la sorprendió, ya que él siempre se mostraba completamente seguro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Recuerdas que te comenté que la propiedad de Tremaine se vendió hace un año porque no tenía herederos? —Sus palabras la hicieron estremecerse, y el recuerdo de aquel hombre oscureció ese día soleado. Asintió—. Los nuevos propietarios tienen un hijo que es un ávido lector, y el chico se ha topado con algunos documentos en la biblioteca de la casa hace poco.

—¿Qué clase de documentos? —preguntó Ruth mientras intentaba comprender por qué debía ser de interés para ellos.

Garrick frunció el cejo.

—El chico encontró un diario privado que el padre de Tremaine escribía.

—Aún no veo qué tiene que ver eso con nosotros —insistió ella.

En los tres años que llevaban casados, Garrick rara vez había hecho algo que la disgustara, pero ese tema era demasiado delicado e importante para ella. El anterior vizconde había arruinado la vida de su madre y la de ella con sus mentiras. Falsedades que su padre creía ciertas.

—Los nuevos propietarios entregaron ese diario a tu padre. —Garrick le cogió las manos cuando ella hizo ademán de darle la espalda—. El antiguo vizconde lo escribió todo.

—Lo escribió...

El corazón de Ruth dio un vuelco cuando Garrick tensó su agarre en sus dedos, repentinamente fríos.

—El diario del vizconde contaba la verdad sobre tu madre y cómo lo había rechazado. Al parecer, el hombre se regodeaba de haber planeado arruinarla cuando ella lo rechazó. —El disgusto en la voz de Garrick igualaba la repulsión que Ruth estaba sintiendo. Se pegó la mano al estómago para aplacar las náuseas—. El viejo vizconde disfrutó al ver cómo tu padre la echaba de casa. No es de extrañar que su hijo fuera tan canalla.

La voz de Garrick se convirtió en un suave murmullo cuando ella fue consciente de la importancia de lo que estaba diciendo. Su padre finalmente conocía la verdad. Sabía que el vizconde Tremaine había mentido sobre su madre. Un gélido escalofrío la recorrió. De repente temblaba tanto que apenas podía tenerse en pie. Garrick la atrajo hacia sí de inmediato y la abrazó con fuerza mientras le frotaba la espalda con la mano y le susurraba palabras tranquilizadoras al oído. Tardó varios minutos en dejar de temblar, pero, cuando logró serenarse, él la cogió por los hombros y la separó de él con delicadeza.

—¿Mejor?

—Sí. Simplemente estoy conmocionada, eso es todo. Supongo que el *Town Talk* no dejará pasar la oportunidad de escribir sobre el tema. —Asintió con la cabeza y no intentó ocultar la amargura en su voz cuando mencionó el periódico. Recordaba lo malvada que podía ser la prensa de sociedad en lo referente a los asuntos privados —. ¿Fue así como te enteraste o Vincent te informó?

—No, tu padre me puso al corriente de la situación.

—¿Por qué demonios sentiría mi padre la necesidad...? —Ruth le dirigió una mirada horrorizada e intentó liberarse de su contacto, pero no lo logró.

—Ha pedido verte —dijo él entonces con voz serena.

—No. —Negó con la cabeza de un modo vehemente—. No quiero verlo. El día que mi madre me pidió que fuera a verlo fue el último día que ella estuvo verdaderamente viva. Dejó de vivir después de eso.

—Ruth, ¿no crees que ya habéis sufrido bastante los dos? ¿No crees que tu madre querría que lo perdonaras?

—Perdonarlo. —Se zafó de los brazos de Garrick y le dirigió una mirada de desconcierto—. ¿Tengo que perdonarlo por aquello a lo que me redujo? Una mujer que

tenía que venderse para sobrevivir. ¿Tengo que perdonarle que abandonara a mi madre, a mí?

—Sí —repuso él con firmeza.

Ruth conocía bien esa expresión en su rostro. Significaba que tenía intención de salirse con la suya. Bien, esa vez se negaba a ceder.

—Bueno, pues no lo haré —espetó—. Esto no es asunto tuyo, Garrick. El marqués de Halethorpe tomó su decisión hace años, y espero que se pudra en el infierno.

—Cualquier cosa que afecte a mi esposa es asunto mío. —Las duras palabras de su esposo la hicieron estremecerse, y rápidamente le acarició la mejilla.

—Lo siento, mi amor —suspiró ella—. Pero no puedo. No puedo perdonarlo por lo que hizo.

—El hombre desea compensarte, Ruth.

—¿Compensarme? ¿Cómo compensa uno el hecho de abandonar a su esposa y a su hija? —Ella lo miró con los ojos entornados—. ¿Estarías tan deseoso de dar la bienvenida a tu madre si de repente reapareciera en tu vida?

—¿Deseoso? —Garrick compuso una mueca, y su expresión hizo que Ruth se diera cuenta de que no era la primera vez que había pensado en la posibilidad del regreso de su madre—. No, pero no la rechazaría directamente. Me diste el mundo el día que te casaste conmigo, cariño. Con tanta felicidad en mi vida, podría permitirme ser benévolo si ella regresara.

—No estoy segura de que yo pueda ser tan benévola.

—Tenemos tanto, Ruth, y tu padre tiene tan poco... —Se inclinó hacia ella y tomó su rostro entre las manos—. Tenemos lo que tu padre perdió hace mucho: felicidad. Con todo lo que poseemos, ¿no puedes tener el valor al menos de darle la oportunidad de que hable contigo?

Ante su pregunta, Ruth le rodeó la cintura con los brazos y se pegó a su cálido y sólido cuerpo. ¿Realmente deseaba ver al hombre que había sido responsable de tanta miseria en su vida? Cerró los ojos cuando los recuerdos la inundaron. Imágenes de sus padres discutiendo de un modo tan horrible aquella última vez. El recuerdo de su padre ordenando a su madre que saliera de su casa. Luego, el día que se había preparado para suplicar a ese hombre que fuera a visitar a su madre en su lecho de muerte. El modo cruel con el que él había rechazado la petición de su madre. ¿Podía perdonarle a ese hombre todo eso? Garrick le pedía mucho.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Los excitados gritos de Jack atravesaron sus pensamientos, y Ruth se volvió hacia el sonido de la voz de su hijo de tres años. Verlo salir saltando de la casa y correr hacia ellos hizo que su corazón se hinchiera de júbilo. Era la viva imagen de su padre con ese mismo aire pícaro tan propio de Garrick. Mientras el chiquillo corría hacia ella, le resultó imposible no preguntarse cómo sería correr hacia sus propios padres un cálido día soleado como ése. La imagen le provocó una sensación agridulce en su interior mientras pensaba en cómo habría sido crecer en un hogar en el que sus progenitores hubieran estado juntos.

Probablemente habría crecido como cualquier otra joven. Se habría casado con el hombre que sus padres hubieran considerado adecuado. Tal vez nunca habría conocido a Garrick o, peor aún, podrían haberse enamorado pero no habrían podido estar juntos. Tomó una brusca inspiración. La idea de estar casada con otro hombre que no fuera Garrick la hizo temblar consternada. A su lado, él le acarició la mejilla con las yemas de los dedos.

—¿Estás bien, mi vida?

El sonido de su voz la hizo cogerle la mano entre las suyas para poder besarle la palma. Las suposiciones sobre el pasado nunca tendrían respuesta, y era inútil pensar en las posibilidades de lo que podría haber sido.

—De maravilla —susurró—. Tienes razón, tengo todo lo que siempre he podido desear. Puedo permitirme ser benévola.

Un instante después, Jack le rodeó las piernas con sus pequeños brazos y Garrick entrelazó los dedos con los de ella. Tan deprisa como había llegado, Jack salió corriendo hacia el lugar donde Clara y Thad estaban jugando junto a la fuente. Despacio, Garrick y ella lo siguieron y, cuando el sonido de las risas llegó hasta ella, Ruth soltó un suspiro de felicidad. El futuro estaba lleno de posibilidades y de todo el amor que hubiera anhelado tener en su vida. Todo eso era más que suficiente para perdonar el pasado.

Monica Burns es una galardonada autora de novela romántica erótica que escribió su primer relato breve a los nueve años, edad en la que eligió el pseudónimo que utiliza en la actualidad. Desde aquellos días, en los que ocultaba sus relatos a sus hermanas, hasta su primer manuscrito de una novela, nunca ha dejado de creer en su sueño a pesar de los rechazos y los reveses. Monica es madre, esposa y adicta al trabajo. Ella todavía cree que es posible que el chico bueno gane si se esfuerza lo suficiente.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en: <www.monicaburns.com>

Compláceme
Monica Burns

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Pleasure Me*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© Imagen de la cubierta: Shutterstock

© 2011, Kati B. Searce
Publicado de acuerdo con Lennart Sane Agency AB.
© por la traducción, Raquel Duato García, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2015

ISBN: 978-84-08-13689-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor-Igual, S. L.
www.victorigual.com